

AMAYA FELICES

EL POZO  
DE TODAS  
LAS ALMAS

Lectulandia

Nacida para ser perfecta, con un cuerpo capaz de hacer que cualquiera entregue su alma sólo por poseerlo. Literalmente. Criada sin más alegrías que sus clases de lucha. Creyéndose maldita. Con un alma humana cuyo dolor no entiende. Alimentada a través de la carne. Diseñada para ser el segundo ser más poderoso del mundo aunque ella misma piense que su vida no vale nada. Y cuando se acerca la noche de su cincuenta y cinco cumpleaños, la mayoría de edad para los suyos, descubre una antigua venganza que no está completa. Se da cuenta de que es un importante peón en una guerra que lleva siglos fraguándose. Y eso la lleva a dudar de lo que siempre ha creído ser. Cazarrecompensas, de madre asesinada y padre ejecutado, transgresora y sarcástica, protegida por el único nosferatu al que no desea estacar con sus tacones... Por sus venas corre la sangre demoníaca más seductora y peligrosa. Así como el potencial para acceder al poder del pozo de todas las almas.

**Lectulandia**

Amaya Felices

# **El pozo de todas las almas**

ePub r1.1  
fenikz 26.04.14

Amaya Felices, 2011

Ilustraciones: Miguel Regodón Harkness

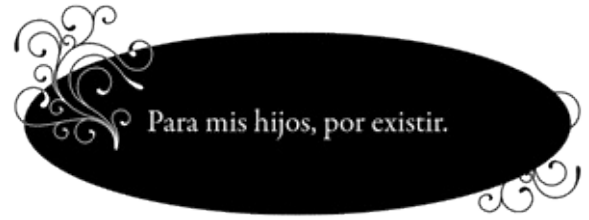
Editor digital: fenikz

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---





—Este.

Mi padre me señaló a un chico de unos diecisiete años, un par de años más que yo.

—Pero...

—No lo dudes. Te he educado bien. Es hora de que tomes tu primera comida. Acércate a él, embáucalo, y aliméntate. Será mi última lección.

No estaba segura. Ni siquiera quería, por más que el joven fuera un rubio bastante guapo. Pero yo siempre obedecía. Había sufrido en mis carnes las consecuencias de lo contrario. Así que avancé por el bar londinense hasta el chico, le sonreí, lo engatusé con la mirada y lo lleve a un reservado. Salí dos horas después. Tras descubrir los gozos de la carne y el éxtasis de tomar un alma. No podía decir que fuera duro, pues para tratarse de mi primera vez él había sido muy dulce. Pese de estar embelesado con mi cuerpo perfecto, me había desvestido despacio y había intentado ocuparse de mi antes de buscar placer. Y a cambió lo maté. La teoría es que lo *cacé*, como si fuera una presa, y cuando lo lleve a la culminación y murió en mis brazos, su alma entró en mi cuerpo. No lo besé. Fue una de las lecciones que me dio mi progenitor. Besar, amar nos hacía humanos. Los humanos eran débiles. Pero al ver su cuerpo, joven y muerto, tan lleno de vida hasta ese momento, algo se rompió en mí. Y lloré. Desesperada. Unos minutos luego. Pensé en cómo cebaría conmigo el sádico de mí tío si se llegara a enterar y me enjuagué las lágrimas. Los demonios no llorábamos y yo de manera oficial, ya era uno de ellos. Volví a la zona común del pub. Mi padre, el ser más arrebatador de todo el local, me observó, y me obsequió como un cabeceo aprobador tan solo cuando vio el aura de poder que emanaba de mí ser.

—Muy bien, hija mía, ya estás preparada para seguir sin mí. Ahora haz que tu señor se sienta orgulloso de ti.



Habían abierto una discoteca no demasiado lejos de mi casa y me apetecía probarla. Así que me duché intentando alejar los problemas del día de mi cabeza. Después me enfundé mis viejas botas, unos vaqueros y una camiseta azul claro de tirantes, y salí de casa. Como siempre que iba a un garito nuevo, el portero, una especie de armario 4x4 con cara de pocos amigos, se quedó mirando mi DNI con desconfianza.

—¿Dieciocho? ¿Seguro?

Reconocí que tenía motivos para sentirse escéptico: mi carné era falso. Pero había pagado lo suficiente por él como para que no fuese un experto pudiera verificarlo.

—Claro.

Lo miré desde el fondo de mis largas pestañas con la actitud más angelical que mis ojos azules, mis facciones de adolescente y mi melena rubia por los hombros pudieran darme. Y sabía que eso lo exasperaría aún más. Debería ser lo suficientemente madura como para no disfrutar de estas situaciones, pero no podía evitarlo. Había tenido un día malo y sabía apreciar una pequeña diversión cuando me la ofrecían. ¿Que aparentaba menos de dieciséis? Si tú supieras...

—Ya —murmuró mientras escudriñaba mi DNI como si este pudiera decirle que yo era lo que parecía, una baby con un carné falso. Por más que las curvas que ceñían mi ajustada camiseta no estuvieran de acuerdo.

Me mordí el labio en actitud insegura, y conseguí no reírme cuando no le quedó más remedio que dejarme entrar, pese a estar convencido de que le estaba dando el pego. Chico listo. Reprimí el impulso de soltar una risita de colegiala al pasar por su lado. Tampoco era cuestión de excederse.





Nada más cruzar la puerta mi cuerpo vibró con el sonido de la música. La discoteca estaba llena. Quizás pudiera desconectar un rato antes de comenzar a trabajar. Había tenido un día frustrante.

Sorteando gente sobre mis tacones de siete centímetros (junto con mi pintalabios, mi única concesión al lugar en el que me encontraba), me acerqué a la barra. Un taburete, una bebida y un poco de paz eran todo lo que necesitaba por el momento. Pero era pedir demasiado pues comencé a atraer las miradas. Nunca había podido evitarlo. Aunque no llevara maquillaje, vestido ni minifalda, sino tan sólo unos vulgares vaqueros, las atraía igual. Mis ojos eran de un atípico azul claro, mi cabello lucía siempre muy brillante, mi piel demasiado perfecta... y, sobre todo, siempre me habían dicho que poseía un *algo* que me hacía provocativa de un modo sexual. A mi padre le pasaba lo mismo, cuestión de genética. Si quería paz, debería haberme quedado durmiendo en mi cuarto.

Al cabo de unos minutos, comenzaron a acercarse. Como pude, fui rechazando de un modo más o menos amable todos los intentos de conversación hasta que, cansada, me dirigí a la pista de baile y justo cuando comenzaba a moverme al son de la música (para mí, el ir sola a un bar nunca había sido un problema), una mano sujetó mi brazo.

—Esta es tu noche, preciosa —susurró una voz seductora en mi oído.

Sí claro, mi noche, seguro... Sobre todo si no me dejaban tranquila.

Me giré para soltarle una lindeza nada cortés. Me estaba mirando como si yo fuera un aperitivo y esta fuese de hecho *su* noche de suerte. Normalmente, eso habría incrementado la rudeza de mi contestación de un «*te has equivocado de esquina*» a un «*¿Quieres la denuncia por abuso ahora o cuando te haya machacado las pelotas de una patada?*». Tampoco podía evitarlo, tener poca paciencia y poco talento también era genético. Lo heredé de mi madre. O eso decía mi padre, pues la asesinaron al poco de nacer yo por meterse en líos.

En todo caso, parecía que en cierto modo sí iba a ser mi noche de suerte. Al mirar a los ojos a ese tío pesado me quedé colgada de su mirada, enganchada como si él fuese el centro de mi mundo y yo no pudiera más que caer a sus pies como una boba enamorada. Oh, reconocía esa sensación de flotar y de dejarse llevar por el primer amor. Era sencillamente maravillosa.

—Sí —le dije sonriente—, es mi noche de suerte.

Y él se inclinó y me besó con suavidad. Mis rodillas temblaron. A continuación me tomó del codo y me guio hacía la calle.

El portero lo miró mal cuando salimos. ¿Cómo se atrevía a juzgar a mi amado? Le habría dicho algo grosero, pero era demasiado delicioso limitarme a avanzar pegada a su cuerpo. Nos alejábamos de la gente que disfrutaba de la noche veraniega en la puerta de la discoteca. En seguida noté a dónde me llevaba, a un parquecillo

cercano a donde muchas parejas, amparadas por la oscuridad, se besaban. Aunque yo sabía que él buscaba algo más. Y él no sabía que yo lo sabía. ¿Pero cómo iba a saberlo? No era vidente, tan solo un vampiro.

Solté una risita estúpida. Atontada por su hechizo de seducción que era el típico modo que tenían de cazar, no me resultaba difícil parecer una quinceañera. Me guio al rincón más oscuro, enredó sus dedos en mi cabello y me besó. Esta vez con lengua.

En fin, yo sabía lo que pretendía. Consideré si permitirle el polvo que tanto les gustaba a los de su calaña antes de beberse a sus víctimas. En otras circunstancias lo hubiera hecho. El sexo, cuando estabas inducida de manera mágica a creer que él era tu dios, solía ser explosivo. Sobre todo conmigo. Aunque haberme encontrado al vampiro cuya guarida me había pasado todo el día buscando en vano me había puesto en una actitud puñetera y cabrona. Y eso que, encontrarlo, en realidad no había sido tanta casualidad, pues un chivatazo me había indicado que con toda seguridad estaría allí. Pero qué se le iba a hacer, me hubiera gustado bailar y relajarme un rato antes de pasar al trabajo. Así que, injusta y molesta por lo inoportuno que había sido, saqué mi daga de la bota y se la clavé en el pecho. En el lugar exacto donde le dolería. Podía amarle, pero no era un idiota.

—Pero que maaala suerte —ronroneé, disfrutando de su expresión de sorpresa—. Ves a una chica cuya belleza te llama, tu libido te susurra sobre mi cuerpo y mi sangre..., y resulta que te sale el tiro por la culata.

Con una estaca de madera los matabas. Con un metal los inmovilizabas totalmente. Justo como a mí me gustaba. No me engañaba: yo era fuerte, pero no podía con uno de ellos a no ser que lo debilitara la luz del día o que no estuviera pensando precisamente con la cabeza. Lo cual, por cierto, ocurría a un elevado porcentaje de las veces cuando había hembras cerca.

Lo miré con descaro y cambié mi tono de voz a un registro más duro.

—Los niños, ¿dónde los guardas?

—No te diré nada, zorra —escupió en mi cerebro con su habilidad telepática.

—Pobrecito, ¿no puedes moverte? —retorcí el cuchillo. No fue sádico, al menos no demasiado. Quería saber dónde ocultaba a los niños que había raptado como tentempiés de la fiesta que pensaba dar.

—Libérame.

Sentí el impulso de hacerlo. Lo resistí.

—Hummm, déjame pensar... No. Lo siento, chico, pero como deberías haber notado cuando no caí rendida ante tus encantos, no soy humana. Ni menor de edad ya que estamos.

Lo cierto era que me había dejado hipnotizar de modo parcial, lo justo para que me creyese suya sin dejar de pensar por mí misma.

—Sí —continué ante su silencio. Por fin pareció darse cuenta. Normal, las de raza

mezclada éramos bastante raras y mi caso era único—, solo mi madre era humana. Y tú piensas demasiado con tu segundo cerebro como para haberlo notado. Claro que, siendo medio súcubo, puede que yo tenga la culpa de ello —le sonreí, lasciva.

—No puede ser.

Con el corazón atravesado por mí y aun así no me creía. Vampiros...

—Sí puede.

Comenzaba a aburrirme, ¿es que siempre tenía que ir explicando que mi padre cometió la debilidad de enamorarse de mi madre y por eso no le robó el alma tras llevarla al éxtasis?

—Pero eso no te importa —continué—. Y ahora habla, o voy a recordar que fueron los de tu especie los que mataron a mi madre.

—¿Quieres venganza?

Pude imaginar cómo su cerebro barajaba datos del estilo de «¿Matar nosotros?, el consejo» o de «no entiendo cómo ha podido ocurrir». Y si me era sincera yo tampoco.

«¿Ser tan débil como para amar a tu comida y ser condenado así a finalizar tu vida eterna? —pensé—. Ah, papá... Nunca conseguiste que lo entendiera».

—¿Venganza? —repetí—. No, eso ya lo hice. Y se me dio tan bien que en vez de castigarme ahora me pagan por entregar a los que desafiáis al Consejo. ¿Es que no sabes que esas fiestecitas están prohibidas porque cuesta explicarlas ante la población humana? Así que, si deseas que te entregue de una pieza, comienza a decirme dónde los guardas.



Silencio en mi mente. Esto era lo malo de parecer un juguete sexual. Por mucho que te pusieras sería nunca te hacían caso. Y no sería porque no lo hubiera intentado a menudo en mis cincuenta y cuatro años de vida. Saqué una pequeña sierra de la otra bota y comencé por su mano derecha. Asqueroso, lo sabía era la primera a la que se le revolvía el estómago. Pero para ser medio demonio no tenía mucha más fuerza que un humano varón bien musculado. Lo de arrancar miembros era un mito. Mis habilidades eran más bien del tipo nublar mentes y robar almas para alimentar mi juventud. El típico rollo del éxtasis a cambio de tu vida. Lo cual hacía de vez en cuando. Salvaría niños, pero no era una santa. Tan sólo algunas veces mi parte materna me hacía demasiado humana.

Estaba a la mitad del segundo brazo cuando me dio la dirección. No me engañaba. Sabía que regeneraría. Pero también que le dolía. Y que los del Consejo acabarían con él. Saqué mi móvil y marqué el número de mi contacto. Otro vampiro; pero por lo menos, como miembro del Consejo, no provocaba baños de sangre

innecesarios. En vez de eso mantenía una civilizada corte de humanos de la cual se alimentaba. Encantador, ¿verdad?

Para que luego me llamaran a mí demonio.

—Lo tengo. Parque oeste —le dije en cuanto descolgó.

Cuanto más breve mejor. Sabía que cuando yo fuera más una molestia que otra cosa él acabaría conmigo. Y lo disfrutaría, seguro. Pero por el momento le hacía el trabajo sucio.

—Van a buscarlo. ¿La dirección de su casa?

—Yo me encargo —cruce los dedos.

¿Sería hoy ese día? Pretender salvar a tantos niños era salirme un poco de mi cuota habitual de *irritante*. Pero no podía evitarlo, a veces era tan propensa a meterme en follones como mi madre, ¿había dicho ya que esos líos por los que la asesinaron fueron la consecuencia de no querer separarse de mí? ¿Que su *poco talento* fue protegerme? Si el amor te hacía débil...

Pero alguien tenía que frenar a esos cabrones del consejo incluido. Era una pena que yo no tuviera los recursos necesarios, porque agallas no me faltaban, y tampoco tenía nada que perder.

—Tú te encargas... —sonó molesto—, sabes que no nos gustan tus métodos. Sería más limpio reubicarlos entre nuestro ganado.

—Cazo al vampiro malo, libero a los niños. Lo sabes y tú me llamaste.

—Querida, sabes de sobra que eres el cebo perfecto, un *sex-appeal* de súcubo en una inocente envoltura humana —por el tono de su voz parecía recreándose en mi imagen—. Estaba claro que lo ibas a atraer como la luz a las polillas.

Su enfado se mezcló con risa y deseo. Por lo visto, hoy no sería ese día.

No sabía si sentirme aliviada o decepcionada. Por algún motivo, con Casio me gustaba apostar duro.

—Me alegro de ser útil.

—Podrías serlo más si quisieras... —su voz fue suave e invitadora.

Mierda. Incluso por teléfono lograba que mi cuerpo se tensara, expectante.

—Bien... —accedió—, te dejo que soluciones tú lo de los niños. Ya he ingresado tu paga por el rebelde.

—Un placer servirte... Cazando —dejé que mi voz se cargara de deseo en un juego de insinuaciones.

Vale, si seguía viva después de esto sí que era mi noche de suerte. ¿Cincuenta y cuatro años y todavía no era capaz de controlar mis hormonas cuando se trataba de Casio?

—Tranquila —noté la diversión en su tono—, el placer será mío algún día.

Y colgó. Me dejó con una sensación de miedo que recorría mi columna. Nada como recordar quién era el predador más fuerte. Cuando llegara ese día se iba a

cobrar todas las deudas pendientes conmigo, y no era el tipo de hombre que no hubiera hecho sus deberes sobre los modos de matar a un súcubo. Claro que, yo también había hecho los míos y guardaba un par de ases en la manga. En todo caso, como caza recompensas, no esperaba una vida larga. Para haber nacido medio humana tenía demasiada fe en la muerte. Aunque en la de otros demonios, claro. Cuestión de carácter. Por más que esas lascivas sanguijuelas se empeñaran en creerlo, podía parecer perfecta, pero nunca había pretendido serlo.



Tenía que ser puñetero morirme y descubrir que hasta los vampiros contaban con leyes, ¿no? En fin, yo vivía de eso. En España. Una mercenaria, como mi padre me había enseñado. Algunos no poseíamos el carácter para llevar existencias plácidas recreándonos en el erotismo. O eso o mi padre había decidido evitarme las tentaciones que acabaron con su vida. Y no le fue fácil, pero como era medio humana consiguió que su Señor me permitiera trabajar por libre dedicándome a lo que yo quisiera.

Menos mal, mejor ni imaginarme lo que habría sido mi vida si hubiera tenido que ir por ahí seduciendo humanos para alimentarlo o cualquier otra actividad propia de sus súbditos, como controlar que los demonios-esclavo no corroyeran los muebles de palacio con su baba viscosa mientras limpiaban el polvo. Una ocupación, por cierto, tan absurda como cualquier otra. Para que luego se preguntara Casio por qué yo prefería el mundo humano a mi propio y grotesco plano demoníaco.

En todo caso, súcubo o no, comenzaba a estar cansada. Lo cual era lógico tras un agotador día de buscar la guarida del vampiro *malo* en vano. Me lo podría haber ahorrado si me hubiera ido de caza desde el principio, pero no me gustaba eso de ser el cebo: me hacía sentir indefensa.

En fin. Ya sólo quedaba lo fácil. Forzar la cerradura, sacar a los niños del sótano o de dondequiera que los escondiese, nublarles la mente con mis poderes y dejarlos en la puerta de una comisaría sin que recordaran qué les había pasado. No era mucho. No me extrañaba que los vampiros prefirieran meterlos entre su *corte* de complaciente ganado. Pero tampoco era algo que apuntara a la existencia de otros seres en la noche. Siempre había habido un fuerte componente paranormal en Europa. Los vampiros eran simplemente los más organizados, los que nos dirigían a todos.

Así que me acerqué a la casa, un bonito edificio unifamiliar en una urbanización de las afueras, y me apoyé en la verja. Un poco alta para saltarla, no podía con más de metro y medio. Lo mejor sería forzar la puerta. Y cuando me encontraba intentándolo ganzúa en mano, lo noté. El jardín, grande y con varios árboles, estaba demasiado silencioso. Se oían los sonidos propios de la noche procedentes de todas partes menos de allí. Suspiré. No iba a ser tan fácil, estaba vigilado. Mierda. Me veía yendo a casa para armarme mejor. Aunque primero pensaba averiguar a qué me enfrentaba.

—Licántropos —susurró una voz en mi mente—, dos.

Joder... conocía esa voz. Pertenecía al tipo de hombre capaz de volver loca a cualquier súcubo que se preciara: alto, masculino, poderoso. O al menos lo haría si todavía tuviera un alma que poder robarle.

—Hola, Casio —le contesté en voz baja, sin girarme.

Ya era bastante malo tenerlo allí y notar la calidez de su pecho pegado a mi espalda como para encima mirarlo.

—¿Has venido a decirme que hay dos perritos guardianes? —le pregunté, irónica—. Qué amable de tu parte.

—Sí, bueno, el interrogatorio ha sido bastante rápido y he pensado que quizás necesitabas ayuda —esta vez habló, susurrando en la sensible piel de mi nuca.

Me estremecí, mi parte no-humana anhelando el placer que él podría darme. Menos mal que aún me quedaba medio cerebro para contenerme. No me apetecía acabar como una caja de sangría agujereada. Este vampiro era demasiado viejo, demasiado poderoso como para poder con él aun cuando la lujuria lo debilitara. Y considerando el autocontrol que le habían dado los años, dudaba que lo fuera a debilitar mucho, si de verdad le atraía y no sólo se divertía asustándome, claro.

—Gracias pero creo que puedo sola.

—Esta es gratis, cielo.

Me cogió de la muñeca y me obligó a girarme, sus labios a pocos centímetros de mi boca. El poder que emanaba de su cuerpo me envolvía de un modo más seductor que la cercanía de sus músculos. Y sus ojos. Sus ojos eran de un azul tan intenso como el mío, pero con ese brillo rubí que indicaba que el vampiro estaba excitado, o hambriento. Y desde luego no quería saber cuál era la respuesta. Por suerte no intentó hechizarme. Habría caído como una idiota.

—Aunque si quisieras envejecer unos cuantos años tu aspecto te lo agradecería —continuó acariciándome con su voz—. No soy de los que les gustan las niñas.

¿Envejecer unos años? Fácil, un tiempo sin almas y ya estaba. Pero a diferencia de los súcubos e incubos de verdad, yo no era inmortal. Cuando envejecía no podía volver atrás. Por eso me había plantado donde me había dejado mi padre, en los quince. Buena edad para comenzar a matar y para quedarme allí por toda la eternidad. Además, así cuando me tiraba a un humano no me sentía propensa a enamorarme ni

tampoco demasiado culpable, pues mis presas no eran jovencitos inocentes. Y como cazarrecompensas esta edad era perfecta. Me daba una candidez que, mezclada con mi atractivo de súcubo, era como una bomba sexual capaz de atraer a cualquier vampiro. Incluso a él, por más que dijera.

—Vamos, no me lo pongas tan fácil —se burló—, puedo leer tu cara; estás deseando agradecerme, no te engañes.

Sentí como se tensaba su cuerpo; sus labios se acercaron aún más, como si fuera a besarme.

«Maldito chupasangres —pensé—, debería estar prohibido que alguien tan poderoso jugara sucio. Como si no te bastara con chasquear los dedos para tenerme».

—Solo unos años —continuó susurrándome su boca, que casi rozaba la mía.

Con ese aliento embriagador, quizás hasta pudiera seducirme sin magia. Pensar que eso me convertía en una mierda de súcubo me ayudó a no besarle. Debió de ver la determinación en mi rostro.

—¿No?, otro día será, preciosa. No es que a mi lado no seas una niña de todos modos, pero preferiría que físicamente fueras toda una mujer.

Se apartó como si en realidad no le importara, y dejó correr el aire, doloroso, entre nosotros. Mi corazón se paró un segundo, contrariado.

Eso sí que me dio fuerzas, hasta para moverme. Me alejé dos pasos de su lado. ¡Será chulo! Yo era más mujer de lo que sería nunca ninguna débil humana que hubiera tomado. Mierda. Me estaba cabreando. Casi olvidé que enfadarme se le daba muy bien y le divertía. No iba a permitirle también ese pequeño placer.

—¿Me ayudas gratis? ¿Todo un agosto miembro del Consejo? —ironicé—. ¿No tienes nada mejor que hacer con tu tiempo?

—Créeme —me aseguró mientras me volvía a taladrar con su mirada y disolvía mi seguridad recién recuperada—, es más divertido ver cómo intentas molestarme. Mucho más.

Y tras guiñarme un ojo (¡¡¡un ojo!!! ¿Es que sus más de dos milenios de vida no le habían enseñado algo de seriedad?), se disolvió en un borrón de velocidad que desapareció en el jardín para volver a aparecer casi al instante con dos corazones palpitantes en las manos.

—¿Necesitas algo más?

Odiaba cuando hacía eso.

—No, muchas gracias —debería sentirme abrumada y en vez de eso el disgusto se notaba en mi voz.

—No hay quien entienda a las mujeres —comentó en un tono indolente que no le pegaba—. Antes las damas se sentían agradecidas de verdad cuando las salvaban.

—Época equivocada —sonreí sin poder evitarlo.

Si olvidabas que era un demonio extremadamente poderoso y seguro de sí mismo,



y si conseguías que eso no te asustara o te irritara, estaba claro que poseía cierto atractivo.

—Quizás deberías rescatar a vampiresas que recuerden esos tiempos de damiselas en apuros. A lo mejor también hasta recuerden cómo agradeceréte —le comenté.

—Pero, querida —ronroneó. Y consiguió sonar peligroso—, ellas me temen demasiado o, peor aún, intentan seducirme para influir en el Consejo —amagó un bostezo—. Ninguna es tan divertida como tú. Ni poseen tus ventajas de mestiza.

Y tras encenderse sus ojos en un rojo intenso y sonreírme lo justo como para dejarme entrever el blanco de sus colmillos, desapareció de repente.

«¡Joder! —pensé, todavía vacilante ante su proximidad—. ¿O sea, que ahora soy un divertido tentempié humano con habilidades de puta?».

Si no fuera porque aún me costaba respirar tras haber sobrevivido a otra de sus extrañas visitas, soltaría un juramento.

«¡Será pagado de sí mismo! Y encima pretende que me entregue voluntariamente. ¡Já! Antes se helaría el infierno».



Farfullando por lo bajo, recogí los pedazos de mi vapuleado orgullo femenino y acabé de forzar la cerradura. Por orgullo me refería al heredero de mi madre, porque mi parte súcubo estaba encantada de haber atraído la atención de alguien tan poderoso; la muy idiota, como todos los demonios, aún pensaba que era ella la que iba de caza. Podía jurarlo, si Casio aún tuviera alma no habría podido hacer nada contra mis instintos desde el primer momento. Le habría puesto la comida en la boca. Quién sabe, quizás hubiera sido lo mejor. Con seguridad le habría aburrido y habría pasado de mí. Fruncí los labios en una mueca contrariada y recorrí el jardín. Bonita decoración, por cierto. Si te gustaban los pedazos de hombre lobo, claro.

Forcé la puerta de entrada y busqué la bodega. Allí estaban encerrados los niños. Típico, morir no mejoraba la imaginación. Me acerqué con lentitud a los pequeños, sonriendo con toda la amabilidad que era capaz (que no era mucha) y asegurándoles que todo había pasado. Una vez hube calmado su miedo, comenzaron a llorar. Pobrecitos. Supuse que algún día yo estuve tan indefensa como ellos. «Ah, madre... —pensé—, ¿por eso no quisiste abandonarme?». Suspiré. En fin, divulgando no iba a llegar a ninguna parte. Así que dejé que mis cuernos (grandes, curvados, exóticos) crecieran entre mis rubios cabellos y antes de que pudieran darse cuenta los hechicé. Era una pena que los poderes mentales no sirvieran con la mayoría de los vampiros, harían mi trabajo mucho más sencillo. Siendo otra vez la yo pragmática, nublé sus recuerdos y los dejé a las puertas de una comisaría. Me fui tras comprobar que sus lloros atraían a los guardias.

A continuación volví a casa y puse en marcha la cafetera para que se fuera calentando mientras me daba una ducha. Eran casi las ocho de la mañana. Pronto abrirían los bancos y yo quería comprobar que mi dinero estaba ingresado antes de acostarme. Y sin sueños. Aunque suponía que eso resultaría difícil después de haberlo visto otra vez en persona. A mi puñetero vampiro favorito. Tan magnífico e irritante como aquella primera vez, cuando consiguió que el Consejo me permitiera cazar para ellos en vez de matarme. Contrariada por el estado anhelante y melancólico en el que me sumía pensar en él, recordé dos cosas que siempre decía mi padre: «*No confíes nunca en un vampiro (¿o era una humana?) y deja que sea tan sólo el dinero lo que te quite el sueño*». Qué pena que se hubiera dado cuenta cuando ya era tarde para él. En fin, a comprobar el ingreso en mi abultada cuenta corriente, que para no tener pesadillas, ni de Casio ni de súcubos tan blandas que se perdían a sí mismas por tener una alma demasiado débil, nada mejor que el dinero. Al fin y al cabo, por eso lo hacía. Era una mercenaria. Nada que ver con mi parte humana.



Debí de dormir más de dos días seguidos. Las razas de la noche apenas lo necesitaban, pero mi sangre mestiza me jugaba malas pasadas, y me caía de sueño y cansancio cada vez que usaba mis poderes. Mire el reloj. Las tres de la madrugada. Perfecto. Buena hora para ir de caza. Qué pena que no existiera una especie de Telepizza para súcubos donde te llevaran el desayuno a la cama. Había demonios que lo hacían, pero yo era selectiva con mis presas: no atacaba al pobre repartidor de pizzas. Así que, a diferencia de hacía tres noches, me vestí para comer. Elegí unos de esos conjuntos de top y minifalda que llevaban algunas quinceañeras cuando querían parecer mayores y provocativas, quizás algo busconas. Poco más que un par de cinturones de tela. Y, por supuesto maquillaje, pendientes grandes y un buen par de tacones de aguja: mis viejas botas. Podrían parecer un poco «retro» para mi look de adolescente rebelde, pero yo nunca salía sin armas. Una chica nunca sabía qué tipo de criaturas acechaban en la noche. Ni siquiera siendo una de ellas.

Fui a un bar del centro, elegido al azar y bien alejado de la zona de mala muerte donde vivía. Aunque dudaba mucho que la Policía llegara a interpretar a mis presas como víctimas de un asesino en serie. ¿Qué iban a decir? ¿La asesina los mataba follando? Me imaginé el cachondeo en los titulares de los periódicos. En fin, cuando alguien moría porque su corazón se paraba en ciertas circunstancias, la familia no solía darle publicidad. Sobre todo si ese alguien tenía esposa y no estaba precisamente con ella en el momento final.

Nada más ver la clientela del local, supe que había acertado. Una cosa era informarte por Internet del tipo de público que iba a un garito, y otra era que fuese verdad. *Moviéndome como la chica insegura que se hacia la dura*, me dirigí hacia la barra y me senté en un taburete. Saqué un cigarrillo. Por el rabillo del ojo comprobé

que tenía a varios posibles aperitivos tanto a las tres como a las nueve. Saqué un mechero rojo, bastante estropeado, con el dibujo de una calavera negra. Intenté dos veces encenderlo sin éxito. A la tercera, una llama captó mi atención: ardía justo al lado del cigarrillo que yo sujetaba con los labios. Bingo. El de mi derecha se había acercado.

Prendí el cigarro y aspiré el humo con nerviosismo. Aunque no sabía para qué seguía fingiendo. El tío era un cincuentón que podría haber sido mi abuelo si yo tuviera de verdad quince años. Llevaba una marca de sol en el lugar del anillo de matrimonio, ese que tenía toda la pinta de haberse metido a toda prisa en el bolsillo. ¡Qué asco! Quizás debería reformar mis hábitos alimenticios. Pero mi parte humana prefería matar adúlteros con inclinaciones pedófilas antes que un hombre como dios mandaba. En fin, menos mal que era la parte súcubo la que iba a cumplir todas sus perversiones antes de que accediera a darme su alma.

«Su alma —pensé distraída—, como quien promete amor eterno. Inocentes. Casi merece la pena lo que tengo que hacer sólo por ver sus caras cuando comprenden que es de verdad. Y mira por donde, de eso si que disfruto».

Seguí con una sonrisa su patético intento de ligar, sin hacerle mucho caso. («*Puedes quedártelo, tengo más*», «*¿Vienes mucho por aquí? Porque yo sí, y estoy seguro de no haberte visto antes, seguro que te recordaría, con lo guapa que eres*»). Más bien me dedicaba a pensar en mis cosas y, sin darme cuenta, me fijé en algo muy curioso. Uno de los chicos del fondo, de hecho los únicos clientes del bar menores de cuarenta, no dejaba de mirarme. A ver, estaba acostumbrada a que atrajese la atención masculina, pero de normal no me miraban así, como si yo fuera un bicho raro. Y no era que no lo fuera, pero lo disimulaba muy bien.

«Aunque, quién sabe» —pensé—, «quizás debería ponerme un cartel que dijera “*Soy medio súcubo, llámame si quieres morir*”. Igual hasta me montaba mi propio servicio de catering a domicilio».

El joven aparentaba estar al final de la veintena, era rubio, ojos verdes (mi vista era muy buena), buenos pómulos y aún mejores bíceps. Hum... podría darse la vuelta. Llevaba una camisa oscura, de manga corta, con un par de botones desabrochados, y me miraba fijamente. Le sonreí, dejé que aflorara mi naturaleza depredadora, una de esas sonrisas que hasta a mí me helarían la sangre. Vi cómo su expresión y sus ojos cambiaban por unos instantes, como si hubiera confirmado algo. Después se giró y se fue. En efecto, tenía un buen culo. Mi primer impulso fue correr tras él, sortear a la gente que nos separaba y alcanzarlo antes de que saliera a la calle. Pero entonces noté cómo el pervertido me cogía del brazo.

—¿No pensarás marcharte tan pronto?

«¡Sí!», estuve tentada de gritarle. Volví a mirar hacia el chico misterioso, pero ya se había ido. Así que, tal y como lo veía, dos opciones: investigación con el estómago

vacío, o comida. Elegí comer. Era una chica de necesidades sencillas.

—Claro que sí —me acerqué hacia él. A la mierda fingir lo que no era. Este ya no se me escapaba—, pero contigo.

Y tras guiñarle un ojo liberé mi brazo de un tirón y me dirigí a la salida, sabiendo que mi cuerpo perfecto, el meneo de mis estrechas pero sensuales caderas, serían suficientes señuelos.

Puede que hubiera cosas en la noche que era mejor no conocer, pero por suerte las sencillas seguían dando buenos resultados. Quizás algún día, el amor de mi padre por mi madre, ese que lo había condenado a muerte, ese que me había permitido nacer, sería lo único que me quedaría para mantenerme humana. Pero ahora, tocaba comer.



—¿Marta? Soy yo, Violeta.

Si delicada como una florecilla, que nadie dijera que mi padre no tenía sentido del humor.

—Violeta, ¿sabes qué hora es? —sonó su voz al otro lado del teléfono móvil.

—Sí —comprobé mi reloj—, las tres de la mañana.

—¿Nunca te he dicho que a las brujas nos gustan que nos dejen dormir?

—¿Y yo que tus amenazas siempre empiezan igual? —le contesté, divertida.

Estaba al lado del cadáver, todavía desnuda, con mis cuernos, que brillaban exuberantes después de haberme saciado y fumando un cigarrillo. Podría ser un tópico, pero me gustaba hacerlo y sabía que no me iba a matar. Y si no fuera por el tabaco, cualquiera diría que estaba en mi plano demoníaco disfrutando de una buena comida.

—De acuerdo —la oí suspirar—. Supongo que esta vez tampoco puede esperar hasta mañana.

—No. He ido a la casa del tipo porque se suponía que su mujer estaba de viaje, pero parece ser que sospechaba que él le era infiel y la tengo en el salón dormida.

—¿Te ha visto?

—No, la he hipnotizado justo cuando abría la puerta del dormitorio. Menos mal que no nos ha pillado en plena faena como pretendía. Cuando me vaya la despertaré y dejaré que entre y encuentre el cadáver. Y que saque sus propias conclusiones.

—Vale, la tarifa de siempre para eliminar tus huellas, más un treinta por ciento por poner unas falsas en el cuerpo de tu tentempié y por su ropa y la casa.

Los súcubos de verdad no dejaban rastro. A veces ser una mestiza era un asco. Y caro.

—Bien. Asegúrate de que esas huellas no sean de nadie de este siglo.

Me iba a costar aún más dinero, pero lo prefería antes de que culparan a alguna

inocente de haberse acostado con un casado y huido cuando este hubiera muerto durante el sexo. Algunas brujas de clanes muy poderosos, no era el caso de Marta, podían viajar al pasado y hacerse con valiosos suvenires, como huellas dactilares de personas imposibles de encontrar por la Policía, que luego vendían a precio de oro.

—De acuerdo, llego en media hora. Dame tiempo para un café rápido. Si no fuera porque te conozco desde hace mucho, te cobraría tarifa nocturna.

—Gracias, Marta. Sabes que sólo te llamo a ti.

—Lo haces porque te encanta meterte conmigo, confiesa.

—No, por el descuento.

Le sonreí. Aunque ella no podía saberlo.

—Anda, dame la dirección.

—Avenida Colombia, número cuatro, tercero D.

—Hasta ahora, Violeta.

Violeta. Ella sabía que como demonio yo tenía otro nombre, uno que si se pronunciaba entero tenía poder sobre mí. Por supuesto, nunca se lo había contado.

—Date prisa.

Me colgó. Podía ser una de las brujas más blandas que había, pero no por eso dejaba de ser peligrosa. En fin, dos mil euros de lo que cobraba otro día que iba a tener menos. Si fuera un súcubo de verdad no tendría estos problemas. Claro que entonces no me afincaría en una ciudad, el rey no me habría dejado. Viviría en la dimensión de mi señor y respondería únicamente ante él, comiendo sin remordimientos lo que me placiera («hum, a quien me placiera.»), siempre que le pasara puntual su parte. Y encima podría hacerme intangible para entrar en las casas y comenzar a tentar a las presas incluso desde sus sueños. Y en vez de eso, tenía un cuerpo físico humano, y ya estaba. Nada de desmaterializarme en espíritu. Ni de cambiar de apariencia. Y encima, si no comía con regularidad envejecería e incluso acabaría muriendo. Bueno, vale si un súcubo o ícubo tampoco lo hacía, se volvía cada vez más débil y el rey se cabreaba porque no le pasaba su porcentaje de energía espiritual humana. Pero, aparte de eso, no podían morir, excepto por la mano de demonios muy poderosos. De hecho, si no fuera porque los vampiros del Consejo se contaban entre estos, ellos y muchas otras criaturas de la noche estarían desatados y los humanos acabarían sospechando de nuestra existencia. Lo que me faltaba, tener que agradecer algo a esa pandilla de colmillitos engreídos. Pero lo cierto era, que si no fuera por sus leyes, el Orden con el que dominaban la noche, el submundo sería un caos y estaríamos en guerra abierta con los humanos.

Y en cuanto a lo de mi inquina particular con los vampiros. Digamos que no les culpaba por obligar a mi padre a nublar la mente de mi madre para que se olvidase que yo existía. Qué iban a hacer si nuestro propio rey hacía que no sabía nada del tema (mandar a matar a tu hijo nunca era agradable). No, no culpaba al Consejo de

chupasangres. No podían dejar a una cría de súcubo suelta para que hiciese de las suyas. Ni asesinarla para evitar el problema. Porque yo era más que humana, no me podían matar sin causa: la ley vampírica, su *Orden*, no lo habría permitido. No los odiaba por otra cosa. Y aunque ya había hundido los tacones de acero de mis botas (de modo literal) en los corazones de los que lo hicieron, no por eso dejaba de detestar —de un modo irracional, lo sabía— a todos los vampiros por asesinar a mi madre.

También a ti, mi puñeteramente sexy Casio.

«Y sí, soy nieta del rey de los súcubos, y no es ningún secreto —pensé desafiante—, ¿a que apesta?».



Una vez que Marta hubo acabado de limpiar todo, desperté a la mujer y me fui a mi casa, sus gritos sonando de fondo. No tenía tiempo para lamentaciones humanas, sobre todo si eran por un tipo que no las merecía. Y deseando llegar cuanto antes, no presté a la noche atención que se merecía, y entonces sentí el golpe.

A través del velo de sangre que fluía de mi frente contusionada y herida, pude contarlos. Eran cuatro. Armados con bates y navajas. Sonreían de mala manera, con esa confianza que da el lograr victorias fáciles una y otra vez. Tres eran humanos y el otro un demonio menor que se alimentaba de carne humana y de violencia. En cuanto a mí, estaba tirada sobre un montón de basura en uno de los callejones que acortaban el camino a mi casa.

«Joder, seré imbécil» —me recliné—. «Seguro que voy a tener que comprarme ropa nueva después de esto. Con lo poco que me gusta ir de tiendas».

Supuse que debería haberles avisado con algo del estilo «*chicos, largaos si no queréis acabar mal*». Pero para qué, se me habrían reído en cara. Yo la jovencita adolescente con un cartel de Róbame-O-Viólame en la frente, diciendo a cuatro delincuentes hechos y derechos que se asustaran de mí. En fin, ahogando un suspiro me incorporé como pude (¿he dicho ya que estaba tirada sobre alimentos podridos y orines de dudosa procedencia?) y cogí un pañuelo limpio del mini bolsillo que llevaba en la falda para apretarlo contra la herida de mi frente.

—Cada día las hacen más idiotas —se carcajeó uno de ellos—, mira cómo intenta quitarse la sangre en vez de echar a correr.

—A lo mejor es que le gustan que la rajen.

El demonio, expectante, se acercó empuñando su cuchillo. Mi parte humana se estremeció asqueada. Joder, menos mal que estoy yo para impedir que estos tipejos vuelvan a matar. No es que así redima a mi mitad demoníaca, pero me hace sentir mejor.

Ni lo vio venir. En un instante estaba allí la tierna muchachita herida, mirándolo con ojos desbordados de terror (¡gracias, papi por las lecciones de Cacería 101!) y al instante siguiente una mano pequeña pero fuerte había agarrado su muñeca y desviado el arma de mi pecho, al tiempo que, de una patada, mi tacón favorito de acero se clavaba justo en su corazón.

Con rapidez desclavé la bota, me incorporé y saqué un cuchillo de la otra. Y con un movimiento fluido lo decapité. Eliminado el único que podría haber supuesto un problema, me coloqué en la postura de combate Gunnun Sogi (al menos todo lo que me dejaban mis tacones), preparada tanto para defenderme como para pasar al ataque. Los miré irónica, ¿cuál de los tres iba a tener los huevos de venir a por la niña?

Sus caras reflejaron el paso de la sorpresa a la rabia. Supongo que debía de impresionar, mi cuerpo en tensión con la pierna de delante flexionada y estirada la de detrás, cuchillo en mano, salpicada la piel desnuda de mis hombros, estómago y rostro por sangre que ya no era la mía. Y eso sin olvidar mi pelo casi plateado, que me enmarcaba con un aura fantasmal. Noté cómo la excitación de la pelea tornaba ambarinos mis ojos, lo que revelaba parte de mi naturaleza demoníaca, me lamí los labios, más para intimidarlos que para degustar a mi presa.

—Buenas noches, caballeros —dije con mi voz musical enronquecida por la sed de muerte que solía despertárame en momentos como este— ¿quién va a ser el primero?

Ni se lo pensaron. En medio de un grito furioso se abalanzaron sobre mí. Lo que yo decía. A veces donde sobraba testosterona faltaba cerebro. Era una pena que solo fuera a veces.

No duraron ni veinte segundos.

Uniendo mi velocidad y fuerza aumentadas (que aunque no lo estuvieran mucho, para luchar contra humanos eras más que suficiente) al taekwondo que me había enseñado mi padre y a mi naturaleza predadora, fui como un torbellino que sesgaba raudo sus existencias mientras sus golpes se quedaban en nada. Y cuando acabé, mi cuchillo chorreando un rojo viscoso, llena de euforia de haber cobrado otras vidas por la mía, no pude evitar que mis cuernos crecieran, y grité. Sí, grité. Sabía que arruinaba totalmente mi imagen de niña bonita. Pero es lo que era. Un demonio. Una criatura de la noche, más allá de toda redención. Y rodeada de los cuerpos desmembrados de mis enemigos.





Cubierta de sangre y todavía recordando el fiasco de la esposa, llegué a casa deseando meterme bajo la ducha (ciertas comidas la dejaba a una con ganas de lavarse). Me dirigía hacia mi cuarto de baño, espacioso y de tonos azules, cuando lo vi.

Estaba apoyado contra el marco de la puerta, en actitud indolente, su pelo oscuro peinado hacia atrás con un corte moderno que para nada pegaba con la austeridad del traje negro que llevaba. Y hablando de trajes, había hombres que parecían haber sido diseñados para rellenar cada pliegue de tela con un cuerpo masculino y poderoso. Tuve que cortar mis pensamientos, por muy buenos hombros que tuviera, no era un hombre, sino un vampiro. Y yo odiaba a los vampiros. Aunque con este en concreto a veces fuera difícil recordarlo.

—Hola, Casio —lo saludé como si nada, impidiendo que se notase en mi voz la alegría irracional que una parte de mí sentía al verlo. Yo también sabía jugar ese juego.

—Qué poca efusividad. ¿Es que no te gusta la moda de saludar con dos besos de esta época?

—No cuando a quien saludo le gustaría dármelos en el cuello.

—Ah. Violeta. Siempre tan atrevida.

Se separó de la pared y avanzó un paso hacia mí. Contuve el aliento.

—¿Qué quieres? —lo interrumpí, entre anhelante, molesta y asustada.

Para que luego dijeran que las mujeres no éramos complicadas. Y, por cierto, ¿qué coño estaba haciendo ese romano de más de dos mil años en mi casa?

—Nada que no pueda esperar.

Por un momento creí que podía leerme la mente. Que yo supiera, la habilidad

telepática de los vampiros se limitaba a introducir pensamientos en tu cabeza, algo así como una ayuda a la hora de cazarte. Pero con alguien tan viejo como Casio una nunca podía estar segura. Tonterías mías, que pasaron a un segundo plano de importancia cuando él ignoró mi actitud defensiva y me quitó la toalla plegada que llevaba entre las manos.

—¿Ibas a ducharte?

—Era la idea.

¿Iba a ofrecerse a ayudarme? ¿Quizás a secarme y frotarme con esa toalla? La única manera de impedir que mi corazón impulsara demasiado deprisa la sangre, lo cual seguro que él notaría, fue pensar que acaba de comer y que además el chupasangre ni siquiera tenía alma.

—Adelante, no te preocupes por mí —me sonrió, engreído, como si me hubiera leído la mente («Joder, ¿otra vez?»), y en un instante dejó de estar a mi lado para aparecer junto a la puerta del baño que ya no estaba cerrada. Poderes vampíricos... Apestaban.

—Claro, ¿te traigo también una silla y palomitas?

Me arrepentí nada más decirlo. Yo era la única comida que había ahí.

—Me parece... —capturó mi mirada, que intentaba ser cínica, con la suya, roja, brillante, y se acercó—... que prefiero... —me rodeó con sus brazos, que no estaban fríos.

¿Es que ni la naturaleza sentía el más mínimo respeto por sus leyes? Los muertos deberían estar fríos. Y muy desagradables al tacto. No como al suave cosquilleo que me provocaba su poder o la calidez que emanaba de su cuerpo, su caricia, aun a través de la ropa.

—... algo más fluido —acabó de susurrar con sus labios a pocos milímetros de los míos, su aroma saturando mi boca, que se estaba haciendo agua.

De algún modo, las insinuantes caricias de sus dedos en mi cuello consiguieron que mi cabeza traidora se ladease, la yugular al descubierto. Y si algo no me gustaba era sentirme vulnerable.

—No te confundas —tragué saliva y conseguí dar a mi voz un tono despreocupado—, no estaba haciendo de anfitriona. Y, si no te importa, déjate de juegucitos y dime a qué has venido.

Esto era sin duda un billete de ida al infierno. Un vampiro miembro del Consejo y tan antiguo como él no iba a permitir que nadie lo tratara así. Pero si no hacía nada, considerando el brillo escarlata de sus ojos, yo era presa segura. Así que, si alguien tan importante había venido a mi casa a por algo que no fuera un tentempié, había que recordárselo antes de que dejara que sus instintos animales lo dominaran.

Oí un ruido característico, el del hueso saliendo fuera de su funda de carne. Había juzgado mal a Casio. Me preparé para luchar con todas mis fuerzas. No tenía ninguna

oportunidad contra él, pero no por ello pensaba dejarme matar con una sonrisa de boba en boca.

Y entonces nada.

Se oyó su voz desde mi salón.

—¿Jueguecitos? Eso es ofensivo para alguien de mi posición. Yo nunca juego.

«Claro —pensé—, para qué, si siempre ganas».

Entre mi bonito baño azul, en cuya puerta acaba de estar a punto de desangrarme. Mi casa estaría en mala zona, pero me había gastado un pastón en remodelarla. Me lavé la cara. Joder, necesitaba unos minutos. Que se fuera a la mierda el chupasangre. Si no me había matado, bien podía esperarme un poco. Además, había visto a la Parca en sus ojos, seguro que él también necesitaba calmarse. Levanté la mirada al espejo. Maldije. Estaba despeinada y tenía las mejillas tan pálidas que parecía yo la muerta. Y todavía quedaba algo de sangre de la pelea del callejón. Bebí un sorbito de agua del lavado y me arreglé el cabello de modo mecánico. No era que me importara, pero algo tan familiar me ayudó a recuperarme.

Había estado a punto de morir por descuidada. A este chupasangres en concreto yo lo odiaba, no por ser lo que era, sino por cómo me trataba. Como si yo fuera más que una cría o un bocadito con el que jugar. Y era el único hombre capaz de excitarme así. Pero él, por mucho que fuera viejo, seguía siendo un vampiro. Y eso quería decir que podía matarme en un arrebato. Y aunque yo no tuviera nada que perder, prefería morir en una buena pelea, no así. A los de su clase, el autocontrol es algo que les viene con la edad. Un vampiro de menos de cincuenta años ha de estar encerrado o bajo el control mental de su sire, o se dedicará a violar y desangrar a toda falda viviente. Y no hay por qué suponer que el maestro va a poder hacerlo mucho mejor. Además, yo soy medio súcubo, llevo lujuria escrito en la sangre, así que no tendría que haber nombrado la comida. Sobre todo si me había pillado de camino a la ducha. Y entonces algo hizo clic en mi cabeza, y me di cuenta. Yo no lo había invitado, ¿cómo demonios había entrado en casa?

Cautelosa, muy cautelosa, me dirigí hacia el salón.

—¿Poniéndote guapa para mí? —estaba sentado en mi sillón.

—Por favor, Casio, ¿qué te ha traído aquí?

—Información. Ha llegado a mis oídos algo que puede interesarte.

—¿Y has venido en persona a comunicármelo? —no pude evitar que sonase escéptica, todavía no estaba al cien por cien. Al menos, el susto me había quitado las ganas de tirármelo.

—¿No te sientas? —miró hacia el escaso espacio que había a su lado.

—Es mi casa, pero gracias —cogí una silla y la coloqué a un metro de distancia. Ja. Como si pudiera pararlo.

—Los que mataron a tu padre persiguen a tu hermana —me soltó de un tirón.

Como quien comenta el tiempo que hace.

Yo me quedé helada. ¿Qué pretendía Casio con esas patrañas? (Y ya que estábamos, ¿cómo había entrado a mi casa? Por muy miembro del Triunvirato que fuera, algo así como la sede del poder dentro del Consejo, sin invitación de sus dueños no podía entrar a una vivienda).

—Los maté yo —le recordé—. Lo sabes. Y soy hija única.

—En eso te equivocas, preciosa. Escaparon dos. Y tu madre tenía otra hija.

—Sí, claro —intenté no pensar en cómo me estaba congelando por dentro—. Y ahora me vas a decir que te acabas de enterar.

—En realidad, preciosa, lo cierto es que ya lo sabía.

Necesité de todos y cada uno de los días de mis casis cincuenta y cinco años de edad para no abalanzarme sobre él. Y por una vez no tuvo nada que ver con el sexo. Deseaba golpearle una y otra vez hasta ahogar mi furia en su cara. ¡¡¡Será cabrón!!! Sabía lo que a mí me importaba mi madre, que murió por no separarse de mí. ¿Casio sabía que no la había vengado del todo, que yo tenía una hermana y no me lo había dicho?

Todos y cada uno de mis días. Todos. Respiré hondo. Cerré los párpados sobre unos ojos cada vez más ambarinos. Todos. Me centré en imaginar cómo el aire iba llenando mis pulmones expandiéndolos poco a poco, llenándolos de luz y armo.

¡Pero qué cojones!

—Casio —gruñí—, te voy a matar.

—Creí que nunca te lo oiría decir, pero prefiero que esperemos a después de cenar.

No sé qué me supo peor, si sus palabra o el tono flemático de su voz.

—Casio.

Estaba harta del autocontrol y todo ese rollo del guerrero con mente serena que me había vendido mi padre para suplir sus carencias como educador. Me levanté de la silla y me acerqué a él. Que me sujetó por los brazos.

—Contrólate, Klynth' Atz, estoy seguro de que tu padre te enseñó mejor —me había llamado por parte de mi nombre verdadero. No lo conocía entero, pero tampoco me gustaba que lo usara. Sólo me llamaban así en el plano demoníaco—. Al fin y al cabo, fue para educarte por lo que no lo ajusticiaron hasta tus quince años —reflexionó más para sí que para mí—. Todas esas emociones humanas que no sabes cómo tratar. Pobrecita mía. Pero si no te controlas.

A través de la espesa niebla en que se movía mi percepción, focalizada en intentar no matarlo de verdad (porque, pese a mi desproporcionada ira, *yo sabía* que no podía con él), percibí que su voz se volvía peligrosa y acerada. Y eso fue como un jarro de agua fría para mí. Volví a una situación de alerta, con montones de adrenalina. A veces, lo peor no era carecer de la habilidad de descorporeizarme como las súcubos

de verdad; lo queapestaba era tener cuerpo.

—... si no te controlas —me estaba diciendo—, voy a tener que tomar medidas. Y no creo que apetezca tentar mi autocontrol otra vez esta noche.

—Perdona —logré susurrar de manera inteligente, al tiempo que dejaba de forcejear para soltarme.

Casio tenía razón. Los demonios no sufrían emociones. O por lo menos los demonios que no habían sido humanos. Lo cual excluía a vampiros, fantasmas y zombis. Sí también los fantasmas eran demonios. Al menos algunos, los que habían sido traídos desde el más allá con brujería. Pero el caso era que los súcubos no tenían emociones (ni los íncubos, lo de que mi papi amara era algo imposible, al menos si no acumulabas una parte de todas las almas robadas por ser hijo del rey). Pero los humanos sí. Y como me educó mi padre, emocionalmente un cero a la izquierda, tan sólo me enseñó a contenerlas. Y Casio lo sabía. Por algo era mi mentor desde que yo era poco más que una cría. Supuse que le recordaba a un vampiro neófito, donde la nueva parte demoníaca se encontraba con un conjunto de emociones y recuerdos que no sabía cómo manejar. Y con la sed. Muuucha Sed. Por eso Casio eran tan paciente. Por eso seguía viva. Por eso el saber que me había ocultado información —algo que había sido peor que un engaño, más bien como una traición—, había desatado un sentimiento de ira que, por lo repentino, había superado mis barreras mentales y casi me había consumido. ¡Joder, Abuelo, cómo odiaba ser humana!

Cinco eternos minutos después, conseguí aplacar lo suficiente mis emociones como para distanciarme de la situación y pensar con algo de claridad.

—Puedes soltarme, ya no hay peligro de que me suicide atacándote —le dije con amargura, intentando no enfadarme ni siquiera conmigo misma. Por si las moscas.

—Mírame —me ordenó.

—Ya lo estoy haciendo.

—Klynth' Antz —me reprochó. Su paciencia se consumía—, a los ojos.

Mierda. ¿No me servía su pecho? Total, me quedaba a la altura de la cara y era más sexy y menos peligroso.

—¿Y bien? —su mirada, a menos de un palmo de la mía, amenazadora y roja.

—Tranquila, sólo quiero comprobar que de verdad no vas a intentar suicidarte.

Si no fuera porque estaba agotada, me habría sublevado su tono paternalista.

—Mátame si lo deseas. Al fin y al cabo he intentado agredir a un miembro del Consejo sin provocación.

En esos momentos, en medio de la extenuación emocional en la me había dejado la ira, casi hasta me daba igual. Y parecía que después de todo no podía leerme la mente, porque lo que hizo a continuación no se correspondía para nada con los pensamientos derrotistas que la llenaban.

—Haré algo mejor —me sorprendió con su voz como una caricia.

Me soltó uno de los brazo para recorrer mi mejilla con sus dedos. Me estremecí ante la deliciosa sensación, y volví a ser yo misma, un poco. Al fin y al cabo, estaba acostumbrada a mi naturaleza súcubo.

—Te invito a cenar. La noche en que cumples cincuenta y cinco. Justo al ponerse el sol. En mi casa. No en la oficial —bonito modo de referirse al bloque de apartamento donde tenía a su ganado—, sino en la mía de verdad. Ya te haré llegar la dirección.

Joder, ¡qué autoridad! Me recordó por qué no me gustaba relacionarme con hombres mayores que yo. Lo cual, por cierto, cada día era más difícil.

—Y supongo que no puedo negarme.

¿No había dicho antes algo acerca de esperar a después de cenar? ¿Eso era lo que había venido buscando en realidad? ¿Y por qué? Además, ¿no pensaría que iba a aceptar verdad? Por lo menos, no sin la amenaza que suponía su derecho de tomar mi vida sin consecuencias por este pequeño malentendido. Ninguna chica debería ser tan estúpida como para entrar voluntaria en la guarida de un vampiro.

—No —curvó sus labios mostrándome sus colmillos.

—Excelente —sacudí mi otro brazo y él soltó su presa—. ¿Te diviertes mucho? ¿Está saliendo todo como lo habías planeado?

—¿Te gusta jugar con fuego? —ya no sonaba ni paternalista ni maduro.

Eso me gustaba más. Me humedecí los labios.

—Eso déjalo para tu cena. Y ahora dame nombres y direcciones.

—Eso también tiene un precio.

Lo miré desafiante, le di la espalda y me alejé de él. No era muy sensato, pero ya estaba harta. No me gustaba hacer de ratón, no cuando hacía años que se suponía que el gato era yo.

—Aceptarás ese trabajo de guardaespaldas.

—Casio —ni me volví, la mejor manera de no caer en su hechizo era no mirarlo —, por tercera vez, tú no me necesitas de guardaespaldas.

—Firmarás el contrato en sangre durante la cena. O de lo contrario no te diré quiénes son y llegarás tarde para salvar a tu hermana.

Me di la vuelta. Estaba magnifico: salvaje, desafiante, apuesto. Me miraba con diversión y, para ojos entrenados como los míos, irradiaba de manera inconfundible el gran poder de los vampiros milenarios.

—¿Pero para qué quieres mis poderes si yo no soy nadie? Ni siquiera puedo desvanecerme como los súcubos de verdad.

—¿Quién ha hablado de poderes? —me sonrió mirándome de arriba abajo—, ¿con ese cuerpo y crees que quiero sellar un contrato de sangre por tus poderes?

—¿No decías que no te gustaban las niñas?

En un instante estuvo otra vez tan cerca de mí que sentía vibrar el escaso aire que

restaba entre nosotros. Mierda. Otra vez jugando sucio. Se suponía que eso era lo que hacía yo.

—¿Y quién te ha dicho que vas a seguir siéndolo mucho tiempo?

Cerré los ojos.

—No.

—Matarán a tu hermana y tú ni sabrás quién es ella.

—No. Búscate otra —un contrato de guardaespaldas sellado con sangre era algo muy serio. Ni siquiera por él era tan idiota.

—Muy bien, querida —al menos podría haber sonado contrariado—. Nos vemos la noche de tu cumpleaños. Suerte con la caza.

Mi cumpleaños. Ni había pensado en ello. Cuando habías cumplido tantos y no envejecías, uno más no significaba nada.

—Muy bien, Casio. Nos vemos en cuatro noches.

—Es un trato —y me cogió la mano, le dio la vuelta y depositó un beso en la zona más delicada de la muñeca, allí donde latía el pulso. Debería estar de vuelta de todo esto, pero mi cuerpo entero se tensó en expectación. Y cuando se limitó a depositar un beso tan suave que casi ni noté, me recorrió una oleada de deseo. Observé, hambrienta, cómo se iba hacia la puerta de salida. Maldito Casio. Lo había vuelto a hacer.



—Habla.

Retorcí un poco más el puñal en su pecho como había hecho tantas otras veces. Formaba ya parte de mi rutina como cazarrecompensas.

Era Juan. Uno de mis *informadores* habituales. Aunque él no lo sabía. Y considerando que no estaba buscado por el Consejo, más me valía no matarlo y nublarle luego la mente. Con vampiros neófitos como este, que apenas llevaba un par de décadas viviendo fuera del tutelaje de su sire la táctica funcionaba la perfección.

—Te repito que no sé nada —me contestó mediante la telepatía. Por el tono de su voz, imagine que estaba apretando los dientes debido al dolor.

Estábamos en su casa. En su cuarto para ser más exactos, donde lo había sorprendido mientras dormía. «Qué pena —ironicé para mí—, pero... la protección de tener que ser invitado sólo se aplica cuando el que quiere entrar es un no muerto».

—Y aunque lo supieras no me lo dirías —acabé por él, aburrida—, ¿es que voy a tener que usar la sierra?

Lo tenía inmovilizado en su cama y yo estaba de pie e inclinada sobre su pecho. Observé cómo sus ojos se ensombrecían al entender. Y luego nada. Tardé una fracción de segundo de más en reaccionar. Lo justo para evitar ser inmovilizada por detrás. Pero no fue suficiente como para impedir que me agarrara. Solté el puñal, todavía clavado en el corazón del vampiro (no era tan tonta: si se lo quitaba iría a por mí al instante) y comencé a lanzar patadas para intentar liberarme.

No tuve suerte.

Otro vampiro, al que no había visto al inspeccionar rápidamente la casa, había venido para ayudar a su amiguito. Y, ¡oh, sorpresa!, era más rápido que yo. Como siempre. Por suerte yo solía ser más perra.



Seguí intentando soltarme en vano, retorciéndome como una serpiente para evitar que me siguiera agarrando por más sitios aparte de por el brazo y el costado. Al conseguirlo (al menos mientras me quedara algo de alma de mi última comida por quemar), supuse que el vampiro debía de ser tan novato como Juan. Porque una cosa era acelerar mi metabolismo de súcubo para aumentar mi velocidad, pero otra que si pudiera competir con un vampiro de más de cien años de edad. En todo caso si me hubiera sujetado del cuello como pretendía en un principio, a estas alturas ya me lo habría partido y yo estaría contándole mis penas a Caronte.

Él debía de saber que yo no era humana, pero dudo mucho supiera exactamente el qué. Si tuviera el mismo control sobre mis cuernos que Logan (el de «X-Men») con sus garras, los sacaría de golpe en cuanto tuviera sus tripas a tiro. El problema era que mis cuernos no eran ni afilados ni retráctiles. Más bien los convocaba con magia cada vez que deseaba usar mi parte demoníaca. (Y otras veces como cuando me alimento, se formaban solos). Maldiciendo entre dientes, seguí intentando liberarme y alcanzarlo con una patada. Pero era inútil: me tenía bien sujeta y no se separaba de mi espalda. Por fin, por lo menos mientras me quedaran fuerzas estábamos en un empate, porque él tampoco iba a conseguir inmovilizarme. Por desgracia, yo me iba a cansar antes.

—No sabes con quién estas tratando —intenté intimidarle.

¿Con mi pinta de niña y encima la voz entrecortada por el esfuerzo? Buen intento, bonita.

—¿Otra de esas jodidas crías caza vampiros que con un poco de sangre robada se creen el clon de Buffy? —su voz sonó despectiva y ni siquiera un poquito agotada. Y para colmo me emocioné con la referencia.

Lobezno, Buffy. ¿Qué narices había fumado aquel pedófilo antes de que me comiera su alma? En todo caso, lo de sangre robada era un dato de lo más revelador: el vampiro cría que yo era una humana que había bebido la sangre de los suyos. Una práctica habitual entre lo que en efecto eran algunas crías humanas que habían descubierto la cara oscura de la noche e intentaban librar al mundo del mal. Y si para potenciar su fuerza y agilidad tenían que tomar un poco de ese mal, ¡qué más daba! Lo importante era el resultado final. Sobre todo considerando que la sangre de sanguijuela actuaba también como fuerte estimulante. Mal negocio para los camellos.

Entonces, si me consideraba una inofensiva adolescente idealista colocada, puede que aún tuviera alguna oportunidad. Sonreí para mis adentros.

—¡Maldito engendro de Satanás!, vas a pagar por lo que le hicisteis a mi novio —entoné con una pasión desmesurada.

Qué mala actriz se estaba perdiendo el mundo.

—Por lo menos no me ha tocado una puñetera fanática —comentó para sí mismo más que para mí, mientras seguía intentando agarrarme.

Una fanática. Uf, Si no hubiera estado tan ocupada esquivándolo (lo cual cada vez era más difícil por su velocidad sobrehumana), me habría estremecido. Entre lo primero que me enseñó mi padre estaba aquello de «*No te metas nunca ni con una monja católica, sobre todo si eres un demonio*».

—¡No te atrevas a insultarm...! —seguí gritando enojada, y de repente tropecé con uno de sus pies. Con los cuales, por cierto, intentaba que yo perdiese el equilibrio.

—Mía —resonó, profunda y triunfal, el hambre en su voz mientras tiraba de mi brazo para, aprovechando la inercia de mi caída, apartarme de la cama y golpear mi pecho contra el suelo.

Fue lo último que dijo. Estaba tan convencido de quién era yo y de que me había tropezado que, mientras se abalanzaba sobre mí, no consideró que mis piernas pudieran ser una amenaza; no prestó atención a la contracción de mis músculos femorales. Mis talones se elevaron raudos. Uno de los dos que le clavé en la espalda era metálico, pero el otro era de madera. Y para los vampiros la madera resultaba fatal, en el sentido de que las heridas que infringía eran mortales o muy difíciles — desde luego, no instantáneas— de curar. Excepto en el corazón, claro está. Allí era mortal. Allí era donde apuntaba yo. Erré el golpe, por supuesto, estaba tirada boca abajo contra el suelo ni siquiera lo veía. Pero le causé un gran dolor, El suficiente para que no se moviera mientras contraía esta vez los cuádriceps y lo lanzaba al suelo por detrás de mí, desclavadas mis botas en el movimiento (no, no se fueron con él; estaban demasiado ceñidas). Con rapidez me incorporé y coloqué mi tacón de madera sobre sus costillas. Presioné hasta que cedió el hueso con un sonido similar al de una capa de hielo al quebrarse, y atravesé su corazón. No lo dudé. Si lo hubiera hecho, se habría recuperado y no habría vuelto a subestimarme. ¿Y todavía me pregunta Casio por qué sigo pareciendo una niña?

Agotada —había agotado toda mi reserva de energía en esquivar al vampiro—, desclavé mi bota, me senté al lado del cadáver y descansé mi frente sobre mis manos abiertas, Apenas unos segundos. Detestaba la debilidad, sobre todo la mía. Y si, ni polvo ni huesos antiguos: cadáver. Porque esto no era ni un trozo de papel pintado, y los malos, cuando se morían, no tenían la decencia de eliminar sus restos. Supuse que digerida el alma ya no importaba si el pedófilo era un gran seguidor de Marvel o de Joss Whedon. Odiaba cuando la comida venía impronta.

Me masajé las sienes. Esto cada vez tenía peor pinta. ¿Cómo cojones iba yo a explicar al Consejo que había matado a un vampiro que no tenía un precio puesto por su cabeza? Muchas ideas no se me ocurrían, no. Sería por el cansancio. Así que renuncié a las respuestas que necesitaba y busqué con la mirada por la casa de Juan hasta encontrar algo de madera. El tío no era idiota y a estas alturas ya debía saber que no iba a salir vivo. O tan vivo como pueda estar un no muerto. Me quité la

camiseta y la rasgué en dos. Envolví mis manos en ella, para no dejar huellas. Porque hasta ahora había sido cuidadosa y no había tocado más que mi propia daga. Rompí una silla y clavé una enorme astilla de una de sus patas en el fiambre, allí donde había estado el tacón de mi bota.

A continuación, rebusqué entre las ropas del muerto hasta encontrar un cuchillo. Humm. Lo observé con mentalidad crítica, un poco pesado y basto para mi gusto. Pero serviría. Me acerqué al inmovilizado Juan, le susurré «*Mala suerte, no es personal*» al oído y levanté el cuchillo. Lo clavé justo al lado de mi puñal (no se me apetecía que se me escapara con su supervelocidad si lo hacía a la inversa), y después retiré el mío. Seguidamente convoqué a mis cuernos.

Joder, no estaba pensando de un modo muy claro. ¡Qué estaba haciendo! Si lo dejaba allí inmovilizado con el arma del otro, aunque lo condicionara y la escena apuntara a una pelea entre los dos, la investigación iba a ser exhaustiva al haber muerto un vampiro. Y cuando fueran a interrogar a Juan, aunque él creyera que se había cargado a su amigo, verían el trabajo de uno de mi raza en su mente. Así que solo me quedaba una salida. Muy pocos vampiros son tan poderosos como para hurgar en la mente de un cadáver.

—Mírame. Él te atacó sin motivos y tú lo mataste. Los del Consejo no te van a creer. Te van a culpar y torturar a ti. Y por cierto, yo nunca he estado aquí.

Y me fui. Tras haber movido el cuchillo del otro chupasangres para que sólo le rozara el corazón, lo cual le daría a Juan cierta movilidad, aunque muy lenta. No me quedé a ver cómo se suicidaba. Supuse que se tiraría sobre los restos de la silla. Al menos es lo que haría yo en su lugar. El sol era demasiado lento y doloroso, y la autodecapitación, mejor no hablar (sobre todo con el cuchillo de filo tan romo que le había clavado). Me estremecí de pensarlo. Al menos, yo seguía de una pieza. Había veces en las que estar en mi piel no era tan malo.



Fracasado el intento de obtener información, decidí llevar la investigación sobre mi madre por derroteros más humanos, después de darme un breve paseo por el geriátrico más cercano para tomar una comida rápida.

A ver, no era una Papá Noel en minifalda deseando alegrarle la vida a alguien pero cuando tenía prisa y no podía ir a un bar para elegir una presa, solía acudir a los geriátricos. Al fin y al cabo, les ofrecía una buena forma de morir, y así no causaba tanto daño como si le quitara la vida al primero que me cruzase por la calle. Cuando alguien estaba aquejado de tantos achaques los médicos solían matarse investigando la casa de su muerte. Era una suerte que como súcubo no le hiciera ascos a nada. Lo cual no quitaba que hubiera preferido acostarme con un bombón de unos treinta y

tantos años (y si era moreno, alto y seductor como Casio, ya un dijéramos). Pero eso sería hacerle una putada a alguien cuyo único pecado fuese estar bueno (y en más de un sentido). Y una intentaba compensar su parte demoníaca y todo este rollo. También prefería una mala pelea a un buen asesinato. Más aún si este último era con un ser humano que no se lo merecía o que no estuviera deseando morir por mis besos.

Así que lo primero que hice fue volver a consultar en el registro los datos de mi madre. Y como descendencia únicamente salía yo, con lo que, resignada, volví a su viejo piso de soltera, esperando hallar alguna pista. El edificio construido en un monótono ladrillo y con un portal que habría visto mejores tiempos en el siglo pasado, era uno de los bloques de viviendas de cinco alturas que se podían encontrar en la parte más pobre de cualquier ciudad española.

Yo vivía en un edificio aún más viejo. Y en una zona mucho peor. No penséis que era por mantener el anonimato, por no existir fiscalmente o por alguna chorrada similar. Lo hacía por culpabilidad. Como si por vivir en un mal barrio pudiera compensar el haber nacido demonio. Una parte de mí, esa que aborrecía por ser tan débil y sentimental, creía que vivir así era lo adecuado para alguien de mi raza mezclada. Y proporcionándole algún pequeño «detalle» como ese o el de mi elección de tentempiés se callaba y me dejaba vivir en paz. Porque desde luego, con mi DNI y el resto de documentación falsa (como ese negocio que heredé de la prima que nunca tuve y que me permitía vivir sin trabajar) no tendría problemas para residir donde me diera la gana. A veces era gilipollas, pero también comodona, y como ya me había acostumbrado al piso donde me había mudado tras la muerte de mi padre, me daba pereza irme. Me limitaba a cambiar mi identidad por la de otra Violeta *Loquesea* cada cierto tiempo, por aquello de que no envejecía. En fin, por lo menos mi casa, a diferencia de la mi madre, estaba equipada de modo lujoso y no le faltaba nada. Suspiré y armándome de valor, toqué el timbre del portero automático.

—¿Sí? —preguntó una voz femenina al cabo de un minuto.

Mi corazón latió más fuerte. Parecía que después de todo iba a volver a visitar la casa de mi progenitora.

«Ella... la única que he amado», pensé.

«Ya vale», me recliné. Tampoco era como para que una mujer hecha y derecha como yo sintiera angustia atenazando su garganta. ¡Joder! Ridículo. Y como no pensaba permitir que mi parte *humana* avanzara hacia uno de esos arrebatos emocionales que me quitaban el control, hice lo único que sabía. Lo que me enseñó mi padre: volví a encerrar esos sentimientos en el fondo de mi mente, imaginé una losa enorme que los clausuraba mientras los vampiros cabrones que la mataron se desangraban encima, impotentes. Venganza. Eso era lo que perseguía. Y para matar había que tener la cabeza fría.

Mis espesas, largas y curvas pestañas ocultaron un destello ambarino.

—Soy de la compañía de luz. Estamos renovando las cajas antiguas. Es por su seguridad —le contesté.

—Oiga a nosotros no nos da problemas.

—No se preocupe. Es gratis. De hecho —presioné—, si no lo hago la compañía puede ponerles una multa.

—No sé yo. Está bien, suba.

Un mal engaño lo sabía, Pero no iba a darle la oportunidad de pensar en ello dos veces.

Me abrió la puerta una mujer joven tapada con una bata. Llevaba un bebé en pelele que colgaba de su brazo, Mierda, un bebé, una criatura inocente de verdad. No pensaba hipnotizarlo y no me hacía gracia la idea de que algo de lo que viera se le pudiera quedar grabado. «En fin, chiquitín —pensé—, espero que esto no te traumatice».

—¿No es usted muy joven para trabajar? —sonó extrañada.

—Ya sabe cómo es esto. Hay que ganarse las lentes. Y tengo dieciocho, recién salida de la FP de electricidad.

Mostré las palmas de mis manos en señal de honestidad y me encogí de hombros. Ciertamente, yo aparentaba ser poco más que una cría inofensiva. Así que me dejó pasar.

Empujé la puerta para entrar en cuanto quitó la cadena. Y haciendo gala de mi velocidad superior a la humana, la cerré y le arrebaté el bebé de las manos. Ignorando sus lloros de protesta, lo giré hacia la puerta para que no nos viera y saqué los cuernos. Paré con una mano a la mujer que se abalanzaba hacia mí y la mire a los ojos.

—Estás en la cocina alimentando al bebé —si era de teta mejor, así estaría más consolado—, y vas a estar así hasta que tu reloj marque las diez.

Veinte minutos eran más que suficientes para lo que pensaba hacer. Y reducía los riesgos de que viniera alguien.

—¿Hay alguien más en la casa?

—No.

—¿Marido, padres, otros hijos?

—Mi marido está trabajando. Mis padres no viven aquí. No tengo más hijos.

Genial. Había habido más suerte. La última vez que me pasé por aquí había una familia de cinco miembros residiendo en el piso y estaban todos en casa.

—Ve a la cocina. Cierra la puerta cuando entres. Y recuerda: dar leche a tu hijo es lo que estás haciendo desde hace cinco minutos —me fijé en la radio de bolsillo de su bata y se la solté para señalarlo—. Y ponla a volumen alto.

Después le pasé a su hijito, el cual se calmó al poco de que se encerraran en la cocina. Pobrecito, tan pequeño e indefenso. Su madre era el mundo para él. Yo no la

recordaba, ella era para mí más una sensación soterrada de calor y seguridad que otra cosa, pero, en ese momento no pude evitar preguntarme si me había dado cuenta cuando la mataron.

Me centré en la tarea y me dirigí hacia el dormitorio principal, donde yo sabía por mi padre que ella había ocultado sus tesoros más preciados tras un doble fondo del armario.

De madera de pino y con muchos años, le habían arreglado una puerta que cerraba mal, pero lo demás seguía igual que la última vez que lo abrí. Eso sí, ahora había una variopinta colección de vestidos colgados de cualquier manera en lugar de la ropa apilada de manera pulcra que había guardado la familia anterior. ¿Era por la crianza, o acaso aquella mujer no era muy ordenada? Aunque todo eso me daba igual. Porque lo que estaba comenzando a marearme era lo que había detrás de toda esa ropa. Demasiados años evitando este lugar como la peste. Aparté las prendas ignorando los nervios y busqué el resorte que sólo yo conocía. Era un viejo secreto que mi madre le contó a mi padre antes de morir. Y lo accioné. Se oyó un leve crujido y desplacé el panel, que dejó ver un espacio estrecho que olía a cerrado y a papel viejo. Ahí descansaban los objetos que más deseaba olvidar.

El primero era un colgante en forma de corazón. Grabada en su delicada plata, una fecha, el 16 de febrero de 1955, el día que se conocieron. Lo sostuve con mucho cuidado entre mis manos, sin atreverme a desvelar su diminuto compartimento, donde yo sabía que se entrelazaban para siempre dos mechones de sus cabellos. El de ella, rubio platino, como el mío. Y el de mi padre, negro, oscuro como la naturaleza que de él he heredado. Supuse que, ya que ellos no pudieron estar juntos, por lo menos un fragmento de sus dos cuerpos lo estaría para siempre.

«¿Un fragmento de sus cuerpos para estar juntos por siempre jamás?» —me recriminé—. «¿Estoy idiota o qué?».

Solté un par de juramentos en voz alta.

Mi estómago se estaba revolviendo como si estuviera en alta mar en medio de una terrible tormenta. Y mis ojos, siempre tan serenos, querían humedecerse cuando pensaba en su trágica historia de amor. Como si esas gilipolleces me importaran algo.

Respiré hondo. Volví a jurar. Era un maldito demonio. Con la parte de mi madre como lo único salvable que había en mí, de acuerdo. Pero en una casa que no era la mía con inocentes en la cocina no era el momento para descontrolarme, para darme a mi parte débil uno de sus *regalitos* en forma de arrebatos sentimentaloides. Así que dejé el colgante donde había estado y tomé los objetos que había a continuación.

Dos pulseras de hospital. Las sostuve como si quemaran. «*María Sanz*», «*Violeta Abós*», «*4'43 del 8 del 4 de 1965*». Una mía y la otra de mi madre. Quizá la única prueba todavía existente de mi nacimiento, junto a nuestras altas del hospital. Y sólo porque los vampiros no las habían encontrado. Las pulseras, muy evocadoras —sobre

todo ahora que, en mi última identidad, me había decidido a recuperar mis apellidos —, pero no eran lo que estaba buscando.

Las dejé a un lado y cogí la carpeta que con su letra (grande, femenina, bonita), estaba marcada como «*Mis documentos*». Yo ya sabía lo que contenía: su partida de nacimiento, las altas del hospital, su DNI, algún billete antiguo de cincuenta pesetas y unas cuantas fotos de ella con su familia.

Fotos. Mi padre siempre decía que yo parecía una copia de ella. Y era cierto. Sabía que cuando mirara esas imágenes me vería reflejada en ellas. Y que la mujer de apenas veinticuatro años que murió por protegerme poseía los rasgos que tendría yo si alguna vez me permitía envejecer tanto.

En cuanto a lo de protegerme. ¡Uf! Ella resistió por mí el hechizo de mi padre. Fingió que él había logrado nublar su mente para que me olvidara. Y lo golpeó en la cabeza y escapó conmigo. Esto me lo contó una vez mi progenitor cuando yo era pequeña, riéndose, admirándose de que el amor de una humana por su cría la hubiese hecho tan fuerte, tanto que habría sido capaz de resistir el hechizo de uno de los príncipes íncubos. Y luego, mi entrañable papá se limitó a comentar con desaprobación que todo eso no le sirvió de nada, que habría sido más inteligente por su parte pensar con la cabeza y seguir fingiendo, porque en muy poco tiempo los vampiros la cazaron.

Pero algo en esa parte débil de mí que tanto odiaba estaba comenzando a meter en mi cabeza palabras como «*escasas horas que mamá ganó para nosotras*», «*debió amarme desesperadamente*», «*en sus brazos me sentía tan segura, cálida, normal*», «*segura*», «*nutrida*», «*normal*». Y eso sí que no. Apreté los dientes. Ignoré el vacío que se abría dentro de mí. Las lágrimas se deslizaban sin pausa por mis ojos, bañaban mis pómulos y me sumían una tristeza que no sabía cómo parar. Solté un juramento. Tanto tiempo reprimiéndome para recordarla ahora, joder. Hay que ver qué sensiblera y melodramática podía ponerme a veces.

Con brusquedad, abrí la carpeta y saqué las fotos. Contemplé unos ojos del mismo azul cielo que los míos. Fui pasando las fotos. Eran otros tiempos, otras costumbres, otras ropas. Pero la misma mirada fuerte que me saludaba todas las mañanas en el espejo. Comencé a ver borroso. Putas lágrimas. En fin, al menos sabía que, por estupenda que fuese, el mérito de que un íncubo se enamorase de ella no pudo ser sólo suyo. Porque los demonios jamás lloraban. Las almas que mi abuelo pasaba a mi padre tuvieron parte de culpa, ese porcentaje de todas las que fluían a él, decenas de miles de súcubos e íncubos pagando diezmo y, de ese diez por ciento, una pequeña parte para los hijos del rey. Se humanizó. No hay otra explicación. Por eso no la mató tras llevarla al éxtasis, Por eso nací yo. Y era única. Ninguno de los hermanos de mi padre cometió su error. Y si bien el esperma demoníaco tenía suficiente fuerza como para fertilizar un óvulo humano, no ocurría al revés. Ninguna

hembra súcubo podía quedarse embarazada mientras se alimentaba.

Pensar en algo tan prosaico como la reproducción cortó un poco el patético goteo de mis lagrimales, y me permitió analizar las fotos con objetividad. Como esto siguiera así, iba a tener que darme un paseo y respirar el sulfuro de la atmósfera del plano de mi abuelo, a ver si eso me aclaraba las ideas.

En la primera estaba mi madre junto con mi abuela, recién nacida, con su puñito apretado en torno al dedo meñique de esta. Y detrás estaba escrito. «*Mi pequeña María, a los ocho días de edad*».

«Mira, un día más de lo que yo estuve con ella. Madre. ¿También yo te cogía el dedo si me lo dabas? ¿Y ponía esa cara de felicidad?».

Debía de ser gilipollas por sentirme así. El interrumpido ritmo de mi llanto se restauró.

Fui viendo las fotos una a una, mis ojos ya sin contención mientras la observaba a lo largo de su breve vida. De bebé, de nenita, de adolescente, de joven mujer. Y pese a que una parte de mí la añoraba (y mucho), me obligué a fijarme en lo que estaba buscando. De todos los que la acompañaban, reconocí a sus padres, pues había ido un día a verlos. Por aquel entonces yo era una niña pesadita de seis años y no paré hasta que pude ver a mis abuelos, aunque fuera una vez y a través de un vórtice dimensional. En todo caso, ellos habían muerto hacía mucho. No podían ayudarme. Mi hermana debía ser bastante mayor. En las fotos de mi madre no había ninguna con niños o bebés, aparte de mí, y se suponía que era soltera cuando conoció a mi padre. En cualquier caso, intentaba encontrar algo en aquellas imágenes en blanco y negro, porque aparte de la *intimidación al vampiro* y la búsqueda en el registro, ya probados, no se me ocurría otro modo de averiguar si tenía una hermana. En las fotografías salía también a menudo un hombre mayor que poco después del ajusticiamiento de mi padre descubrí que era el hermano de mi abuela. Ya fallecido también. Y un par de mujeres supuse serían parientes lejanas. La familia no era muy numerosa, cosa poco habitual para aquellos años. Si de verdad yo tenía una hermana, mi madre tuvo que haber dado a luz antes de conocer a mi padre. Considerando la época y con toda probabilidad habría estado recluida «enferma» hasta el parto y entonces habría entregado al bebé a las monjas. No eran tiempos donde se estilara ser madre soltera. Y eso explicaría que no hubiera una foto. Con lo que no estaba sacando una mierda de esta visita. Era una pena que las brujas podían viajar al pasado pero no lo hicieran por encargo. Hubiera pagado todo mi dinero por una ojeadita en aquellos años. En fin, normas de las matriarcas. Y a este paso, me veía contratando a un detective humano para investigar los pasos de mi madre. En cualquier otro momento habría estado echando pestes, pero me sentía demasiado triste hasta para jurar. Y no podía dejar de llorar. Esto no tenía remedio, ni aunque volviera a mi plano a darme de tortas con la tierra desolada y agrietada por los barrancos de lava que la recorrían.



Todos tenemos una madre. Yo no conocí a la mía, Y ella era tanto lo bueno como lo débil que había en mí. Así que evitaba pensar en su amor materno, incondicional. Porque si lo hacía, durante varios días me sumiría en una depresión demasiado honda. En una que me empujaría a tumbarme en la cama. A darle su regalito a esa voz interna para que se callara de una puñetera vez y no volvería al menos en una década. Y eso de estar en la cama. Podría ser presa fácil para cualquier chupasangres con un compañero asesinado por mis botas. Y eran muchos. Así que guardé casi todas las cosas de mi madre donde estaban, salí silenciosa de la que fue su vivienda y me volví a la mía. A mi cuarto. A pensar lo que pudo ser, a gritar de rabia por no tenerla, a sentirme culpable por haberla matado, a llorar desesperada por haber nacido, a permanecer en vela cabreada por no ser humana, por existir en un mundo que no era justo, por no poder hacer nada para redimir el pasado. La última vez tardé una semana de salir de ese estado. Era lo malo de no saber controlar mis emociones. Cuando un ánimo nostálgico, anhelante y depresivo se hacía conmigo, no podía hacer otra cosa que tumbarme en la cama y desear no haberme conocido. Hasta que todo pasaba y conseguía enterrarlo en el fondo de mi alma. Otra vez. Quizás algún día lograra hacer otra cosa. Pero, por ahora, seguía siendo un asco estar en mi piel de medio humana.



Si no me hubiese llamado él, supongo que esta vez me habría pasado en la cama por lo menos una semana sumiéndome en la «*desesperación más profunda*» (mira que hacía falta ser idiota).

Sí, él. Porque cuando la masculinidad se condensaba en un hombre apuesto, de unos treinta y pocos años —al menos en apariencia—, moreno, alto, fuerte, ingenioso, que sabía lo que quería, ese hombre sólo podía ser él. Por desgracia Casio no era humano, sino un maldito chupasangre. Pero eso no quitaba que mi corazón se acelerase como el de una colegiala (¡por favor!) cada vez que pensaba en él. Por eso, si había alguien capaz de sacarme de uno de esos estados emocionales donde me había visto sobrepasada por mi lado humano, que tan sólo sabía contener mientras no pensara demasiado, ese alguien era él.

Ah. Casio. Tu voz al otro lado de la puerta de entrada era única para sacar a una chica de la cama.

—Violeta, abre.

Su tono sonaba irritado. ¿Pero no se suponía que el condenado ya se había colado una vez en mi casa sin mi permiso? ¿A qué venía entonces esta comedia de llamar si yo todavía no había contratado a Marta para que cancelara la invitación con un hechizo? Invitación que, por cierto, yo no había dado. Y que yo supiera, aquí no vivía nadie más.

—Sé que estás ahí. Y ya que no me coges el teléfono haz el favor de abrirme. Es importante.

Mierda, una ya no tenía derecho ni a tumbarse a llorar en la cama. En fin, mi corazón volvía a palpar acelerado ante la posibilidad de volver a verlo. A Casio, al único varón que era capaz de despertar en mí ese efecto. Será posible. Joder, madre...

con qué facilidad te vendía.

—Violeta —su voz sonaba cada vez menos paciente.

¿Es que este hombre no sabía lo que era la intimidad? Y por cierto, segunda vez en dos días que venía a verme, cuando en todos los años que hacía desde que nos conocíamos lo máximo que había hecho era sugerirlo. Me encantaría saber qué me estaba ocultando. Tanto interés repentino en mí no era normal.

—Abres o entro. Es importante.

«¿Y te abro en camiseta o puedo vestirme primero?», pensé. Pues sería medio súcubo, pero en ninguna parte decía que tuviera que acostarme con lencería sexy.

—Ya.

A la mierda. Me levanté y me dirigí descalza hacia la puerta. Pelo desgreñado, camiseta negra vieja que me llegaba a medio muslo y unas bragas que me había puesto a toda prisa. Si lo asustaba con mi aspecto, mejor. Quizás así aprendiera modales.

—¿Qué quieres?

Le abrí. Omití lo de *cojones* por respeto. Al fin y al cabo era un miembro del Consejo y nunca era sabio cabrearlos.

—Tú.

Entró tan rápido que ni me di cuenta hasta que oí el portazo y me encontré con la puerta cerrada, mi espalda pegada contra esta, y con un vampiro furioso que me agarraba de la muñeca condensando toda su irritación en una palabra.

—Hola, Casio. Yo también me alegro de verte —ironicé.

Joder, ¿y para esto me había levantado de la cama?

—Violeta, ¿qué has hecho?

Como lo dijera con un poco más de entusiasmo iba a acabar por escupirme en la cara. Quizás si se apartara un poco podría ver algo más que es par de colmillos que me había plantado delante de los ojos. En fin, mejor allí que en la yugular.

—¿De qué hablas?

¿Desde cuándo deprimirme estaba prohibido?

«Tranquilízate, jefe —pensé—, que aunque tú firmes los cheques no voy a ir al médico a por la baja».

—Violeta.

Apretó más fuerte mi muñeca y bajó la cabeza para apoyar su frente contra la mía, como si se estuviera conteniendo. Vale, por si no me lo habían avisado los colmillos, esto era serio.

—Casio, no sé qué ocurre. Por favor, suéltame, vayamos al salón y hablemoslo.

No me contestó. Un temor frío barrió tanto los restos de mi empacho emocional como de la irracional alegría que experimentaba al verlo.

—Casio, suéltame y vamos —le pedí sin miedo y con decisión.

Si funcionaba con los niños y los perros, ¿por qué no con una sanguijuela? Al fin y al cabo, era un mito eso de que podían oler el pánico. Únicamente lo intuían a través de tu respiración y de los latidos de tu corazón. Y en estos casos donde me jugaba la vida, yo era experta en controlarlos.

Noté cómo se relajaba algo.

—Muy bien.

Me soltó con brusquedad y se dirigió hacia mi salón. Lo seguí y nos sentamos. Él en mi sillón y yo en una silla que coloqué enfrente. Esto comenzaba a sonar a *déjà vu*. Lo cual no me importaría si no fuera porque los recuerdos del día anterior eran todavía demasiado intensos.

—Dime —me preguntó con gravedad—, ¿tú has matado a Antonio y provocado el suicidio de Juan?

Uy. Con todo el jaleo de escarbar en los recuerdos me había olvidado por completo de ese detallito.

—¿De quiénes hablas?

—No te hagas la tonta. No lo voy a preguntar más.

Suspiré. Tenía dos opciones, ya que la pena por cargarse a un vampiro que no estaba buscado era la muerte. Con lo cual por supuesto que yo no estaba de acuerdo; ni que existieran sanguijuelas inocentes. En todo caso, dos opciones: o confesaba y cruzaba los dedos para que el hecho de que se hubiera molestado a venir a verme pudiera significar que estaba dispuesto a taparme. O lo negaba y adelante con el farol. Considerando que nunca se me había dado bien el póquer y que Casio parecía estar tomándose demasiadas molestias, decidí sincerarme. Más me valía que él esperara sacar algo de mí o iba a ser etiquetada como donante de sangre. Y acabar así no me hacía especial ilusión. Si hay que morir, que sea en combate.

—Fue un accidente —le contesté.

Observé sus rasgos: tensos, reprobadores, mostraban un gran enfado. Todavía no estaba muerta. Igual hasta había elegido bien.

—Yo sólo pretendía sacarle información a Juan —continué—, pero entonces apareció el otro e intentó morderme.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir en tu favor? —silabeó despacio y muy serio. Sin elevar la voz.

«Me parece, Violeta, que esta vez te has pasado», pensé.

—Si —intenté no sonar desafiante.

En realidad, parte de la culpa era suya por no haberme dado la información. Pero si se lo decía se iba a cabrear aún más si eso era posible. Porque nunca lo había visto tan frío conmigo. Y eso, además de asustarme, comenzaba a llenarme de tristeza. ¡Lo que me faltaba! Otra depresión no, por favor. Antes me abría las venas.

—Muy bien. Que sepas que el investigador del Consejo se ha tragado lo de que

pelaron. Pero yo no. He vivido más siglos y percibo la manipulación mental aun sin buscarla. Tienes suerte de que haya sido yo y no otro miembro del Consejo el encargado de verificar el informe.

¿Había mentado por mí? Volví a sentirme viva. Genial. Bienvenidos al balancín emocional de mis tripas.

—Y me he deshecho de los cuerpos —continuó ante mi silencio.

—Gracias.

—¿Gracias? —su voz subió unas octavas—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Bueno, yo quería información, no cadáveres. Mala suerte.

—¿¿Mala suerte?? Violeta. ¿Te das cuenta de que has infringido la ley?

Noté su deseo contenido y exasperado de levantarse y agarrarme, posiblemente para nada agradable (¡qué pena!).

—La tuya. Ninguna ley humana prohíbe estacar vampiros.

Considerando que no iba a matarme, esta situación empezaba a gustarme. No podía evitarlo, nada despertaba tanto mi parte demoníaca como la perspectiva de una buena pelea. Aunque fuera verbal. Y sobre todo si era con un oponente tan atractivo como Casio.

—Pero tu rey sabe que si no acatáis el Orden iremos a por vosotros.

Por cómo me miraba, debía de pensar que era idiota.

—Tranquilo, no voy a empezar una guerra. Y supongo que si no se lo has dicho a los tuyos tampoco se lo vas a contar a mi abuelo —le sonreí con complicidad.

—Si no fuera porque vas a ser mía, ya estarías muerta.

Lo soltó así, de repente, como quien habla más bien para sí mismo. Pero cada una de las células de mi cuerpo lo oyó y comenzó a quemar, excitada, las reservas de alimento que me quedaban. ¿Ser suya? Mis ojos se tornaron ambarinos y noté cómo nacían mis dos cuernos. Suya. ¿Por qué mis dos mitades, la súcubo y la humana, parecían tan encantadas con eso?

—¿De verdad? —me incliné hacia él, insinuante, mi corazón batiendo récords—. ¿Has venido a mi casa para hacerme tuya?

—No quería decir eso. Y no me refiero en ese sentido.

Su rechazo fue como un jarro de agua fría que paró mis latidos en seco. Maldito vampiro. Se había pasado años flirteando conmigo y cuando por fin no me importaba la posibilidad de acabar desangrada en el proceso, iba y se echaba atrás. «¿Y cómo es que he permitido que no me importe? —pensé—. ¿Tan desesperada estoy de buen sexo (los abuelos y los pedófilos no cuentan) que estoy dispuesta a apostar mi vida en ello?».

—Entonces, ¿en qué sentido?

Era difícil parecer digna cuando tan sólo tenía una camiseta corta para taparme. Sobre todo si aún estaba excitada y no llevaba sujetador.

—Estás muy extraña desde que te dije lo de tu hermana. Supongo que he subestimado tu control emocional. Al fin y al cabo, ser un súcubo con emociones debe de ser mucho peor que convertirte en vampiro. Por lo menos nosotros recordamos haber sido humanos y haber podido bregar con nuestros sentimientos.

Lo que me faltaba, que se me pusiera ahora en plan paternalista.

Me lo quedé mirando con muy mala cara. Lo cierto era que tenía razón, pero no por eso pensaba perdonarle las calabazas. Desde que me había dicho lo de mi hermana, no había vuelto a ser yo. De algún modo la noticia había abierto la caja de Pandora, y todos esos recuerdos encerrados se habían apretujado para salir a la luz. Como el corcho de una botella de champán bien agitada. Me había vuelto una semidemonio más irascible de lo normal. Menos mal que nunca había pretendido ser agradable.

—Y no es que no desee acostarme contigo, es más bien que, si sólo fuera por eso, te quedarían unos diez minutos de vida.

Lo decía tan serio. Agradecía lo de acostarnos, pero ¿diez minutos? ¿Sólo? Se notaba que nunca se había tirado a un súcubo.

—¿Entonces? —pregunté, de milagro mi voz sonó normal. Ni despechada, ni molesta, ni cabreada. Normal.

—Lo que quiero es que seas mía para siempre.

La determinación de su voz no me gustó nada. Y por más que el concepto de *suya* sonara bien, sobre todo al lado del de *para siempre*, no estaba dispuesta a ser la esclava de nadie (¡ni a perdonarlo!). Ni siquiera del único ser capaz de hacerme desearlo, aunque no tuviera alma que arrebatarme después.

—Ya lo hemos hablado. Me niego a ser tu esbirro guardaespaldas unida a ti por la sangre. Ni hablar.

—No vas a tener la posibilidad de negarte.

Muy despacio, se levantó y se acercó a mí, mostrándome sus colmillos con una claridad escalofriante.

Quemé todo rastro del alma del abuelito y volé (de modo figurado) hacia la puerta. Inútil. Era un vampiro milenario. Cuando llegué en una fracción de segundo desde el salón, que no estaba precisamente al lado, él ya estaba esperándome apoyado contra la madera.

—No puedes hacerlo contra mi voluntad —intenté defenderme.

Sentí cómo sus cálidos brazos me atraían hacia él. Hice fuerza para soltarme. En vano, tenían la consistencia del acero. «¡Maldito hijo de humana, manipulador, seductor e imposible!», pensé furiosa.

—Sí puedo —susurró.

Y depositó lo que debió de ser un beso tierno (¿¿¿tierno???) en mi mejilla. Y fue deslizándose con lentitud, sin separar los labios de mi piel, hacia mi cuello. Su boca

era tan suave y sensual como me la había imaginado, pero no era momento de recrearse en ello, por más que mi parte demoníaca quisiera gritar extasiada.

Nunca me había alegrado tanto de ser interrumpida como cuando oí el timbre de la puerta. Y me debería haber alertado el sonido de los pasos que se acercaban, pero estaba demasiado ensimismada ante la certeza de que iba a ser mordida por Casio.

Y por lo visto, el increíblemente poderoso Casio tampoco había sido capaz de oírlos, porque cuando sonó el timbre detuvo en seco su deliciosa trayectoria, más o menos por el lóbulo de mi oreja, y se separó contrariado. Antes me habría rechazado, pero no era tan indiferente a mis encantos como pretendía, o no habría estado tan concentrado en nosotros como para desconectar del resto del mundo sin mantener siquiera las alertas más básicas. Me soltó sin alejarse apenas de mí, me miró y me hizo un gesto con la cabeza, señalando la puerta. «Muy bien, Casio —pensé—. Aunque sólo sea porque a mí también me conviene, voy a hacerte caso».

—¿Quién es? —pregunté elevando la voz.

Lo normal habría sido echar un vistazo por la mirilla, pero no quería arriesgarme a que si dejaba de mirar al vampiro a los ojos este decidiera reanudar su «contrato».

—Buenas tardes, busco a Violeta Abós Sanz —parecía un chico joven.

¿Tardes? Miré mi reloj. Las cuatro. No era de noche. Sí que debía de haber cabreado a Casio para hacerlo venir en pleno día.

—¿Quién eres?

—Le traigo unas flores.

Casi me eché a reír. ¿Flores? No había tenido un admirador jamás (la vida de más amantes era demasiado breve) y me traían flores justo ahora. El hecho de ver cómo las pupilas de Casio se contraían peligrosamente lo hizo todavía más gracioso. ¿El gran vampiro se sentía celoso y posesivo? Se me escapó una risilla estúpida. Ahora sí que me estaba comportando como la niñata tonta que aparentaba. Todo esto era demasiado jaleo para un sólo día.

Mi vampiro odioso favorito (porque la edad no la hacía a una menos rencorosa), ese que acababa de lograr puntos para que lo estacara el día en que me enterase dónde dormía, me indicó que abriera y se retiró raudo de la vista. Supongo que al salón. Abrí la puerta y observé al repartidor, que me tendía un ramo de violetas (¡violetas!) y un tablet para firmar.

—DNI y firma, por favor.

Pensativa, se lo quité de las manos junto con el lapicerito electrónico e introduje el número del DNI falso que llevaba siempre conmigo. El mismo de la discoteca del otro día. Sabía que la gente no me miraría dos veces si oficialmente tuviera dieciséis, pero necesitaba la mayoría de edad para ser independiente. A continuación se lo devolví, me despedí con educación y me retiré hacia el salón con el pequeño ramo de violetas.

—¿Casio?

Como no me contestó, consideré volver corriendo hacia la puerta e intentar escapar por si todavía estaba empeñado en eso de *hacerme suya*. Bah, imposible. Ese chupasangre era demasiado poderoso como para despistarlo si él no lo deseaba. Así que, a falta de algo mejor que hacer, curioseé la tarjeta:

«Reúnete conmigo esta tarde a las siete en el Circe. No te arrepentirás».

«Hum —pensé—, yo seguro que no, ¿pero y tú?». El Circe era el bar del tipo del otro día, aquel cuya esposa le había tendido una encerrona. No era un sitio que yo soliera frecuentar. De hecho, sólo había ido aquella vez. Curioso. Fui a la cocina a poner las flores en agua.

—Así que tienes admiradores.

Estaba apoyado contra mi bonita nevera cromada.

—No te creas. No es muy normal —le contesté mientras sacaba un jarrón de uno de los altillos—. Suelo tirármelos y comerme su alma antes de que puedan mandarme flores.

—Lo sé. Me he divertido observándote desde que te conozco.

—¿Qué es esto, Casio, la hora de las confidencias? Si vas a joderme la vida muérdeme de una vez. Y si no, déjame. Tengo cosas que hacer.

Algún día, cuando escribir fuera rentable, haría un libro titulado «*Cómo ser medio súcubo, estar cabreada con él y al mismo tiempo desea tirártelo*». ¿O mejor un artículo para la Cosmopolitan?

—¿Cómo ir a ver a tu admirador?

—¿Esto? —señalé las flores que estaba colocando—. No, más bien como averiguar dónde está mi hermana y quién quiere matarla. Sí es que existe, claro. Vamos, la información que no quieres darme sin un precio.

—¿Esa cuyo precio pretendo ahora cobrarme por nada?

—Esa misma.

Mejor seguía con mis flores. Si lo ignoraba, a lo mejor hasta se iba y todo. Porque no, hormonas traidoras, no quería que me hiciera suya. No a su modo.

—Tienes razón. Respetaré la cena. Si llevo más de veinte años esperándote, supongo que puedo esperar tres días más.

—¿Más de veinte años? —me extrañé.

«Casio —pensé—, ni que yo fuese tan poderosa o deseable».

—No te subestimes, Violeta. Yo no lo hago.

Y la súbita corriente de aire que fluyó me indicó que se había ido por la ventana abierta. Suspirando, la cerré. Mi piso no era muy grande y estaba en un mal barrio, pero me gustaban las ventanas. Así que cuando lo compré hice que los albañiles que lo reformaron añadieran una en la cocina y otra en el baño, ya que en un principio no tenían (untando un poco al Ayuntamiento, claro, porque no se podía). Aunque,



después de todo, considerando cómo los vampiros (o al menos uno de ellos) campaban a sus anchas por el piso, quizás no había sido tan buen idea.



Vestida con unos cómodos vaqueros y una camiseta gris, de esas que simulaban los bañadores de natación con los hombros al descubierto y los tirantes unidos a la espalda, me dirigí con tiempo al bar en cuestión. A las siete. Qué hora más rara. Pensaba que ese tipo de garitos abría más tarde.

Y no me apetecía mucho ir, Sobre todo hambrienta como estaba. No me gustaba nada de eso de no contar con reservas de energía espiritual que digerir, pues si me veía envuelta en algo, ¿cómo iba a defenderme si no podía aumentar mis cualidades físicas y sensoriales? A ver, no las podía mejorar demasiado con las almas, pero tampoco podía quejarme. Sin energía que quemar, aunque mis habilidades superan a las de la mayoría de los hombres, me sentía un poco desnuda. Al fin y al cabo, yo era una mercenaria del mundo paranormal: no solía enfrentarme a simples humanos...

Crucé con recelo las callejuelas que llevaban al local. Eran tan estrechas que el sol de la tarde no conseguía penetrar del todo, se quedaba iluminando los pisos altos con un aura fantasmal. Y hacía algo de frío para cómo iba vestida. Comenzaba a pensar que debería haberme quedado en casa.

Menos mal que los demonios no nos resfriábamos.

En algún momento entre el segundo y tercer callejón, me pareció oír un ruido, como si me hubieran estado siguiendo. No me detuve, simulé no haberme dado cuenta y me concentré en escuchar. Nada. Me giré rauda. Solo esa luz sucia y mortecina que venía arañando mi ánimo desde que había salido de casa. Quizás sí debería mudarme a un barrio mejor. Una ya empezaba a estar mayor para pisar siempre la misma mierda.

Una vez hube salido de la zona respiré un poco más tranquila. Un sexto sentido me avisaba de que algo no iba bien. Y las calles por las que acababa de pasar eran

perfectas para una emboscada. Se me habían quitado las ganas de andar. Mejor iba al centro sentada. Me dirigí a la parada de autobús más cercana añorando mi sable. No podía ir por ahí con un arma tan evidente, por más que fuera la que mejor manejaba.

El 43 tardó un poco más en llegar, pero no iba muy lleno. Me situé al fondo, cerca de unas señoras mayores que me miraron e hicieron comentarios improcedentes sobre la actitud de los jóvenes. Tenían suerte de que llevara un día raro, o me habría visto tentada de aclararles que tan sólo me sacaban unos diez años. Los demonios no estábamos hechos para aguantar las tonterías de nadie.

Una vez me hube bajado, no me costó más que un par de minutos llegar a la puerta del Circe. Y, como sospechaba, estaba cerrada. Miré alrededor. Una calle con pocos portales, aunque espaciosa, con varios pubs y cafeterías, y un par de tiendas que estaban abriendo sus puertas al público. No parecía un buen sitio para una trampa. Quizás el gato encerrado estuviera dentro del local. Resignada, llamé dando unos toques fuertes en la persiana de metálica bajada que protegía la puerta. Total, si me pasaba algo, lo único que me iba a echar de menos era Casio, y porque deseaba algo de mí. Ya averiguaría el qué. Mi abuelo, *el gran rey demonio*, y yo nos ignorábamos mutuamente. Y con mi padre ajusticiado, mi madre asesinada y el resto de mi familia inexistente o apestando, lo más parecido que tenía a una amiga era un bruja que contrataba para que me ayudase de vez en cuando, no nos íbamos de compras juntas, ni mucho menos, pero a menos Marta y yo solíamos interesarnos la una por la otra de un modo cordial, aunque fuera porque le hacía ganar dinero, y ella, a diferencia de mí, solía ser una chica buena y de trato fácil. Algo o atípico hasta para un miembro del clan Moon-Wolf. Así que muchos motivos para temer por mi vida no tenía, no. Eso era bueno para un demonio. Siempre lo había dicho. Por lo que cuando pasaron cinco minutos sin respuesta busqué una calle paralela, para ver si había por detrás una salida de emergencia por la que colarme.

Encontré algo parecido, una enclenque puerta gris de pintura metalizada. Por suerte esta calle estaba menos transitada. Nadie por aquí, tampoco por los lados ni asomado en las ventanas... Lalalá... Una embestida con el hombro al más puro estilo policíaco americano (y esta vez no podía culpar de mi vena peliculera a ninguna mala comida), un *mecagüenios*, *qué daño* musitado entre dientes y una patada rencorosa después, conseguí abrir la puerta y entrar en lo que parecía un almacén del bar. Cerré lo mejor que pude la puerta a mis espaldas —eran tan bruta que había conseguido doblar el cerrojo— y me adentré en la penumbra de la sala.

Iluminada tan sólo por la luz que entraba por la rendija de la puerta mal cerrada, mi sensación de estar siendo seguida y de que algo iba mal, el hecho de que el sitio donde me habían citado de modo anónimo estuviera cerrado y sin clientes, yo sin almas que quemar... ¿Necesitaba algo más?

Pues parecía ser que sí, porque entré tan ricamente en la estancia, en la que

apenas vislumbraba pilas de botellas que podrían ocultar cualquier cosa, y saqué las dos dagas de mis botas (una en cada) como única concesión a la realidad de la situación.

¡Hurra por ti, Violeta!, será que por tu edad estabas entrando en la menopausia.

En fin, como a veces hasta las chicas malas teníamos nuestra ración de suerte, resultó que si bien habían tendido una trampa, no habían sido yo la que había picado. O eso, o los ruidos de pelea que me llegaban del bar eran el intento de atraer mi atención más burdo que hubiera visto jamás.

Tan silenciosa como los tacones de mis botas me lo permitían (el metálico lo llevaba forrado), pasé entre las botellas apiladas, me acerqué a la puerta que comunicaba el almacén con el resto del bar y tanteé su manilla. No estaba cerrada. Subiendo al máximo mis niveles de adrenalina, la giré con lentitud.

Ante mí se desplegaba la barra del garito, iluminada con luz eléctrica. Y en el amplio espacio libre entre la barra y la puerta cerrada de entrada había tres vampiros jugando al gato y al ratón con un humano. Joder... Tres. Más me valía que estuvieran bien concentrados en putear al humano antes de comérselo, o yo no iba a tener nada que hacer. Y por suerte, según las leyes del Consejo, si conseguía cargármelos tenía todo el derecho a hacerlo. Porque estaba prohibido beber de humanos que no fueran de tu *rebaño*. Por una vez estaba de acuerdo con las leyes de esas sanguijuelas. No estaría nada bien que se enteraran de nuestra existencia. Y estaba aún más de acuerdo si eso significaba cobrar por matar al vampiro desobediente y malo.

«Al vampiro malo... ¿por qué no me puedo quitar a Casio de la cabeza? —pensé mosqueada al visualizar su imagen—. Todos los demonios yo incluida, por definición somos malvados. Por más que él sea tan viejo que vuelva a ser duelo de sus sentimientos y a saber lo que es empatizar con alguien».

Así que mientras golpeaban «*con suavidad*» al humano, lo tiraban al suelo y dejaban que creyera que podía levantarse y escapar, yo me dediqué (además de a darme un par de hostias mentales) a comprobar que no se oía a nadie más en la sala. Los vampiros respiraban; estarían no muertos y se alimentarían de sangre, pero necesitaban igual oxígeno sus células. Después saqué mis cuernos y, con rapidez, apunté con mis dagas a los corazones de dos de ellos y las lancé a la vez. No podía quejarme de puntería. Había tenido más de treinta años para practicar. Y mejor lanzarlas a la vez, porque de una en una siempre corría peligro de que el segundo vampiro la viera venir y con su supervelocidad te la devolviera directa a tu entrecejo y con un besito punzante de regalo en el cuello.

Acerté, las dos. Y al instante tenía al tercer chupasangres sobre mí. Una mano en mi garganta, la otra en las costillas apretándome contra el suelo (con el cual de repente acababa de encontrarme) y su cara, de muy pocos amigos, a pocos centímetros de la mía.

«Lo sabía... —pensé—. Si llego a tener algo de energía para quemar, esto no me habría pasado. O al menos no tan rápido».

—¿Quién eres? ¡Habla!

Señalé con mi mano derecha hacia mi cuello. Si no aflojaba un poco la presión, ¿cómo demonios se suponía que iba a contestarle?

Pareció entenderme y me permitió respirar. Me concentré en el dolor de garganta. Era más real que mi posible muerte. Porque yo sabía, antes de lanzar las dos dagas, que esto iba a pasar. Igual que confiaba en que el tercer vampiro no me mataría hasta no saber quién era yo y qué narices estaba haciendo allí. Por eso había sacado mis cuernos antes de atacar.

—Soy propiedad de Casio —mentí sin pestañear—. Si me tocas, eres vampiro muerto.

Todos los chupasangres conocían a Casio. Había pocos miembros del Consejo tan poderosos como él. Por algo era de los tres integrantes del Triunvirato. Los otros dos, por cierto, no tenía ni idea de quiénes eran.

—Mientes —siseó.

—¿Acaso no lo hueles?

Eso era cierto. No me había duchado desde mi último encuentro con él. Por lo que todavía debía conservar su aroma de cuando me había abrazado.

—Quizás. Pero de todas maneras él me matará si descubre qué estoy haciendo.

—Bueno... yo no tengo por qué decírselo —me las ingeníé para sonreír.

—Y él no tiene por qué enterarse de quién te ha matado a ti.

«Vamos, humano, actúa —pensé—. Huye y despístate para darme la oportunidad que necesito. ¡Haz, algo! Porque si te vas a quedar allí parado viéndolo cómo me mata, tú serás el siguiente. Si salgo de esta, la próxima vez que me meta en una emboscada pienso llevar mi propio guardaespaldas».

—Lo sabrá. Créeme. Y tu muerte será más lenta y dolorosa que si eres ajusticiado por infringir el Orden. A Casio no le gustara que jueguen con sus juguetes. ¿Es que no ves que soy un súcubo?

Eso le hizo mirarme con renovado interés, como si me reconociera, y dudar un poco. Y ya que el humano que estaba intentando rescatar no se daba por aludido ni hacía nada, decidí hacerlo yo. A ver, no pretendía que me leyera la mente, pero por lo menos podía tener la decencia de aprovechar para huir aterrado. ¿Qué era eso de quedarse quieto como un pasmarote?

Qué menos que pensar un poco. ¿Creía que se iba a *rescatar* solo?

Rompí la cápsula de seguridad que llevaba pegada en el paladar detrás de mis palas superiores. Y escupí. Las minúsculas astillas de madera que tenía dentro resbalaron junto con mi saliva por sus ojos y el resto de su cara.

Como no se lo esperaba, reaccionó apartándose hacia atrás y aflojando su presa

sobre mí. Suficiente: fui a por sus ojos con mis dedos ignorando la sensación de penetración. En cuanto lo tuve retorciéndose de dolor me escurrí bajo él y me abalancé a por uno de los taburetes que había bocabajo sobre la barra. Queriéndome mucho porque eran de madera, lo estampé contra el suelo y clavé una de las patas que se habían soltado en su sucio corazón. Un vampiro menos. Ya sólo quedaban dos que rematar y estaban inmovilizados por mis dagas. Pero lo primero era lo primero. Me limpié los dedos de sangre y otros restos en la ropa del cadáver, y me dirigí hacia el humano.



Anda, si era por eso que no se había ido corriendo. El último golpe de los vampiros le había acertado en la cabeza. Estaba inconsciente en el suelo y había un reguero rojo en las baldosas de alrededor. Mierda, después de lo que me había arriesgado, más le valía estar vivito y coleando.

Comprobé que había pulso en su muñeca y le di la vuelta con mucho cuidado. La sangre venía de una herida en la frente, más aparatosa que profunda. Y los rasgos que me habrían estado contemplando si hubiera estado consciente eran los de aquel chico misterioso.

El rubio de la otra noche estaba desmayado entre mis brazos. Sus pómulos eran tan bonitos como noté el primer día. Acaricié sus párpados. Así, con esa expresión tan apacible, podía pasar por dormido. Hacía mucho que no tenía a un joven entre mis brazos.

Depositó con cuidado su cabeza en el suelo y me lo quedé mirando. Parecía un ángel inocente, como los niños cuando dormían. Aunque en plan adulto y sexy, claro. Realmente era muy guapo. Deseé que el golpe no le hubiera dañado la cabeza.

Lo normal hubiera sido llevarlo a un hospital. Pero, la verdad, yo necesitaba respuestas. Así que fui a la barra a coger un vasito vacío de chupito.

Clavé otro trozo del taburete roto en el pecho de uno de los vampiros restantes (con este iban dos menos), recuperé mi daga y después de amenazar al tercero con hacerle lo mismo si no dejaba de enviar pensamientos a mi mente, le abrí una raja en el brazo.

Recogí el líquido oscuro con el vasito y vertí un poco en la herida del chico rubio. El resto loforcé a pasar entre sus labios. Bonitos labios, por cierto veintipocos, la cumbre física de un varón humano... Quizás, además de mudarme de casa, debería reformar mis hábitos alimenticios. Había pasado demasiado tiempo desde que había echado un polvo decente.

Pero no iba a comerme al tío al que acababa de salvar. Aparte de inmoral, sería estúpido. Y me daba a mí que si me alimentaba por placer en vez de sobrevivir no le

iba a hacer mucha gracia a Casio. Puede que ignorara qué era lo que buscaba, pero no creía que el sexo quedara fuera de ecuación.

En todo caso, no tuve mucho tiempo que perder pensando en tonterías. El joven comenzó a agitarse enseguida.

Y cuando abrió los ojos y me vio allí, inclinada sobre él, ensangrentada, con la mirada ambarina y un par de cuernos entre el pelo, lo único que hizo fue sonreírme con dulzura y decir:

—Así que es verdad que no eres humana.



Estaba recordando que mi padre me había sacado del castillo de la familia, en lo alto de la montaña más elevada del sexto plano demoníaco, y me había llevado al estanque de los vórtices, para mi sorpresa. Por a una niña que no había conocido más que el interior de un lóbrego castillo bajo el cielo grisáceo y sin estrellas donde vivían los míos. Sácala a dar una vuelta por el mundo, ese tan fascinante que sólo conocía a través de las ventanas, y ya verías cómo le cambiaba la cara. Y si a eso añadíamos agarrarse a papá mientras este extendía sus alas aterciopeladas y se lanzaba desde una de las torres del castillo. En fin, cualquier niña se habría maravillado, aunque no la hubiesen llevado al estanque.

La fortaleza de mi abuelo, construida en los tiempos antiguos, cuando los demonios rivalizaban por dominar uno de los siete planos, era aterradora. Una enorme mole de piedra que se retorció arañando el cielo con mil dedos agonizantes, un cuerpo central con torres inclinadas que brotaban de él como ramas enfermizas, muros grabados con grotescas caras contorsionadas de dolor o con la promesa del peor de los tormentos. Las leyes de la física no habrían permitido su existencia en la Tierra. Pero la baja gravedad existente en el plano, unida a la magia que gastaba mi abuelo en mantenerla, conseguían que semejante estructura de pesadilla pudiera existir. Y cumplía su función. Porque si yo fuera un demonio rival que quisiera conquistar la dimensión, me lo pensaría dos veces antes de atacar el castillo. Y había sido siempre así. Era una temible fortaleza que reinaba sobre una montaña elevada sobre el resto del plano como un enorme hormiguero. Y estaba llena de trampas en sus muros, y contaba con un ejército de íncubos y otros demonios menores dispuestos a defenderla.

El viaje hasta el estanque se me hizo corto, aunque duró más de una hora.



Sobrevolamos tierras desoladas cuyos únicos pobladores se agazapaban bajo los árboles achaparrados que, dispersos, las salpicaban. Barrancos estériles, ríos de lava, lagunas llenas de algún líquido oscuro y supurante que se escapaba de sus orillas en regueros venenosos y marchitaba los árboles que tenían la mala suerte de hallarse en su camino. Todo lo que siempre había visto desde la lejanía de mi ventana estaba en ese momento a mi alcance, a pocos metros por debajo de mí. Yo estaba fascinada. Pero en cuanto llegamos a las aguas blancas y muertas del estanque me olvide de todo lo demás. Pocas cosas me habían vuelto a sorprender después de aquello. Por eso me quedé atontada unos segundos cuando aquel chico rubio, aquel que acababa de ser vapuleado por tres vampiros, me vio en mi forma súcubo y lo aceptó como si nada.

—¿Me conoces? —le susurré.

Por algún motivo, me parecía que si hablaba en voz alta se iba a romper alguna especie de hechizo que se había creado entre los dos.

—Eres Violeta, ¿no? —me sonrió sin dejar de mirar mis cuernos, fascinado.

Por lo menos no me había llamado Klynth' Atz. De todas formas, supuse que se debía al colocón de sangre de sanguijuela. En fin, todas las curas rápidas presentaban sus inconvenientes.

—Sí. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Bonitos cuernos.

Alargó una mano para tocarlos. ¿No le daba miedo?

—Shhh —le aparté la mano, con delicadeza.

La noté demasiado cálida. Efecto de la sangre tomada.

—Mis cuernos son una parte demasiado personal para que vaya dejando que la toque cualquiera —continué contándole.

—Pero yo no soy cualquiera.

Sus ojos eran marrones y sinceros. Y lo decía convencido del todo. ¿El vampiro iba fumando o qué? Su sangre no debería tener ese efecto.

—No, claro que no —ironicé con tanta delicadeza que sonó como si fuera verdad.

Y en cierto modo así era. Había algo en ese joven que me hacía sentir muy extraña, protectora y dulce, diría yo. ¿En qué momento se me había olvidado aquello de su culo sexy? No sí. Todavía iba a resultar que era yo la que se había drogado.

—¿Es como rascarle las orejas a un gato?

—¿Qué?

Eso ya era demasiado. Nos encontrábamos en un bar cuyo mobiliario estaba medio destrozado, junto a dos vampiros muertos y otro apuñalado a menos de tres metro; el chico, recostado, y yo inclinada sobre él, manchados los dos de sangre, y hablando de manera íntima como si nada. Y encima estaba comparando mis cuernos con las orejas de un gato. Me dio la impresión de que había redescubierto el término

«surrealismo».

—¿Puedo?

Volvió a alargar la mano. Se la aparté de un manotazo y me dolió ver el reproche en sus ojos. ¿Quién era ese chico que me influía tanto?

Me levanté algo brusca y hablé en voz alta. A la mierda con eso de los susurros. Si alguna bruja se había divertido lanzando un hechizo de compenetración (cosa que dudaba), mejor romperlo.

—No te muevas —le dije—. Luego me dirás quién eres. Primero voy a interrogar a este.

Señalé hacia el vampiro vivo, ese que pese a mi amenaza anterior no había dejado de aporrear mi mente con su cháchara entre bravucona y asustada.

—Yo te había citado aquí —me comentó el joven mientras se sentaba en el suelo.

—¿Cómo? —volví a centrar mi atención en él.

—Sí, te vi en el bar. De hecho llevo varias semanas buscándote. Y te seguí.

—¿Qué?

«¿A la casa de mi cena? —me horroricé—, ¿y al callejón de la pelea?, ¿y luego a mi casa? ¿Y yo sin darme cuenta?».

—Estabas muy ocupada como para fijarte en mí. Veo que te gustan los tipos maduros.

«¿Qué? Ops, mi cena y Casio. Hostia, ¿no me habrá seguido también al geriátrico?».

No me importaba tanto si le causaba buena impresión o no, pero no me gustaba airear mis hábitos alimenticios.

—¿Sales con el tipo alto y moreno? —continuó ante mi silencio.

—Vale —me agaché hasta que mi cabeza quedó a la altura de la suya—, ¿quién cojones eres y por qué me sigues?

—Me llamo Marcos. Y te sigo porque no acababa de creerme que fueras medio súcubo.

—¿Qué?, ¿quién te lo dijo?

—¿Qué tal si te lo cuento una vez te hayas encargado de ese? Es que no hace más que intentar que te ataque.

«JODER. Seré idiota», pensé.

Era evidente: si le daba la sangre de la sanguijuela, a esta le resultaba muy sencillo controlarlo y hacer que me atacara. ¿Y cómo era posible que este simple humano se resistiese?

—Tienes razón. Tú no te muevas. Voy a encargarme de él.

—Vale. Por cierto, Violeta.

—¿Sí?

—Tienes los ojos de mi madre.

—Tú tranquilo, Marcos, que estás un poquito colocado a causa de ese —volví a señalar al vampiro—. Pero no te preocupes, se te pasará en un par de horas. Y dejarás de decir cosas raras.

—No, si es en serio.

—Claro, claro, seguro que tu madre es muy guapa.

—Sí, pero tú más.

—Vale —no pude evitar sonreír. El chico era francamente adorable—, tú quédate sentado y deja que la sangre acabe de curarte. Y no te preocupes si ese grita en tu mente. Es lo único que puede hacer, porque lo tengo bien estacado.

Me giré y me dirigí hacia el vampiro. Un ejemplar de unos doscientos años, a juzgar por su aura de poder. Media para Casio, pero demasiado para mí. En fin, cogí un trozo del destrozado taburete de madera, me agaché para estar a su altura y se lo clavé en una pierna. Noté que Marcos se estremecía ante su grito mental. Más me valía estar atenta, no fuera a ser que su extraña inmunidad se acabase y me atacara.

—Tienes dos opciones. Ir a manos de Casio más o menos entero, o en fragmentos. Tú verás.

—No me asustas, zorra —escupió en mi cabeza.

Pero pude notar su dolor.

—¿Qué hacíais aquí?

—¿Eres tonta, o sólo te lo haces, rubita? —me provocó.

—A ver, creo que no me has entendido, no te estoy preguntando si quieres morir joven. Tan sólo cómo deseas hacerlo.

Saqué el trozo de madera y lo volví a clavar en su muslo, pero esta vez algo más arriba.

—Y tú eres tan tonta como aparentas. Súcubo. ¡Bah! Sólo debes de servir para la cama.

—No vas a cabrearme para que te mate pronto —volví a clavar un poco más arriba—. ¿Quién eres?

—¿Cabrearte? —escuché una carcajada teñida con el dolor de sus heridas en mi mente—, no. ¿Es que no te has dado cuenta?

—¿De qué?, ¿de lo predecible que eres?

Comenzaba a mosquearme.

—No, bonita. ¿Cuántos años dirías que tengo?

Me lo quedé mirando. Castaño, unas pocas arrugas bajo los ojos, algo gordito.

—¿Veintinueve?

Se me carcajeó. Retorcí la improvisada estaca antes de sacarla. Esta vez se la clavé en la ingle.

—Eres patética —sonó despectivo, pero su risa había dejado de resonar en mi cerebro—. Me refiero como vampiro.

—Unos doscientos.

—Pues no. Dos décadas.

—Ja. Un bebé de dos décadas no emana tu poder. Te recuerdo que soy un demonio, puedo sentirlo. Y, además, tan joven, herido y sin tu sire para contenerte, ahora estarías en estado animal e incapaz de hablarme.

—A ver, putita.

Me estaba cabreando de verdad. Yo no era ninguna puta. En primer lugar, lo hacía mejor que ellas (por algo tenía poderes sobrenaturales para aumentar el placer de mis víctimas) y, en segundo lugar, no lo hacía por dinero, sino porque necesitaba las almas. Algo muy diferente. Le sacudí un guantazo.

—Me parece que sí te estás ganando esa muerte lenta. Porque no me dices nada que tenga sentido.

—Repito, a ver, putita —me contuve a duras penas—, no te enteras de lo que está ocurriendo, ni tú ni tampoco el Consejo.

—¿El Consejo?

—¿Crees que no sé que no eres el juguetito, sino la protegida de Casio?

—¿Protegida?, ¿de qué coño hablas? —como me siguiera aporreando la cabeza con ese tono sarcástico, su muerte iba a ser muuuy lenta.

—Vamos... ¿tan tonta eres como para no saber que si no fuera por él ya te habrían ajusticiado en vez de pagarte cuando mataste a aquellos vampiros? Lo que pasa es que el viejo no es tonto y sabe invertir a medio plazo.

Debería haber prestado más atención a eso de *medio plazo*. Me habría hecho la vida más sencilla.

—Deliras.

—Seguro. Pregúntale.

—Absurdo. Sé que él habló a mi favor, pero no maté a ningún vampiro que no se lo mereciera.

—Bueno, más bien él falsifico las pruebas.

—No sé de qué me hablas. Ni que pretendes, ya que estamos. Porque por este camino no vas a llegar a nada.

—Entonces, putita, presta atención y quizás te diga algo que te parezca que se merece la clemencia de una muerte rápida.

—Cabreándome no vas a lograrla.

—¿Tenemos un trato?

—¿Vas a vender a tus aliados por un final rápido? ¡Qué típico de los de tu calaña!

—Ese es el quid, rubita, nosotros no somos de la *calaña* de los demás vampiros.

—¿Nosotros?, ¿desde cuándo los chupasangres estáis tan unidos?

—¿Desde que nuestra causa es mejor que la de los demás vampiros? Deja de hacer preguntas estúpidas, súcubo, y dime si tenemos un trato.

—Muy bien —lo miré con desconfianza—, habla.

—¿Tenemos un trato, no?

—Bien.

Más le valía decirme algo útil o igual lo encerraba en mi casa, sin quitarle el puñal, y me dedicaba a torturarlo un poquito cada día. Al fin y al cabo, con no muertos que regeneraban una puede ser muy creativa.

—¿Por qué crees que tu amigo no te ha atacado?

—¿El rubio? Bueno —continué ante su silencio invitador en mi mente—, ni idea. Quizás tenga una inmunidad natural.

—¿Un humano? Te creía más lista.

Miré con fijeza a Marcos. Estaba sentado escuchando lo que yo decía con expresión interesada y con mucho mejor aspecto que hacía unos minutos. La sangre lo estaba curando y, aparte de eso, no detectaba nada más antinatural en él. Era meramente lo que parecía ser: un chico guapo y deportista de unos veintipocos. No era medio demonio como yo ni nada parecido.

—¿Entonces cómo lo explicas?

—Fácil. Porque yo no tengo el poder que tendría un vampiro de doscientos años. O eso o por algún extraño motivo no le estoy ordenando que te ataque.

—Siento tu poder. Ese nivel lo desarrolláis en unos dos siglos.

—Ya te he dicho que no soy un vampiro como los demás. Mi poder, rubita, se debe a la ciencia, no a los siglos. Tengo más poderes de base que confunden tu percepción. Pero ese en concreto todavía no lo tengo. Ni creo que me dejes envejecer lo suficiente para ello.

—Cuenta con ello.

Y sería pronto, porque estaba empezando a cansarme hasta de estar agachada. Me incorporé.

—Como ya te he dicho, no soy un vampiro normal. Y no estoy solo. Aunque eso es algo que muy pronto comprobaréis, todos.

—No te creo.

—Toma una muestra de mi sangre y llévala a analizar.

—Y con esa tontería te libras de que te torture o entregue vivo a Casio. Demasiado fantasioso. Mala suerte. No te creo.

—Nunca he dicho que seas muy lista. Mira los cadáveres de mis compañeros.

—¿Eh?

—Míralos.

Sin dejar de vigilar a Marcos de reojo, me giré hacia los dos vampiros muertos. Estaban donde y como los hacía dejado.

—Más de cerca.

Jurando por lo bajo me acerqué. Y me quedé helada. No tenían la pinta de muerto

fresco que suelen tener los vampiros recién estacados. No, su piel se había apergaminado y estaba llena de grietas. ¿Qué cojones estaba pasando?

Oí su risa despectiva en mi mente.

—Habla.

—No somos mortales. Ahora coge una muestra de mi sangre si lo deseas y márame ya, mujer. Un trato es un trato.

—Tú no tienes palabra —le contesté, todavía aturdida por la revelación.

Porque ningún vampiro que yo conociera se desintegraba como lo estaban haciendo esos dos. Si los miraba en detalle, las grietas se hacían cada vez mayores, y su piel, que había adquirido un tono grisáceo, parecía ir dispersándose en polvo.

—Pero tú sí tienes. Y te haré un regalo, sólo por ver la cara que pones.

—Yo soy la que está en posición de herir, no tú.

Me acerqué a él y desclavé de su ingle, amenazante, el trozo de banqueta que usaba como estaca.

—Íbamos a por ti. Seguimos al muchacho para llegar a ti. Lo que no esperábamos era que él ya te hubiera contactado.

¿Me estaba diciendo que lo habían ido a atacar justo el día que habíamos quedado y que lo que estaban haciendo era jugar con él para que les diera mi paradero? Anda ya.

—¿A por mí?

—Sí, no te queremos al lado de Casio.

Levanté mi improvisada estaca ante semejante ridiculez y lo miré con frialdad. Ni que el rey de los súcubos fuera yo en vez de mi abuelo.

—Un trato. Y por cierto, pronto serás nuestra. Tenemos a alguien que te importa —sonaron, burlonas, sus palabras en mi cabeza.

Me quedé con las ganas de clavarle, no el trozo de silla, sino el mueble entero en las pelotas. En fin. Tenía razón. Yo cumplía mis promesas. Porque desde luego no iba a tragar con ese burdo intento de ganar tiempo. Casio y Marta estaban bien. Y no había nadie más en mi vida que mereciera la pena. Ignoré su tono victorioso y burlón. Después de todo, la muerte le borraría la sonrisa de suficiencia. Su cara no podía modificar la mueca de sorpresa con la que se había quedado en el instante en que mi puñal lo había alcanzado, pero por cómo se estaba proyectando en mi mente, su sonrisita la estaba viendo en colores. Tomé rauda un poco de su sangre en el *tupperware* de los limones (lo había encontrado detrás de la barra cuando había ido antes a buscar el vaso de chupito), y acabé con sus miserias de un golpe limpio en el corazón. Retiré mi daga. En algo tenía razón. No era como los demás vampiros. Su piel comenzaba a perder color rápidamente. Y sus dos colegas eran ya una especie de parodia de un ser humano hecha con papel viejo y arena. «Si es que cada día se aprende algo nuevo», pensé. Me giré hacia Marcos para decirle que ya podíamos

irnos. Y me encontré con que había desaparecido.



Demasiados errores en un día. Desde que Casio había soltado el bombazo de lo de mi hermana, no había vuelto a ser la misma, y el esfuerzo que dedicaba a contener esas emociones reprimidas no lo estaba usando para pensar con claridad. Por qué me había metido de cabeza en un escenario perfecto para una emboscada y había confiado demasiado en que no me hubieran visto los tres vampiros a los que había agredido. Y esa era otra, sin reservas de energía. Además, me había confiado con lo de que el chico no iba a atacarme. (¡Controlarlo por el rabillo del ojo, por favor, Violeta!). Y una vez eliminado el vampiro restante, había dejado de vigilar a Marcos y me había quedado absorta, como una boba, mirando cómo se descomponían los cadáveres. Y claro, el joven se me había largado. Lógico. Lo habían atacado tres aterradores vampiros, una adolescente pirada con cuernos lo había rescatado y se dedicaba a clavarle el mobiliario al personal.

Al chico se le había aclarado un poco la cabeza, se le había ido parte del cuelgue y se había largado. Sin más. Cualquier ser humano con dos dedos de frente habría hecho lo mismo. Y lo peor de todo era que, en vez de desear perseguirlo para arrancarle por las malas unas cuantas respuestas, lo que deseaba era buscarlo para asegurarme que estaba a salvo. ¿De dónde cojones salía este instinto protector? Por favor, ni que fuera mi hijo.

Solté un bufido despectivo contra mí y me acerque al lugar donde había estado el muchacho. Marcos, si de verdad se llama así, debía haberse levantado y salido por la puerta principal del bar, por la que también debía de haber entrado mientras yo había estado buscando un acceso trasero. Si no fuera así, ni sabía por dónde había entrado ni me explicaba cómo había abierto la persiana metálica sin que yo lo oyera. Además esta se aseguraba con llave al suelo desde fuera. Bastante raro me parecía ya el no



haber oído la puerta. «Veamos si puede haber sucedido así», recapacité. Agarré la manilla de la puerta y, efectivamente, estaba bien engrasada y apenas hacia ruido. Y la persiana metálica estaba subida. «Genial, Violeta, ni que te estuvieras volviendo vieja».

Mire por la calle y no lo vi. Como no deseaba llamar la atención por mi aspecto (no era cuestión que me parase la policía), fui rápido al baño del bar para limpiarme un poco. Y a continuación disimulé las manchas oscuras de mi ropa con un poco de granadina y de ron. Mejor oler a alcohol y parecer desaliñada que arriesgarme a que pensarán que iba llena de sangre. Después cogí el tupperware y salí por la puerta. Eran las siete y media. Todavía había bastante gente por la calle. Me dirigí al comercio más cercano, una tienda de relojes, para preguntarle al dependiente si había visto pasar a un chico con la cabeza y la camisa manchada de rojo. Me miró mal y me pidió que saliera de su tienda. Suspiré. Como no había en ese momento ningún cliente dentro, cerré la puerta y lo hipnoticé. No lo había visto. Volví borrosos sus recuerdos de los últimos dos minutos y me fui. Probé en las otras dos tiendas de la calle con resultados similares: Nadie lo había visto. Genial. Ahora mi hombre era poco menos que invisible. Muy raro, sobre todo considerando las miradas que estaba atrayendo yo. Así que regresé al bar. Había dado por hecho que, al haber estado sentado cerca de la puerta, había salido por allí. Revisé el local y me di cuenta de que había manchas de sangre en el suelo por detrás de la barra. Tuve una corazonada. Fui al baño, pero esta vez al de caballeros. Como yo, alguien se había estado dando un lavado rápido, pues había restos de sangre mezclada con agua en el lavado. Genial. Se había escondido y, mientras yo estaba hipnotizando a la gente a puerta cerrada, él se me había escapado. Otro error más. Esto, con seguridad, querría decir algo.

Cogí una escoba para limpiar un poco el suelo del bar (los vampiros ya no eran más que polvo y ropas) y me fui a casa. A mi cama. Primero a dormir. Acababa de dar una demostración magistral de lo que valían mis razonamientos cuando estaba agotada. Y después comería algo. También lo necesitaba. Y al final, sin prisas, llamaría a Casio y buscaría a mi misterioso Marcos.

Con sinceridad, había que ver cómo me divertía a tan sólo tres días de mi cumpleaños.



Dormí hasta las cuatro de la madrugada, me fui de caza a una discoteca, volví para darme una ducha y a las siete de la mañana telefoneé a Casio. Más o menos cuando amanecía. Los vampiros tan poderosos como él podían aguantar despiertos de día si querían e incluso salir a la calle durante breves periodos. El sol era para ellos más bien una molestia que, en vez de asarlos, se limitaba a irritarles la piel. No porque no

les hiciera efecto cómo a las demás sanguijuelas, sino porque regeneraban muy rápido. Pero pese a todo, yo sabía que les jodía que los molestaran de día.

Al tercer pitido, escuché su voz sexy segura:

—Violeta, ¿has decidido que no puedes esperar a tu cumpleaños para ser mía?

¿Era sarcasmo ese tercer componente que detectaba en su tono en vez del esperado fastidio por haberlo llamado de día?

—Hola, Casio, me temo que tendrás que esperar un poco más. —Yo estaba con el inalámbrico, sentada en el salón.

—Tres noches.

—¿Y qué tal cuando el infierno se congele?

—¿No me estarás llamando para decirme que no vas a venir a cenar?

—No, iré, puedes ahorrarte las amenazas. Te llamo para preguntarte qué sabes del nuevo tipo de vampiros.

—Vaya. Una semisúcubo tentadora y única en su especie que me llama para hablarme de trabajo. ¿Te importa si me siento algo decepcionado? —me acarició con sus palabras.

Y si estuviera ahora en frente de mí y yo pudiera perderme en sus ojos, estaba convencida de que le seguiría el juego, de que los latidos acelerados de mí corazón le informarían de cómo deseaba explorar con mi lengua el tacto de sus colmillos, el sabor de su boca, la textura de su piel. Por suerte, delante de mí solo había un televisor apagado, y eso me ayudaba a mantener la cabeza fría ante el único ser capaz de trastornarla.

—Casio, esto es en serio. Me encantaría flirtear contigo, pero ahora no tengo tiempo.

—Muy bien. Cuéntame. La línea es segura, ya lo sabes. Y tienes toda mi atención —su tono se tornó profesional.

—Bien. Ayer tarde fui al bar.

—¿El de la cita de la tarjeta? ¿De verdad que fuiste? No te creía tan ingenua.

—Vale, olía a trampa —respiré hondo para no irritarme. Sí que estaba susceptible últimamente, sí.

—¿Algo más?

—¿No me preguntas cómo lo sé?

¿Un poderoso vampiro de más de dos mil años que volvía a sonar juguetón y que no tenía nada mejor que hacer que pasarse por mi casa de vez en cuando? Lo que yo decía: la sublimación del surrealismo.

—Supongo que leíste la tarjeta. Pude no darme cuenta, pero sé sumar. ¿Puedo seguir ya?

—Violeta. No te estoy echando nada en cara. Tan sólo me pregunto cuándo te darás cuenta de que uno de los míos te estaba siguiendo.

Genial, uno de los vampiros que le debían obediencia me había estado siguiendo. En fin, por lo menos sabía que eso de que tenía a alguien detrás de mí en la calle no había sido imaginación mía.

—Muy gracioso. Pero en fin, si me mandaste ayuda. ¿Por qué no intervino cuando casi me matan?

—Nunca estuviste en peligro. En el mismo instante en que ese vampiro hubiera comenzado a bajar la cabeza para desgarrarte el cuello, mi hijo lo habría impedido.

—¿Tu hijo? ¿Mandaste a uno de tus hijos? Sí que te preocupas por mí.

«Como si no buscaras algo de mí —pensé—, sea ese *algo* lo que sea».

—Por supuesto. Hubiera deseado ir yo en persona, pero asuntos del Consejo me retenían.

—¿Desde cuándo el Consejo se reúne de día?

—Desde que es importante. Y dime, ¿qué viste tú que mi hombre no viera?

—No llamé a Marta.

—¿Cómo? ¿Sabes que también eres única cambiando de tema?

—Me refiero que no llamé a Marta, la bruja Moon-Wolf que contrato para limpiar detrás de mí.

—¿Y los cadáveres? Sabes que está prohibido.

—Polvo. Lo tiré con sus ropas a la basura. ¿Ves cómo estaba respondiendo a tu pregunta? —Lo oí resoplar exasperado. ¡Ja! Quería controlarme, pero mi temperamento no era precisamente fácil.

—El dueño del bar —continuó—, cuando vea simples destrozos y algo de sangre, se hará su composición de lugar, pero no pensará ni en demonios ni en vampiros.

—Mierda —era la primera vez desde que lo conocía que lo oía maldecir—. Violeta. Esto es algo muy serio. Dime todo lo que sabes.

—Bueno, pero primero dime si tu hombre sabe a dónde fue el chico rubio.

—Mis hijos de carne son casi tan eficaces como yo.

Un vampiro no tenía ningún problema en tener hijos. Eran los hijos de carne, llamados así para diferenciarlos de aquellos otros que habían sido creados a través del intercambio de sangre con un mortal moribundo. Y ambos tipos de hijos, así como su descendencia, formaban la línea de un vampiro. Es decir, todos aquellos que le debían obediencia y que acudirían siempre que los llamara. Por supuesto, los neófitos de sangre eran un caso especial, ya que vivían con su creador mientras no aprendieran a controlarse. Pero Casio no había hecho ninguno desde hacía un par de siglos. Decía que ya tenía bastantes seguidores. Y así era. Más de cinco mil vampiros. De hecho, aunque un vampiro pudiera independizarse de su patriarca como un regalo de este o retándolo a muerte, se decía que ninguno de la línea de Casio lo había deseado jamás. Así que si uno de sus escasos y preciados hijos de carne me había estado ayudando, dos cosas estaban claras. Yo no había llegado a estar en peligro, y el hijo no habría

dejado irse a Marcos sin seguirlo. Por lo menos una vez se hubiera asegurado de que yo ya no tenía cerca a ningún enemigo.

—No dudo de su eficacia, Casio. Replantaré mi pregunta. Dime a dónde se fue el rubio.

No dudaba que lo sabía. Sobre todo teniendo en cuenta que a lo largo de su historia como no muerto sólo había engendrado siete. Y esos siete eran vampiros muy poderosos, el menor de más de cinco siglos de edad, y el primogénito superaba los dos mil años.

—El rubio se fue a un piso. Una vez mi hijo se aseguró de que tú estabas en tu casa, fue allí y comprobó que se trataba de una vivienda alquilada donde vive con dos estudiantes más de medicina.

—¿Quién es?

—Marcos Valle, estudiante de quinto de Medicina con varias asignaturas pendientes de los cursos pasados, veintidós años, hijo único y nivel de ingresos bajo. Ya te mandare el informe que hizo Lucas tras investigarlo.

Lucas, su segundo hijo y su mano derecha. Lo había visto una vez de lejos. Un pelirrojo impresionante que, como todos los hijos puros de carne (de ambos padres vampiros), había evolucionado hasta los veinticuatro años físicos. Los mestizos, los pocos que había, envejecían más o menos antes de pararse en función de quién fuera su otro progenitor. Si esté era humano, podían elegir entre vivir como mortales de vida larga con poderes y gusto por la sangre ajena, o ser convertidos en vampiros completos a la manera tradicional. Y en ese momento dejaban de hacerse viejos. Así que, lo de vampiros jóvenes y guapos, todo un mito. Igual de mito que el calvo, pálido y horripilante Nosferatu. Aquí los únicos siempre jóvenes y arrebatadoramente guapos eran los incubos.

—Gracias. Entonces escúchame. Te diré lo que pasó.

—Intenta recordarlo todo lo más exacto posible —su voz sonaba severa—. Ya te he comentado que esto es importante.

—Tu hijo te contaría que inmovilicé a dos con mis dagas y que al tercero lo reservé para interrogarlo.

—Correcto.

—Pues bien, este se jactaba de pertenecer a otra raza de vampiros.

—¿Usó la palabra la raza?

—Mmmm, déjame pensar. No, eso fue lo que yo deduje por cómo se descomponían tras morir. Creo. Sí, dijo de otra calaña, que no eran como los demás vampiros.

—¿Calaña? —Noté el asomo de una sonrisa en el tono de su voz—, eso suena a ti, querida.

¿Querida? A este tío le encanta joderme con lo que no puedo tener.

—Sí, creo que allí repitió mis palabras.

—Bien, continúa por favor.

—El además, de instarme a mirar los cuerpos muertos de sus amigos, me preguntó por qué pensaba que Marcos no me estaba atacando.

—Si eso también le pareció raro a Lucas, que se quedase allí sin hacer nada después de haber tomado su sangre.

—¿Es que Lucas no escuchó la conversación?

—No. Mientras tú le estabas dando la sangre del vampiro inmovilizado al estudiante, él oyó algo y fue a investigar. Por lo visto había un coche de ventanas tintadas aparcado en la calle de al lado. Sus ocupantes, al no recibir noticias de los tres vampiros que había en el bar. Estaban discutiendo si entraban o no.

—¿Y por eso nos oyó a nosotros hablar? ¿Por qué estaba ocupado interrogándolos?

—Más o menos. Tenían alguna sorpresita desagradable a modo de trampa en el coche. En fin, nada de lo que preocuparse. Así que dime, ¿por qué el estudiante no te atacó?

Entonces Lucas tampoco le había contado nada de la extraña conexión entre Marcos y yo. Menos mal. No me apetecía ver a un Casio celoso de lo que él consideraba su posesión. Y que conste que yo no lo era.

—El vampiro decía que no tenía dos siglos de edad, sino más bien dos décadas. Tengo una muestra de su sangre para analizarla. Y por cierto, según él, me hizo el regalo de comunicarme que iban por mí. Y Te conocía. También dijo algo así como que tú invertiste en mí cuando intercediste ante el Consejo aquella vez.

—¿Ah, sí?

—Casio, ¿qué quiso decir?

—Violeta, por favor, pretendería liarte. ¿No irás a creerle a un criminal?

—No sé., porque estás muy empeñado en sellar conmigo ese contrato.

Me levanté del sofá y comencé a dar vueltas por el salón.

—Ya sabes por qué es.

—No, no lo sé, y eso de porque me deseas no cuela. Además, cito textualmente: «*No te queremos al lado de Casio*». ¿No será que tienes algún modo de potenciar mis poderes y hacerme más peligrosa una vez hallas sellado ese puñetero pacto?

Así, por teléfono, era más sencillo hablar de este tema que en persona. Por lo menos no podía ni tocarme ni hacerme perder el sentido con una mirada.

—Bueno, mejor dejamos el tema para tu cena de cumpleaños. Es más propio tratarlo en una comida relajada. Y te puedo asegurar, querida, que si mordiendo a un demonio lo hiciéramos más poderoso, haría siglos que algunos de mi raza intentarían teneros como mascotas.

—Eso tiene sentido.

—Bien, necesito que me cuentes si te dijo algo más.

—No, sólo lo que ya te he comentado. ¿Qué sabes de ellos?

—Eso, querida, es información confidencial. Quizás no desees saberla, porque si te vas de la lengua el Consejo reclamará tu cabeza.

—¿Y la tuya por contármelo? —intenté bromear.

—Posiblemente —sonaba serio.

Paré de andar y volví al sofá.

—Entonces, ¿por qué me parece que te estas ofreciendo a compartirla?

—Porque, supongo que, de todos modos, si iban por ti ya estás metida en esto.

—Dime pues.

—Muy bien —vaciló un segundo antes de proseguir, como si no estuviera muy seguro de estar haciendo lo correcto. Casio vacilando. Ahora sí que debería comenzar a preocuparme—. Parece ser que hay un grupo de científicos humanos que nos están causando problemas. Sus orígenes se remontan a la Edad Media, cuando tres alquimistas se asociaron para dedicarse a cazar demonios menores y tratar de robarles los poderes. Nosotros tuvimos conocimiento del tema, pero lo archivamos cuando la inquisición española los procesó por hechiceros. Muertos los humanos, acabado el problema. O eso pensábamos hasta hacía poco. Hemos empezado a encontrar los cadáveres de vampiros que habían desaparecido hacia unos cien o ciento cincuenta años. E investigando, hemos descubierto que los humanos que los mataron descenden del hijo de uno de los alquimistas. Este era muy jovencito cuando pasó todo, pero por lo visto su padre ya lo había iniciado. Y ahora no son químicos rudimentarios que juegan con la magia, sino científicos que se han formado en universidades y centros I+D de las grandes empresas. Además, el hijo de aquel alquimista adoctrinó a su descendencia en el convencimiento de que ellos eran unos elegidos, que poseían el conocimiento de que en el mundo existían razas no-humanas, oscuras y poderosas. Así como de la alquimia necesaria para robar su poder.

—Uf. ¿Y sí se lo soltáis a la iglesia y que se apañen?

—No es mala idea. Pero en el Consejo preferimos solucionar nuestros propios problemas. Además, ya sabes que si demasiados miembros del clero comienzan a darse cuenta de que en realidad existimos fuera de su infierno, podrían desatar una segunda inquisición. No, gracias. Con la orden soterrada de los Hermanos Vengadores, Fanáticos para nosotros, ya tenemos bastante.

—De acuerdo. Entonces, ¿por qué no los matáis y ya está?

—Bien, como comprenderás, humanos que saben de nuestra existencia y que usan la ciencia moderna para experimentar con nosotros y lograr así nuestras características, es algo muy serio. Claro que queremos eliminarlos y ya está. El problema es que no sabemos quiénes son. Las pocas veces que hemos pillado a uno ha resultado ser inmune al control mental, por lo que no hemos podido ni hacerle

hablar ni utilizarlo para infiltrarnos. Y métodos más tradicionales para soltar la lengua tampoco nos sirven de mucho, pues parecen estar organizados en células. De tal modo que cuando mediante la tortura logramos que alguno hable, tan sólo traiciona a dos compañeros más. Y el contacto con las demás células es a través de internet. Pero deben de tener algún modo de saber que los hemos cogido, pues sus cuentas de Messenger dejan de recibir las instrucciones de *arriba* con las horas y nombre de la siguiente sala de chat.

—Vaya. Entonces, ¿si analizo la sangre qué obtendré? Es decir, ¿nos dará su sangre algún dato interesante?

—Llévala a uno de nuestros laboratorios y compruébalo. Pero con seguridad será que efectivamente tiene dos décadas de edad. Hay un tipo de agente en la sangre que sólo esta presente en la de los vampiros y aumenta de modo proporcional con sus años de no-vida. Y observarás también, en el elevado número de nutrientes presente, que necesitan mucha más sangre humana que nosotros para subsistir.

—Eso es muy malo. —Joder. Y yo que pensaba que conocía a los vampiros.

—Sí, malo para la única raza diurna pensante de la Tierra. Y malo también para nosotros, porque parece que desean quitarnos el puesto como jueces de la noche. Ese modo que tienen de potenciar su poder, aunque sea a costa de un metabolismo más voraz, es muy peligroso. Por ahora sólo nos hemos encontrado con los jóvenes. Y ya ves, dos decadas como vampiros y ni se descontrolan por la sed o las emociones, y tienen el poder de unos dos siglos. Así que has la cuenta: si los vampiros que raptaron les dieron su poder hace cien o ciento cincuenta años, aquellos que lo hicieron pueden tener, no sé, ¿mil quinientos años de poder? Eso es más que la mayoría de nosotros. Y eso suponiendo que su progresión de poder aumentado con la edad se multiplique simplemente por diez, porque como aumente de modo exponencial estamos todos muertos.

—Tranquilo, dudo mucho que eso sea posible. Y lo de quitaros el puesto como jueces de la noche. Como si pudieran derrocar el Consejo. Anda que no lo han intentado ilusos.

—Sí, pero estos están bastantes convencidos de su superioridad sobre todos nosotros. Así que pretenden tener a todos los humanos como coto abierto de caza. Algo así como *dejemos de ocultar y acabemos con ellos*.

—Muy gracioso —me estremecí—, ¿y de qué iban a vivir cuando se los hubieran bebido a todos?, ¿del aire?

—Clones.

—¿Qué?

—Se guardan material genético y los clonan. Algo así como: ve a la fábrica de humanos, elige el que más te guste y te lo sirven recién sacado de la cubeta.

—¿Tú deliras, no? Es lo más ridículo que he oído nunca. Y mira que mis comidas

suelen decirme idioteces.

—No sé, yo no soy el científico loco. Igual están pensando en abrir cadenas de restaurantes temáticos: aquí puede usted degustar las esclavas de Egipto y a la mismísima Cleopatra, aquí nobles franceses del siglo XVII. —Bromeó.

—Absurdo. Además, si nos enteramos de vuestra existencia.

—Ahora te identificas con tu parte humana, interesante —me interrumpió.

Me mordí la lengua, no era cuestión de faltarle al respecto.

—Sí van por los humanos, entonces, seguro que se enterarán de vuestra existencia —rectifiqué—, e irán por vosotros. Y con toda su ciencia. Imagina balas que exploten por dentro de tú cuerpo y rocíen tus órganos con fragmentos de madera y agua bendita.

Carraspeó.

—Violeta, que soy del Consejo. Eso lo tengo claro. Deberías intentar decírselo a ellos.

—Cierto.

—Hay algo que quisiera decirte —mientras no fuera pedir mi mano.

—Violeta, ten cuidado. No estoy muy seguro, pero si dices que te buscaban a ti, podría ser por tu sangre mestiza. Quizás al ser medio humana le sea más fácil robar tus poderes demoníacos.

Genial. Pero tenía sentido, al fin y al cabo ellos habían sido humanos en un principio.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—Bien. ¿Hay algo más que quieras preguntarme?

—Si Casio... —dudé.

—Adelante, no te cortes. Si ya te he contado lo que no debía.

—La reunión de ayer tarde, esa que debió de ser tan importante como para ser convocada en pleno día, ¿de qué iba?, ¿estaba relacionada con esto?

—Violeta —suspiró de manera perceptible—, ¿es que no tienes sentido de la medida? No, no hace falta que me contestes. Se trata del Triunvirato. Han secuestrado a uno de sus miembros.

Me quedé helada. ¿Eso podía pasar? El Triunvirato, del cual Casio formaba parte, que tenía un sesenta por ciento de peso en las votaciones del Consejo. No eran sólo vampiros extremadamente poderosos, además estaban protegidos por su línea, siempre dispuesta a acudir al instante en momentos de peligro. Una de las maravillas de la magia de la sangre.

—¿Y se sabe quién ha sido?

—¿Tú qué crees, Violeta? Anda, mejor quédate en casa y no dejes entrar a nadie.

—Tú entraste.

—¿Qué?



—El otro día. Sin permiso. ¿Y si ellos también pueden?

Conseguí hacerlo reír.

—Tienes razón, Mejor vente a mi casa donde pueda protegerte.

«Su casa... —divagué—, la verdad es que cada vez suena menos mal. Es una pena que no pueda ir sin que peligre mi libre albedrío. O mi garganta».

—No cuela. ¿Cómo entraste?

—Te lo diré en la cena. A no ser que, para poder ser protegida de manera voluntaria por los míos, desees que me pase ahora un momento para sellar el contrato —su voz enronqueció, seductora.

—No, gracias, no lo necesito —el contrato, ni *ahora* ni nunca.

—Créeme, querida, si ellos van por ti si lo necesitas. Están desarrollando una serie de poderes muy imaginativos y desagradables. En todo caso, Lucas estará cerca. Hasta la noche de tú cumpleaños.

Como me jodía que me llamara *querida*.

—Y por cierto, ya que me estás contando tantas cosas, ¿importaría si me dices lo de mi hermana? Total, antes casi me muerdes.

—Déjame tener alguna baza para convencerte en tu cumpleaños —se aterciopelaron sus palabras.

—Claro.

Casi ni le contesté. Que puñetero. Menos mal que por teléfono yo era más capaz de resistirme al calor que intentaba invadir mi cuerpo cada vez que él me lanzaba la más mínima insinuación. Además, estaba demasiado cabreada por lo del Circe como para pensar en sexo.

—Cuídate, te quiero de una pieza para la cena —noté en su tono que no iba a admitir más intentos míos de sonsacarle.

—Adiós, Casio.

Despedida inútil. Como era típico en él, ya me había colgado. En fin, todo esto me dejaba con una buena cantidad de información para reflexionar. Aunque lo único en lo que podía pensar ahora mismo era en la posibilidad de que no hubiera ningún motivo oculto detrás del deseo de Casio de hacerme suya, de que simplemente se hubiera encaprichado conmigo y, al saber de esos otros vampiros, deseara protegerme. Conociéndolo, lo veía muy difícil. Casio era de los que siempre meditaban sus acciones y actuaban para sacar el máximo beneficio. Además, ¿desde cuándo las propiedades del patriarca tenían la capacidad de convocatoria instantánea de los vampiros de la línea? Maldito chupasangre. ¿Me había tomado el pelo, o de verdad, con un simple intercambio de sangre con el patriarca, toda la línea era capaz de acudir a ti si la necesitabas?



Sí claro, me iba a quedar en casita para cuidarme. En fin, ¡hombres!

Mientras confiaba en que me mandara por mail o fax el informe de Marcos, llamé al laboratorio del Consejo (y que pagaran ellos la factura; total, se iban a quedar con el resultado) para que mandaran a un mensajero con una neverita que recogiese la muestra de sangre. Esperaba que no se hubiera estropeado desde el bar hasta mi casa, porque a única precaución que yo había podido tomar había sido no exponerla a la luz del sol. A continuación, fui a la cocina a prepararme un zumo con tostadas. Como estaba *pletórica* por el alma que había tomado hacia unas horas, me apetecía un desayuno más humano.

—Hola, Marta —le dije cuando, entre bocado y bocado de tostada, marqué su número y ella me cogió el teléfono.

—Dos veces en menos de una semana. ¿No estás siendo un poquito traviesa?

—Marta, corta el rollo, que no es por comida. Además, ¿me meto yo en tus hábitos sexuales?

Acabé las tostadas y tome un sorbo de zumo.

—Pero bueno —protesto en broma—, ¿no se supone que precisamente esta conversación continúa cuando te metes con mi novio?

—Vale. El otro día tú tenías sueño y no estabas para hablar. Hoy es al revés.

—¿Te he despertado al coger tu llamada? —la oí reírse.

—¿Es que tu novio humano ha fijado por fin la fecha, que estas de muy buen humor? —ironicé.

Ambas sabíamos que las brujas no se casaban. Ni tenían novios, sólo hombres que usaban. Pero Marta no hacía mucho caso a la segunda regla.

—¡Esa ya es mi violeta! Anda dime qué quieres antes de que te cambies de bruja.

—De acuerdo. Algún día ya quedaremos para tomar un café o lo que sea, de verdad.

Lo que decía en serio. La Moon-Wolf me caía bien. De hecho, era la única hembra con la que me bromeaba.

—¿Tú preocupada por haberme molestado? ¿Tienes fiebre?

—No. Tengo un vampiro de más de dos mil años que ha entrado a mi casa sin mi permiso. ¿Se te ocurre cómo? ¿Y cuándo puedes volver a venir a lanzar un hechizo para restaurar la protección?

—Eh, por partes, chica. A ver, ¿hablamos de Casio?

Suspiré. Me tomé un par de segundos para acabar el zumo y pensar cuántos vampiros de más de dos mil años conocía.

—¿Tú qué crees?

—¿Y qué hace ese vampiro tan sexi en tu casa?

Note como de repente parecía mucho más interesada en la conversación. Genial. Como si no tuviera bastante con que se metiera conmigo, ahora iba a querer cotillear sobre mi vida.

—Cuando lo sepa te lo diré. Por ahora se limita a invitarme a cenar.

—¡A cenar! El poderoso miembro del Triunvirato. Chica, tú sí que sabes cómo cazar a un hombre.

—Tienes suerte que a ti te pase estas bromas. Y ahora en serio. Pretende sellar un contrato de sangre conmigo.

—Pues conmigo puede hacerlo cuando quiera. Sin problemas —me contesto ignorando de manera deliberada mi tono seco.

—Como si no tuvieras novio.

—Pero ni tan guapo, ni tan poderoso, ni tan excitante como tu vampiro.

—¿Y te resignarías a formar parte de su línea como uno más de sus esbirros?

¿Sabes aquello que mejor sirvienta rica que dueña pobre? Además, una bruja como yo, de un clan *débil* y que ni siquiera es matrona, tampoco es que esté ahora mismo demasiado bien considerada entre las mías.

Eso era cierto. Las suyas estaban regidas por un matriarcado compuesto por siete matronas (una matrona es la regente de un clan o *casa*), que eran las brujas más poderosas de las siete casas con más poder de las cuarenta y nueve existentes.

—Sí. Bueno... Si se cansa de mí ya le diré que estas interesada.

La escuche reírse. Como si no estuviera enamorada de un humano. En fin, supuse que estas eran las típicas conversaciones de chicas. Porque no podía relacionarme mucho con mujeres. Sería porque todos los hombres tendían a perder la cabeza por mí. Y a veces de manera literal.

—Ya me contarás, guapa. Pero no me sorprende lo de la casa.

¿Y eso? ¿Ahora vas a decirme que el fantasma de su anterior dueña lo ha dejado

entrar?

—No. Te diré que lo has hecho tú.

Bufe.

—Sí, hombre. Y se me había olvidado el pequeño detalle, ¿no?

—No sé cómo decirte esto, chica dura. A ver si te vas a enfadar conmigo.

—Que yo sepa, te da igual que yo me enfade. Tu clan y el Matriarcado te protegen. Así que dime.

—No sé yo. Contigo igual en vez de protegerme tendrían que empezar una guerra para vengarme. Pero confiaré en nuestra amistad, así que escucha. Tú le has dejado entrar porque estás colgada por él.

—¿Qué?

—¿Me estaba diciendo que estaba enamorada? ¿Cómo el blando de mi padre? ¿De qué cojones estaba hablando Marta?

—Eso. Y como comprenderás, para revocar la invitación mediante un hechizo primero debes dejar de quererlo.

—Marta, no te pases —silabeé cabreada—. Esto no tiene gracia.

—No es una broma. Y antes de rematarte, quiero que sepas que voy a desconectar mi teléfono unas horas. Te lo diré sin más. A causa de poder entrar a tu casa, él sabe lo que sientes. Que descanses.

Y me colgó.

¡AAAAAAAAAAAAAH! ¡Mecagüendios!

¿Yo enamorada? ¡Mentira! ¿Y que él lo sabía? Pues si se creía semejante patraña no me extrañaba que últimamente estuviera tan encima de mí. Aun se pensaría que eso le iba a dar una comida de semisúcubo gratis. ¡Será cretino pagado de sí mismo!

Echando pestes, deje con brusquedad el vaso y el plato de las tostadas en el fregadero (no se rompieron de milagro), y arrojé la servilleta contra la encimera. *Enamorada...* eso explicaría algunas cosas, como la estúpida tendencia de mi corazón a acelerarse cada vez que pensaba en él. Quizás hubiera algo de verdad y por eso había podido entrar en mi casa. Pero fuera o no fuera verdad, si él creía que mi *enamoramiento* era la explicación de que pudiera entrar sin mi permiso, estaba jodida. Y no necesariamente de un modo literal. Porque si un vampiro creía que tenía tu corazón, para él era una irresistible invitación a exprimirlo hasta su última gota de sangre.

«En fin, vuelvo a tener dos opciones —pensé—. O me centro en reprocharle su autosuficiencia y arrogancia para así poder sentirme irritada con él e ignorar que estoy enamorada. O lo afronto y santas pascuas. Me quedo por la segunda opción. No me gustan las medias tintas. Puede que mi corazón haya estado latiendo desbocado, y que mis venas le hayan estado tentando de manera irresistible. De acuerdo. Pero a partir de ahora mis ojos se unirán al juego, ambarinos y lujuriosos, y

mi cuerpo se tensará exuberante ante él. Y muy pronto veremos quién seduce a quien, si el puñetero chupasangre o yo».



El informe sobre Marcos seguía sin llegar. Como nada me retenía en casa, Ya que el mensajero hace un rato que había venido y se había marchado con la sangre, decidí investigar por mi cuenta. Si se pensaba Casio que por tardar en mandarme el informe me iba quedar esperándolo sentada.

Supuse que debería haber accedido a su expediente de la universidad y demás información relativamente fácil de obtener; pero aparte de meterme unos minutos en Facebook, donde comprobé que no había ningún Marcos Valle, no hice nada para facilitarme el siguiente paso. ¿Y para qué? Si de todas formas estaba convencida de que el chico se había largado por miedo a mí y a los vampiros, y que no me deseaba ningún mal. Con corazonadas así no sabía cómo había llegado a vivir medio siglo. Bueno, si no cabreaba un poco a Casio, alias, «*sé que estas colada por mis huesos y quédate en casa*», ¿dónde estaba la gracia de poder hacerse vieja?

Así que, con los mismos vaqueros y camisetas desgastados que llevaba por casa, me calce las botas y me dirigí a la puerta. Por supuesto, miré antes por la ventana del salón hacia la calle, por si veía a Lucas. Aunque suponía que estaría bien escondido. De todos modos, asome la cabeza y guiñe un ojo. Por si este también se había creído que pensaba quedarme en casita obedeciendo a su padre.

Sintiéndome más segura que nunca con mi súper guardaespaldas invisible, me fui taconeando por las estrechas calles de mi barrio hasta la parada del 38 más cercana. Mientras esperaba al autobús comprobé el correo desde mi móvil. Casio no me había mandado aún el informe, con seguridad adrede, estaría muy ocupado, pero tenía una gran memoria y muchos empleados. Así que yo no conocía todavía el domicilio de mi rubio misterioso. Pero por suerte era día laboral y, en esta ciudad, facultades de Medicina solamente había una. Así que confié en que el susto no le hubiese quitado las ganas de ir a clase.



Llegué al campus poco después de las diez y media. Le cantidad de estudiantes que había por el pasillo me indicó que estaba en un descanso entre clases. Como no lo vi en la zona que, al preguntar, me dijeron correspondía a las aulas de los cursos superiores, me dirigí a la cafetería. Y allí estaba, sentado solo en una mesa, tomándose una Coca Cola y un enorme bocadillo mientras ojeaba lo que parecía un libro técnico. Me lo quede mirando con curiosidad. Estaba tan adorable como el día

anterior, aunque le habían salido una feas moraduras en la frente y en la mejilla derecha. Se notaba que había intentado ocultarlas en vano peinándose el pelo hacia delante. Llevaba un jersey de punto grueso, unos vaqueros azules descoloridos y unos enormes zapatos marrones de cordones. No era mi tipo, (yo era más de morenos con personalidad magnética), pero no podía negar que estaba conectada a él de algún modo extraño. Y después de enterarme que me había enamorado de Casio, veía claro que esto no era ningún tipo de atracción sexual ni romántica. Era algo más. Y estaba deseando averiguar qué.

—Hola.

Lo sobresalté al acercarme a él.

—Tú.

Se perdió en mi mirada y sentí con mayor intensidad esa unión que había entre nosotros.

—Hola —repetí como una tonta.

¡Genial! Ahora si no había duda de que tenía los quince años que aparentaba.

—¿Cómo me has encontrado?

Sin dejar de mirarlo a los ojos me senté su lado.

—Más bien como me has encontrado tú y que quieres de mí.

—Ya te dije que te seguí.

—¿Y cómo entraste al bar?

—Por la puerta. Con llave —se encogió de hombros—. Conozco al dueño del Circe y quería quedar contigo en un lugar que conocieras y donde pudiéramos hablar sin ser molestados.

«Ya... pues te salió genial. Sobre todo lo de no ser molestados».

—Vale. ¿Y aquel primer día en el Circe?, ¿cómo me encontraste?

—Te buscaba por los bares. Sé lo que eres.

—¿Por eso te fuiste ayer? Cuando se te pasó un poco el cuelgue, ¿te asustó ver con tus propios ojos lo que habías averiguado?

—Sí.

Me decía la verdad. Sus ojos marrones y profundos eran sinceros.

—¿Cómo te enteraste? ¿Porque me buscas?

Demasiadas preguntas sin respuesta. Aunque yo sólo podía pensar en nuestra extraña conexión.

Roce con mis dedos su mano, la que estaba cerca de la tasa de café. Era una sensación fascinante y desconocida, como si de algún modo tuviera que protegerlo y yo fuera parte de esa piel. La anoté mentalmente en mi catálogo de sensaciones humanas desconocidas. Y justo entonces me di cuenta de que no me era desconocida del todo, de que hace mucho tiempo me había sentido así. Pero de un modo mucho más arrebatador.

—Creo que sé quién eres —le dije antes de que decidiese a cuál de mis dos preguntas anteriores contestar primero.

—¿Lo sabes?

Asentí.

—¿Dónde está ella?

«¿Ves cómo lo sé?».

Antes de que pudiera contestarme, se le acercaron dos rubias de unos diecinueve años. Genial. Seguro que se iban detrás de él, (si es que alguna no era su novia), y me veían como la competencia, pese a mi ridícula edad aparente. Era la historia de mi vida, a los quince años, me había mudado a esta ciudad.

—¡Hola Marcos!

Chicas. Que hasta yo podía oler el exceso de entusiasmo.

—Eh, hola.

—No te habíamos visto hoy. ¿Qué tal? —preguntó la otra con su mejor sonrisa, desarrollando su lenguaje gestual para ignorarme por completo.

—Bueno, es que acabo de llegar. He pasado una mala noche.

—Pobrecito ¿los exámenes?

—Eh.

«Eso, chaval —pensé—, díles que estuvimos cazando vampiros».

—En realidad no —continuo—. No me... encontraba bien. Sí, me dolía la tripa.

Yo pensaba que los jóvenes de hoy mentían mejor. Y en cuanto a ellas. ¿Es que estaban tan cegadas por su sonrisa que no eran capaces de observar los moratones?

—¿Y esta? —cabeceó la primera hacia mí—, ¿tu hermanita pequeña?

¿Si lo agarraba y decía «No, su novia» se me enfadaría mucho? Debería ser más madura y que no me molestaran estas situaciones. Pero estaba harta de que, a excepciones de Marta, todas las mujeres del mundo me vieran como rivales. Desde los quince... desde que decapitaron a mi padre, poco después de que yo tomara mi primera alma. Los quince. El fin de la niñez para un demonio.

—Chicas —intervine—, me llamo Violeta y soy una amiga. Y, si no os importa, esto era una conversación privada antes que os acercarais.

—Que borde la niña, ¿no, Marcos?

Me la quede mirando y le sonreí con toda mi malicia, dejando que mis ojos chispearan en ámbar.

—Sí, bueno —le estaba contestando Marcos—, es que., es que ha venido a preguntarme qué tal es la carrera de Medicina, por si decide a pedirla cuando abran el plazo de preinscripción.

—Da igual —le contestó ella apresurada—, ya nos vamos.

—¿Ya? —protesto su amiga.

—Sí, nos vemos luego Marcos. Eh... adiós —me dijo sin atreverse a mirarme

mientras tiraba del brazo de su amiga.

—¿Qué le has hecho? —me preguntó una vez que volvimos a estar sin compañía —, parecía asustada.

—Tranquilo, sólo le he dejado entrever algo de mi parte demoníaca. Nada grave. Necesito hablar contigo —cambie de tema—, ¿hay aquí algún sitio dónde podemos hacerlo sin ser molestados?

—Si en la sala de la tuna. A estas horas es muy probable que esté vacía.

—¿La tuna? —no pude evitar sonreírle—, ¿es que te dedicas a cantar serenatas a las muchachas? No me extraña que ese par no te quitara el ojo —le guiñe uno de los míos.

—Más o menos.

—No pasa nada —le cogí de la mano, tenía el típico callo del estudiante y era agradable, la sentí mía—. Vamos, tenemos mucho de lo que hablar, primo.

Apreté emocionada su mano. Quién iba a decir que, después de todo, mi lado humano tenía familia.





La sala era en realidad una pequeña habitación con una mesa rectangular rodeada de sillas en el centro, sofás pegados a las paredes y un armario en frente de la puerta. En las paredes, además de carteles relacionados con la tuna, había también algunos pósteres sobre juegos de mesa.

—Compartimos el sitio con la ludoteca —me aclaró.

Asentí con la cabeza y me senté en uno de los sofás, indicándole que se acomodara a mi lado.

—Cuéntame, tu madre es mi hermana, ¿verdad?

Eso explicaba la sensación de familiaridad que experimentaba a su lado. Aquella que sólo había compartido antes con mi madre, pero mucho más profunda. Tanto que aunque no la recordaba a ella, sí a ese sentimiento y esa necesidad de respirar su aroma y acunarme con su corazón. Y eso explicaba también aquella salida de Marcos tan rarita sobre que su progenitora y yo teníamos los mismos ojos.

—Entonces es verdad.

—¿Por qué no me has buscado antes? O ella.

—Podría preguntarte lo mismo, tía —me sonrió.

—Yo no sabía que mi madre tenía otra hija. Ella fue ase... Murió al poco de nacer yo.

—¿Ibas a decir que la mataron?

—Los vampiros.

Debió de notar mi rabia y mi pena, porque apretó mi brazo con delicadeza. Ah, familia no demoníaca. Que nueva era en esto de tenerla.

—Lo siento.

—Es agua pasada.

Intenté quitarle importancia sin conseguirlo. No creía que esta empatía fuera así en las familias normales. Es decir, sentíamos una familiaridad que se suponía que se forjaba a base del roce diario. Pero de algún modo, con seguridad por mi peculiar naturaleza, él y yo estábamos conectados a un nivel distinto. Por eso no tuvo ningún problema en ver más allá de la capa exterior que yo proyectaba y darse cuenta de cuánto me dolía todavía. De que la muerte de mi madre era, más que una herida abierta, un enorme pozo que evitaba mirar para no caer en él.

—No, no es agua pasada. Cuéntame qué pasó.

Y así lo hice, al principio con el recelo de que, sí ponía palabras al valor y al amor de mi madre, volvería a joderme la vida mi parte humana. Pero de algún modo, mientras las lágrimas bañaban sin tregua mis mejillas y ese pozo vertiginoso revolvía mi estómago y se abría bajo mis pies, me centre en él. Mi sobrino, que me escuchaba sereno y empático. Y cuando acabé, me abrazó y palmeó la espalda (sí, a mí, la vieja y terrible demonio Violeta) como si fuera una niña. Me decía que ella eligió salvarme, que eligió de manera voluntaria protegerme, aunque para ello tuviera que dar su vida, porque me amaba, y que eso estaba bien. Porque era lo que hacían las madres, lo que yo misma habría hecho de haber estado en su lugar. Y que tenía que dejarla ir, dejar pasar ese día que de algún modo me marcó, pese a que no lo recordaba, y dejar que mi madre fuera una hermosa memoria y un aliciente para ser mejor cada día. Y yo, en lugar de reírme en su cara por semejante sarta de gilipolleces, me vi más como mi madre, sin que por ser algo humana fuera débil o vulnerable. Comprendí que esa parte de mí no tenía por qué ser un lastre. Que sentir algo por mi madre no tenía por qué matarme, como hizo con mi padre. Que quizás, en vez de renegar de mi herencia mestiza, debería aceptar lo que heredé de ella. Y eso de que yo no la maté. Sólo era capaz de oírlo si es otra persona quién me lo contaba. Y nunca había permitido a nadie acercarse lo suficiente como para hacerlo.

Poco a poco, entre los brazos de mi primo, encontré el consuelo que mi padre nunca supo darme. Supongo que comencé a evitar un poco menos el recuerdo de mi madre y lo que por ella sentía. Fue todo muy raro. Y cuando se terminaron las lágrimas, me separé de mi primo con la sensación de haber aliviado buena parte del dolor.

—Gracias —le susurré, todavía con la voz quebrada.

—No pasa nada, para eso está la familia —me tendió un pañuelo limpio.

—¿Para quejarte? —medio bromeé.

—Para confiar. Una de las mejores cosas que me han enseñado mis padres es que el mundo puede ser duro, pero tu familia siempre va a estar allí para apoyarte. Son los únicos que seguro que nunca te fallarán.

—Será en las familias humanas, porque en las de demonios.

—Pues ahora la mía es la tuya. Y por eso te buscaba. Te necesitamos.

—Sigue, soy toda oídos.

Casi le dije «*por favor*». Si al final me volvía amble me pegaba un tiro. Mi modo de ser era una defensa frente a esos sentimientos humanos que me superaban, pero no pensaba de dejar ser yo por haber entendido mejor a mi progenitora y lo que ocurrió. Y si no, que me explicara alguien cómo iba a descuartizar demonios. ¿Dándoles la sierra y pidiéndoles que por favor se mutilaran?

Bufé. Marcos me miro extrañado, pero siguió contándome.

—Yo creía que mis padres eran hijos únicos. Y que por eso habrían decidido tener mucha descendencia.

—¿Mucha?

¿Tenía más sobrinos? No pude evitar que mi corazón se acelerara, como cuando pensaba en Casio, pero de otra forma. Si estos eran los matices de esas emociones que no solía permitirme, supuse que sí estaba enamorada de Casio.

—Bueno, hoy en día tres hijos es ya una familia numerosa —se encogió de hombros—. Blanca y Clara son mis hermanas mayores. Me llevo entre diez y doce años con cada una de ellas.

—Blanca y Clara. ¿Dónde están?

—A salvo.

—Ahora sí que me he perdido. Un momento —una fría certeza me sacó de mi feliz estado de ensimismamiento—, mi hermana. ¿La han matado?

Joder, ¡qué era su madre! Yo siempre tan bruta.

—No, la han atrapado. Por eso te estaba buscando. Y por cierto, ella se llama Andrea.

Andrea.

—Si está viva, la voy a traer de vuelta. Te lo prometo. Dime todo lo que sepas.

Me enderecé en el asiento y al inclinar así mi tronco hacia detrás me separé unos centímetros de él. Volvía a ser yo, toda fría profesionalidad. Aunque con una paz en el fondo de mi alma donde antes había culpabilidad y rabia.

—Fue hace un par de meses. Mi madre comenzó a decir que la seguían. Cuando le preguntamos si la habían amenazado o si quería que la acompañáramos a la Policía, nos dijo que no tenía pruebas. Nada tangible por lo que fueran a ponerle vigilancia. Y que, además, sospechaba que tenía que ver con su hermana, con algo de ella que quienes la seguían suponían que sabía. O algo así había oído comentar a unos tipos antes de que se dieran cuenta de que no era la primera vez que lo veía.

Asentí para animarlo a continuar.

—Y cuando le preguntamos «*Pero ¿qué hermana?*», entonces nos lo contó: No era hija única. Y además era adoptada —realizó sin darse cuenta una pausa dramática. El momento se le debió de grabar bien en la memoria—. Fue toda una revelación. Por lo visto, al principio no nos lo había contado porque éramos

pequeños, y luego para que no miráramos diferente a nuestros abuelos.

—Vaya.

—Sí. Al parecer —continuó—, mis abuelos la adoptaron cuando era un bebé, debido a que su madre, casi una niña, no había sabido qué hacer con ella. Por lo visto los padres de su madre que la consideraban poco menos que una pérdida por haberse quedado embarazada tan joven y sin estar casada, la escondieron diciendo que estaba enferma, y en cuanto dio a luz le quitaron a la niña. Por suerte no se la dieron a las monjas, sino a una pareja de amigos que no podía tener hijos. Por lo menos se libró de apellidarse Expósito o algo peor.

Joder. ¿Fue así? Pobre madre. No me extraña que no quisiera que la separaran de mí.

—¿Cómo se enteró tu madre de todo esto?

—A través de su madre. Un día, cuando ella tenía cuatro años, la fue a ver y le dio un papel.

—¿Así, por las buenas?

—Por lo visto, era el tiempo que le había costado enterarse de quién tenía a su niña. Y por supuesto, lo hizo en un momento en el que sus cuidadores estaban descuidados. Mi madre me dijo que le contó un cuento breve y bonito sobre princesas y tesoros escondidos, que se resumía en que si ella era paciente y esperaba hasta la mayoría de edad sin perder la nota, podría ir a la caja de ahorros y le darían uno de esos tesoros.

—¿Eh?

—Cuando quieras te doy la versión extendida. En la nota le decía que al cumplir los dieciocho fuera a la oficina urbana número diez de la caja. Y junto con la dirección le daba también un número de cuenta.

—No, continúa. Mucha información de golpe, pero te voy siguiendo. Más o menos.

—Verás, mi abuela (la carnal) debía sospechar que quizás no tuviera oportunidad de dársela en persona cuando mi madre fuera mayor de edad. Y supongo que querría conocer a su hija. Así que le habría una cuenta de ahorro en una caja con su nombre (al de mi madre), donde cada vez que podía ingresaba algo de dinero. Y la fue a ver. Ese dinero no se podía tocar hasta que ella cumpliera dieciocho años. Y pidió, como un favor personal, que le dieran una carta sellada la primera vez que accediera a su cuenta.

—¿Y allí le contaba todo?

—Eso es. No te imaginas cómo le afectó a mi madre enterarse.

Me estremecí. Tras la catarsis de antes, era como si estuviera aceptando mi otra mitad a pasos agigantados y beneficiándome de su capacidad de sentir. Controlaba mejor eso de tener sentimientos, porque si que podía imaginármelo. Que tu madre no

fuera quien tú crees, sino una desconocida a la que sólo viste una vez, tu mundo puesto del revés en un segundo, la angustia, las mil y una preguntas sin respuesta. Los podía comprender. Mis propias experiencias me permitían establecer similitudes y elucubrar cómo habría sido.

«¿Sorprendida, Violeta? No eres tan original. También debe de apestar estar en la piel de los demás».

—¿Y cómo supiste que luego tuvo otra hija? Una de padre demoníaco —continué preguntándole.

—¿Demoníaco? No. A ver —continuó ante mi caño fruncido—, lo que ocurrió, y lo sé porque ella sacó la carta pasados dos años para meter dentro una nota adicional, fue que estaba embarazada de otra niña, tú; y que por más que su novio asegurara que iba a casarse con ella, nunca fijaban la fecha de la boda. Ella creía que se iba a convertir en madre soltera, porque no pensaba perder a otro hijo. Es decir, estaba embarazada y no sabía si iba a poder contar con el apoyo económico del padre. Y le daba igual convertirse en una perdida a ojos de la gente, no iba a separarse de su bebe. Por ello, iba a dejar de meter lo poco que podía ahorrar en la cuenta de mi madre. De ahí esa nota. Daba también el nombre de su prometido y dos direcciones. La de ella y la de él, por si mi madre la perdonaba por no haber podido evitar que las separaran y deseaba conocerla.

—De allí no se deduce que yo soy un súcubo.

—No, te sigo contando.

Asentí.

—Un día —continuó—, mi madre desapareció sin dejar rastro. Excepto por un sms incompleto que debió de mandar antes de que le quitaran el móvil.

—Déjame verlo.

Sacó un Nokia como los que daban últimamente al cambiarte de compañía y buscó el mensaje.

—Mira.

Me tendió el teléfono.

«Estoy secuestrada Violeta Arcos hija de mi hermana Es demonio La buscan Pídele ayuda».

—Tiene pinta de que apenas le dio tiempo de dar a la tecla de enviar. Pero no acabo de seguir la historia. Ella se enteró de mi existencia y mi peculiar naturaleza a través de sus captores. Y te lo manda como puede. Entonces, ¿por qué me has buscado tú en vez de la Policía?

Para mí, ser demonio era algo tan normal que ni se me ocurrió preguntarme cómo se lo había creído.

—A ver, claro que la están buscando, pero no les enseñamos el mensaje. Lo de *demonio* podría hacer que nos tomaran a broma o creyeran que mi madre está loca. Y

no sería porque nosotros no pensáramos que igual la habían drogado con algún alucinógeno o algo. Fue una decisión muy dura, pero mi padre y yo consideramos que lo mejor era investigar por nuestra cuenta, antes de arriesgarnos a que la Policía dejara de lado el caso. Teníamos las direcciones de los dos pisos. En el de él vive una señora anciana que nos dio unas cartas que encontró del anterior inquilino. Dice que este era escritor. Y como ella nunca tira nada, las había guardado.

—¿Escritor?

—Eso es lo que la anciana pensó al leerlas (cosa que hizo sin ningún tipo de reparo). Son las cartas donde tu abuelo intentaba sincerarse con tu abuela confesándole que era un íncubo, junto con otras cartas que sí mandó (y que de algún modo volvieron a él) y las contestaciones de ella. No te creas que fue fácil aceptarlo. Pero él daba datos, como nombres de mujeres que había tomado. Investigando en antiguos periódicos, vimos que las muertes, por paradas cardíacas, podrían encajar en toda esa historia. Y como la Policía no la encontraba, decidí buscarte. No perdía nada por creer que fueras real. Te encontré, te seguí y comprobé tu naturaleza no humana.

—¿Me estás diciendo que tienes cartas escritas del puño y letra de mi madre?

Ignoré todo lo demás.

—Sí. Y, ¿sabes?, viéndote tan joven se me hace muy raro lo de que seas hermana de la mía.

—Tengo casi cincuenta y cinco años.

—Ya había hecho las cuentas. Y me parece fascinante.

Me sonrió. Y su expresión me recordó a la del otro día, cuando iba colgado por la sangre del vampiro.

—Ya. Pues no pienso volver a sacar los cuernos. No soy ningún espectáculo de feria —le advertí—. Lo cierto es que no envejezco desde que cumplí los quince, desde que tomé mi primera alma. Es parte de ser medio súcubo. Y si te preguntas cómo lo hago, te diré que Abós es mi apellido auténtico. Pero cada cierto tiempo lo voy cambiando, por aquello de que no envejezco, y una cosa es contar con buenos falsificadores de documentación, y otra pretender tener más de veintidós con esta cara. Y de la casualidad de que hace unos meses decidí volver a tomar mis apellidos auténticos. Hasta entonces se me conocía como Violeta Arcos Pérez. La cual, por cierto, se ha cambiado de país y ha donado su casa y su negocio a su prima segunda de idéntico nombre. Como ves, no se me da mal esto de vivir entre vosotros.

Siguió mirándome, pero esta vez sorprendido en lugar de fascinado. Menos mal.

—De acuerdo —me dijo cuando salió de su asombro—. A grandes rasgos ya lo sabes todo. Porque no hemos vuelto a saber nada de mi madre ni la Policía ha avanzado en estos días. ¿Ahora qué hacemos?

—Tú te va a tu casa y no te meneas. Y guarda bien esas cartas, que las quiero.

Dejé entrever un fiero *mías* en la voz. Eran un trozo de la persona que fue mi

madre que no pensaba perderme por nada del mundo.

—Yo voy a ir a preguntar a cierto sitio —le informé.

—¿Adónde?

—No, Marcos —sólo de pensar en ese *sitio* me entraban ganas de echarme atrás, mejor no hablar de ello—. La pregunta es: ¿tienes alguna idea de quiénes son esos hombres que saben de la existencia de las razas de la noche y que me buscaban a través de mi hermana?

—Eh. No.

—Bien, pues te diré lo que sospecho —algo sencillo de deducir después de saber que los vampiros que lo habían seguido me buscaban a mí—. Se trata de una especie de vampiros científicos que pretenden robar poderes que no son suyos. Tu madre está viva porque es su moneda de canje para que yo me entregue. De hecho, aquel vampiro del otro día no intentaba ganar tiempo. Era verdad que tenían a alguien. Y en cuanto a lo de buscarme a mí, supongo que al ser híbrida debo de ser más sencilla de poner en una mesa de operaciones para destriparme los poderes.

—Y mi madre. ¿Crees que te van a decir que o te entregas o la matan? —se horrorizó.

—Ya tardan. Será que aún no me han encontrado. Pero tranquilo —ahora era yo quien le calmaba—, a tu madre no le va a pasar nada. Palabra de semihumana.

Le tendí la mano.

—¿Por qué de semihumana?

Me la tomó extrañado.

—Porque los semidemonios no tienen palabra —bromeé mientras se la estrechaba—. Tranquilo, sobrino, no voy a dejar que os pase nada. ¿Dónde están tus hermanas, padre, abuelos y resto de familia?

—No tengo más familia que la que ya sabes. Excepto mis abuelos paternos. Y están todos con ellos, en una casa de pueblo grande a más de doscientos kilómetros.

—Vale. No quiero saber dónde —me re Coloqué tras mi oreja un mechón de pelo que me tapaba los ojos—. Además, mientras tú estés en su punto de mira, ellos estarán más seguros. Ve a tu casa.

—¿Ahora?

—Ahora. Vete a clase a por tus libros o lo que sea, y a casa. Sin entretenerte.

—Violeta —se me acercó, me miró serio y me dio dos besos en las mejillas—, gracias.

La puerta se cerró sola cuando salió. En fin, sobrino, si se trata de matar vampiros, has encontrado a la tía adecuada. Esperé un par de minutos para estar segura de que Marcos no me oiría, y llamé a mi nuevo guardaespaldas. Cualquiera diría que estaba hablándole a las paredes.

—Lucas. Por favor. Es importante, ven —dije en voz alta.

—¿Qué ocurre? —la voz masculina se proyectó enseguida en mi mente.

—Vale —susurré a la habitación vacía—, así pues. Da igual. Dile a Casio que tienen a mi hermana. Dile que voy a ir a buscarla y que por favor ponga a alguien que vigile a Marcos, porque ellos pueden volver a atacarlo. Ah —añadí—, y que no se preocupe por la información que quería venderme en la cena.

Dudaba mucho que Lucas pudiera entender esta última referencia, pero la transmitiría de todos modos.

—Hecho.

Su presencia, poderosa y oscura, se retiró de mi mente. Me estremecí. Hasta para mí era siniestro. ¿De verdad estaba enamorada de uno de ellos?

En fin, no era momento para reflexiones. Era el momento de ir a buscar respuestas al palacio de mi abuelo. Y eso sí que daba miedo.





Vórtices.

Tenía seis años la primera vez que los vi. Y pese a mi hiperactiva imaginación infantil, me quedé completamente satisfecha, maravillada y asombrada. Guau. ¿De verdad mi abuelo tenía en su plano un estanque lleno de puertas?

Mi padre lo sobrevoló hasta un islote, poco más de seis metros cuadrados de tierra irregular, pero suficiente para dejarme en el suelo y posarse a mi lado.

—Papi. ¿Cuándo sea mayor yo también tendré unas alas como las tuyas? —era todo tan emocionante.

—Nena, tú no eres un demonio como yo. Tú eres medio humana, como tu madre. Ya lo sabes.

—¿Y las medio humanas no tienen alas? —todavía me parecía estar saboreando la decepción.

Fue entonces, volando en brazos de mi padre sobre tierras repletas de seres demoníacos donde mi abuelo reinaba, cuando ese viaje mágico, esa aventura fuera del palacio donde vivía confinada dejó de ser atractivo y cargado de promesas.

—No, nena. Nadie con sangre mestiza puede tener tanto poder. Aunque tú y yo somos especiales.

—¿Especiales? —volví a sentir la esperanza—, ¿eso quiere decir que tendré alas?

—Especiales porque somos príncipes. No te ilusiones con lo de volar, yo no apostaría por ello.

—Vaya.

Mi mohín hubiera enternecido a un padre normal. Pero el mío era un demonio. La poca humanidad que le había dado el diezmo de las almas había muerto con su mujer. En fin, hacía mucho que yo, como adulta, había dejado de quejarme. Habíamos

pasado poco tiempo juntos, pero por lo menos me había enseñado a luchar.

—Mira, ¿ves ese vórtice de delante?

Miré adonde me señalaba, olvidaba ya su distancia emocional, que si bien por habitual no resultaba menos desalentadora. Sobre el agua, a pocos metros de mí, se formaba un remolino enorme, un fenómeno aterrador que amenazaba con succionar toda el agua del estanque, o al menos toda la que le permitieran los demás remolinos. Los vórtices dimensionales, pues eso eran, estaban separados varias decenas de metros entre sí, lo que creaba un mosaico aterrador y fascinante de bocas abiertas y voraces en medio de las aguas blancas y sin vida del lago artificial.

La magia había conectado las puertas entre planos y la física se encargaba de precipitar el agua, en fuertes corrientes, hacia esos otros lugares. Pero de algún modo, en el espacio entre dimensiones la magia transportaba el agua de vuelta a las profundidades del estanque.

—El vórtice comunica con el plano de la Tierra —me explicó—, donde viven tus abuelos humanos. Te los voy a enseñar para que te calles y dejes de preguntar sobre tu familia materna. Y como vuelvas a insistir en verlos, tendré que cortarte la lengua.

Se acabó la fiesta, tan severo como siempre.

—Pero, padre, yo no regenero ni sé comunicarme mediante la proyección mental.

—Pues entonces obedece. Que las crías súcubo no dan tantos problemas.

Me callé y miré fijamente la puerta dimensional.

Mi padre entonó unas palabras en nuestra lengua y se formaron olas en el remolino, como si la corriente se retorciera contra sí misma y provocase choques. Una espuma blanca lo cubrió todo. Las salpicaduras llegaron hasta el islote y me refrescaron la piel descubierta de la cara y de las manos. Estaba fría. Qué agradable contraste con el calor que hacía allí siempre. Y después, poco a poco, las aguas volvieron a su sitio original y el vórtice volvió a girar como antes. Pero ahora se podía ver una extraña imagen tridimensional proyectada sobre este.

Miré interrogante a mi padre.

—Sí. Son tus abuelos.

Los observé. Estaban en un pequeño jardín de una casa algo destartada en lo que podría ser una calle de un pueblo. Aunque claro, yo por aquel entonces no había visto el mundo humano más que en algunos dibujos por lo que no podía saberlo. Mi abuela estaba sujetando una jarra llena de un líquido amarillo y le servía a mi abuelo en un vaso. Y se reían. Era una risa muy diferente a las que había escuchado en el castillo donde vivía.

—Adelante, dispara —accedió mi padre al ver cómo me mordía la lengua para no preguntarle.

—¿Por qué se ríen así? ¿Dónde están? ¿Puedo entrar? ¿Por qué su imagen es tan difusa?

—Vale. Los humanos son así. Recuerda que tú debes olvidar y reprimir toda emoción, pues los demonios no somos débiles. Están en su casa. No puedes ir porque no te dejen. Y su imagen es difusa porque es un fenómeno óptico que nos muestra lo que hay más allá del portal. Algo así como un arco iris, pero con más agua y potenciado con magia.

—¿Qué es un arco iris?

—Fin del tema, nena —me tendió los brazos—. Ven y agárrate, que volvemos a casa.

—¿Podré volver a venir?

—Cuando seas mayor y vayamos a la Tierra a que tomes tu primera presa. Y ahora sujétate y calla.

Acostumbrada a obedecer, hice lo que me decía. No me apetecía que los verdugos de mi abuelo (o peor aún, mis tíos) practicaran conmigo. Bastante tenía con ser ignorada en mis habitaciones por mi condición de medio humana. Humana. Memoriqué bien lo poco que había aprendido de mis abuelos, escondiéndolo y protegiéndolo junto con la escasa información que había logrado obtener sobre mi madre. Y mientras volaba aferrada al torso de mi padre, me pregunté cómo sería lo de convertirse en un poderoso demonio que surcara los cielos y tuviera libertad para ir más allá del castillo.



Castillo, vórtice. Habían pasado muchas décadas, pero allí estaba yo otra vez, frente a la entrada de mi plano demoníaco. Suspiré. Un poderoso demonio volador, eso era mi padre. Pero yo. Qué inocente era la inocencia.

Frunciendo el ceño me acerqué al árbol. Había dejado mi precioso Lamborghini rojo (ese que guardaba en un garaje del centro para las raras ocasiones en que necesitaba salir de la ciudad) aparcado al final de la carretera local. Y había hundido mis tacones en tierra blanda de campos labrados hasta llegar al árbol. Si no fuera por mi fuerza de semisúcubo, habría tenido que ir descalza y con las botas en la mano. No había nadie al alcance de mi vista, lo cual significaba que ningún paseante ocasional iba a sorprenderme. Y en cuanto a la vuelta, era cuestión de confiar en lo apartado del lugar y en la suerte. Y si no, para algo estaban mis cuernos.

En fin, tenía la oportunidad de hacerlo, pero eso no significaba que me apeteciera abrir el portal. No había vuelto a *casa* desde que presencié la decapitación de mi padre. Nada agradable. Y mi abuelo, para variar, ignoró mis súplicas. Joder, si las almas humanizaban, no entendía qué coño hacía él con su enorme porcentaje. Tener sentimientos no, desde luego, o nunca habría dejado que mataran a su primogénito. Lo cual me hacía a mí heredera al trono por detrás de mis tres tíos incubos. De todas

formas, dudaba mucho que tuviesen intención de morirse. Y mi abuelo menos, claro, que llevaba vivito y coleando desde hacía más de cuatrocientos mil años. ¿Había dicho ya que fue él quien conquistó el plano demoníaco? Sí, creo que sí. No es que me estuviese haciendo vieja, es que no tenía ninguna gana de volver a ese puto sitio de pesadilla. Por eso lo había estado evitado todos estos años. Puto sitio donde, por cierto, me había pasado la infancia y la juventud siendo tratada como escoria por mis tíos, siendo ignorada por mi abuelo, desconfiando de las miradas serviles de los criados demoníacos y siendo educada a mamporro limpio por mi padre. Menos mal que había contado con los entrenamientos de artes marciales para desahogarme. Si no, creo que habría acabado cargándome a alguien. Y después de haber vivido semejante pesadilla, no era de extrañar que mi libertad fuera de lo más preciado. No quería sellar un contrato de sangre. Me negaba a ser esclava de la voluntad de nadie, aunque se tratara de Casio. Y, sobre todo, no tenía ninguna gana de ver a mis tíos ni a mi abuelo. A los primeros por crueles. Las almas los humanizaron, pero para sentir el rencor y la paranoia. Y al segundo por distante y aterrador. Era un ser antiguo, primigenio, con todo ese poder sobre la vida y la muerte de los demás demonios. El abuelo había presidido gran parte de mis pesadillas infantiles. Pesadillas donde yo cometía algún error y él dejaba que se encargaran de mí los verdugos o el más mezquino de mis tíos, sin más, sin ningún apego ni emoción visible. Y tampoco tenía ganas de volver a las habitaciones en las que me había pasado encerrada toda la niñez, sala de entrenamiento incluida.

Fruñí aún más el ceño. Si seguía así iban a acabar por salirle arrugas a mi carita angelical. Solté un juramento que habría avergonzado a un camionero, cerré la boca y volví a abrirla. Esta vez para pronunciar las palabras de apertura:

«*Hekjoa glmaltar emnj*».

Pese a todo, qué hermoso era el sonido de mi lengua paterna, la única que hablé hasta que con quince años me vine a la Tierra para cazar mi primera presa. *Hekjoa glmaltar emnj*. Son palabras que rezuman poder ancestral en cada una de sus sílabas.

Y ante la convocación, el árbol se desdibujó y se formó en su lugar el vórtice. Uno de los muchos que conectaban la Tierra con mi mundo. Si sabías cómo llamarlo, era lo que había allí realmente, en lugar de una encina.

Lo miré. Conectaba con Emnj, el sexto plano. Ante mí, en tres dimensiones, se alzaba el reflejo del estanque. Aguas muertas y blanquecinas salpicadas de remolinos hambrientos y el islote al cual quería llegar.

Me quité el cinturón y las botas, agarré mi sable, herencia de mi padre, y salté dentro.

Al instante me vi rodeada por toneladas de líquido que me presionaban por todos los lados y pretendían hundirme. No, no era tan agobiante como recordaba. Era peor.

Luchando contra las fuerzas mágicas que se desataban en la fisura entre

dimensiones, conseguí sacar la cabeza al cálido y apestoso aire del plano. Lo del olor a azufre de los demonios, por desgracia, no era un mito. Estaba en la atmósfera de cada uno de los siete planos. Cuando volviera a mi piso, iba a tener que darme una buena ducha y tirar la ropa, difícilmente se le iba a quitar el pestazo. Y en cuanto a por qué podía respirar aquí, la respuesta era sencilla. He heredado de mi padre algo más que unos cuernos. De hecho, el azufre era uno de los componentes que usaban nuestros hechiceros para sus conjuros. Resultaba asqueroso, inhalaban los metales presentes en nuestra atmósfera y expulsaban una saliva viscosa que poseía la estructura química precisa para obrar su magia.

Yo no haría preguntas. Cuando un humano intentaba averiguar cómo podía usar la ciencia para dominar los recovecos de la magia, para reproducir esas combinaciones químicas y biológicas que nos daban el poder, entonces era cuando surgían seres como los vampiros mutados que habían raptado a mi hermana. Y más humanos intentando lograr la longevidad y la fuerza de una sanguijuela... no, por favor.

A mayor nivel del plano, más metales presentes en la atmósfera y más potentes los hechizos. De ahí que esta dimensión, la penúltima en poder, fuera muy codiciada y cada pocos siglos tuviéramos una guerra con los demonios que intentaban arrebatarla. En cuanto a la séptima dimensión, mi abuelo era astuto al no intentar conquistarla. Pues de los nueve pueblos demoníacos que existían, el más poderoso era el que dominaba el séptimo plano. Y no iban a ser los incubos los que se jugaran sus culos inmortales al intentar arrebatarlo.

Una vez logré llenar mis pulmones con ese aire nauseabundo tan familiar, volví a sumergirme para localizar el estrecho pasillo sellado con magia donde el remolino dejaba de intentar arrastrarte y podías nadar para llegar al islote. Me costó mucho conseguirlo sin soltar el sable. Al final, con el glamour de un pájaro remojado, me puse de pie en la minúscula isla y me escurrió el pelo. Tentada de hacer lo mismo con los pantalones (¿podía haber algo más incómodo que unos vaqueros mojados?), no pude evitar preguntarme: *¿y ahora qué?*

Porque, claro, era la primera vez que iba a casa solita (como la nena ya no tenía a su papi, pobrecita). Ironías aparte, no sabía volar. Y no pensaba jugarme el tipo intentando nadar por un estanque plagado de remolinos.

«Vamos a ver... —reflexioné—, la única vez que no he cruzado esto con mi padre fue al volver a la Tierra tras su muerte. Y no me llevó nadie. Me prestaron un demonio menor, una especie de wyvern, para llegar a la isla. El lagarto —algo así como un dragoncito de color verdoso con dos patas traseras de feas garras, enormes alas de murciélago y un aguijón por cola—, me dejó en la isla y se marchó en el acto».

No era un bicho muy inteligente, pero yo creía que si lograba recordar su nombre y lo llamaba, igual hasta acudía. Aunque sólo fuese porque yo era una princesa

demonio. Porque, lo que era oírme, seguro que me oía. Ningún habitante de este plano podía ignorar su nombre verdadero. Era bastante molesto. Y si te llamaba alguien con la sangre del rey., entonces no te quedaba más remedio que obedecer. Se trataba de uno de los truquitos de magia que mi abuelo y sus hechiceros habían hecho sobre el poder de los nombres. Considerando que yo no estaba muy segura de si funcionaría al ser medio humana, quizás no fuera de lo más acertado llamarlo. Sabía que oírme me oiría, pero otra cosa era que el wyvern decidiera venir, o con qué ánimo lo hiciera. Pero en fin, ¿para qué estaba la vida si no era para divertirse un rato?

—*Txhat potch, Txhat potch* —elevé mi voz.

No tuve que esperar mucho. Ni que prestar demasiada atención. Un ser de más de diez amenazantes metros de largo y cinco de alto, verde y con escamas se dejaba notar. Así pues, cuando a los pocos minutos se acercó la que había sido mi montura, esbocé una sonrisa de alivio. Me fijé, eso sí, en cómo sus ojillos rojos (pequeños para el enorme tamaño de su cabezota) destilaban un odio cuyo objetivo evidente era yo. Por convocarlo. De su boca escapaba una nube venenosa que se condensaba nada más entrar en contacto con la densa atmósfera. Me maravillé. ¿Aliento condensándose? ¿A estas temperaturas? Porque por lo menos estábamos a cuarenta grados centígrados. Esa respiración emponzoñada debía de estar compuesta por sustancias que necesitaban mucho más calor para continuar en estado gaseoso. También me pregunté a qué temperatura estaba entonces el estómago del wyvern. Interesante. Pero no quería ser yo quien lo comprobara.

Le sonreí, excitada ante la perspectiva de una buena batalla.

Tensé y extendí el brazo de mi sable, y apoyé su punta en el suelo. Separando mis dos pies en paralelo y mirando al frente, alcé la cabeza en señal de desafío y saqué mis cuernos.

El lagarto de pesadilla se paró en el aire a un par de metros de mí. Mi arma, con un mango largo, estaba concebida para ser usada a dos manos. Pero si la agarraba sólo con una tenía mayor alcance. Calculé que más o menos si avanzaba la pierna derecha, cambiaba el punto de equilibrio desplazando mi peso hacia delante y le lanzaba una estocada no lo alcanzaría por poco. Así que seguí expectante.

Noté que él también permanecía a la espera, observándome sin perder detalle. Debía de percibir mi lado humano, pero también quién fue mi padre. Recordé que el *animalito* no sabía hablar y lo hice yo en su lugar. No dejé traslucir ningún miedo en mi voz. Al fin y al cabo, podía tratarse de un imponente hijo de dragón con aguijón venenoso, pero no impresionaba ni la mitad que yo. Porque, en este plano, mi parte súcubo se acentuaba. Mis cuernos crecían más altos y ásperos, mis dedos se alargaban en garras curvas y se afilaban las puntas de mis cuatro colmillos. Y mi sable, el que había heredado de mi padre, mostraba su verdadera naturaleza: una hoja demoníaca con runas labradas y capaz de alimentarse y hacerse más fuerte con la

sangre derramada. Por algo mi abuelo era el ser más peligroso y terrorífico de la sexta dimensión demoníaca.

—Soy la cuarta en la sucesión del rey. Llévame al palacio.

Por un momento pareció que inclinara la cabeza reconociendo mi linaje. Pero enseguida su largo cuello recuperó su posición y se abalanzó sobre mí. Lo estaba esperando. Qué decepcionante que mi olor a humana impidiera que se mostrase el debido respeto. Ensanché mi sonrisa. Tanta gilipollez emocional con Marcos me había dado ganas de acción.

Firmente asentada en la tierra, alcé el sable pasándolo por delante de mi cuerpo, lo empuñé con ambas manos y lo giré para conseguir la orientación del filo deseada. Y lo levanté con fuerza hacia él. Le provoqué un corte en la mandíbula que lo obligó a desviarse.

El wyvern se retiró hacia atrás batiendo sus enormes alas para permanecer suspendido en el aire. El filo de mi sable brillaba al consumir su sangre verdosa. Lo bajé y volví a girarlo. Rápida, sin dar tiempo al demonio menor a reconsiderarme, pasé de lo que, si hubiera estado luchando sin sable, habría llamado Narani Sogi a un Gunnun Sogi, desplazado mi pie derecho y mi peso hacia detrás, al tiempo que levantaba el codo derecho y acercaba el mango del arma hacia dicho costado. Y me lancé hacia delante con la misma pierna y extendiendo los brazos, así tomé impulso para el salto con el que pretendía llegar hasta el lagarto.

Apoyada en mi pie derecho, giré hacia mi izquierda con esta pierna levantada, y despegué del suelo. Salté medio metro, mi fuerza semidemoníaca no me permitía más en esta dimensión. Al mismo tiempo, desde mi abdomen tenso roté omóplatos, y mis brazos hicieron girar el sable, limpio y rauda. Cuando la hoja salió del círculo que yo le había marcado al mover los brazos sobre la cabeza, su filo curvo aceleró siguiendo una línea descendente, y segó la tripa del wyvern. Ah... pura física. Impulso, fuerza, aceleración, masa... qué haría yo sin ellas. Por suerte también funcionaban en casa. Aterricé, primero la pierna izquierda, y después la derecha. Chorros de sangre corrosiva barrieron el estrecho islote a mis espaldas. Las aguas carentes de vida del estanque azotaron mis pies, como en un intento de arrastrarme con ellas. Pero si bien yo había aterrizado cerca de la abrupta orilla, mi postura era estable: espalda recta, pierna de delante flexionada, ambas plantas de los pies apoyadas y sable hacia el suelo. Sonreí complacida. Hacía días que no me divertía tanto.

Dejé que la euforia durara unos segundos más. Deseaba que la bestia viera mi desdén hacia ella al darle la espalda, segura de que no podría dañarme. Conocía a los wyverns y sabía que el profundo tajo que le había dado lo incapacitaría durante al menos cinco minutos.

Arqueé una ceja burlona ante el remolino («otro día será, *baby*») y me giré. El lagarto había aterrizado también sobre el islote, su cabeza sumisa contra el suelo y su

cuello disponible.

Qué encantador. El dominio del más fuerte. No negaría que a mi parte súcubo le entraban ganas de reclamar la montura e ir a reunir un ejército para atacar, atacar, no sabía bien qué. Algo. Y probar la sangre de los caídos, la plenitud de vivir un día más, el éxtasis del poder sin límites que me proporcionarían sus almas.

«Humm —me di cuenta—, frena el carro. Violeta, tampoco es cuestión de girar el interruptor de *humana emocionalmente idiota* al extremo de *demonio malvado* en cuestión de minutos. Por lo menos espérate una horas».

Joder, hay que ver cómo influía el clima en los estados de ánimo.

Reprimiendo un escalofrío de placer por la conquista, monté sobre el monstruoso wyvern y le di unos minutos para curarse. Minutos que aproveché para cortar una de las perneras de mis vaqueros y fabricarme con ella una sujeción rudimentaria para el sable, que até a mi espalda. A continuación, clave mis garras en el cuello del wyvern y le di la orden de dirigirse al palacio.



Fue un paseo breve, poco más de veinte minutos para las veloces alas de mi montura. De vez en cuando, alguna de las criaturas que acechaban bajo los árboles achaparrados o en las grietas de roca que sobrevolábamos hacía amago de desafiarnos. Pero la visión de un magnífico wyvern con una princesa súcubo como jinete era suficiente para hacer desistir a cualquiera. Eso suponiendo que hubieran sido capaces de alcanzarnos.

Embriagada por una eufórica sensación de libertad, de que ya no importaba en absoluto que yo fuera un demonio, deseé que el viaje no acabara nunca. Era una maravilla surcar los cielos y saber que no estaba rodeada de humanos débiles a los que herir si daba rienda suelta a mi naturaleza. Nadie iba a juzgar aquí tampoco mi conducta demoníaca. Empezaba a preguntarme por qué me había quedado a vivir en la Tierra. Y la visión del aterrador castillo de torres agonizantes de mi abuelo me lo recordó. En cualquier caso, haber dominado al wyvern y mi paseo triunfal habían cambiado el ánimo con el que me dirigía hacia mi antigua casa. Ya no lo hacía vacilante y temerosa, sin ganas de recordar mi infancia claustrofóbica o el inmenso poder de mi rey. Más bien me presentaba ante él como quien era, la única hija de su difunto hijo primero, que volvía a casa poco antes de cumplir la mayoría de edad.

Tomamos tierra. Mi montura tuvo cuidado de no clavarse ninguna de las lanzas de roca que surgían del tejado plano de la torre. Fácil, si eras hábil en el vuelo y no tenías prisa. Pero en caso de ataque, lo normal era que los asaltantes acabaran empalados. Por eso estaban allí. Era uno de los muchos detallitos que mi abuelo había incluido en el diseño del castillo.



Ordenándole al wyvern que me esperara, me identifiqué como Klynth' Atz ante el íncubo guerrero que guardaba la puerta de acceso al interior de la torre. Mi nombre era algo así como *Flor hija del primogénito*. Parte de mí nombre en nuestro idioma. El resto sólo lo conocíamos tres personas, y una de ellas estaba muerta. El verdadero nombre de un demonio daba poder sobre él. Y siendo yo una princesa, tan sólo el rey y mi padre tenían acceso a ese conocimiento. Mis tíos podían odiarme y despreciarme por ser medio humana, pero más que les pesara no podían controlarme, porque no sabían cómo me llamaba.

Ignorando las miradas asombradas, me dirigí hacia la sala principal del castillo, donde estaba el trono.

Lo de *trono* sonaba anticuado e incluso infantil. Pero, en primer lugar, mi abuelo era más viejo que el Homo sapiens, y en segundo lugar, para la mente de un demonio no había nada como una ostentación brutal de poder para atajar cualquier intento de rebelión. Y eso lo conseguía muy bien mi abuelo con su salón de los horrores.

Aparté a los guardias de la entrada con un par de palabras. Le estaba cogiendo el punto a eso de ser la nieta del rey. Les enseñé mis cuatro colmillos en una sonrisa feral y entré en la sala. Como siempre había sido, los lamentos de aquellos que lo habían traicionado hacía milenios resonaban por toda la estancia. Lo cual no era de extrañar, dado que sus cuerpos mutilados colgaban de lo alto de las paredes y del techo, lo que manchaba el suelo y a los que pasaban por allí con ocasionales gotas de sangre verde, negra o azulada. Encantador. A mi parte humana le habría horrorizado y le habría mostrado una nueva emoción: la piedad. Pero desde que había entrado en este plano estaba olvidando demasiado rápido todo eso que había aprendido a lo largo de los años que había vivido como una de ellos. Y las viejas lecciones, esas que se grababan de niña y nunca se olvidaban, volvían a dictarme cómo se suponía que un súcubo de mi estatus debía comportarse al entrar ante la presencia de su señor.

—Saludos, abuelo.

Me acerqué mirándolo a los ojos, ignorando a la corte que seguro que estaba observándome con su habitual mezcla de respeto (por ser hija de quien era) y desdén (por mi parte materna). Excepto mis tíos, claro. Ellos ya iban servidos con su odio, su desprecio y una envidia que nunca había entendido.

Una vez estuve a un par de metros, le hice una marcada reverencia. En ningún momento perdí el contacto visual, pues eso se habría considerado debilidad y sumisión, nada digno de una posible sucesora al trono. En cuanto a la reverencia, se trataba de mostrar mi respeto y aceptación de que él era el rey.

—Klynth' Atz, qué grata sorpresa. ¿Vienes a celebrar tu mayoría de edad?

Me dio la bienvenida en nuestro idioma, con su voz profunda y poderosa. Una voz que cuadraba a la perfección con su imagen de hombre en lo mejor de la juventud, atractivo y musculoso, aunque sin perder sus rasgos faciales decididos y

severos, ni sus cuernos, sus garras, los espolones de sus tobillos desnudos y sus aterciopeladas alas negras.

—Aún no la he cumplido.

Con mis viejos vaqueros y mi camiseta estaba ridícula frente a mi abuelo. Aunque este estuviera vestido tan sólo con unos pantalones oscuros de piel que dejaban a la vista sus brazos, pecho y abdominales, que poco tenían que envidiar a los de un culturista. Supuse que debería haberme puesto algo más apropiado, como vestían el resto de súcubos. No las miré, porque no despegaba los ojos de los de mi señor, pero seguro que las de mí alrededor lucían sus decadentes capas de seda transparente que tanto les gustaban. Ah. La corte, una curiosa mezcla de los hermosos súcubos e íncubos, de telas níveas y cuero negro, junto con los más horripilantes y deformados demonios esclavos.

—Quizás venga en dos noches, cuando haga los cincuenta y cinco —continué, pues no me vendría nada mal una fiesta salvaje como sólo aquí sabían darla—, pero lo que ahora deseo es información.

—¿Dos noches?, ¿dos? —matizó divertido—. Bien, me gustará verte entonces. ¿Te dijo algo tu padre?

Y el trono en el que estaba sentado era otro regalito para la vista. Pero en el sentido contrario. Medía más de cuatro metros de alto por tres de ancho y estaba hecho con los cadáveres momificados de sus enemigos, inmovilizados y pegados en posturas imposibles. Y algunos de ellos ni siquiera estaban muertos.

—¿De lo que vengo a preguntarte? No.

Era evidente. Dudaba mucho que mi padre, suponiendo que hubiera conocido la existencia de esos nuevos vampiros, hubiese tenido alguna razón para contármelo.

—Más bien de tu mayoría de edad.

—Abuelo, con el debido respeto, ya sé que las súcubos de verdad son libres de emparejarse con un íncubo y tener hijos al llegar a los cincuenta y cinco. ¿De verdad crees que me preocupa ese tema o que estoy interesada en tener descendencia?

—Espero que no. Aunque deberías. Y no me refería a eso. Pero dejémoslo —cortó mis inminentes protestas con un gesto contundente de su mano—, dime qué deseas saber.

Oí cómo los demonios de la corte, mis tíos y otros elementos similares mascullaban y se reían por lo bajo. Encantadores, como siempre.

—Gracias. ¿Sabes algo sobre el nuevo tipo de vampiros?

Debido al elevado porcentaje de almas que llegaba a mi abuelo, era casi seguro que supiera algo. Si no por lo que le contaban sus súbditos, por lo que sabían esas mismas almas. Por suerte, como yo no tenía sus poderes, únicamente experimentaba vagos recuerdos procedentes de mis víctimas. Y los encerraba bajo el epígrafe de *basura inútil* en algún lugar olvidado de mi mente. Si me llegaran con tanta nitidez

como debían de llegarle a mi abuelo, me volvería loca.

—Veo que te mezclas con gente peligrosa. No creas que no he sabido de ti desde que te fuiste hace casi cuarenta años, Klynth' Atz. Y sé que el Consejo de vampiros, o más bien uno de sus miembros —sus ojos relucieron peligrosos— te protege. Ten cuidado, nieta mía. No le des lo que quiere.

Le preguntaría encantada si él sabía qué era eso exactamente. Pero ya que había tenido la inmensa suerte de pillar a mi abuelo receptivo, no iba a estropearlo siendo demasiado inquisitiva.

—Como tú digas, abuelo.

Me miró mal. Un estremecimiento me recorrió la columna. Podía parecer un dios oscuro del sexo, incluso a veces cordial con su familia, pero no por ello dejaba de ser uno de los demonios más antiguos y poderosos del mundo. Me reproché mi falta de sumisión, pero aparentarla nunca había sido lo mío. Ni de pequeña. De ahí que me hubieran tocado tantos castigos. Y no hablaba de irme a la cama sin cenar o de estar un par de horitas arrodillada en un rincón con libros en los brazos. Ojalá.

—Bien —continuó—, son humanos peligrosos que han usado su propia magia, esa que llaman tecnología, para robar y potenciar nuestros poderes. Velocidad, fuerza, visión nocturna, control mental y otras habilidades vampíricas no son nada para ellos.

—Sí, abuelo —esta vez me las apañé para sonar más humilde—. ¿Sabes dónde está la mujer que han raptado?

—De todas ellas, supongo que te referirás a tu hermana.

Mi hermana. Él lo sabía. En fin. En mi forma demoníaca era difícil enfadarme. Al fin y al cabo, en este plano, mi abuelo era mi señor y yo no tenía apenas sentimientos. Mejor. Porque si le montaba el numerito que le había montado a Casio, hija única de su hijo primero o no, era súcubo muerta. O, peor aún, adorno de la sala.

—Así es.

—Está con la triunviro y otros prisioneros. Ten mucho cuidado. Intentan llegar a ti para tomar tus poderes.

¿Mis poderes?, ¡pues sí que tenían que estar desesperados! Cualquier otro súcubo tenía más.

—¿Cuándo vas a ir? ¿La noche de tu cumpleaños, o después? —me preguntó.

—No, una antes. Mañana. Estaré a tiempo para tu fiesta cuando los cumpla.

—Me parece muy bien.

Me sonrió malicioso, enseñándome sus dientes de predador. Supuse que, como era uno de los pocos ícubos que no necesitaban llevar a nadie al éxtasis para alimentarse, cuando estuviera con alguna humana lo haría por su propio placer y no ocultaría sus atributos demoníacos como hacíamos los demás.

—Antes has dicho *la* triunviro en lugar del triunviro. ¿Es que es una vampiresa?

—¿Tantos años con ese vampiro y no le has sonsacado nada sobre el Consejo? ¿Y

tú eres mi nieta?

—Bueno, no suele dar mucha información sobre nada que no sea trabajo. Y ni siquiera de este.

—Mírate —curvó sus labios, burlón—, una hermosísima diosa del placer y eres incapaz de sonsacar información a un vampiro, y eso que estos piensan más con la polla incluso que los humanos.

—Bueno, abuelo, lo reconozco: no lo he intentado. No deseo acabar como un aperitivo.

—Eres mi nieta, nunca te desangraría hasta morir. No se expondría a una guerra. ¿Y tú no sabes que como miembro del sexo débil tu obligación es explotar esa supuesta debilidad y tener a quien quieras comiendo de tu mano?

—Creo que mi padre olvidó mencionarlo durante mi educación.

Y dudaba mucho que si a Casio le dominaba la Sed fuera capaz de pensar en guerras.

—Tú padre. ¡Qué decepción! Por eso no me acuesto con humanas. Bastante tengo ya con la humanidad con la que intentan envenenarme sus almas. Escúchame, Klynth' Atz, pues sólo lo diré una vez.

—Te escucho, abuelo.

Y yo así de respetuosa, sin protestar, sin sacar *punta* a sus comentarios. En fin, cosas como estas sólo las dejaba pasar en el plano demoníaco. Quizás por lo fuerte que era aquí mi otra mitad.

—Tú padre no te educó como debía. Eres una princesa súcubo, no una humana caza vampiros. Él estaba demasiado dolido por la muerte de tu madre. Nunca debió enamorarse de ella. Y te inculcó esa mierda de que si te acuestas con un hombre guapo y agradable puede enamorarte de él. Tonterías.

En eso estaba de acuerdo. Casio no era ni hombre, ni agradable ni me lo había tirado. Y por lo visto estaba loca por él.

—¿Tonterías?

—Sí. Tu padre era débil para ser rey algún día. Él nunca supo controlar su cupo de emociones que le trasmitían las almas. Y mis otros hijos —los miró con expresión inescrutable—, tampoco son mucho mejores. Yo suelo decir que las almas humanas, en tantas cantidades como me llegan, me intentan envenenar. ¿Crees que lo digo en sentido figurado? De eso nada.

Asentí porque creí que era lo adecuado.

—Pero tú, hija primera de mi hijo primero —continuó—, tú eres medio humana. Tú ya sabes lo que es tener sentimientos. Y quizás algún día.

Permaneció en silencio unos segundos, como si se hubiera pensado mejor lo de continuar la frase. Me sonrió enigmático, aunque a mí la mueca de sus colmillos me heló la sangre, y cambió de tema.

—Bien, la Consejera amiga de tu vampiro es una celta milenaria. Más o menos tan poderosa como tú Casio.

¿Podía dejar de decir *tú*? No es que en este plano eso pudiera ponerme nerviosa, pero tampoco quería que todo el mundo, él incluido, me asociara a ese chupasangre.

—¿Y la han capturado?

—Son muy poderosos. Ten cuidado cuando vayas mañana a por ellos. ¿Tienes una amiga bruja, no?

Capté la indirecta.

—Muy bien, lo tendré en cuenta. ¿Dónde están?

—Tienes suerte. Es una información que poseo, pues es un tema que merece mi atención. Están en tu misma ciudad. En una urbanización de las afueras. Son casas grandes, con muchos terrenos propios y bastantes aisladas. Memoriza esto: *casa número once, calle Primera, urbanización Los Olivos, carretera nacional tres, kilómetro veintiocho.*

—Muchas gracias, abuelo.

—Me ha alegrado verte otra vez, Klynth' Atz. Espero que vuelvas pronto por aquí. Te haremos esa fiesta, mal que les pese a tus tíos.

No sabía si de pequeña lo veía todo negro o no. Pero en cuanto te relajabas con el rey, porque sus palabras y gestos parecían normales, incluso cordiales, había algo, un brillo en sus ojos, un movimiento de sus colmillos o un cambio en la presión de su mano sobre los cuerpos torturados del trono, que te recordaba por qué debías tenerle miedo. Quizás al crecer las cosas cambiaban de perspectiva, aunque sólo fuera porque medías varios centímetros más. Y en él yo nunca había visto ningún signo de desdén por mi sangre mestiza, a diferencia del resto de habitantes de palacio. Pero no por ello se me dejaba de helar la sangre cada vez que mi abuelo centraba su atención en mí. Su poder ancestral era denso y viscoso, como una nube negra y corrosiva, cargada de muerte, que se pegaba a su piel y se extendía hacia ti.

Volví a hacerle una reverencia, esta vez de despedida.

—¿Tengo tú permiso para irme?

—Ve triunfal, pequeña. En tú wyvern tienes un regalito, una daga que hace juego con la espada que llevas. Digamos que las forjó el mismo herrero.

—Muchas gracias —contesté sorprendida.

Porque no era sólo un arma mágica. Estas hojas con runas grabadas eran objetos poderosos y codiciados que se entregaban a los mejores guerreros. Yo no tenía muy claro cuáles eran esos poderes, pero sería un honor llevarla. Y además, parecía que podía quedarme con el dragón.

—Hasta cuando vuelvas. Ve triunfal.

Volví a inclinarme, me di media vuelta y me dirigí con paso decidido hacia la puerta. No había sido para tanto. Ni mucho menos. Debería haberme atrevido a

volver a casa mucho antes. Porque mi abuelo no me había tratado mal, pese a ser medio humana y no tener a mi padre para apoyarme. Ni me habían asaltado los recuerdos del día de la decapitación. En fin, supuse que lo bueno de estar en este plano era que potenciaba mi lado demoníaco. Era agradable, para variar, dejar de sentir esas emociones que pretendían aflorar a cada momento. La de energías que perdía una en intentar ignorarlas. Y, en todo caso, lo más terrible de la muerte de mi padre no fue que lo mataran, sino que no me dirigió ni una mirada desde el cadalso. Ni pronunció con pena mi nombre o el de mi madre. Se limitó a decirle al verdugo que se diera prisa, que tenía otras cosas que hacer.

«Padre —rememoré—. Frío hasta el último momento. Me pregunto cómo fuiste capaz de amar a mi madre. Supongo que cuando ella te rompió el corazón con su muerte, lo hizo muy bien. Porque no quedó para tú hija ni el más pequeño trocito».

«En fin, Klynth' Atz, mala suerte. Me darías pena si no fuera porque estoy tan cojonudamente en forma de demonio».

Sonriendo para mí y con el paso seductor y seguro que sólo una princesa súcubo podía tener, crucé la puerta de salida del salón del trono y me adentré en el corredor. Y justo entonces unas garras me agarraron del brazo, me taparon la boca y tiraron de mí hacia las sombras.

—Tu tío, medio humana —siseó con desprecio, saboreando mi sorpresa.

El apuesto ícubo me había arrastrado hacia la penumbra de una de las columnas que sostenían la estructura del inmenso pasillo. Y en cuanto a lo de apuesto, lo retiraba. Lo sería si no fuera por la mueca de odio que desfiguraba su cara.

Mordí sus dedos hasta que su sangre oscura dejó un desagradable sabor en mi boca.

«Vaya, no se me había ocurrido —divagué, con mi ego de vuelta a su tamaño normal—. A lo mejor si Casio me prueba y mi sabor es tan malo, se olvida de eso de sellar un contrato».

Quitó la mano de mi boca y la usó para darme una bofetada. Mi cabeza golpeó la pared. Menos mal que no perdí el conocimiento.

—¿Cómo te atreves a leerme la mente y asaltarme así? —le espeté furiosa mientras masajeaba mi dolorida cabeza.

—¿Te has hecho pupita? Estás perdiendo facultades, medio humana. Ninguno de los nuestros se tocaría la cabecita después de un golpe tan flojo.

—No me obligues a defenderme, Tlink' Bt.

Pero todo mi ser me pedía que sí, que me obligara, para arrancar de una vez la sonrisa despectiva de la boca del mayor de mis tíos. Es decir, del heredero al trono ahora que mi padre no estaba.

—O qué. ¿Llamaras a tu abuelo?

—Ya no soy una niña a la que asustar. Ni torturar, ya que estamos.

Porque el muy capullo había estado encantado de castigarme en persona con cualquier excusa, sobre todo si mi padre no estaba allí para hacerlo él de un modo más suave. Mi progenitor podría no haber sido muy cariñoso, pero por lo menos no era un sádico.

—No, claro —me miró ofensivo de arriba abajo—. Ahora eres poco menos que una puta humana.

—¿Es que los varones no conocéis otra palabra cuando queréis reafirmaros?

Intentó volver a abofetearme. Esta vez le paré la mano y la atravesé con el espolón que tenía en el codo. Le mostré todos mis colmillos en una sonrisa. Me miró con odio y soltó mi otro brazo, el que me había agarrado en un principio. Y no se atrevió a volverme a atacar. No en palacio, donde podrían ajusticiarlo. Porque puede que todavía no fuera mayor de edad, pero desde que cumplí los quince dejé de ser una niña, un cero a la izquierda del que cualquiera podía abusar. Ya no estaba mi padre para protegerme (sin él no habría sobrevivido a mi infancia en este plano) pero tampoco lo necesitaba. Yo sabía que mi tío estaría encantado de demostrarme su fuerza superior y acabar conmigo. Pero no en este castillo. Demasiado arriesgado.

—¿Qué pasa, tío? —me mofé yo esta vez—. ¿Tienes miedo de ser como eres y que se entere tu papá? Esta es mi casa tanto como la tuya. Y con recibimientos así, me entran ganas de volver.

Le guiñé un ojo. Casi conseguí que se lanzara a por mí. Qué pena que no fuera tan emocional. Le faltaban unas cuantas almas humanas más de ese diezmo. A lo mejor era por eso que mis tíos me odiaban de un modo especial, por la humanidad que les daba su porcentaje de almas. Porque los demás demonios se habían limitado a saberse mejores que yo y a aceptar que si sobrevivía a mi infancia estaría por encima de ellos en la jerarquía. Algo mucho más importante que ser en parte humana.

—Algún día te vas a enterar —siseó con rabia.

—Lo sé, yo también te quiero, tío.

Le lancé un beso al aire y comencé a apartarme de su lado.

—No tan rápida, mestiza.

—¿Eh?

—Ni se te ocurra soñar con lo que no es tuyo. O voy a unirme a esos científicos vampiros para convertirte en una rata de laboratorio. Además, serías una rata ideal para que un humano robara los poderes súcubo. Al fin y al cabo tú ya eres medio humana.

Mira, en eso tenía razón.

—Tlink' Bt, bésame el culo. Ni sé ni me importa de qué cojones estás hablando. Y si te alías con esos vampiros, por muy hijo de mi abuelo que seas, te convertirás en íncubo muerto.

—Eres grosera y maleducada. ¿De verdad crees que me vencerías en un duelo?

—No me hace falta, me protegen algunos vampiros.

—¿Ese consejero y su línea? Inocente, yo tengo más poder que ellos.

—Pues entonces embóscame cuando quieras. Te estaré esperando.

Volví a alejarme, y esta vez no me detuvo. Si pensaba que me amedrentaría lo tenía claro. Los demonios no sabíamos lo que era el miedo. Que podíamos perder una batalla, sí. Que a veces había que retirarse, también. Pero esa sensación humana que te atenazaba la garganta y te paralizaba el corazón impidiéndote moverte hasta que conseguías echar a correr como alma que llevaba el diablo, esa sé la dejaba a Violeta, a la parte humana, porque mi otra parte por fin no era la reprimida y se lo estaba pasando de miedo.

«Ah. Casio —deseé—, si pudieras verme ahora. Te invitaría a bailar esa danza mortal con besos, filos y garras que los estamos deseando».

Cuando llegué, eufórica, reencontrada y poderosa ante mi montura, descubrí que le habían abrochado una rudimentaria silla de montar y que en una de las vainas para armas que llevaba cosidas estaba mi nuevo juguete. Lo saqué con cuidado, deleitándome en el brillo de las runas grabadas en su filo. «*Jlork tynmvwa Dlarmm*»: *Vida o muerte para quien me empuñe*. La esgrimí. Me encantaron su peso y su equilibrio, así como el cosquilleo en mi mano con el que parecía anticiparse a toda la sangre que iba a probar. O mejor dicho beber. Porque, según me había contado mi abuelo, era hermana del sable que portaba cruzado a la espalda. Un juguete bonito. Como mi nueva mascota.

—Ahora eres oficialmente mío, Txhat potch —le palmeé el cuello.

Inclinó la cabeza entre servil y desafiante. Buen chico. Sonreí con aprobación y me monté sobre él.

—Vamos, de vuelta al estanque de los vórtices. Y una vez me hayas dejado estate atento a mi llamada. Porque esta vez no voy a tardar cuarenta años en volver.

Mi wyvern emprendió el vuelo. Me pregunté si mi tío me seguiría con la intención de darme muerte sin que mi abuelo se enterara, pero no nos intentó cazar nadie. Así que supuse que lo haría en la Tierra, donde su padre no tuviese ojos en todas partes. O eso o confiaría en que los vampiros científicos que me buscaban hicieran el trabajo sucio. Yo sabía que era una locura ir a esa urbanización. Qué se le iba a hacer: ni en este plano mi parte humana estaba silenciada del todo. Y tampoco lo pretendía. Ya me había dado cuenta de que tenía cosas que aportarme. Y eso de rescatar a mi hermana sonaba genial. Sobre todo si era peligroso. Violeta, Klynth' Atz, ya iba siendo hora de integrarlas. Pues incluso los dos nombres de mis dos partes siempre habían sido iguales. *Klynth' Atz* significaba *Flor, hija de Nacido Primero*. Así no se parecía en mucho a Violeta. Pero en mi nombre real había dos componentes más. Uno era *Vsru*, que significaba *Morada*. ¿Y qué era para mí una flor morada más que una violeta? En cuanto a *Atz*, *At* era para *Primero* (el *Bt* de mi tío quería decir



*Segundo*), y z para *Hija de*. Menos mal que le quedaba un componente, o mi nombre verdadero lo adivinaría cualquiera.

Me despedí de mi dragón personal con una palmada, agarré un arma con cada mano, pronuncié las palabras de convocación y salté al remolino. Adiós, parte demoníaca y segura. Hola otra vez, Violeta. Integraciones aparte, la Tierra potenciaba mi lado materno. Suspirando por la libertad perdida cerré el portal. Después me puse las botas y el cinturón que por suerte nadie había tocado. Joder, con lo bien que estaba yo como respetada princesa súcubo (excepto por mis tíos, claro).



No había llegado ni a medio camino de mi coche, cuando el vampiro se abalanzó sobre mí.

Qué pesaditos.

Pasar de una gravedad baja donde eres la hostia y si saltabas atravesabas medio kilómetro, a volver a ser una chica con tacones que intentaba avanzar por los campos sin dejarse un zapato clavado en ellos... era como mínimo frustrante. No me extrañaba que me hubiera olvidado de los chupasangres.

Y considerando el borrón apenas perceptible con el que se movía un milenario, no tuve muchas posibilidades aparte de dejarme atrapar. ¿Sería el papá o el hijo? Porque como fuera uno de los aumentados por la ciencia, yo lo llevaba claro.

—Violeta, no lo vuelvas a hacer.

La frase dicha, en tono de enfado, podría ser de cualquiera de los dos. Y los brazos que me habían inmovilizado del cuello y de los codos, también. Pero la voz. Lo sentía, era de Lucas. Lucas. tu voz no era ni la mitad de sexy que la de tu padre. Por más que tuvierais los bíceps igual de fuertes. Y ahora que me concentraba... tú poder tampoco. Aunque te movieras demasiado rápido para mí.

—¿Podrías soltarme? Yo no sé a las humanas, pero a las súcubos no nos gusta mucho que se nos inmovilice. Por lo menos no fuera de la cama.

Últimamente parecía que me estaba sacando un máster en cabrear nosferatus.

—¿Sabes que mi padre me matará cuando se entere que te he perdido?

Uyuyuy. Este se estaba acelerando. A un pasito de sacar los colmillos y morderme. Sería tu hijo, Casio, pero todavía tenía mucho que aprender sobre el control.

—Si no me sueltas y me matas, entonces sí que se va a enfadar contigo. Se apartó,

de golpe. Me froté el cuello magullado y me giré para mirarlo.

Y allí estaba. Con su cazadora negra de cuero, sus botas militares y esa cruz de cadena gruesa que llevaba como respuesta irreverente a lo que la iglesia pensaba de nosotros. Lucas era un luchador escultural con los cabellos de un rojo tan oscuro que parecían tinieblas prendidas en fuego. Tenía el tipazo y los pómulos de Casio. Y su cara de mala leche, los dos colmillos fuera. Qué pena que en este plano tuviera que consumir energía para sacar los cuatro míos, porque si no iba a enterarse de quién vacilaba a quién.

Él no estaba bromeando. No había más que mirar el fulgor rojo sangre de sus ojos. Pero qué se le iba a hacer, pese al paseíto por los campos, todavía estaba embriagada con la sensación de poder que me daba regresar a mi plano, donde podría mostrar mis atributos demoníacos sin que me costara el menor esfuerzo.

—Tranquilo, Lucas, todo está bien.

Ni idea si esto lo calmaría o lo pondría más furioso. Su padre seguro que podía conmigo, pero él. Estaba deseando comprobarlo.

Lucas respiro hondo. (Sí, respiro. Ellos necesitaban el oxígeno para metabolizar la sangre. No usaban su estómago, la sangre succionada iba directamente al intestino delgado, pero eso no significaba que el resto de procesos bioquímicos no siguieran igual que en vida).

—Vale. De acuerdo. Perdona.

«Parece, daga mía —pensé decepcionada—, que vas a catar tu primera comida en otro momento. Pero tranquila, el día es muy largo y yo estoy suicida».

—No me ha pasado nada. Ya lo ves. Tan solo he venido a ver a mi abuelo.

—¿Al plano demoníaco? ¿Tú estás loca? ¿Tienes idea de lo peligroso que es?

Me erguí con toda mi estatura. Podía aparentar ser una mocosa humana, pero no lo era. Para nada. Por muy ridícula y reina de opereta que pudiera quedar mi bravata.

—¿Y tú sabes que soy la hija primera del primogénito del rey? Guarda otra vez esos colmillos y piénsatelo dos veces antes de atacarme.

Dejé que mis ojos brillaran en ámbar. Eso siempre era gratis, como los cuernos.

Me miró desafiante y furioso, con el cuerpo tenso, a punto de atacar. Le sonreí burlona. Adelante. Ya estaba cansada de tanto juego.

—De acuerdo —agachó la mirada—, pueda que tengas razón.

—Por supuesto.

«Sobre todo si no sabes nada de mis queridos tíos», ironicé.

—Otra vez avisa antes de abrir un portal aprovechando que estaba arreglando lo de Marcos. Me dirigí hacia a ti lo más rápido que pude en cuanto me di cuenta, pero ya te habías ido. Y no conozco las palabras de apertura.

—Valla, lamento que hayas tenido que estar esperándome sin saber si ibas a tener que decirle a tu papi que habías fracasado en eso de cuidarme —me daba pena—.

Pero esas palabras son sólo para demonios.

Omití la coletilla *de verdad* detrás de *demonios*, ya me había pasado bastante.

—Soy un demonio —me aclaró.

«¡No! Lucas... ¿en serio?».

—Me refería a los que poblaban la tierra antes de que hubieran hombres —me mordí el labio inferior y lo miré desde debajo del aleteo de mis pestañas, en falsa actitud inocente—. Eso excluye vampiros, zombis y toda esa calaña.

Le sonreí burlona. Algún día alguna chica se lo iba a pasar de miedo seduciéndolo.

—Decididamente, mi padre se puede quedar contigo. No sé cómo te aguanta.

No pude evitar reír a carcajadas y él me miró como si estuviera loca.

—Tienes razón —le aseguré en cuanto me serené un poco—. Creo que el truco está en que Casio ha tenido demasiados siglos para aburrirse de las mujeres convencionales. Vampiresas incluidas.

Se limitó a bufar por toda respuesta. Qué mal educado. En fin, me había sentado bien la risa. Había aliviado un poco el deseo ególatra y suicida que parecía haberme poseído desde que dome al wyvern.

—Bueno, Lucas si no te importa me voy a cazar, aunque aún tenga bastante energía dentro, porque tengo una cita importante después. Te diría que me acompañaras, pero, dudo que te gusten los pederastas —añadí para evitar que me preguntará por la *cita*. No tenía por qué saber que era con Marta.

Me miró con una expresión entre inescrutable y exasperada, inclinó la cabeza a modo de saludo y se fue. Algo sí que se parecía a su padre, sí.

—Y no te preocupes, que no le voy a decir nada a Casio sobre el plano demoníaco —me despedí del borrón de movimiento que se perdía en la distancia. Sin elevar la voz, para qué, si iba a oírme igual.

No le contaría nada a Casio, a menos que me preguntase, claro.

Sonreí maliciosa, aunque me quedara un ratito de avanzar con mis botas de tacón por los campos.



Del coche, a casa, al teléfono, a la ducha, a la cama. Usar mis poderes me dejaba exhausta. Y a medio día, por primera vez en los diez años que la conocía, iba a ver a Marta para algo que no fuera una limpieza de huellas.

Cuando llegue al restaurante, ella ya estaba sentada, con una copa de vino tinto a medio beber en la mesa.

—Hola, Violeta —me saludó—. Me tienes intrigada desde tu llamada telefónica. ¿Tú y yo quedando para comer?

—Hola, Marta.

Me senté a su lado y enarqué una ceja para preguntarle si podía servirme de la botella de cariñena en la copa vacía que había a mi lado.

—Claro, sírvete.

Llené mi copa y me la llevé a los labios. Delicioso. La deje con suavidad sobre el mantel de hilo blanco y mire alrededor. La bruja había elegido un buen sitio. El local estaba poco concurrido, lo cual nos daba bastante intimidad.

—Supongo qué te preguntarás a que viene esto de quedar a comer.

Dejé la pregunta en el aire. Ella soltó una carcajada cordial. Nunca había entendido como a esa Moon-Wolf le podía caer bien. Pero a veces la vida daba regalos. Y yo no era quien era para cuestionarlos.

¿Tú qué crees? ¿Vas a comentarme cotilleos sobre el sexy Casio?

Esta vez fui yo la que se ríó, Sí., teníamos que haber hecho esto antes. Pero yo siempre tenía cosas mejores que hacer. Como acorazarme contra todo sentimiento.

—No me lo he tirado, si es eso a lo que te refieres. Pero si buscas consejos de sexo... no será por mi poca experiencia.

—No, gracias. Prefiero no saber los detalles escabrosos sobre la manera de comer un súcubos.

—Marta... —me puse seria—. De verdad que tenía que haber tomado contigo este café, comida o lo que sea. Y lo cierto es algo que tengo que pedirte.

—Violeta. ¿De verdad crees que no me lo imaginaba? ¿Una cazarrecompensas dura como tú hablando con una Moon-Wolf sin perseguir algo? ¿Qué es? ¿Otra daga antimagia, quizás?

—No. La que me vendiste es buena. No es que la haya usado mucho, pero me ha servido.

—¿Entonces?

Volvió a enarcar la ceja. Le quedaba bien con sus rasgos delicados.

—Necesito pedir ayuda al matriarcado. Para una redada. ¿Puedes hacerlo por mí y pasarme unas cuantas brujas?

—Uf —resopló—. Eso es difícil, chica. No tengo tanta influencia.

El camarero hizo su aparición en ese momento. Marta, por lo visto, había tenido tiempo para mirar la carta. Pidió unas migas y chuletas de cordero a la brasa. Yo hice lo mismo.

—Bueno —continuó ella una vez estuvimos a solas otra vez—, de verdad que lo haría. Sabes que te tengo aprecio. Eres una buena cliente —sonrió— y tu aura súcubo de devoradora de hombres no me afecta. Tengo al mío bien agarrado.

—Me alegra oírlo. Te diría lo mismo, pero entonces quedaría como una debilucha y tendría que deshacerme de ti —bromeé.

—En fin, Violeta, de verdad que no puedo. Soy bastante poco convencional hasta

para mi clan venido a menos. Me gusta demasiado el mundo humano. Supongo que por aquello de que ellas me encontraron. Ya sabes, yo no sabía que era una bruja hasta que me lo dijeron. Y me temo que mi opinión no vale mucho.

—Bueno, tenía que intentarlo —me encogí de hombros—. ¿Puedo al menos usar tu nombre para entrar?

—Claro, aunque dudo mucho que te sirva de algo.

—Gracias.

—De nada. Mucha suerte, chica dura, aunque espero no la necesites.

Parecía preocupada por mí de verdad. Sí, había sido un poco irracional no cultivar esta amistad que no había pedido ni buscado. Pero que allí estaba.

El camarero nos trajo la comida. Durante la cual compartimos viejos cotilleos, sobre todo suyos, de cómo conoció a su chico. Pues yo de Casio no tenía mucho que contar. Todavía. Nos despedimos con un apretón de manos. Después, en lugar de volver a casa, me fui a cazar. Estaba vacía e iba a necesitar una buena alma para lo que me esperaba en el Samhain.



A casa, a la ducha (luego que me pasaban una buena factura de agua), y a las dos de la mañana, lista para mi visita al submundo de las brujas. A ver si podía obtener algo de ayuda.

El samhain era un local en las afueras. Uno más en una serie de lugares de marcha de dudosa reputación que se anunciaban con carteles luminosos por la noche. En contraste con las naves industriales que los rodeaban y anunciaban la compra barata de muebles o azulejos, en horas menos intempestivas.

En la puerta había dos licántropos vigilando. Como siempre había dicho, ¡qué desperdicio de raza! Altos, musculosos, fuertes, con instintos animales, olían a macho por todos sus poros (hum.), y trabajaban de perritos guardianes.

—Dejadme paso, busco al Matriarcado —les espete, autoritaria, mirándolos a los ojos.

Con los lobos, aunque fueras hembra, nunca había que demostrar debilidad, o no eras más que carne fresca.

Y yo de débil no tenía nada. Seguía manteniendo mi rubio platino, mis ojazos azules y mis facciones angelicales. Pero las había endurecido con una coleta alta y tensa, mucho maquillaje oscuro en los ojos, lápiz de labios negro y apenas un toque de colorete en mis pálidas mejillas. Por otra parte, también en la ropa parecía una bruja. Pues vestía como ellas cuando vienen al Samhain. Con mi corpiño negro, escotado, ceñido, adornado con unos lazos rojos y motivos carmesíes de telas de araña, y mi falda negra, larga y pesada. Lucía como una hermana sangrienta más. Así es como se llaman las más duras de la raza, las que han ganado el poder a golpe de sangre y magia negra. Y yo en mi calidad de demonio, cuando venía aquí no lo hacía de otra forma. Tan solo nos diferenciaba, en mi caso, la carencia del collar con una

daga plateada que caía justo bajo la garganta. Eso y. que si ellas apestaban a poder oscuro, yo lo hacía a súcubo de la línea real.

Cuando los licántropos me dieron paso, empuje las pesadas puertas (gastando algo de mi reciente *comida*) y en seguida el ruido atronador de la música *gothic rock* de Clan of Xymox y el aroma a incienso abrumaron mis sentidos. Estas señoras, cuando se reunían, desconocían el concepto de medida.

Deje que la puerta se cerrara por si sola a mis espaldas y me interne en un submundo exclusivo para mujeres o, mejor dicho por cómo me miraban con sus ceños fruncidos y amenazadores, exclusivo para brujas. Estaba en lo que era el *bar*, una fachada a los ojos de los humanos por si había alguna redada policial de drogas. Una larga barra al fondo de la enorme nave industrial y muchas mesas con sillas alrededor dejaban un hueco circular en el centro, en el cual estaba la pista de baile, con focos de luces intermitentes en rojo blanco y violeta.

«Siiiiii —pensé deleitada, aspirando el aroma a poder, almizcle, ámbar y madera de oriente—, me encanta este lugar. Si yo fuera Marta, dejaría de tontear con un humano y vendría aquí todas las noches».

Me abrí camino entre las mesas, donde las brujas vestían según su posición social. Todas ellas provenían de un linaje muy antiguo, de la época celta. Las únicas que llevaban sencillos vestidos blancos eran las novicias, que debían de portar el gen de la magia porque alguna hechicera había tenido una hija que le habían arrebatado y no había vuelto a saber de ella. Y, de vez en cuando, las *morrigan* (uno de los clanes más poderosos, la mayoría de los miembros del matriarcado pertenecían a él) encontraban a una mujer con el don y la reclutaban. Marta nunca me había querido decir cuáles eran las pruebas que debían pasar para dejar de vestir de blanco, pero por su cara al negarse a hablar de ello, yo suponía que no eran nada agradables.

Y allí estaba yo, avanzando hacia un lateral y evitando la pista de baile, donde solían contorsionarse en rituales y trances mágicos que incrementaban sus niveles de poder. Al final, detrás de la barra, había una puerta que daba a un doble fondo de la pared de la nave, donde nacían unas escaleras oscuras que descendían al verdadero santuario de poder, el lugar de reunión de las matriarcas.

—¿A dónde vas, *demonio*? —me escupió una de las camareras.

Una chica dura, llena de runas y de víboras tatuadas en su piel. Yo la conocía de oídas. Se rumoreaba que las serpientes de su tripa podían cobrar vida y atacar. Pero por muy dora que fuera, se trataba de una humana. Nada que no pudiera manejar.

—Aparta, *bonita* —le conteste—, tengo que ver al Matriarcado.

—¿Con el permiso de quién?

Me miro con ganas evidentes de aplastarme como a un mosquito molesto.

Desde luego, a la bruja Snake de top negro y mini sobre los pantalones de cuero no le hacía nada de gracia eso de que la llamaran bonita. Quizás fuera por esa raja



que le cegaba un ojo y le desfiguraba la cara. Suspire.

—Soy amiga de Marta, del clan de las Moon-Wolf, ¿acaso no ves su marca en mi aura?

Esto de los clanes era un auténtico lío. Estas tías eran unas auténticas *trepas*, expertas en traiciones. Había siete por siete casas o clanes, cada una gobernada por una matrona. Y siete matriarcas que las lideraban a todas. Desde hacía muchos siglos su sede de poder era España. Hubo un intento de trasladarse a Salem que se quedó en nada, tras demostrarse que en América también perseguían a las suyas. Y en cuanto a los clanes, en realidad las morrigan eran tan fuertes que muchas de las suyas se habían independizado para conquistar un clan menor. Y lo habían hecho crecer, de tal manera que cuatro de las siete casas con el poder eran suyas. El lema de estas hermanas sangrientas era algo así como *mata, asesina, toma el poder... pero que no te pillen haciéndolo o el Matriarcado intervendrá y te castigara*. Así que las morrigan lo habían hecho desde las sombras, asesinando a matronas y sometiendo a las demás brujas de las casas a su control. Las Snake eran algo así como sus fieles seguidoras y hacia muchos siglos que se habían ganado su puesto en el Matriarcado. Y las Moon-Wolf, si bien hacia mil años eran muy fuertes, se habían llevado lo peor de la Inquisición y ahora más que lobas parecían corderitas, siendo uno de los últimos clanes que además convivía con humanos en vez de limitarse a usarlos para su reproducción.

—Si, demonio. Pero una Moon-Wolf no te autoriza a bajar abajo.

Una sonrisa cruel curvaba sus labios.

—¿Y si te digo que ya he bajado otras veces?

—Me da igual. ¿Autorización?

Lleve mi mano hacia mi pecho, como si jugara con los lazos. Pero ambas sabíamos que eso curvado que descansaba en mi escote no era un colgante sino el mango de una cazabrujas. Una de esas pequeñas dagas que eran capaces de crear un campo que repelía la magia. Esperaba que con esta Snake funcionara. Todo dependía de qué hechicera fuera más poderosa, la que creó la pequeña daga o ella.

La camarera hizo el primer movimiento moviendo los labios en un hechizo de ataque. Y de inmediato las botellas del aparador que había tras ella se dirigieron a toda velocidad contra mi cabeza. Me agache y las esquivé quemando alma para ser más rápida. Mis sentidos aumentados me permitieron oír la trayectoria parabólica que estaban siguiendo las botellas en su regreso hacia mí, así como el repentino silencio a mi alrededor, roto únicamente por la música. Todas las conversaciones de las brujas se interrumpieron para presenciar nuestra pequeña pelea. Agarre la daga por la empuñadura, me levante y gire apuntando con ella hacia el whisky y la ginebra que cada vez aceleraban más hacia mí. Y espere, confiando que sirviera. Tuve suerte. Nada más entrar en la burbuja de un metro de diámetro que generaba mi arma,

cayeron todas al suelo y se rompieron en mil pedazos. Me volví hacia mi adversaria y le sonreí torvamente. Pero ella, sin mostrar el más leve signo de contrariedad, se mantuvo en su sitio. Deje de mirarla a los ojos, su ombligo era mucho más peligroso. Las dos serpientes que lo tatuaban estaban comenzando a proyectarse hacia mí, como si su piel oscura se estirara y cobrara vida propia. Avance para que sus cabezas sibilantes entraran en el campo de antimagia. Y nada. Debería habérselas tatuado alguien más poderoso. Iba a tener que conversar con Marta sobre el nivel del material que me suministraba. Pero otro día. Ahora estaba demasiado ocupada quemando alma y esquiándolas, como si fuera un ladrón que se retorciera entre rayos láser, para aferrar con una mano la garganta de la Snake.

Esta vio venir mi maniobra y se hizo a un lado. Me apoye en las estanterías donde había acabado con mi impulso y lance una patada baja. Logre derribarla. Pero sus serpientes se lanzaron otra vez sobre mí. Y esta vez las deje hacer. Su mordedura era muy dolorosa. Esperaba que no tanto como la garra recién formada con la que había atenazado el cuello de la bruja. Nuevas serpientes se abalanzaron contra mí desde sus antebrazos y su escote. Ignorando el dolor y quemando más alma para que no me inmovilizaran las que se enroscaban en mis brazos, apreté más su garganta y dirigí mi daga hacia su estómago. Si borraba sus tatuajes, aunque fuera con sangre, esas malditas desaparecerían. De repente, el dolor perdió intensidad y las criaturas regresaron a la piel de su dueña. Menos una de las dos originales.

La Snake iba a tener un tatuaje nuevo que lucir. Uno poco profundo que se enroscaba en su ombligo y le recorría todo el lateral derecho del vientre. Aunque si de verdad se enorgullecían de ellos y por eso no se los curaban, aun le había hecho un favor.

Mire sus ojos, estaba a punto de perder el conocimiento por asfixia. Y vi en ellos el reconocimiento de quien era más fuerte. Por eso había llamado de vuelta a sus mascotas. Afloje mi presa. Pero no por ello me levante de su lado.

Boqueo unos minutos. Después hablo.

—Muy bien, demonio. Puedes pasar.

—Un placer haber compartido estos momentos contigo, bruja.

Y yo lo decía en serio. Podía estar llena de dolorosas marcas sangrantes pero me encantaban las buenas peleas. Y ella había sido un rival duro.

Para ser humana.

Me levante. La Snake hizo lo mismo mientras movía sus labios. Como no pasaba nada, guarde mi daga. Si la hoja estaba escondida bajo mi corpiño, el campo antimagia no actuaba. La hermana sangrienta repitió su conjuro y una puerta apareció donde instantes antes había unos aparadores de bebida vacíos. La salude con un cabeceo y cruce. Los cuchicheos de las demás brujas me acompañaron mientras lo hacía. Después. El silencio, y una escalera sin iluminación hacia abajo. Guardando mi

garra, la seguí sin vacilar aprovechando la débil luminosidad que procedía del fondo para orientarme. Tras bajar una docena de escalones, me recibió una puerta cerrada por cuyas rendijas se colaba la luz. Llame con los nudillos. Se abrió sola. Entre. Y mientras la oía cerrarse a mis espaldas, incline la cabeza como señal de respeto a las siete matronas que, desde sus sillas en torno a una mesa ovalada, me miraban.

No quería ser una mala invitada, pero ver su *sancta sanctorum* me hacía compararlo con el salón del trono de mi abuelo. Y, la verdad, tantas calaveras talladas en sus sillas y su mesa me parecían ridículas después de las criaturas aún vivas y torturadas del incubo. Pero eso sí, las telas negras en las paredes, sus vestidos con cierto deje medieval pervertidos al oscuro, eso sí que me gustaba.

—Pasa, demonio, ¿qué te trae por nuestra casa otra vez?

La que me hablaba era la más poderosa y de mayor de edad de la sala, una morrigan cuyos cabellos tendrían más de blanco que negro si no estuvieran teñidos.

—Veo que tienes tan buena memoria como siempre, Arianrhod.

—Y tú el mismo aspecto —me contestó, curvando los labios en lo que parecía un asomo de sonrisa—. Dime que deseas.

Avance un par de pasos, hasta quedar bajo la lámpara con forma de telaraña que colgaba en el techo.

—Los humanos están desarrollando un nuevo tipo de vampiro. Uno más poderoso. Me gustaría saber si puedes prestarme a algunas de tus hijas para el ataque a una de sus bases.

Hijas, si, pues ella era la matriarca suprema.

—¿Y tus aliados los vampiros?

—Trabajo para uno de ellos. No son mis aliados, no me insultes.

Me miro con fijeza con sus ojos rodeados de arrugas.

—De acuerdo. Pero nosotras tampoco lo somos. Veo que tu mentor vampírico se enfadaría si se enterara de lo que vas a hacer y que por eso no buscas allí la ayuda. Y los de tu raza, digamos que han relegado esto sin ti.

Estas matronas y su puñetera habilidad para leer la mente.

—La cuestión no es si sois mis aliadas. Es si vais a ayudarme.

—No, súcubo. Pero este tema que tratas lleva cierto tiempo preocupándonos. No solo han desaparecido vampiros. También otros demonios e incluso brujas. Si bien hasta ahora hemos conseguido rastrear y rescatar a las nuestras. Si va a haber guerra, avísanos. Combatiríamos a tu lado.

—¿A mi lado? ¿Guerra?

—No te asombres tanto. Puedo ver los hilos de tu futuro. Son poderosos y llenos de sangre y gloria. Si sales viva de esta, saldrás mucho más fuerte. Y entonces entenderás lo que de verdad está pasando en el submundo. Así como porque fuiste creada.

Comencé a cambiar el peso de una pierna a otra, incomoda.

—Perdona, Arianrhod, no pretendo cuestionar tu sabiduría, pero yo no fui creada. Nací de mi madre y por accidente.

—Vuelve si hay guerra.

La matrona suprema, en un revuelo morado de la tela de su amplia manga, dibujo unos signos en el aire y me encontré en la calle, delante de la entrada a su local. Genial. Por eso no solía venir por aquí a menudo. No me habían dado su ayuda, y encima me habían dejado con un montón de interrogantes. Pero yo era ante todo una chica práctica. Me dirigí hacia otro de los locales que se anunciaban con letreros luminosos en medio de las naves industriales. Pero esta vez sí que era uno de mala reputación.

Aproveche para tomarme un tentempié en su baño, uno rápido. Y deje allí el cadáver. Tas inyectarle una jeringuilla que vi en el suelo con lo que esperaba pareciera una sobredosis. Seguro que las brujas, teniendo tan cerca su lugar de reunión se encargaban de eso. Y gratis. Cerrando la puerta con energía tras de mí, taconee de vuelta a casa. Porque, para bien o para mal, yo era toda la ayuda que podía esperar.



Pasé de ducharme. Si olía a humano o a sexo me daba igual, ahora mismo eso no era importante. Me cambié de ropa. Y a las 3:30 de la madrugada estaba lista y vestida para matar.

Mis botas. Faltaría más. Una falda negra unos dedos por encima de los tobillos, con cuatro aberturas hasta la cadera. Se las había mandado a hacer a una modista. Si había acción, necesitaba libertad de movimientos. Y como las piezas eran de seda, si intentaban usarlas para agarrarme, se quedarían con la tela en las manos cuando esta se desgarrara por la costura. También llevaba un chaleco antibalas (con dinero podía comprar todo), una camiseta de tirantes negra, una cinta y unas cuantas horquillas que me sujetaban el pelo en un moño y, cómo no, un arnés de cuero para mi sable envainado en la espalda. La funda, como mi arma, procedía de mi padre. Era una especie de tahalí, pero en vez de cruzarme por un hombro y la cintura, la correa me cruzaba ambos hombros y costados, lo que permitía que el sable estuviera bien sujeto en mi espalda y fuera muy fácil de sacar. Abrochado con una cuerdecita a la cintura y a la pierna derecha lucía otro tahalí para mi daga nueva. Solía guardar siempre varios por casa, para cuando me daba por ir a cazar sin mini de medio palmo o vaqueros ajustados. Y por último, llevaba dos puñales más, cada uno en las fundas interiores de mis botas. Las cuales, por cierto, habían sido uno de mis mejores encargos a la modista. Ah, casi me olvidaba: un cinturón repleto de estacas, como quien lleva una cartuchera con balas. No me gustaban las pistolas. Las consideraba demasiado impersonales. O eso o a mi lado oscuro le iba demasiado lo de matar con sus propias manos.

Sonreí a mi imagen en el espejo. Curiosa mezcla; juventud, sabia, y angelical fusionada con negro, madera y acero. ¿Quién había dicho aquello de morir joven y

dejar un bonito cadáver? Quizás tuviera poco de frío, pero seguro que no sería por mucho tiempo.

No me costó demasiado encontrar el sitio. La urbanización parecía tranquila, ocho unifamiliares por calle con espaciosos jardines entre ellos y unas pocas farolas que intentaban alejar las sombras de la noche. Pero yo sabía que había todo tipo de ojos, de los que no necesitaban luz, vigilando. Y que me iban a detectar. Los sentidos de los vampiros eran muy agudos. La cuestión era cuándo, así como cuánto tiempo iban a observarme y dejarme meterme de cabeza en su guarida antes de atacar.

Si tuviera un poder ilimitado, habría quemado almas para aumentar mis sentidos y averiguar dónde estaban esos guardias. Pero por desgracia sólo podía tomar un alma cada vez, así que disponía de una para gastar. Súcubos haciendo economía doméstica... Apesta.

Me dirigí sigilosa hacia la casa número once, confiando en que mis oídos y mi vista al menos me alertaran de los humanos, porque eran bastante más ruidosos, y no porque les latiera el corazón. A los vampiros también les latía. ¿Si no cómo iban a impulsar su sangre? Por eso si los querías cadáver, una estaca en el corazón nunca fallaba.

Logré llegar hasta la verja blanca de la casa en cuestión: un edificio de dos plantas en ladrillo cara vista, con garaje anexo y un jardín de varias decenas de metros cuadrados lo rodeaba. Me oculté en las sombras. Había pocas farolas en la calle. Escuché en silencio.

Nada.

Algún insecto ocasional, ronquidos en los chalets cercanos. Qué bien. Posiblemente la casa once estuviera insonorizada, Ahogué un suspiro y salté la verja.

Aterricé con suavidad en el césped bien cuidado del otro lado. Un par de estatuas blancas con forma de mujeres con cestas de flores resaltaban la pálida claridad de la luna a mi derecha. Por lo demás, exceptuando dos o tres árboles ornamentales, el jardín estaba completamente vacío. Y considerando que sus guardias tenían que haberme oído saltar (yo no era tan silenciosa como un vampiro, los cuales tenían además mejor oído que yo), me pregunté qué especie de encerrona me esperaba dentro de la casa. Porque parecía que iban a permitirme llegar hasta allí.

Preparada para tirar de mis reservas de energía en cualquier momento, busqué las sombras del jardín y me dirigí hacia una de las ventanas que había en la planta baja.

Curiosamente, la persiana no estaba bajada del todo y por sus rendijas salía algo de luz. Me acerqué con cuidado y pegué un ojo al cristal. Era lo que parecía. Un salón. Con un televisor encendido al fondo. Las luces estaban apagadas y no se veía a nadie dentro. La luminosidad procedía de la tele. La cual, por cierto, estaba sin sonido o lo tenía muy bajo, porque no lograba oírlo. O la casa estaba insonorizada. En todo caso, qué mal rollo.

Me tiré al suelo y caí sobre mis manos y antebrazos fracciones de segundo antes de que las balas se estrellaran contra la persiana, la penetraran y rompieran el cristal. Por suerte, la persiana detuvo los fragmentos.

Me dedique a rodar sobre mí lejos de la pared a toda la velocidad que me proporcionó quemar parte del alma de mi última comida. Al mismo tiempo, reprimí un juramento por no haber sido capaz de sentir al vampiro. Me había apartado de milagro al presentir que la televisión encendida era un cazabobos perfecto.

Actuando más por instinto que por otra cosa, curvé un poco la dirección de mi vertiginosa y rauda trayectoria hasta que choqué contra uno de los árboles. Me hice daño en el abdomen. Y fueron peores los dos impactos de bala que recibí en plena espalda (casi me hicieron caer) mientras me levantaba y apresuraba a esconderme tras el tronco. Menos mal que los dueños de esta casa por ornamental entendían olivos. Y centenarios, a juzgar por el amplio tronco de este.

Una vez a salvo de las balas (por lo menos de las que provenían de esa dirección), dediqué unos segundos a considerar mi situación.

Uno. Me habían descubierto.

Dos. De no ser por el chaleco antibalas, estaría malherida o muerta.

Tres. Ya basta de obviedades.

Cuatro. A juzgar por los disparos, había dos vampiros en algún lugar por delante del árbol (a los humanos los habría oído acercarse).

Cinco. Como hubiera más a punto de unirse a la fiesta, sobre todo a mis espaldas, lo tenía crudo.

Uf, no se me ocurrían muchas opciones así de repente. Así que me incliné lateralmente para desenvainar una de mis viejas dagas, la de la bota derecha. Saqué con rapidez la cabeza por un lado del árbol, apunté y lancé. Me volví a esconder detrás del tronco antes de que las balas barrieran el espacio donde había estado. Armas de fuego. Se suponía que los vampiros las desdeñaban por ruidosas, aunque llevaran el silenciador porque no las necesitaban con todo el rollo de sus poderes. Como esto siguiera así iba a tener que comprarme unas cuantas granadas.

A juzgar por el sonido de la daga que acababa de lanzar, acertó en algo. Aproveché para volver a asomarme y arrojar la otra. Ya sólo me quedaba la que me había regalado mi abuelo.

Parapetada detrás del árbol, dejé de escuchar los disparos y la vibración en el pobre olivo acribillado. Confiando en que no fuera un truco, volví a asomar la cabeza.

Y la dejé fuera.

Estaban los dos estáticos con los brazos aferrados a sus armas y sendos puñales en el corazón.

Humm. Tenía buena puntería, pero asomándome de maña manera desde detrás de un olivo no tanta.

Me acerqué, recelosa. Si uno de los dos estaba fingiendo, tenía sentido que fuera el segundo, el de la derecha. Con mucho cuidado, fui a golpear con el pie a la figura inmóvil de la derecha. E hice bien al tomar precauciones, pues esta intentó agarrarlo.

Lo esquivé y el vampiro dejó de fingir que mi daga le había atravesado el corazón. Tiró la pistola (¿se habría quedado sin balas?) y se abalanzó sobre mí en plan monstruo torpe de los dibujos animados. Me agaché con la espalda recta, sus brazos barrieron el aire sobre mi cabeza. Lancé un buen puñetazo directo a sus huevos y me hice a un lado para levantarme rauda y colocarme en Gojung Sogi, orientada hacia él con una pierna adelantada y el peso repartido entre ambas, preparada para lo que quisiera lanzarme.

Por algún motivo, el vampiro estaba reaccionando de un modo más lento de lo que debiera aun con un puñal cerca del corazón. Desplazando mi peso hacia la pierna adelantada, acerqué y levanté la otra rodilla, la roté y le lancé una patada a la boca del estómago con toda la fuerza que pude imprimir en mi empeine. Lo derribé. Me re Coloqué con rapidez, esperando su contestación. Pero fue innecesario. Estaba muerto. A mí que me lo explicaran. Se suponía que un vampiro capaz de acercárseme con semejante sigilo debía ser más duro, y menos aún morir de un par de golpes.

Pero era un vampiro, no un humano dopado con su sangre. Eso estaba claro para mis sentidos de súcubo. Así pues, si lo de no haberlos sentido antes se debía a esos poderes que por lo visto estaba desarrollando, más me valía andarme con mucho cuidado, En fin, a lo mejor estos eran prototipos defectuosos del nuevo mutado de sanguijuela y humano. O algo así. No debía de ser fácil robar y aumentar los poderes vampíricos.

Llegando a esta deducción tan simplista (ya le daría vueltas cuando estuviera a salvo en mi casa), saqué una estaca para clavarla en el vampiro inmovilizado y recuperé mis dos dagas. Las devolví a su sitio. Si no fuera por mis años de experiencia como cazarrecompensas me habría puesto muy nerviosa al recuperarlas, porque seguro que nos habían oído y yo era un blanco fácil. De todos modos, se trataba de un instante y quería recuperar mis armas. A continuación, me dirigí otra vez hacia la casa, pero esta vez para rodearla. Debía haber un mejor modo de entrar.

—¿Qué tal por la puerta principal? —sugirió una voz en mi mente.

Mierda.

Me paré. Estabilicé mi posición separando los pies, paralelos en narani sogi, y acerqué la mano derecha a ese hombro, a la empuñadura de mi sable.

—No necesitas eso. Beberé tu sangre antes de que puedas desenvainarlo.

Conseguí verlo. Estaba en el tejado de la casa, justo encima de la susodicha puerta principal.

—De acuerdo —le contesté casual.

Y quemé mi energía. Mucha. A este paso pronto iba a quedarme sin ella pero el



tipo del tejado hacía crepitar el aire a su alrededor con su poder. Parecía un vampiro de al menos seiscientos años. Y me daba a mí que este no iba a ser un experimento fallido.

—¿De acuerdo? Jovencita, no sabes dónde te has metido.

Y en un visto y no visto había saltado hacia mí. Si no fuera por mis poderes aumentados, ni me habría enterado. Así, tuve el tiempo justo para sacar el sable e iniciar un movimiento circular que le habría acertado en pleno costado si él no se hubiera parado en seco en el aire (¿qué? ¡¿Parado en seco?!), para, en una fracción de milisegundo, aterrizar en el suelo. Y me sonrió, de manera lenta y deliberada, dejando entrever el afilado blanco de sus colmillos.

En cuanto a lo de pararse en seco. Esa capacidad de alterar así su movimiento la tienen algunos demonios inferiores. Y desde luego, no los vampiros, Parecía que los científicos estaban jugando fuerte. Y mezclando su ADN con algo más que meros chupasangres.

Mientras me colocaba en posición defensiva, él transformó sus manos en garras (otra característica no vampírica), se relamió los labios y decidió disfrutar de su superioridad un poco más.

—¿Ves? No lo sabes. No tienes ni idea de qué soy.

—¿Vas a matarme? —me encogí de hombros como si no me importara—. ¿No se supone que me necesitáis viva para experimentar conmigo? Para obtener más poderes demoníacos como esos.

Señalé sus garras de enormes y deformadas manos, como las de algunos demonios. Desde luego no como las finas uñas alargadas de los vampiros. A ver si esto funcionaba y lo desconcertaba, porque si no me veía muy mal.

—¿Crees que no te he reconocido, semísúcubo? Sabíamos que antes o después acabarías viniendo a por tu hermana.

Iba a ser que no. Nada de sorprenderlo y aprovechar para atacarle.

«Joder —pensé—, ¿no podrían al menos haberlos hecho tontos? Para compensar un poco, sólo un poco».

—Muy bien, engendro. Ven a por mí —lo desafié.

Dejé caer mi sable, no servía para distancias tan cortas. Y me tensé expectante. Después de todo, iba a ser una noche extremadamente breve.

Me hubiera gustado volver a ver a Casio antes de morir.

Me sonrió con lentitud otra vez más, para torturarme con la espera, antes de saltar buscando mi garganta con sus garras. Doble las rodillas e incliné mi cuerpo hacia atrás, arqueándome como la más flexible de las bailarinas. Pero yo sabía que era inútil. Aunque con su salto tan similar al de un felino pasara por encima de mí, antes o después me pillaría. Porque apenas me quedaban unos segundos de aguante, al ritmo frenético al que estaba quemando mis reservas de energía.

Tuve suerte y bajé lo suficiente para que el vampiro-demonio ni me tocara. Como si me reincorporaba iba a quedar de espaldas a él, opté por dejarme caer de lado al suelo y me alejé rodando de esa mutación. Otra vez rodando. Si no fuera porque no iba a sobrevivir, acabaría teniendo complejo de pelota.

Tras dos vueltas estaba comenzando a incorporarme cuando oí una serie de golpes muy rápidos y fuertes. En menos de un segundo acabó la cosa. ¿Esto qué era, una batalla para ver quién se me zampaba? Acabé de levantarme al tiempo que sacaba las dagas de las botas, y me di la vuelta. Estaba empezando a cabrearme.

—De nada. —Lucas colocó esas palabras en mi mente mientras me miraba con desaprobación.

—Si, ya sé —le susurré.

Y guardé las dagas. Y el sable. No sé si sabría que era estúpido o arrogante lo de hablarme dentro de la cabeza. Como si pudiera haber algún vampiro, en varios kilómetros a la redonda, que no nos hubiera oído.

—Ya sé —continué diciéndole en voz queda—, tendría que haberos avisado de esto o haberme quedado en casa. ¿En la cocina os habría ido bien? —Seguí, pese a su ceño cada vez más fruncido—. Te ahorraré las preguntas tu triunviro está dentro, con mi hermana. Y no os he avisado porque sé que Casio no me habría permitido venir. Habría alegado algo así como que esta no es mi liga.

—Y no lo es.

Sonaba muy enfadado. No le gustaba que me hubiera venido sin decirle nada. Tenía que admitir que, cabreado estaba casi tan bueno como su padre.

—Bien, ya me dará unas cuantas zurras en el trasero si es lo que desea. Pero allí dentro —señalé la casa— está mi hermana y yo voy a entrar.

—Tú te vas a tu casa.

—¿Y tú vas a llamar a Casio y a todos los demás para que vengan en el acto a ayudar?

Lucas podría estar mosqueado, pero que se enterara de una vez: yo lo estaba más y desde hacía un buen rato. Más o menos desde que los guardianes del unifamiliar parecían querer jugar conmigo a la videoconsola apareciendo de uno en uno.

—No, no va a hacerlo —sonó una voz en mi mente (y a juzgar por la cara que puso Lucas, también en la suya) que rezumaba certeza, poder y muerte.

«Joder, otro más —me harté—. ¿Es que tengo cara de querer jugar un torneo del DOA? Y a todo esto, ¿dónde he sentido yo ese tipo de poder antes?».

—El escudo que han creado mis socios alrededor de la urbanización no se lo permite —continuó informándonos la voz, esa voz.

Miré interrogante a Lucas. Se puso pálido (más aún). Vale, era cierto, no podía pedir ayuda. Giré la cabeza buscando al dueño de esa terrible voz que hacía que todos y cada uno de mis sentidos gritaran ¡*peligro!*, y quisiera salir corriendo.

Una mancha oscura se perfiló en el tejado, absorbiendo aberrante la luz de luna, repeliendo toda luminosidad con la forma indefinida de su cuerpo. Poco a poco, la esencia de tinieblas que lo ocultaba fue resbalando y una enorme figura cornuda, casi el doble de grande que mi wyvern y que ocupaba gran parte en el tejado, se mostró ante nosotros.

Un señor demoníaco del séptimo plano. Mierda. Ni mi abuelo con todo su poder se atrevía a intentar conquistar un mundo lleno de esos. Y yo, una súcubo medio humana junto con un vampiro poderoso pero que no era ni milenario, volvería a estar acabada. Si por lo menos hubiera avisado a Casio, los tres juntos habríamos podido hacer algo.

El ser se teleportó al suelo. No lo hizo por alardear. Era un demonio ancestral. La única motivación de los suyos era dominarlo todo. Como algún día lo consiguiera se iban a aburrir mucho. Menudo consuelo. En fin, sus ojos implacables no me daban demasiada esperanza.

—Lo siento, Lucas —le susurré—. Espero que cuando Casio venga a vengarnos lo haga más preparado.

Quemé el último pedacito de alma y me preparé para un último asalto. Observé cómo el enorme demonio desaparecía. Y qué podía hacer yo. Cómo iba a defenderme sin saber dónde pensaba materializarse de nuevo. ¿Quizás con una garra atravesándome el corazón? Más por no rendirme que por otra cosa, eché a correr en zigzag hacia la verja. Como si con eso pudiera evitarlo. Los muy perros podrían estar un tiempo indefinido entre dimensiones y no por ello dejaban de saber dónde te encontrabas.

Noté cómo su gran forma se condensaba a mi derecha, por donde estaba escapando Lucas.

«Lo siento, Casio —pensé—, te acabas de quedar sin hijo. Si hubiera ido primero por mí, quizás él hubiera podido saltar la valla y así correr hacia los límites de la urbanización y llamaros a todos».

Si es que la suerte era ciega. Menuda mierda.

En algún momento de mi carrera hacia la verja, me quedé sin energía extra y mi velocidad disminuyó. Enseguida un cuerpo de tamaño ¿humano? Me tiró al suelo y aterrizó sobre mi espalda. Me hice unas feas raspaduras en rodillas y antebrazos.

—No te muevas —me susurró Lucas, su boca pegada a mi oído—. Están luchando dos demonios. Nuestra oportunidad para irnos.

Me quedé sin palabras. ¿Lucas vivo? ¿Qué dos demonios? Porque yo sólo había contado uno.

—Ha salido otro de la nada y están luchando —me aclaró exasperado. A este chico, siempre tan eficiente, no le gustaba tener que dar explicaciones.

—¿Otro?

—Déjalo. Da igual. Hora de irnos.

—¿Irnos? ¿Y mi hermana?

—Seguirá con la triunviro para cuando volvamos con refuerzos. Vamos.

—No. No voy a arriesgarme a que la maten. Es mi hermana.

—Violeta. Míralos, están igualados, pero en cualquier momento ganará uno de los dos. Y no quiero quedarme a ver cuál.

Me permitió levantar lo suficiente la cabeza del suelo como para echar un vistazo. No se veía mucho, dos colosos agarrados que entraban y salían de la realidad demasiado rápido para distinguir la raza del segundo. Supuse que el nuevo demonio lo había agarrado bien y por eso lo seguía cuando se teleportaba. O eso o que también tenía esa habilidad. Me pregunté porque luchaban. ¿Por el placer de desmembrarnos? En todo caso, mejor aprovechar para entrar a la casa. No obstante, ese segundo diablo que parecía tener un cuerpo enorme y alado. Si no fuera por su monstruoso tamaño, diría que me recordaba al de un íncubo en su forma demoníaca.

—Lucas, por favor, suéltame. Es nuestra oportunidad para entrar en la casa. Dudo mucho que con un señor del séptimo plano como guardián hayan puesto más vigilancia.

—Nos vamos.

Y, tan mandón como su padre, me incorporó, me levantó en alto (complejo de pelota, es lo que yo decía) y se dirigió conmigo a saltar la valla. Que rabia me daba cuando alguien abusaba de su fuerza física superior. Y eso que, al ser parte demonio, casi ningún humano me podía.

Habíamos llegado hacia la mitad de la calle (yo retorciéndome, y Lucas amenazando con dejarme inconsciente de un golpe si seguía así) cuando los ruidos de la pelea cesaron de súbito. El chupasangres pelirrojo me dejó en el suelo y se dio la vuelta. Yo también. Y saqué de mi cadera la daga nueva, la que me había regalado mi abuelo. Un momento tan bueno como cualquier otro para estrenarla.

—Guárdala.

Esa voz. La sentí en mis huesos. ¿Pero cómo era posible? Si yo lo había visto morir.

—Espera, Lucas —le avisé antes de que atacara al enorme demonio ensangrentado que se dirigía hacia nosotros con movimientos pausados, sus cuernos reflejaban la luz de la luna, y una de sus negras y aterciopeladas alas colgaba en una postura extraña—. Es mi padre.

¿Videojuego? No. Esto más bien parecía una película de serie B.



—Padre.

Lo miré inmersa en una extraña calma emocional. Si te considerabas muerta, te salvabas, te volvías a considerar fiambre, te salvaban, esta vez sí que ibas a palmarla, te volvían a salvar y aparecía tu padre decapitado con la cabeza intacta, bueno, era razonable estar como en shock.

—Tu abuelo me avisó de que venías. Aunque esperaba que te estuvieran ayudando las brujas. Y me encuentro con esto. Es un poco decepcionante. ¿Cómo pretendes liderar un ejército de demonios si te metes en la boca del lobo sin ninguna estrategia?

¿Qué? ¿Qué? (¿Dónde cojones estaba la cámara oculta?).

—No me mire así, cualquiera diría que los años te han vuelto tonta.

Vale. Se acabó lo del shock. ¡Será hijo de puta (con perdón, abuela, fuera quien fueras)! Sin poderes extra, cansada, despeinada, con las rodillas y antebrazos en carne viva y varias uñas rotas, me adelanté para darle una bofetada.

Como era evidente, me paró la mano. Y la retorció tanto que casi me partió la muñeca.

—¿Y ni siquiera has mejorado tu control emocional? ¿Para esto me mantengo en las sombras estos años? No entiendo como no te mató ayer mi padre.

«Yo tampoco —estuve totalmente de acuerdo—. Pero sí entiendo lo de que te limitaras a decirle al verdugo que se diera prisa porque tenías otras cosas que hacer. Encima estabas siendo sincero».

—Suéltala.

«Calla, pelirrojo —pensé irritada—, que no eras de la familia. O al menos no hasta que no *cace* a Casio».

—Cállate, vampiro —le ordenó mi padre—. Estos asuntos no te atañen.

—Mi deber es protegerla.

—Mi hija es mía. Lo que haga con ella no te incumbe.

Genial. Habíamos retrocedido a la época Victoriana.

—Suéltala.

—Basta, Lucas. Esto no es asunto tuyo. Yo me apaño.

De algún modo, había conseguido relegar a un segundo plano mi enfado con mi padre, por hacerme creer que estaba muerto, por dejarme sufrir su pérdida todos estos años (y por todas estas cosas tan ridículas que me estaba echando en cara). Ya me deleitaría imaginando su desmembramiento en otra ocasión. Ahora era el momento de sujetarse con fuerza al fabuloso aliado y entrar sacos a por mi hermana.

—¿Te apañas? —Enarco una ceja mi progenitor—. ¿Eso es que después de todo si lo has logrado?

—¿El qué?

—El control emocional.

—¿Qué?

«¿Si me sorprende me vas a matar?».

—Eso.

—Vale. ¿Puedes por favor soltar mi mano?

No es que me gustara quejarme, pero dolía bastante. Además, considerando que había aumentado su tamaño a saber cómo, lo de volver a sentirme como una pequeña a su lado resultaba irritante.

—Bien —me liberó—. Vamos, te ayudaré.

—¿Cómo has logrado sobrevivir? ¿Y de dónde sale ese poder?

—Por favor. Mi muerte fue un truco. ¿De verdad te creíste toda esa basura sobre mi supuesta debilidad y amor por tu madre? Necesitábamos a alguien que pudiera lidiar con el diezmo de almas.

—¿Qué?

—Luego. Y el poder viene del diezmo, ¿de dónde si no?

Me dio la espalda y se encamino hacia la entrada de la casa. Tiró la puerta de una patada. No me extrañaba. Si con esa enorme talla no se podía demoler una puerta. Recuperó su tamaño normal para entrar por el hueco y cuando me disponía a seguirle noté la presencia de varios vampiros de bajo nivel. Se acercaban desde las casas vecinas. Genial. Más compañía. ¿Es que no les valía con un señor demoníaco como perrito guardián?

—Ve —me indico Lucas—, yo me encargo de estos.

Asentí con la cabeza y seguí a mi padre. No creía que Lucas tuviese problemas, él era más poderoso, pero como eran siete (por lo menos), iba a estar ocupado un buen rato.



Entré en la casa detrás del destrozo que mi reencontrado progenitor iba montando. Eso de la *integración* entre mis dos mitades funcionaba, pues ni mi enfado con él ni la alegría que empezaba a sentir al verlo vivo impedían que mi cabeza estuviera fría. Dejar de considerar una debilidad las emociones era, quizás, lo que mi parte demoníaca llevaba décadas esperando. Y en cuanto al destrozo, impresionaba darse cuenta de que el bulto informe de la derecha era un armario rinconero, y que lo de delante era otra puerta. Y eso que mi padre estaba herido de su batalla con el demonio. En fin, un par de habitaciones, reducidas a pedazos después (la de la tele y otra más), mi padre encontró unas bonitas y amplias escaleras con barandilla de madera y unos peldaños de la misma cerámica blanquecina que el suelo del pasillo. Y debió de pensar que era buena idea bajar. Confiando en que no hubiera nadie peligroso escaleras arriba, lo seguí hacia el sótano, bodega o lo que quiera que hubiese allí abajo.

Resulto ser una especie de comedor con cuadros de motivos grecorromanos en las paredes y una enorme mesa rectangular con una docena de sillas en el medio. Al fondo, había una puerta de madera con un gran cerrojo. Parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para retener a mí hermana y a la triunviro. Esperaba que bien inmovilizada la segunda. No era bueno encerrar a un vampiro hambriento con su comida. Ah, sí, casi me olvidaba. También había cuatro vampiros milenarios (o al menos eso indicaba su nivel de poder) que habían estado sentados a las mesa, pero que se acababan de levantar y miraban a mi padre con respeto.

—Apartaos —su voz retumbó cargada del poder de las almas del diezmo que no dejaba de llenarlo.

Guau. Así debió ser como mi abuelo había conquistado el plano, aunque hubiera tenido que alimentarse de criaturas que todavía no eran Homo Sapiens. Ojalá yo también pudiera mantener de modo indefinido los poderes que me daba mi comida. Y potenciados a esos niveles.

—Has matado al señor demoníaco, de una clase superior a la tuya, íncubo.

No era una pregunta, pero mi padre la contestó igual.

—Yo no soy un íncubo cualquiera.

Cierto. Uno normal tendría más poderes que yo, pero en cuanto consumía el alma se le acababa lo de aumentarlos. Comparado con mi padre, yo era una especie de cero a la izquierda. Había demonios mucho más poderosos que nosotros, no sólo los del séptimo plano, pero el poder que le daba el pozo a mi familia hacía que los que se atrevieran a desafiarnos acabaran bastante mal. O como esclavos.

—Pero estás herido. Quizás así no puedas contra nosotros cuatro.

—Quizás —su tono implicaba lo *dudo*—, pero no estoy solo.

—¿Ella?

La expresión de su cara pasó del respeto a la burla. ¡Qué genial! Cómo me gustaba ser reconocida.

—Es mi hija.

—Muy bien, yo me encargaré de la mocosa.

Esta vez hablo otro de los vampiros, una mujer. Vale. Cuatro sanguijuelas y era la única hembra la que iba por mí. Si lo que yo decía, envidia o mala leche. Quitando a Marta, no había manera de ser amigas. Tendría que volver a llamarla un día de estos para comer o tomar un café.

—Violeta, mi sable. Y usa tu daga nueva —ordenó la voz de mi padre en mi mente. Estupendo. ¿Otra incorporación al club de psíquicos?

Renuente, le lancé el sable. Vale, era suyo. Pero yo pensaba que lo había heredado. Y me había acostumbrado a él. Con resignación, empuñe mi daga y encaré a mi adversaria. Más valía que mi padre acabara pronto con los suyos y me echara una mano. A no ser que eso de que lo había decepcionado y que había que matarme fuera en serio.

—Esto va a ser divertido.

Mientras a nuestro lado mi progenitor y los tres vampiros se disolvían en un borrón de velocidad que mis sentidos ya no podían seguir, ella, una morena vestida de azul que aparentaba unos cuarenta, me sonrió. Y sin abandonar la sonrisa, se tocó lenta y lascivamente los colmillos con la lengua. No, por favor, eso no. Prefería que me odiara por ser más guapa.

—Sí —le contesté una vez logré dejar de mirar su boca—, tú te callas y yo te mato. ¿De dónde has sacado ese trae azul tan basto? ¿Del rastro?

Si la entretenía, a mi padre le daría tiempo de acabar con los suyos y echarme una mano.

—Olvídalo, bonita. No vas a aguarme la fiesta.

Y me llovió el primer golpe de lleno en la nariz. Encima sádica. Por cómo dolía seguro que me la había roto. Vale, ya no era más guapa. No pasaba nada, ahora éramos las dos igual de feas.

Intenté contestar su golpe, pero me bloqueó. Varias veces. Y recibí de premio otro puñetazo. Este me cerró el ojo derecho. Joder. Puta zorra. Esto empezaba a no gustarme nada. A diferencia de ella, que por su expresión se lo estaba pasando en grande.

Considerando que era muchísimo más rápida que yo, decidí que me haría la desmayada con el siguiente golpe. A ver si mientras ella me mordía la garganta (o me quitaba las bragas, ella sabría lo que llevaba en mente), le podía clavar la daga. La cual, que simpática, estaba vibrando en mi mano. Es decir, su primera sangre era la mía, que goteaba desde mi rostro y la mojaba. Y encima vibraba como si le gustara.



Qué bien, la zorra sádica y mi propia arma se estaban montando una juerga a mi costa.

No tuve que esperar mucho. El siguiente golpe fue en toda la boca. Adiós a varios de mis blancos dientes. ¿Qué había sido de eso de dejar un bonito cadáver? Simulé perder el conocimiento y caer al suelo. Y no picó. Me pateó con su zapato en todo el estómago. Joder. ¿Dónde estaba lo de no *remates al muerto*? Aunque supuse que, como ella ya estaba muerta, no debía tener demasiado sentido.

Aguante un par de golpes más sin perder la consciencia a fuerza de voluntad y, en cuanto tuve su pierna cerca, le clavé el puñal. No porque esperara conseguir algo con eso, sino por ganas de hacerla sufrir también, aunque fuera un poco. Fui la primera sorprendida cuando una descarga eléctrica me atravesó pasando de ella a la daga y de la daga a mí. Las runas de su filo brillaron incluso a través de la carne de la vampiresa, drenando su sangre y transmitiéndome parte de su fuerza. Joder. Parecía que, después de todo, sí había sitio para mí en la fiesta. Y, por cierto, esto era lo que se suponía que hacía la espada de mi padre, pero conmigo nunca había funcionado. Esto debía haberme indicado que su dueño seguía vivo. Revitalizada por la inyección de energía, conseguí abrir el ojo hinchado y regenerarlo lo suficiente (sí, como los vampiros) para ver también algo por él. Aunque era difícil a través de la sangre que goteaba de las brechas en mi ceja. A la sádica le gustaban los anillos góticos con puntas afiladas.

Y lo que vi me resultó fascinante. La morena estaba como congelada en actitud agónica, y se iba marchitando ante mis ojos. Espero que le doliera tanto como parecía. Y por cierto, si esto era siempre así, iba a comenzar a crearme invencible. Lo de robar temporalmente (supuse) las habilidades era ya el puntazo definitivo. Eché un vistazo a mi padre.

Había decapitado a dos de sus tres adversarios. Por el brillo de las runas de su sable, así como por el ala y el resto de heridas que ya no se notaban, excepto por la sangre reseca y las ropas rasgadas, parecía que había tomado fuerzas del mismo sitio que yo. Esperé a mi daga (¿debería ponerle un nombre?) acabara de alimentarnos a las dos, y la extraje de una cosa arrugada vestida de azul. Para entonces mi padre ya había acabado también con el tercero y, apartándose un mechón de flequillo que le caía por los ojos, me estaba mirando con aprobación.

Genial. Ahora que estaba a punto de cumplir los cincuenta y cinco, casi la tercera edad para los humanos, pero como dieciocho para los míos, mi padre había regresado para tratarme como a una niña. Justo lo que necesitaba.

—Muy bien, Klynth' Atz. Veo que te has sabido defender y que estos años como mercenaria han asentado lo que te he enseñado. Aunque te ha costado un poco. En fin, puede que si sirvas después de todo.

—¿Perdona?

Pese a estar eufórica con el enorme poder de la mutada, sus palabras me estaban descolocando. Y eso siempre me mosqueaba. ¿Para qué se suponía que yo tenía que servir?

—Esas emociones que mostraste antes. No me gustaron nada. Me hicieron pensar que habías sido un fracaso.

—*Trinj'At* —le llamé por la versión acortada de su nombre (como si yo supiera la verdadera.)—, soy una mujer. No un experimento que pueda fracasar.

—¿Una mujer? Pues sí que reivindicas toda esa demagogia humana.

—¿Crees que mi madre murió por un experimento? Pese a lo que has dicho antes, se supone que la amabas.

Estábamos entrando en aguas pantanosas. Me miró con sus bellos rasgos como considerando si contestarme. Debió decidir que no merecía la pena, porque se dio vuelta y comenzó a dirigirse, no hacia la puerta del cerrojo, sino hacia la salida.

—Espera. Ella murió, ¿verdad? No fue un truco como tu supuesta decapitación.

—No. No lo fue. En eso no te mentimos —me contestó sin girarse, pero aminoró el paso.

—¿Y mi hermana y la triunviro? Hay que rescatarlas.

—Encárgate tú. Dentro de cinco minutos es tu cumpleaños. Feliz mayoría de edad, *Klynth' Atz Vsru Innova*. Disfrútala.

Y se fue.

¡Mierda! Las sílabas de mi nombre verdadero resonaron con poder en mi cuerpo, anularon mi voluntad, me obligaban a cumplir eso de disfrutarla. Y no lo entendía. Mi cumpleaños era mañana.

Sentí cómo se difuminaban las resonancias del nombre. Podría haber sido peor. Disfrutar dentro de menos de trescientos segundos iba a ser muy fácil. Abría la puerta y me felicitaba por rescatar a mi hermana. Sencillo, muy sencillo. Pero por si acaso me habría gustado contar con su ayuda.

—No olvides, hija —su voz se formó en mi mente, parecía que quería decirme algo más. Esperaba que no fuera la orden del gato encerrado. Porque en mi infancia sólo había usado mi nombre completo cuando tenía algo desagradable que mandarme —, que *Innova* significa deseada. Y no fue cosa ni mía ni de tu madre, fue de tu abuelo.

Genial, encima con adivinanzas. ¿Pasamos del DOA al Pictionary? Otra vez a solas con mis pensamientos, antes de decidirme a abrir la puerta, comencé a entenderlo. Yo siempre había creído que esa parte de mi nombre aludía a mi concepción como el producto del amor de mis padres. Pero si como mi progenitor afirmaba yo era una especie de experimento, entonces lo de deseada adquiriría un nuevo sentido. Porque, hasta donde había conseguido deducir, mi nacimiento podría haber sido ideado para sumar a las filas de la familia un miembro que fuera capaz de controlar las

emociones, que eran el efecto secundario de las almas. Y eso explicaría la envidia de mis tíos. Si yo tenía, al ser medio humana, una capacidad que ellos no poseían, podría absorber mejor la energía del diezmo y ser más poderosa. Más que ellos, pues mi parte materna me daba una clara ventaja. Y eso me hacía una mejor candidata al trono, como incluso me había sugerido mi abuelo.

Entre tanta reflexión, no me había dado cuenta de que ya había pasado más un minuto, 77 segundos para ser exactos. Sacudí la cabeza para borrar de ella todo lo que no tuviera que ver con mi hermana, me peleé con el candado usando tanto la fuerza bruta como mi daga, y agarré la manilla de la puerta. La giré, y empujé, lista para rescatar a Andrea. Al instante, sin siquiera cruzar el umbral, me encontré teleportada al séptimo infierno, 180 segundos. La llanura infinita salpicaba de rocas estiradas hasta alturas y grosores imposibles, el cielo con dos soles rojos enormes y agonizantes y, sobre todo, los tres señores demoníacos, tan grandes como el de antes, que me estaban contemplando con malicia coincidían con la descripción que del séptimo plano me había hecho mi padre hacía muchos años.

En cuanto a lo del *infierno*, era un modo de hablar. ¿Acaso no era allí dónde se suponía que vivíamos los demonios? (190 segundos). En todo caso, había activado una puta trampa dimensional. Ahora sí que estaba bien muerta, con o sin daga nueva, porque a ver quién era la guapa que se la clavaba a esas bestias. Solté un juramento. Ellos me miraron, mostrándome sus dientes y sus garras en un saludo hambriento.

—Vengo de parte de ellos. Los planes han cambiado —les informé con naturalidad, como si estuviera totalmente convencida de ello.

Conseguí que se mirasen y vacilaran.

—¿Contraseña?

La voz gutural agredió mis oídos con chirridos y chasquidos, como si no hubiera sido hecha para pronunciar nuestro idioma. Conseguí no estremecerme. Era tan antinatural que hasta a un súcubo como yo le ponía los pelos de punta.

—Por favor, no me entretengáis con minucias —les contesté como si todo esto me aburriera. (220 segundos).

—Me parece, semidemonio, que tú no eres de los nuestros.

Y esta vez, en la mueca de su oscura boca, percibí el ansia por la carne que iban a despegar de mis huesos. Mi final sería demasiado lento para mi gusto.

—Vuestro compañero, el que está en la casa, ha muerto. Vengo a hablar de ello.

Se acercaron hacia mí con lentitud, la oscuridad monstruosa de sus cuerpos absorbía de tal manera la luz rojiza de sus soles que en el suelo no se proyectaban ni sus sombras. Me mantuve firme. No tenía ningún sitio al que escapar, y retroceder no sería más que una invitación para ellos. (270 segundos).

—¿Es que no sentís su muerte?

Parecía ser que no. Porque seguían acortando distancias. Si yo no fuera también

un demonio, me habría caído desmayada, incapaz de racionalizar la maldad que acompañaba cada uno de sus aberrantes movimientos. Era como si el mismo plano se plegara ante ellos y oscilara aterrorizado ante sus pasos. (295 segundos).

En fin, los súcubos tampoco podíamos sentir cuándo se moría uno de los nuestros. Pero no había perdido nada por intentarlo. Ahora me quedaba rezar para que la orden de mi padre hiciera que mis sentidos ignoraran parte del dolor de mi inminente muerte. (299 segundos). Ya casi los tenía encima (300 segundos). Y entonces dieron las 4:43 de la madrugada. Cumplí cincuenta y cinco años. Cerré los ojos dispuesta a lo peor, pero de pronto comprendí de verdad por qué mis tíos demoníacos me tenían tanta envidia. Una enorme oleada de poder, brutal, arrolladora, me sacudió. Literalmente. Y no sucumbí ante ella.

Bienvenidos al diezmo de todas las almas.

¡¡¡SÍ!!!

Había cambiado el argumento de la peli de serie B y yo no iba a morir ni me iban a desgarrar la carne.

Los señores demoníacos se dieron cuenta de mis nuevos poderes y retrasaron su ataque para reconsiderarme. Eso me dio un par de segundos valiosos para asimilar aquello. Mi primera reacción fue la de volverme loca con las emociones que venían con esos hábitos humanos que recolectaban continuamente los íncubos. Si no hubiera resuelto el conflicto emocional con mi madre, no habría podido aguantar ni esos dos segundos. Y entonces mi cuerpo recordó la orden de mi padre; *disfrútala*. Y no pude evitar hacerlo. Mi parte súcubo no podía ignorar una orden del hijo del rey dada tras su nombre verdadero.

Y sonreí. Dejé que el poder de millones de almas me inundara, ignorando su carga emocional por las palabras de mando. Mis ojos se tornaron de ámbar rabioso. Mis cuernos crecieron más grandes y fuertes que nunca. Mis uñas se endurecieron y curvaron. Unos espolones afilados perforaron la piel de mis piernas y brazos. Mis cuatro colmillos se afilaron y los dos superiores, además, se alargaron como los de un dientes de sable, y se curvaron hacia abajo por delante de mi mandíbula inferior. Y, lo mejor de todo, me crecieron unas alas enormes, negras y de denso y suave pelaje. Todo mi cuerpo estaba cambiando: aumentaban mis pechos, se ensanchaban mis caderas, adquirían profundidad mis rasgos. Alcancé de golpe los veintipocos, como debería haber sido hacia años si no fuera por mi sangre mestiza. No necesité mirarme en un espejo para saber que ahora sí que era toda una princesa súcubo.

«Gracias, padre. De verdad que lo estoy disfrutando».

Cogí mi daga tras sacudirme los restos de camiseta y del chaleco antibalas que habían destrozado mis alas, y me lancé, desnuda de cintura para arriba, a por el primero de los señores demoníacos.

Luchar así embriagada de poder contra semejantes rivales fue el más puro de los

gozos. Más que pelear era como bailar una improvisación fluida y mortal donde sólo yo escuchaba la música.

Pese a que la gravedad de este plano era mayor que en la Tierra, me lancé a por el primero de los señores demoníacos en un poderoso salto, impulsada por una fuerza muscular que no sabía que tenía. Mis alas, plegadas a la espalda para no estorbar, hacían cosquillear a los nuevos músculos que, a nivel instintivo, sabía que servían para moverlas. Como un rayo ascendente de luz dorada y negra, la claridad de mi piel desnuda y de mis cabellos color platino, apelmazados por mi propia sangre, contrastaba con las tinieblas aterciopeladas de mis alas. Y mucho antes de que el señor demoníaco pudiera reaccionar y teleportarse fuera de mí alcancé, lo alcancé y le clavé la daga en el medio de su enorme frente escamosa. Y comenzó el drenaje.

Si ya me resultaba increíble ser más veloz que uno de ellos (y ni hablemos de mi fuerza para saltar), no tenía palabras para expresar lo que sentí cuando recibí su energía. Tan distinta a la humana, aberrante, tenebrosa, pero exquisita como el mejor de los vinos gran reserva.

Fue como la claridad para un pez abisal o la velocidad del sonido para la suave caída de una pluma. Algo que ni suponía que se podía alcanzar.

Eufórica, arranqué la daga de los restos de mi presa y encaré con una sonrisa a los otros dos demonios mayores.

Se miraron unos instantes y uno de ellos se teleportó. Concentrándome durante unos milisegundos, pude sentir la perturbación de la realidad que me indicaba por dónde iba a salir. No era cerca de mí, sino más bien a varios cientos de metros por encima. Me humedecí los labios y extendí las alas. *Mis alas... Sí.* Quién quería un orgasmo pudiendo poseerlas.

Las batí con fuerza y, permitiéndome el lujo de ignorar al otro demonio que no parecía estar haciendo nada, me dirigí hacia el próximo punto de ruptura del plano. Con mi poder actual podía permitirme cometer errores. Si mis alas tuviesen plumas en vez de un suave pelaje, mi mirada extraviada por la sed de sangre y el éxtasis de poder, así como mis garras y espolones, me habrían asemejado a una hermosa y cruel arpía oscura. Pero sólo en el aspecto, porque dudaba mucho que ninguna de ellas hubiera sido nunca tan poderosa.

A pesar de la rapidez de mi vuelo, el demonio se materializó primero, con una enorme bola de fuego líquido entre sus garras. Me lo arrojó instantes antes de que su compañero hiciera lo mismo. Y yo, borracha de energía, en vez de alterar de manera drástica mi vuelo, seguí impasible hacia mi presa. Las dos bolas impactaron más o menos a la vez, y se consumieron mutuamente en un voraz estallido de magma.

Allí, en el medio de la conflagración, lo único que me molestó fue el inmenso pestazo a azufre que dejaron, como toda la magia demoníaca. Eso y que se llevó toda la energía que le había robado al primer demonio, así como parte de la

correspondiente a mi mayoría de edad.

Lástima. Ya no me sentía invencible. Pero no por eso dejé de disfrutarlo cuando le clavé el puñal en todo el pecho. Y otra vez la embriagadora sensación de tomar ese poder. Y ya iban dos. Para cuando me volví, el tercero se había marchado. Bien. Ascendí en espiral hacia los soles para acabar bajando en picado, febril, gritando en mi viejo idioma una alabanza a la muerte, al éxtasis de tomar las vidas de enemigos más fuertes.

Después, recuperé algo de sentido común y volví al punto de entrada para intentar salir antes de que acudieran más habitantes del plano.

No vi nada más que un trocito de tierra desolada. Ni rastro del portal-trampa. Me concentré en mi nuevo poder, tirando de él así como de la energía del señor demoníaco. Y descubrí que mi daga era como yo cuando comía: no podía evitar llevarse parte de los recuerdos. Por eso supe que los demonios estaban aliados con los que en un principio tan sólo eran científicos humanos. Y que les habían ayudado en sus experimentos a cambio de una jugosa parte del mundo mortal cuando lo conquistaran. Y no sólo eso, parecía que también ambicionaban, como los vampiros mutados, dominar el Consejo. Interesante. No creía que a mi abuelo le hubiera hecho mucha gracia cuando se enteró (porque seguro que lo sabía). Ya era bastante malo obedecer a esos chupasangres como para encima hacerlo con otros. Al menos, los vampiros que vivían en la Tierra no sentían ningún deseo de conquistar los planos demoníacos. Además, los vampiros mutados con los que me había encontrado poseían también poderes demoníacos, robados o no. Empezaba a entender eso de *si va a haber guerra, avísanos* que me había comentado la matriarca de las brujas. Pero ahora daba igual. Encontré lo que buscaba.

La trampa era un portal que habían creado los señores demoníacos con su magia. Yo no era una hechicera, pero con todo ese poder y sus recuerdos sobre cómo se hacía, me atreví a intentarlo. Además, si la daga me había pasado la regeneración de la vampiresa, ¿por qué no la magia del demonio? Inhalé para llenarme bien los pulmones de aire sulfuroso y escupí en el suelo, intentando que mi poder fuera el catalizador que iniciara el conjuro. Tuve suerte. Aparecí de repente en el umbral de la puerta de la bodega. Toda esa oleada de poder se había ido y me había dejado en unos niveles mínimos. No sabía qué había pasado, tendría que consultarlo. Pero había sido cojonudo.



—¿Hola? —me preguntó una mujer morena y atractiva.

Su rostro, con arrugas incipientes, mostraba una expresión de intriga.

Me devolvió a mi realidad tras mi breve pero intenso escarceo con el diezmo de mi abuelo.

Arranqué uno de los rectángulos de mi falda para anudármelo en forma de banda y que así me tapara el pecho. Tampoco era cuestión de ser exhibicionista sin necesidad. Y menos con esa mujer que tenía todas las papeletas de rival.

Esa morena que seguía mirándome. Debía de ser la celta, la amiguita, compañera de trabajo o lo que fuera de Casio. Qué pena que no me quedara poder para cargármela. Aunque, si me concentraba, podía notar que estaba unida a la fuente de poder como un cordón umbilical (y no era una metáfora) que me permitía nutrirme de él, pero sin excesos de antes. Vamos, que volvía a estar más o menos como siempre, pero sin que se me acabara el alma de la cena. Me pregunté qué tendría que hacer para recuperar los brutales niveles de energía del segundo 300.

—He oído la pelea, ¿quién eres? —continúo preguntándome—. Porque la única súcubo que trabaja para nosotros es el juguete de Casio, y no podría llegar tan lejos.

Vale ahora sí que me estaba fastidiando eso de no poder cargármela.

—Soy el *juguete*. Pero tranquila, no he venido a salvarte a ti, sino a mi hermana.

De hecho, la puerta, la dichosa puerta de la trampa, de cuyo umbral aún no me había movido, daba a una sala pequeña de cuatro metros cuadrados donde había tres mujeres y dos hombres encadenados a la pared. Por brazos, cintura y piernas. Y por razas. A ver.

Dos vampiros (contando a la triunviro), un licántropo, una demonio banshee, y mi hermana. Si no fuera porque Andrea estaba allí, diría que parecían una gran familia.

Ignorando a todos los demás prisioneros, me dirigí hacia mi hermana. Por cierto, debían de haber usado una magia muy poderosa para que, sin estacarlos, los vampiros no se soltaran de los grilletes. Y los lobos, si como parecía las cadenas no eran de plata.

Andrea resultó ser una mujer de unos sesenta años, de aspecto frágil. Me invadió la ira al verla retenida así. La dejé ir. (Debería haber integrado a mis dos mitades mucho antes). De nada servía enfadarse. Ya acabaría de cargármelos. Sí hacía falta, incluso dejaría que Casio me contratara gratis para ello. En ese momento lo importante era sacarla de allí y llevarla a su casa. Con su hijo. Y hablando de marcos, no se me había ocurrido, pero Andrea debió de haber sido madre a los cuarenta. Bastante común hoy en día, y en sus tiempos supongo que también, si el vástago era inesperado y tardío (se llevaba más de diez años con sus hermanas). Sería una historia que me gustaría escuchar. Pero no ahora. Ni siquiera sabía si alguna vez habría un hueco para este tipo de cosas en mi vida.

—Tranquila —le susurré en la voz más serena e inofensiva que conseguí poner—. Tranquila, soy Violeta Abós, tu hermana, todo está bien.

Por más que deseara abrazarla, no me atrevía ni a tocarla, no fuera a interpretarlo como una agresión más de las que debía haber sufrido. No obstante, sus ojos reflejaban cordura. Me observaban con desconfianza, al tener una apariencia demasiado joven para ser su hermana. Eso me dio esperanzas. Porque descubrir a su edad que existen los demonios y que encima te raptan varios de ellos.

Con movimientos pausados, cerré mis manos en torno de sus grilletes y los arranqué de la pared. Me habría gustado a través de la energía que vibraba en ese cordón místico, pero podría haberle hecho daño.

—¿Y nosotros? —inquirió divertida la triunviro mientras Andrea y yo salíamos por la puerta, con las cadenas incluidas.

A mí que me explicaran dónde estaba lo gracioso. Quizás en que no pensaba soltarla. Sonreí con malicia.

—Enseguida vendrán del consejo para sacarlos. Lucas, el hijo de Casio, ha ido a buscarlos —suponía que habría hecho eso tras vencer a los vampiros, porque por aquí no había aparecido—. No creo que tarden mucho —le di la espalda y redirigí la atención a quien la necesitaba—. Ya casi estamos, enseguida buscaremos un coche y te llevaré con tu hijo. O a un hospital. No te preocupes.

—Marcos —su voz era débil y trabajosa, a través de una garganta reseca.

Esa escoria se iba a enterar. Torturando ancianas. Más les valía que fuera por la escasez de agua y que sólo la hubiesen obligado a estar encadenada de pie. Porque como que me llamaba Klynth' Atz Vsru Innova que no pensaba dejar esta afrenta sin respuesta, por muy poco maduro que fuera centrarme en la venganza en vez de ligarme a Casio. Mientras quedara un mutado vivo, ni mi madre ni Andrea estarían



vengadas.

Quizás la venganza me impidiera disfrutar de la vida, pero siempre me había considerado *indigna* de lo segundo, por mi carácter semidemoníaco y todo eso. Uno de los dos alicientes de mi vida había sido torturarme por el dolor de haber matado a mi madre, aunque ahora supiera que no había sido así y hubiera aprendido a aceptar su pérdida. El otro había sido intentar limpiar el mundo de escoria para redimirme por haber nacido medio demonio. Una existencia sin ilusiones. No me había dado cuenta de que mi parte humana, desde que era una niña, había añorado algo más. Había permitido que la presencia de Casio fuera personificándose en parte de ese algo. Me había enamorado de él. Y estos últimos y frenéticos días el descubrimiento me había mordido el culo. Además, me había enterado de que tenía familia humana y de que Marcos me aceptaba como era. Todo ello, unido a mi posibilidad, por la mayoría de edad, de ser madre, me había hecho añorar otras cosas. Ya sabía que tiraría todo por la borda (no el ligarme a Casio, eso lo podía intentar de todos modos, sino esas otras cosas que podría vivir con él) si volvía a embarcarme en una vendetta personal. Pero los años te hacían más sabia, no menos tonta. Y esta hermana mayor y maltratada que se apoyaba en mí mientras nos dirigíamos hacia la salida, esta que tan sólo deseaba volver a ver a sus hijos una última vez como si fuera a palmarla, clamara a gritos docenas de cabezas cortadas.

Esa era yo, Violeta una seductora semisúcubo. Y tan bruta que nadie lo diría.



Justo cuando llegamos a la verja de entrada del unifamiliar, donde por cierto estaba Lucas de una pieza, varios coches estaban aparcados en la calle. Y visto y no visto, las puertas abiertas, y doce vampiros a mi lado. ¿Por qué no habrían venido corriendo? Habría sido más rápido. Supuse que quizás para poder llevar de un modo cómodo a los heridos. En todo caso, con sus reflejos eran capaces de conducir de un modo mucho más veloz que los mortales. Y debían de haberlos usado, porque habían tardado poco.

—Violeta.

Casio. Su voz, acariciadora, suave, rica en matices, profunda, sugería alivio al verme viva.

Lo miré a los ojos, me dejé envolver por el poder que irradiaba su cuerpo. Deseaba abrazarlo, sentirlo piel contra piel. Debió notar que algo había cambiado en mi actitud hacia él, porque el desconcierto se manifestó en sus pupilas. No había nada como estar a punto de morir para recapacitar sobre el hombre de tu vida.

Seguidamente, se fijó en la mujer que se apoyaba en mí.

—Dámela, acomodémosla en el coche.

Hizo una seña con los ojos a los demás vampiros y estos, junto con Lucas, fueron entrando al jardín mientras él me tendía los brazos para coger a Andrea.

—Es mi hermana.

No sabía qué otra cosa decir. De repente sólo podía pensar en que casi me habían matado varias veces y él no había estado allí. Y yo, pese a mis sierras y mi corazón de acero, siempre habría creído que, cuando las cosas se pusieran difíciles, él estaría allí. Como tantas otras veces.

—Lo supongo. Lucas me transmitió tu mensaje. Tranquila, colócala tú.

Me indicó la puerta trasera de su Ford S-Max negro.

Espacioso. La senté con mucho cuidado y tras decirle que enseguida nos íbamos dejé la puerta entre abierta. No quería que se sintiese sola.

—¿Ves cómo yo no necesito nada de ti? La he encontrado sin tu ayuda —le comenté al sexi triunviro.

—Tranquila, veo que estás cansada.

Cansada sí, pero agotada como debería tras haber usado tanto poder, no.

—No te preocupes ahora por eso —continúo diciéndome.

Considerando que mi hermana era lo prioritario, por una vez le hice caso. Esperaba que no se acostumbrase.

—¿Llevas móvil? —le pregunté—. Me gustaría llamar a Marcos.

—Ten —me tendió su iPhone—, por cómo vas menos mal que no llevas el tuyo.

Me miré. Decir que mi ropa estaba hecha jirones era ser muy optimista. El chaleco antibalas y la camiseta habían sido sustituidos por un trozo de seda negra de la falda manchada de sangre. Falda a la que, por cierto, le quedaba una pieza que colgaba de la cadera derecha. Eso sí mis botas, excepto por la sangre y un par de arañazos, estaban como nuevas. Y, por supuesto, mis atributos femeninos eran mucho más generosos y redondeados ahora que físicamente ya no tenía quince años.

—Por eso no he cogido el mío. No me apetecía que acabara convertido en chatarra de un espadazo —estuve de acuerdo con él.

—Estás muy guapa, radiante más bien, ahora que has madurado algo. Aunque no creo que fuera el momento más indicado para hacerme caso.

Pobre, se le veía tan extrañado. Me daría pena si no fuera un jodido manipulador que pretendía hacerme firmar un contrato para mandar sobre mí y mis poderes.

—Casio, no he crecido adrede, créeme.

Curve mis labios en un asomo de sonrisa. Era tan raro ver al triunviro desconcertado. Y estaba tan guapo. Y lo estaría más cuando demostrase que mi cuerpo era lo único a lo que iba a echarle mano.

—En todo caso, me alegra que lo hayas hecho.

Ahora sí me miró apreciativo, deteniéndose en cada una de mis nuevas y sugerentes curvas.

—Bueno —le sonreí—, ya te alegrarás en la cena.

No pensaba perderme esa cena por nada en el mundo.

—En la cena... ¿tengo tu palabra?

Sonó seductor. Ojalá pudiera saber que no era únicamente el deseo de robarme mi poder. Ese que él creía que yo aún poseía.

—¿La humana o la súcubo? —le pregunté.

—Las dos.

Ensanché mi sonrisa. Después de todo, deseaba estar conmigo. Y con eso de casi haberme muerto varias veces, yo tampoco deseaba otra cosa, Amor, pareja. Menuda manera de comportarme, como una auténtica idiota.

—Las tienes.

Le sonreí insinuante y al instante me pregunté qué coño estaba haciendo. Mi hermana estaba en el coche y tenía que llevarla sin más demoras a su casa. O al hospital. A donde fuera. No era el momento de ponérselo en bandeja.

—Pero ahora escucha —continué diciéndole—, tu hermano no ha sido cobertura suficiente. Yo pensaba que cuando él te dijera que yo salía de casa tú me seguirías. ¿Dónde estabas? —le reproché.

—Lo siento, bella —o sea yo ahora era *bella*. ¿Y antes?—. Puedes creerme si te digo que era por motivos muy importantes, una reunión urgente del consejo. Y además, no tendrías que haberte movido de tu casa.

—¿Más importantes que yo y un triunviro?

Sus ojos se oscurecieron apenados. Más le valía que ese dolor fuera por mí. Porque ahora que me reconocía enamorada de Casio, como él lo estuviera de la celta morena yo me lo cargaba. Y esta vez tenía el poder de hacerlo (si era capaz de aprender cómo volver a tomarlo).

—Si llego a saber lo que planeabas, jamás habrías venido.

—Lo sé. Por eso no te dije nada.

—Y no puedes esperar que no tenga otra cosa que hacer que vigilar si sales de casa para hacer alguna locura.

Ya estaba otra vez ese maldito tono de superioridad.

Nos miramos fijamente, como si ambos estuviéramos renegando en nuestras mentes del otro. Lo cual, en mi caso, era todo cierto.

—Violeta... —sus puños se cerraron como si estuviera frustrado—, ¿sabes que casi te matan?

—¿Quién eres para decirme que no tengo talento, mi padre? Porque entérate, él sabe que tenía que hacerlo.

—Sí, ya me he informado Lucas. Al igual que la presencia de un señor demoníaco. No me imaginaba que los científicos tuvieran semejantes alianzas. Pero en algo tienes razón, tienes talento. Ya va siendo hora de que tú y yo hablemos

seriamente. En la cena.

—¿Y me obligaras a no volver a meterme en la guarida del lobo sin refuerzos?

Arqueé una ceja. Él no tenía la más mínima idea de que mi cumpleaños no era mañana: había sido hoy. Ah, Casio, por fin sé por qué tanto interés en ese pacto de sangre para controlarme.

—Sí.

¡Guau!, sonaba tan *mayor* y tan convencido. Para que luego dijeran que las carcas eran los del siglo pasado.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —se sorprendió.

—Claro, estoy deseando aclarar algunas cosas contigo, sobre todo eso del contrato de sangre.

Habría dejado mis pestañas y mi mirada con falsa timidez, pero considerando que ya no aparentaba ser una niña, para qué. No tendría el mismo impacto. Así que me limité a sonreír con cordialidad, como si no hubiera nada extraño en que deseara ser suya para siempre y someterme a su voluntad para toda la puñetera eternidad.

—De acuerdo, las llaves del coche están puestas.

No parecía muy convencido, para mí que se olía algo. Pobre Casio, por una vez casi me daba pena. No tenía ni idea de lo que se le venía encima. Sobre todo si estaba enamorado de otra.

—Ya me devolverás el carro mañana. Y el teléfono —concluyó al ver que no tenía intención de llamar a Marcos delante de él—. Te espero al anochecer en mi casa. Ya te daré mi dirección.

«Como si no hubieras intentando llevarme antes —pensé—. Pero no soy tonta, no entro en la casa de un vampiro poderoso si deseo seguir viva a la mañana siguiente. A no ser que por una vez tenga mejores ases escondidos en la manga que tú».

—Ten cuidado. Como ya supondrás, mi padre ha liberado a los prisioneros —le comenté mientras posaba la mano en su coche.

Lo vi asentir como si eso fuera algo evidente. Hombres. Ni se le ocurría que yo también podía haber contribuido en algo.

—Hay una vampiresa que está algo mosqueada porque no la hemos soltado. ¿Es amiga tuya? —continué como si nada, aunque los nervios me revolvieron el estómago al pensar que a lo mejor me enteraba sin tener que esperar mañana. En fin, por lo menos mi corazón siguió latiendo con normalidad y no pudo darse cuenta de cómo me afectaba (¡bien por el control emocional!).

—Sí, es la triunviro desaparecida.

Joder, qué parco. Me le quede mirando. ¿Más de dos mil años y aún no sabía cazar una indirecta cuando le golpeaba en la frente?

—¿Hay algo más que quieras decirme? —se extrañó.

—No. Nos vemos.

Me pregunte si todos los vampiros eran tan cortos. En fin, igual era que yo esperaba demasiado.

—Oops, espera, en ese informe que no me pasaste. —Caí de repente en que, como mi habitual sentido de la previsión, había olvidado pedirle a mi sobrino su número de teléfono.

—¿El que te he mandado hace unas horas? —me interrumpió con suficiencia.

—¿Eh? Vaya. Sí. Supongo que ese.

Como volviera otra vez a mostrar su típica superioridad, mañana se iba a enterar. Pensaba ser aún más dura con él.

—¿Qué le ocurre? Aparte de que no lo has podido leer porque estabas desobedeciendo mis órdenes y jugándote estúpidamente tu vida.

«Vale. Me resarciré mañana, guapo», pensé.

—Tú hijo me seguía. Supongo que te avisó. Y tú podrías haber venido con él.

—Lo hizo. Y creyó que te ibas a comer, y no al *escondite secreto* de nuestros enemigos —matizó con retintín—. Aunque en algo tienes razón —se puso tan serio que sus palabras lograron estremecerme—, si llego a imaginar que esos nuevos vampiros habían descubierto un modo de impedir nuestra convocación de la línea de sangre, si llego a saber que podías morir, te aseguro que por muy insistente que hubiera sido el Consejo JAMÁS te habría dejado sola.

¡Joder! Sentí un agradable calorcillo por todo el cuerpo. No pensaba que Casio pudiera ser tan vehemente. Violeta uno, celta morena cero.

—No te quejes. Si no hubiera chicas indefensas como yo que van por ahí metiéndose en los peores peligros sin darse cuenta, los caballeros andantes como tú se morirían de hambre.

No sabía que estupidez le estaba diciendo. Bien, por lo menos ya no aparentaba esa superioridad tan odiosa. Y yo ya me había recuperado de aquello de que jamás me habría dejado sola. Maldita mierda de enamoramiento.

—¿Tú indefensa?, ¿yo caballero? En fin, ¿qué quieres?

—En número móvil de Marcos. Seguro que estaba en ese informe. Y que lo leíste. Y conociéndote, dudo mucho que no lo hayas conservado.

—Está en mi iPhone. En la carpeta de *otros*. Es típico de ti localizar a tu sobrino y luego no pedirle ni el teléfono. ¿A que tampoco sabes dónde vive?

—¿A qué no lo necesito? Adiós, Casio. Hasta mañana. Recuerda que la carne me gusta poco hecha.

Pues no, tampoco lo sabía. Pero si se creía que le iba a pedir la dirección para que pudiera seguir creciéndose, lo tenía claro. Sobre todo si podía dedicar mis pensamientos a algo mucho más interesante, como imaginármelo cocinando. Seguro que encargaba mi cena, pero, la imagen del triunviro en la cocina haciéndome un

filete poco hecho tenía su punto.

Me gire hacia el coche, su móvil todavía en mi mano. ¿Dónde iba a guardarlo si no me quedaba ropa? Tras comprobar que mi hermana seguía bien, le abroché el cinturón de seguridad y cerré la puerta. Para cuando me metí en el asiento del conductor, Casio ya se había ido. Casio. Me permití un suspiro. Y luego solté un juramento en voz inaudible. No era cuestión de que mi hermana se asustara. «¿Será posible que mañana él y yo en vez de matarnos mutuamente, podamos hacer algo más convencional como quizás, comprometernos?». Sonreí, dejé el teléfono en la guantera y metía la primera. Quién iba a decir que la dura súcubo Violeta iba a acabar como tantas otras mujeres: planeando como cazar a un hombre. Ahogando una carcajada ante lo absurdo tanto del rol femenino como de la situación, aceleré hasta el hospital más cercano.



—¿Marcos? —lo llamé con el manos libres mientras conducía—. ¿Violeta?, ¿eres tú?, ¿qué ha pasado? —Todo está bien tranquilo. Estoy con tu madre. Silencio.

—¿Marcos?, ¿estás allí?

—Sí, sí —se le oía sollozar, supuse que de alivio. Debía de habérsela imaginado muerta.

—Voy al hospital que está cerca de tu facultad. Lo más seguro es que esté bien, pero me quedare más tranquila si le echan un vistazo. ¿Te parece?

—Sí, claro. Voy enseguida —me contestó con vos rota.

—Ssh, todo está bien. En breve podrás estar con ella.

—Gracias, tía.

—Anda, deja de llorar y ten cuidado si vienes conduciendo. Ya me darás las gracias más tarde.

Le habría dicho que cuando todo esto hubiera acabado. Pero no sabía cuántos años podrían ocuparme cazarlos. Esos científicos en parte vampiro y en parte demonio llevaban tiempo en las sombras e iba a ser difícil descubrirlos a todos.

—Y por cierto —agregue—, tráele algo de ropa por si la ingresan.

El teléfono sonó a los cinco minutos. Aún no habíamos llegado al hospital.

—¿Sí?, ¿eres tú otra vez, Marcos?

—Soy yo —me contestó la varonil voz de Casio.

Aunque ahora ya no era lo mismo. Así no era capaz de hacerme perder el control con tan sólo esas dos palabras. Sonreí. Tendría que sudarlo un poco más.

—Dime.

—Aldana dice que.

—¿Quién? —lo interrumpí.

Juré para mis adentros, porque con esto de ir con cuidado para no hacer movimientos bruscos que pudieran molestar a mi pasajera, acababa de pillar otro semáforo en rojo.

—La triunviro.

—Ah, ya —esa Aldana.

Todavía no la conocía y ya me caía mal. No negaré que soy sumamente rencorosa.

—Bueno, dice que la puerta la abriste tú, no tu padre. Y que desapareciste en un estallido de azufre para luego volver. ¿Qué paso?

—Fácil, mi padre se fue justo antes de que yo abriera la puerta —le mentí. Era muy sencillo, al no estar cerca no podía percibir mis constantes vitales—. Pero por lo visto olvidó darme algo, una daga mágica que dice que es un regalo anticipado de mi cumpleaños, y me convocó a nuestro plano para entregármela —¿íncubos teleportándose? Ridículo. Joder. Mejor despístalo antes que se diera cuenta—. Por lo visto mi padre no está muerto. No me preguntes —me aceleré en la típica charla-monólogo que me encantaba tanto usar cuando todavía encajaba con mi anterior físico de adolescente—, no tengo ni idea. Parece ser que tenía planeado mi nacimiento. A saber. Porque no creo yo que se pueda planear joderle la vida así a una humana como mi madre. Y más le vale, porque no se lo perdonaría nunca. A ninguno de los dos. Me refiero a mi padre y a mi abuelo, claro, porque.

—Violeta.

Puse voz inocente mientras arrancaba de nuevo su coche. El semáforo ya estaba en verde.

—Mañana hablamos.

—Claro, Casio. Considérate lenta y sensualmente besado —me despedí con voz seductora, arrastrando las palabras.

—¿Qué? —sé extrañó—, ¿es que pretendes tentarme?

—¿Yo arriesgarme a que el gran vampiro se lance a por mí yugular antes de sellar el contrato? —insinué—. ¡Qué va!



—Muchas gracias por todo, tía. No sé qué habríamos hecho sin ti —me estaba diciendo Marcos a la vez que me abrazaba, sentando como yo en las sillas que había junto a la máquina de café, en la planta donde habían hospitalizado a su madre.

Había habido suerte. Apearte de retenerla encadenada y mal alimentada, no le habían hecho nada. Podría haber sido mucho peor. Podrían haberla torturado. Por lo visto, con mantenerla prisionera ya les valía para sus planes de atraerme. Me alegré de que les hubiera salido tan bien esa parte de su plan. Y además de los que nos habíamos cargado, Casio y los suyos habían matado unos cuantos vampiros más. Esto último lo sabía porque Casio me había mandado un sms mientras Marcos estaba con su madre en la habitación donde los habían ingresado. Parecía ser que habían acabado de limpiar la casa y averiguado varias direcciones interesantes, donde seguramente encontrarían a más de esos científicos asesinos. Se lo merecían. No obstante, mi hermana necesitaba estar unos días en observación para asegurarse de que evolucionaba de modo correcto. Porque no estaba hecho para su edad lo de estar varios días en aquellas lamentables condiciones.

Marcos, que nada más llegar me había dado un efusivo apretón de manos y dos besos, se había metido en la habitación de Andrea, en la que había permanecido un buen rato. A continuación se había ido a hablar con los médicos y al final había vuelto conmigo, a las sillas de al lado de los cafés de las que no me había movido. Y me había abrazado. Su segundo abrazo. Era el segundo que me daban sin connotaciones de otro tipo. Un abrazo que me provocó una agradable sensación que se extendió por todo mi cuerpo. Sonreí. Debería quedarme a ver el agradecimiento de los que salvaba más a menudo. Aunque claro, dudaba que fuera igual si no se trataba de la familia. *Familia humana*. Estaba bien tenerla mientras no me volviera



demasiado blanda. Porque en mi mundo, débil es el sinónimo de cadáver.

—No te preocupes Marcos —le dije cuando nos separamos—. Ya ha pasado. Y por suerte mi mitad demoníaca me ha permitido salvarla —otro punto a favor de que, después de todo, esa mitad no fuera tan mala—. Aunque claro, si consideramos que la secuestraron para llegar a mí.

—Eh —me reprendió—, que eres mi heroína, me has devuelto a mi madre sana y salva. Deberías enterarte de una vez que no puedes tener la culpa de lo que les sucede a tus seres queridos.

—De acuerdo, sobrino, lección aprendida. Ahora voy a irme. A ducharme y dormir un poco. Y después me gustaría hablar con Casio, a ver qué tal ha ido la caza en unas direcciones que encontraron en la casa. Y además —le guiñé un ojo—, tengo una cita esta noche para la que debo ponerme guapa.

—Esta noche. Si aún son las seis de la mañana.

No sé si será suficiente tiempo para todo. Por lo cansada que me siento, dormiría una semana entera. Así que te dejo.

La adrenalina se había retirado hacía mucho, y me encontraba agotada; aunque no tanto como en ocasiones anteriores.

Espera, toma, no te vayas sin esto.

Me tendió una caja que llevaba en la mochila donde había traído las cosas de su madre.

—¿Qué es? —lo cogí. Era una caja de zapatos de las pequeñas. La abrí lo justo para mirar dentro: estaba llena de papeles manuscritos, doblados y apilados.

—Son las cartas. Las de tus padres. Ya ves que te las he guardado bien. Como me dijiste. Y he pensado que querrías tenerlas lo antes posible. Así que, mientras cogía una bata y mudas de mi madre, no me ha costado nada echarlas también en la mochila.

—Muchas gracias —la cerré con cuidado—. Anda, saca tu teléfono y guarda mi número en la agenda. Ante cualquier novedad me llamas.

Hizo lo que le pedía y le di mi número. En cuanto llegara a casa cogería mi móvil para estar al tanto.

Nos dimos sendos besos en las mejillas y, tras asegurarme que podía irme tranquila porque me llamaría si pasaba cualquier cosa, me dirigí a casa, a ducharme y cambiarme de ropa, que no sabía cómo me habían dejado entrar así en el hospital (me había puesto por encima un jersey fino y largo de hombre que había encontrado rebuscando en el maletero del coche de Casio, hum., ropa que había tocado su piel.). Como me llegaba a medio muslo, con el trozo de seda que me quedaba de la falda había improvisado un cinturón para hacerlo pasar por un vestido. Pero así y todo iba horrible. Y por cierto, no sabía cuánto tiempo sostendría la patraña de que Andrea se había caído en un barranco y permanecido allí días hasta que la encontré. En fin,

supongo que los chicos del Consejo se encargarían de presentar algo más potable para la Policía. Y sin necesidad de hipnotizar a nadie, porque tenían los hombres infiltrados en el cuerpo.

Conduciendo a casa me di cuenta que mi sencilla manera de eliminar las malas hierbas de la sociedad humana me habían obligado al garete: ya no parecía una niña. Tendría que idear otro modo de elegir la comida que no estuviera basado en si eran o no pedófilos. Aunque a lo mejor no hacía falta, porque ese cordón que me unía al diezmo seguía estando allí. Ya le preguntaría a mi padre. Era posible que me bastase con eso.

Y hablando de padres. Al entrar a mi piso me lo encontré sentado en el salón, cerveza en mano. Otro como Casio; por lo visto hoy en día no hacía falta decirle a nadie *puedes pasar ni siéntete como en casa*. Lo saludé y fui un momento a dejar las cartas a mi habitación (no me apetecía que las reconociera y me las quitara), y me senté a su lado con otra cerveza.

—Hola, padre. Muy amable por venir a visitarme. Podrías haberlo hecho hace cuarenta años cuando pensaba que te habían decapitado.

Si esperaba rabia porque durante mucho tiempo me había sentido sola y abandonada, ira por cómo me había tratado hacía unas horas o cualquier otro tipo de respuesta emocional que no fuera el sarcasmo, se iba a sentir confundido. Sí, confundido, porque los demonios sin sentimientos como él no podían ni estar decepcionados. Uy., después de todo, un poquito de resentimiento y cabreo sí que me quedaba.

—Veo que sigues en la misma casa que te buscaste tras mi *muerte*. ¿Sentimentalismo?

Y me lo decía con toda la sangre fría del mundo. ¡Qué huevos!

—No, pragmatismo —yo también sabía poner cara de póquer—. Es más cómodo vivir en el mismo sitio que mudarme. No tiene nada que ver con que esto —señalé a mí alrededor— me traiga recuerdos. ¿Y de qué iba a traérmelos? —no pude evitar que algo de dolor se filtrara en mi voz—, ¿de saberme huérfana a los quince cuando aterricé aquí, en este piso de mala muerte que por aquel entonces estaba en pésimas condiciones, con el poco dinero que me dejaste? No, padre. Si he sido capaz de superar la pérdida de mi madre y el que muriera por mí, por protegerme, lo suyo no ha sido para tanto. Al fin y al cabo, te dejaron vivir quince años más, ¿no? Y tampoco me quejo de que me abandonaras en este plano casi sin recursos materiales. Porque con todo lo que me enseñaste en casa ya ves que me he desenvuelto muy bien. ¿Se trataba de eso? ¿De ver si la nenita era dura? Y yo que pensaba que para un súcubo con estar buena ya valía.

—Más o menos.

Dio un trago de su cerveza y cambió la posición de sus piernas.

«Nada, que por acomodarse no sea —pensé irritada—. Mientras no note que en realidad sí estoy cabreada (y mucho) con él. Pero se me pasará. Y lo asumiré. Porque eso de acabar de darme cuenta de que orquestó su muerte para él sabrá qué fin, eso, es un poco duro para tenerlo ya asimilado. Aunque sé que no es su culpa. Es un demonio. No sienta nada. Yo para él soy un recurso más o menos valioso en función de si cumplo o no y problema resuelto —seguí mirándolo en silencio, sin permitir que mi rostro delatara mis pensamientos—. Padre. ¿De verdad llegaste a amar a mi madre?».

—¿Más o menos? —le pregunté como si el tema no fuera conmigo.

—En realidad, tu abuelo y yo necesitábamos que crecieras jugándote la vida y saliendo adelante tú solita. Y en el plano humano, para aprender a lidiar con tus emociones. Mi pregunta es si lo hemos conseguido. ¿Tú qué crees?

—¿Me estás preguntando si soy una cabrona insensible? —me quedé unos instantes considerando mi respuesta—. Hasta hace poco te habría dicho que sí. Y me habría equivocado. Porque es lo que pretendía ser, pero me engañaba a mí misma. En realidad, no soy insensible. Aunque sí bastante cabrona. No me importa torturar desmembrar a quien haga falta. Y me encantaría alimentarme del tío más sexy del mundo. Pero prefiero elegir mi comida entre los que sean culpables de algo. Por equilibrar un poco la balanza. En este planeta hay más elementos obrando mal que bien. Supongo que no pasa nada porque un demonio como yo les eche una mano a los segundos. Bueno, en realidad —reconocí—, hasta hace poco también lo hacía por aliviar mi conciencia, por redimirme. Pero me he dado cuenta de que es absurdo torturarme por ser medio demonio. Y sí, me sentí afectada cuando me dejaste y me creí culpable también por tu muerte por haber nacido. Era muy inocente a mis quince años. Como si no hubieras sido tú el que desencadenase todo al no tomar su vida tras acostarte con ella. En fin —continué ante su mirada atenta—, recientemente he asumido muchas cosas y he aprendido a mirar de frente a todos esos sentimientos que me enseñaste a reprimir. Si querías que tuviera control emocional, podrías haberme enseñado alguna estrategia. Pero claro, tú no lo sabías. Y si me hubieras dejado con una familia humana, ¿quién me habría enseñado a conocer la sociedad de los míos o a luchar? —suspiré—. Me parece que no estoy llegando a ninguna parte. Lo que quería decir es que, aunque no me guste, acepto como necesario lo que nos hiciste a mi madre y a mí. Por supuesto, voy a acabar de vengarme de los vampiros que la mataron. Hace poco descubrí que son esos nuevos, esos de los poderes robados. En fin, el caso es que he aprendido a aceptar lo que soy: una semidemonio; así como que por ello ni soy malvada ni estoy condenada sin redención. Y, ya que estamos, que tampoco maté a mi madre por existir Cosas que, lo sé suenan estúpidas e infantiles, pero son lo que llevo creyendo desde mi más tierna infancia. Tú deberías saberlo. Tú me criaste. Así que, te parece que he pasado tu prueba, genial. Y si no, ¿te importa

matarme cuando me haya acabado la cerveza? Más que nada por no manchar el sofá.

No por martirizarme con la espera, sino porque quería tomarse su tiempo, mi padre se dedicó a acabarse la bebida y después a chafar la lata. Yo cada vez tenía una idea más clara de para qué había sido concebida. Y aún tenía más claro que si mi padre decidía que yo había sido un intento inútil, mi vida no valía una mierda. ¿Y por qué iba a valer?, solo era una mestiza, una anomalía única que si no servía para nada, mejor olvidarla. ¿Qué era su hija? ¿Y qué? Él era un demonio. Ya había demostrado que sus emociones eran un puto cero a la izquierda. Aunque, era evidente, no esperaría que me dejara matar con facilidad. Porque mi vida sí que valía, al menos para mí. Y mucho. Sobre todo desde que tenía a un vampiro maduro y sexy en el punto de mira. Me pregunté si algún hijo de Casio me estaría vigilando para echarme una mano o convocar a su padre en caso necesario. Eso debía ser lo único bueno del contrato de sangre. Porque si lo hubiera firmado, desde que había entrado en casa y visto a Samuel en el salón, habría llamado mentalmente a Casio. Él solo no habría podido hacer nada contra mi padre, pero con varios de su línea de sangre quizás sí.

Al final, acabó de tomar su decisión y comenzó a contarme una historia.

—Hace muchísimo tiempo, Klynth' Atz, los demonios poblaban la Tierra. Unos cuantos evolucionamos para pasar de alimentarnos de la carne y la sangre de las criaturas que la compartían con nosotros a hacerlo de sus sueños y deseos, de sus almas. Comenzamos con los primeros homínidos, mucho antes de que existieran los que vosotros llamáis Homo sapiens. El bisabuelo de mi abuelo fue uno de los primeros incubos. Como ya sabes por lo que te he contado de niña, eran tiempos duros. Las luchas continuas por tener un buen pedazo de tierra donde asentarse físicamente nos desgarraban. Los demonios nos dedicábamos a destrozarnos unos a otros, alcanzábamos inestables equilibrios de poder que no duraban ni mil años. Hasta que uno de los demonios más poderosos descubrió un modo de abrir una grieta dimensional a otros planos. Los siete planos. Y trasladó a la mayoría de los suyos al séptimo y más rico en los componentes que necesitamos para obrar nuestra magia. En cuanto los demás demonios se enteraron, comenzaron las luchas por los planos. Duraron más de diez mil años. Basta con decir que mi padre nació en su transcurso y consiguió conquistar y mantener nuestro actual plano: el sexto. Con el paso de los siglos, la mayoría de los demonios (los menores no, sólo los mayores, los que tenemos acceso a la magia) aprendimos a abrir y controlar esas grietas dimensionales, así como a anclarlas en forma de vórtices. Y se alcanzó un nuevo equilibrio de poder, donde cada una de las razas más poderosas dominábamos un plano. Hasta aquí es más o menos lo que te enseñé hace años. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Bien. Sigamos. Desde entonces se han sucedido varios pactos entre razas demoníacas para conquistar otros planos. Y a veces lo han logrado. Pero siempre se

han roto esas alianzas y el plano se lo ha quedado un único tipo de demonios. Ya lo sabes, sin emociones es difícil ser fiel a alguien o algo, y las traiciones (bueno, si se pueden llamar así siendo que nadie confía en nadie) están al orden del día. Tu abuelo, debido a su gran antigüedad y a que por aquel entonces los homínidos no eran tan complejos como ahora, consiguió poco a poco ir aprendiendo a tener emociones. Es decir, a asimilar las improntas que dejaba la comida como si fueran sus propios sentimientos. Y así surgió una anomalía, un súcubo humanizado. Eso, unido a la estructura política que tomó y mejoró de su padre, le permitió vivir y reinar, y mantener el plano todos estos años.

—¿Mi abuelo, el terrible rey, humanizado? —me sorprendí.

—Que pueda sentir compasión no quita para que gobierne con mano férrea e impasible. Dije humanizado, no estúpido. Y además, su estructura política le ayuda bastante a mantener el poder.

—¿Estructura política?

Arqueé una ceja, interesada. A estas alturas de la conversación, me había relajado. Pues si me estaba contando todo esto tenía que ser porque había decidido que yo servía. Si no para qué perder más tiempo conmigo.

—Me refiero a la corte y sus leyes, a la esclavitud de demonios menores, a la formación del diezmo en almas. Esto último, por cierto, mi abuelo lo comenzó a desarrollar, pero de un modo más básico, no tenía modo de racionar el flujo de almas. Fue mi padre el que desarrolló la magia que permitió que una décima parte de la energía de cada alma recolectada por un íncubo o súcubo fuera a una trampa energética donde se almacenaban hasta que él la requería. Supongo que no has logrado averiguar cómo funciona.

—No. Tuve un gran e ilimitado —o al menos así lo sentí en esos momentos— aporte de poder, y después apenas nada.

—Claro. Cuando mi abuelo me tuvo a mí, hará unos cinco mil años, modificó el diezmo para que sus sucesores también pudieran acceder a él. Pero más despacio. Es decir, imagina una trampa energética llena de almas es como un embalse rebosante de agua. Mi abuelo estaría conectado a través de un canal y una compuerta muy grandes, pudiendo incluso vaciar el estanque entero en breves segundos si así lo deseara. Yo, mis hermanos y ahora tú lo estaríamos a través de canales y compuertas más pequeñas. De tal modo que, aunque abriéramos del todo la compuerta, nos costaría bastante tiempo vaciar el estanque. Cuando llegaste a los cincuenta y cinco, justo en ese instante, te conectaste a la trampa energética. Y como tu canal estaba en proceso de creación, digamos que te viste bombardeada por un montón de energía que llegó a ti unos milisegundos antes de que dicho canal se normalizara. Y te la quedaste. Cuando se te acabó, lo que tienes es lo que tenemos todos: el canal que te corresponde con su compuerta que has de aprender a abrir. Ahora mismo —me miró

y frunció un poco el ceño como concentrándose en mí—, lo tienes prácticamente cerrado. Luego te diré como abrirlo. Y a diferentes velocidades. Pero no sueñes que vas a poder hacer lo que me viste hacer hace unas horas: mi canal es mayor que el tuyo, por algo soy el primogénito del rey. Tú recibes el mismo caudal que mis hermanos.

Vaya, me quedé sin palabras, Y tratándose de mí no era fácil.

En todo caso, me quedaba con mi metáfora. Un cordón umbilical unido al pozo de todas las almas. ¿Quién quería imaginar la trampa como un estanque pudiendo tener una sima de profundas aguas oscuras en las que poder saciar tu sed hasta que te crecieran las alas?

—Entonces —continúo—, como te iba diciendo antes de este breve paréntesis, mi padre reinó sin problemas. Al menos hasta que, viendo que nuestro número así como el de otros demonios crecía, pensó que un hijo, que lo ayudara a controlar tanto a la corte como al resto de los íncubos y súcubos, no sería mala cosa. Y me tuvo a mí con una poderosa súcubo de su corte.

—¿Quién?

—Olvídalo. Murió en una de las guerras.

—¿Cuáles? ¿No se supone que ya tenías el plano?

—Sí. Precisamente. En una de las muchas guerras donde demonios de otros planos intentaban arrebatarlos.

—Lo siento.

—¿Por qué? Sirvió bien a mi padre.

—Por nada —qué cosas tenía yo, cómo iba a importarle lo que le pasara a su madre—, continúa por favor.

—No creas que no veo las emociones en ti. Y eso es lo que buscábamos. Que las tuvieras y supieras cómo controlarlas. Creo que los humanos lo llaman inteligencia emocional. La tiene tu abuelo, yo paso, y mis hermanos están desquiciados.

—¿Qué? —por lo menos esta vez fui capaz de hilvanar una palabra.

—Luego lo aclaro. Déjame seguir.

Asentí con la cabeza.

—Viendo que yo le era útil y que los vampiros, un tipo de demonios que siempre había sido minoritario y relegado a la Tierra, estaban haciéndose cada vez más fuertes y con ganas de dirigirnos a todos, mi padre decidió tener más hijos. Con los siglos, resultó que ni los vampiros tenían semejante sed de poder, ni mis hermanos fueron una buena idea. Verás, los vampiros tan sólo querían controlar de algún modo nuestros estragos entre los hombres, que ya habían surgido como tales, para evitar que estos se unieran para declararnos guerra. Algo así como que ya luchábamos demasiado entre nosotros. Por supuesto, no lo lograron hasta que, en el siglo XII la Inquisición nos demostró de qué era capaz la humanidad. Mi padre se unió al Consejo

vampírico para ayudarles a establecer su Orden.

—¿Qué?

Esto era nuevo. ¿El abuelo ayudando a los chupasangres?

—Alguien tenía que hacerlo. Y como la historia ha demostrado fue una buena decisión. Mira la ciencia humana de hoy en día. Si no hubiera Orden seríamos fáciles de descubrir, y se empezaría una guerra en la que, o pereceríamos por sus armas, o los exterminaríamos y nos quedaríamos sin comida para todos.

—¿Y eso de los clones?

¿Por qué narices pensaba en esa tontería?

—¿Cómo? —lo descontrolé durante un instante—. Ah, lo que pretenden esos locos. No sé tú, pero yo paso de tomar comida directa de la incubadora. No soy un vampiro, pero a mí me gusta primero seducir a mis presas. Y que el sexo sea interesante, no con una tábula rasa.

—Claro.

Seré imbécil. Las distopías futuristas de ciencia ficción, para H. G. Wells. Sólo me faltaría ver a los demonios como el nuevo tipo de obreros.

—Como te iba diciendo, mis hermanos no aprendieron a integrar esas emociones humanas que les venían con la comida y por ello están un poco desquiciados. ¿Creías que de niña eran crueles sin necesidad contigo? —eso era cierto—, pues no sabías nada. De no ser por mí, no es que hubieran buscado cualquier excusa para torturarte, como sé que hicieron, sino que estarías muerta. Ellos conocen el motivo de tu existencia —bueno, por lo menos ahora entendía porque era una amenaza para mis tíos—. Y por ello te envidian y desean tu muerte.

«Sí, señor. Vivan los demonios con emociones. Podrían haber adquirido las buenas, digo yo».

—Eso explica muchas cosas —comenté—. Pero. ¿tú por qué no estás afectado como ellos?

Porque si estaba pirado lo ocultaba muy bien bajo su fría fachada de íncubo normal y corriente. De esos que no tienen acceso al pozo y por tanto apenas están bajo el efecto de la impronta de las almas humanas.

—Yo soy más antiguo. Pude tratar con emociones más básicas, como la de proteger a tus crías o pertenecer a una tribu. Con la ayuda de mi padre aprendí. Pero no demasiado. Lo justo para desarrollar la lealtad a mi rey —claro, sería lo mismo que le enseñara a mi abuelo aprovechándose de esas improntas humanas, como tonto— y contener todas las demás. Lo que yo te enseñé a ti, vamos.

—¿Lealtad?

Esa no me sonaba. La de tener todo bien encerradito sí.

—¿Me matarías? ¿O a mi padre?

—No.

—¿Lo ves?

Asentí. Eran unos demonios cabrones manipuladores, y yo sólo no quería matarlos, sino que estaba deseando unirme a su causa. Eso tenía que ser lealtad. Y de las idiotas.

—Así que ahora yo ayudo a mi padre a controlar a mis hermanos que son los que atan corto a la corte —continúo—. Y la corte controla a los demás demonios de nuestro plano. El problema es que hará un par de siglos nos dimos cuenta de que había demasiada actividad en el plano superior. Tras perder a muchos espías, descubrimos que los señores del séptimo plano pretendían hacernos una guerra a todos: demonios y humanos. Y pensamos que necesitaríamos a alguien más para ayudarnos a comandar nuestros ejércitos. Y adivina quién surgió de eso.

Guau, mi padre imitando un recurso como el sarcasmo. No, si al final había aprendido de lo humanos más de lo que se pensaba.

—Vale. ¿Y lo de que estén aliados con esos nuevos vampiros?

—Eso también lo sabemos, aunque de forma más reciente. Al igual que sabemos ahora que los *nuevos vampiros* no son simplemente eso. También han capturado a demonios y han tomado sus poderes. El otro día, mientras te observaba antes de intervenir, vi que enfrentabas a algunos de ellos. Supongo que Lucas ya le habrá informado de estas novedades a Casio.

—Supongo —tenía razón aquel mutado del Circe cuando me dijo que ni yo ni el Consejo nos enterábamos de lo que estaba pasando—. Y por cierto, ya que me habías estado observando mientras peleaba, podrías haber intervenido antes, no me habría molestado.

—¿Y quitarte la diversión? —lo dijo con tono peligroso—. Yo jamás le haría eso a mi única descendiente.

—Tienes razón —asentí—. Así los conozco de primera mano. Pero eso de los demonios capturados. ¿Crees que es tan sencillo? A ver si va a haber traidores en nuestras filas.

—Si lo dices por nuestro codiciado plano, sí. Tu abuelo y yo sospechamos algo. Estoy seguro que estarás encantada de cargarte a los renegados, sobre todo a uno de ellos. Pero danos tiempo, es algo demasiado serio como para debilitar nuestra filas si no estamos seguros.

—¡Uf! —fruncí el ceño.

«Yo sí que sé a quién estaría encantada de aplicar un poquito de terapia con la sierra —pensé—. A alguien con la suficiente jerarquía como para no poder acusarlo hasta que mi abuelo y mi padre no estén seguros, a alguien que no ha dudado en torturarme durante mi infancia, a alguien con quien detesto compartir vínculos familiares.»

—Entonces, ¿crees que habrá guerra?



—Si no podemos evitarla, sí. Aunque créeme, si conseguimos suficientes aliados como para conquistar el séptimo plano, tampoco es que nos matemos por evitarla —sonrió, y su perfecta dentadura resultó siniestra y sedienta de carne.

Algo que me encantó.

—Genial.

Y parte de mí lo decía de un modo muy sincero.

«Me encanta ser mestiza. Por un lado quiero vivir tranquila al lado de Casio, luchando juntos contra los vampiros y regresando a casa para calentar la cama. Y por el otro, estoy deseando embarcarme en una cruzada sin descanso de acero y sangre, a lomos de mi wyvern y guiando un ejército hacia la batalla, cuanto más encarnizada mejor. Para que luego se quejen las mujeres normales de que sus hormonas son complicadas».

—Las brujas.

Me miró interrogante.

—La matriarca suprema me dijo que si había guerra que fuera a verla.

Parecían interesadas en luchar a nuestro lado.

Su sonrisa se ensanchaba aún más, hambrienta. Dejaba entrever su naturaleza insaciable y ancestral.

—Entonces ve. Y consíguelas.

No había lugar para vacilación en su tono. Era una orden. Bien, eso era lo que los príncipes incubos hacían, ¿no?

—Así será.

Iba a conseguir esa alianza como fuese.

—En fin. Cambiando de tema. Ahora que veo que has aprendido a controlarte y sabes tomar decisiones guiada por el cerebro —mientras no metas a Casio en la ecuación—, lo siguiente es enseñarte a usar tu canal con la trampa mágica. Y luego te dejo para que descanses. Ya vendrás otro día a casa a celebrar tu mayoría de edad y a recibir instrucciones.

Trampa mágica. Yo prefería llamarla el pozo de todas las almas.

—De acuerdo. ¿Y podrías decirme también por qué mi cumpleaños ha sido un día antes de lo que dicen las pulseras de alta del hospital? ¿Es que son falsas? Porque yo estaba convencida de que mi cumpleaños era mañana.

—No. Y tampoco nublé la mente a la mitad del personal del hospital para que pensaran que habías nacido otro día. Sencillamente, la mayoría es a los cincuenta y cinco menos un día. Pensábamos que lo sabías. Y Casio también, por cierto. Nunca fue un secreto. Aunque supongo que en las escuelas de hoy en día no enseñan demonología o costumbres sociales de los incubos. Mala suerte para el romano. En fin, cuando tu abuelo se dio cuenta, le pareció apropiado mantener el malentendido. Así tú misma puedes encargarte de esos planes que tiene para ti.

Asentí. Y yo que había esperado algo más glamoroso y lleno de persecuciones y magia demoníaca. En fin, no somos nadie.

—¿Podemos pasar ya a lo de la energía de las almas?

—Claro —me metí de nuevo en el tema—. Si dices que tengo el canal cerrado, ¿cómo lo abro?

—Es cuestión de localizar le músculo correcto —se levantó del sofá.

—¿Qué?

—Las alas. ¿Has llegado a tenerlas?

—Sí.

—Bien. A causa de tu parte humana no lo teníamos muy claro. En fin, ¿has volado?

—Sí.

—Y usaste unos nuevos músculos que no tenías antes —asentí—. Pues esto es más o menos igual. Sigue tu instinto, concéntrate en esa acumulación de almas y *levanta* la compuerta. Practica hacerlo de golpe y poco a poco. Y ahora te dejo, que tengo cosas que hacer.

Se dirigió hacia la puerta del salón. Menuda metodología didáctica más cojonuda. Me levanté.

—Padre, un momento.

—Klynth' Atz, puedes hacerlo sola. Nos vemos.

—No, no es eso. Quería preguntarte una cosa más. Y sobre la compuerta. ¿Necesito salir a cazar o me basta con el diezmo?

—Supongo que cualquier padre humano te diría que tienes que salir más a divertirme —muy gracioso, y eso que no pretendía serlo—. Pero desde luego, por comida, te basta con las almas de la trampa.

Bien, buena noticia, se acabaron los pederastas y los ancianos.

—De acuerdo, hasta luego.

Contemplé cómo se iba. Me quedé sentada, asimilando toda la información recibida. Joder, mi vida se había tornado de lo más entretenida.



Volvía estar en la entrada del Samhain. Esta vez los hombres lobo me permitieron cruzarla nada más echarme un vistazo. Así como la snake de la barra. Que de hecho era una de las pocas ocupantes del local, pues todavía era de día. Debían de tener órdenes de dejarme pasar. Y tras bajar por las oscuras escaleras, entré en el sancta sanctorum. Su puerta de acceso se cerró sola a mi espalda. Y allí estaban, las mismas siete matriarcas. Arianrhod me miraba desde su asiento de calaveras talladas inclinó la cabeza en señal de respeto y volví a colocarme bajo la lámpara de telaraña del techo.

—Has venido, súcubo —me saludó la matriarca suprema.

—Ya sé por qué he sido creada. Y va a haber una guerra.

Bueno, se suponía que se podía evitar. Pero... sinceramente, con la ayuda de los clanes estaba segura de que habría guerra, aunque sólo fuera porque así mi abuelo aumentaría sus posibilidades de ganarla.

—Bien. Como supongo que ya habrás imaginado, esos humanos que buscan recombinar su ADN con el de las razas de la noche, nosotras incluidas, nos parece una amenaza que hay que eliminar. Sobre todo si cuentan con la ayuda de los demonios del plano más alto, como algunas de mis hijas me ha informado.

Asentí. Eso era todo cierto.

—Entonces —continuó diciendo con sus labios carmesíes surcados de arrugas—, contad con nosotras. Os mandaremos a nuestras guerreras más cualificadas. Matronas no, por supuesto, pero sí a un montón de jóvenes brujas deseosas de labrarse una reputación para luego luchar por tener una casa propia.

«Es decir —traduje para mí—, deseosas de tener las suficientes seguidoras como para asesinar a la matrona de la casa y a sus descendientes para así tomar el control

de ella. Estas chicas no son muy simpáticas, pero no puedo negar que tienen un sistema de ascensión social digno de consideración».

Debí sonreír, porque Arianrhod me dirigió una mirada de aviso. Yo y me imperdonable descuido de la etiqueta. En presencia de la Matriarca estaba mal visto mostrar otras emociones que no fueran de admiración y respeto.

—Se lo comunicaré a mi padre. Le diré que venga a sellar el pacto.

—Oh, no, querida. Lo haremos ahora.

Como se suponía que yo iba a ser un general del ejército de mi abuelo, querían sellarlo conmigo. En caso que ellas desearan romperlo, les iba a resultar menos doloroso que si lo hiciesen con mi progenitor. Porque estos pactos sólo podían destruirse con grave peligro para la vida de la parte más poderosa y la muerte segura para la otra. Todo ello en medio de terribles agonías. Y claro, un demonio ancestral como mi padre podía tener mucho más poder que una bruja. ¿De verdad pensaban que yo no?

—Muy bien.

Me acerque a ella. De inmediato, la matriarca de su derecha, una snake, formuló un conjuro y la mesa desapareció para dar lugar a un pentagrama rodeado por velas. Arianrhod se colocó en el centro y me tendió su mano. Me acerqué y la tomé poniéndome a su lado.

Las otras seis brujas se situaron una en cada una de las cinco puntas, y la sexta salió de la habitación. Comenzó el conjuro. Uno donde se mezclaban las palabras susurradas con acento sibilino con otras gritadas tan alto que mi oído apenas podía distinguirlas, y el olor de las velas al consumirse y el de madera quemada que salía de las llamas en las líneas del pentagrama. Arianrhod, que me tenía agarrada, clavaba sus largas uñas en mi mano y me hacía sangre. Sus ojos, que comenzaban a ver peor a causa del denso y aromático humo, me indicaron que debía hacer lo mismo. Así pues, dejé que brotaran mis cuernos, que mis ojos se tornaran ambarinos y que mis manos acabaran en garras, una de las cuales hincó en la carne de su palma. Nuestra sangre se mezcló, y un dolor agónico me recorrió desde los dedos en un latigazo de fuego que, voraz, parecía querer consumir mi carne. No desvié mis ojos de los suyos. Y aguanté. No sabría decir cuánto tiempo. El final, el humo se disipó y ella me soltó. Parpadeé y mire alrededor. El fuego y las velas estaban ya apagados, las seis brujas de rodillas en el suelo tenían aspecto de estar agotadas, el pentagrama no era más que una marca de ceniza grabadas en las baldosas, y yo, al igual que Arianrhod, estaba intacta, excepto por unas cinco marcas en forma de media luna en la mano.

—Bienvenida, aliada, humana.

Gracias a la vinculación de nuestras vidas, ahora era nada menos que hermana de la matriarca suprema. Estaba segura de que mi padre no esperaría menos. Con tal de que no se sintiera decepcionado por haber tenido que ser yo la vinculada.

—Gracias, Arianrhod. Es un honor.

Las marcas de mi mano desaparecían poco a poco. Supongo que como efecto de su magia, porque también lo hacían las de ellas.

—Tu entrada aquí es ahora libre. Tu estatus es el de miembro del matriarcado. Vuelve cuando vayáis a planear estrategia. Quiero estar presente.

—Por supuesto. Si me disculpáis hermana.

No llegue a ver ni el movimiento de tela de su manga. Me encontré en mi casa, todo un detalle, considerando que hasta ahora me habían dejado en la calle. Comprobé que en mi mano ya no tenía ni el más mínimo rastro de medias lunas y decidí que era el momento de aprender a controlar mi herencia.



Después de practicar varias horas hasta dominar eso del *músculo abre compuertas*, y de comprobar que podía alcanzar unos noveles de poder nada desdeñables, me duché, comí algo y me fui a recostar en la cama con la caja de las cartas. Estaba genial eso de no tener que ir a cazar. Aunque la impronta era brutal ahora que no estaba bajo la orden de disfrutar. Pero bueno, con mi propia experiencia como mujer que había superado una infancia traumatizada (buf, sonaba a argumento de culebrón), nada con lo que no pudiera lidiar una vez pasada la sorpresa inicial.

Y tras un día largo era hora de descansar un rato. Estaba maravillada de no haber caído exhausta hacía horas por aquello de haber usado tanto poder. Mi cuerpo de mestiza no solía tolerarlo muy bien. Pero me daba la sensación de que no pasaría nada si seguía varias horas más sin dormir. Era un regalo más del pozo de las almas. De todos modos, necesitaba descansar. Porque un agotamiento normal, no inducido por el uso de mis poderes, sí que sentía. Pero no dormí sin saciar antes un poquito la curiosidad sobre mi madre. Sobre mi padre no, ya que sabía que la había engañado de mala manera y fingiendo lo que no sentía. En él no tenía ninguna gana de hondar. Pero en ella sí, estaba deseando saber cómo fue su vida, cómo sintió al saberse amada y al saber que llevaba dentro una vida. La mía. Me recreé en lo bello que debió de ser tener a alguien que lo daría todo por ti. Aunque para mi pobre madre hubiera sido una mentira. Pese a todo, supuse que debió conocer el amor. Me sentía algo anhelante. A ver, que yo no era ninguna blandengue. Pero me apetecía que cierto chupasangres sexy y yo pudiéramos vivir algo similar. Pensaba que me miraba con ternura o de que deslizaba sus dedos por mi piel con suavidad. Absurdo. Me bastaba con tener claro que mi sentimiento era correspondido y que no podía quitar los ojos de mi culo. Y saber, por supuesto, que él era solamente mío. Algo difícil. Y ya no por su sed de sangre. También por mi lista de cuestiones pendientes, donde destacaban la venganza y una guerra sangrienta.

Abrí la caja. La caja estaba empaquetada en tres montones. Los saqué y tras mirar los sobres decidí leer un poco de las cartas que él y ella se enviaron y contestaron. El resto para otro día. Y como de esos dos paquetes seleccionados tampoco iba a leerlas todas, las ojeé por encima y separé la más significativa. Y comencé la lectura:

*«Mi querido Samuel, hace demasiado tiempo que no permito soñar con el amor. Como ya sabes, fui engañada de jovencita y su resultado fue más duro que un simple corazón roto. María Andrea... Esa niña que debería haber crecido bajo mis cuidados, es la hija de otros.*

*Te gusta atormentar mis oídos con bellas y seductoras palabras, prometiéndome matrimonio y fidelidad eterna. Perdona si soy tan desconfiada, pues ya fui una vez engañada de esa manera. Así que, sintiéndolo mucho, te ruego que no vuelvas a esperarme a la salida del trabajo. No voy a ir a pasear contigo. (Además, imagina los rumores si algunos de mis alumnos nos viera...). Y mucho menos a volver a verte bajo la luz de las velas, en una cena romántica. Porque soy débil. No deseo darte la oportunidad de poner en práctica todas esas palabras bellas que parecen disolver mi voluntad como si me hechizaras con ellas. Hace tiempo que decidí que no volvería a entregarme a nadie.*

*Atentamente,*

MARÍA SANZ

*(Posdata: por favor ni siquiera me escribas. No podría soportar saber que te he hecho daño)».*

*«Mí adoradísima María, ni se te ocurra pensar que puedo abandonarte como hizo aquel jovencito hace tantos años. No puedes culpar a todo el género masculino por errores de uno. Me conoces lo suficiente para, dentro de ti, saber que no voy a traicionarte, jamás. Antes moriría. Soy tu más ferviente admirador y enamorado, y sólo deseo que seas mi esposa. Además tengo un trabajo estable y bien remunerado que me permite formar una familia; por ese aspecto ya sabes que puedes estar tranquila. Así que por favor, mi dulce María, si de verdad sientes algo por mí no me cierres tu corazón así o la vida dejará de tener sentido. No puede ser que te disuelvas en un bonito sueño. Quiero que seas algo más, quiero que seas mi mujer. Te lo ruego, mañana iré a buscarte a tu casa a las ocho. Ven a cenar conmigo, para que pueda poner un anillo en tu dedo y así convencerte de la honorabilidad de mis intenciones. Perdona si mis palabras de la otra noche, quizás demasiadas alocadas por tu belleza, te parecieron inadecuadas.*

*Tu más ferviente servidor.*

SAMUEL ABÓZ».

*«Mi querido Samuel, que dichosa de haber accedido a volver a verte, a cenar contigo. Fue una de las noches más mágicas de mi vida y ahora estamos prometidos. Pero eso sí, no esperes que tus palabras, que más que alocadas son ardientes, vuelvan a nublar mis sentidos. (De hecho, es como si hubiera algo de magia en ti que me impidiera pensar con coherencia cada vez que me susurras al oído). Por eso, he dispuesto que una amiga mía, a partir de ahora, nos haga de carabina cada vez que nos veamos. Porque no me fio ni de ti ni de mí misma. Con amor,*

MARÍA SANZ».

¿Una amiga? Me pregunté si aún viviría y podría contarme más cosas sobre mi madre. Y lo que estaba claro era cómo mi padre usaba sus poderes de íncubo para seducirla. Dudaba mucho que una mujer que hubiera pasado por lo que pasó ella se comportara de un modo tan meloso.

*«Mi querido Samuel, no entiendo el motive de tantas largas a ponerle una fecha a la boda. ¿No te das cuenta que dentro de poco ni la mejor modista del mundo podrá disimular que, de esa noche de pasión en la que nos prometimos, estoy en cinta?*

*Samuel, mi amado, te lo ruego: dame una fecha. Porque no puedo evitar que los miedos me asalten al recordar la otra vez en la que estuve embarazada y sola, al recordar cómo me quitaron a mi hija, al ser que, tras nueve meses mágicos, más quería. Por el bien del bebé que llevo en mis entrañas, no permitas que el miedo a que nazca sin padre empañe la belleza de esos días en los que compensaré a sentir que se mueve, que crece en vida. Con cariño,*

MARÍA SANZ».

*«Mi apreciada María, problemas familiares me impiden casarme antes de que nazca el niño. Pero no te preocupes, si algo puedo asegurarte es que no voy a desentenderme de él. Ni aunque en vez de varón fuera una niña. Esta tarde iré a buscarte a la escuela y te llevaré a tiendas, a comprar todo lo que vayas a necesitar para el bebé. Ten paciencia, en cuanto nazca todas estas dudas te parecerán tonterías con cariño,*

*Tonterías, las dudas te parecerán tonterías...* Desde luego, mi padre era un cabrón insensible. ¡Y claro que le parecieron tonterías! Como que unos seres de pesadilla, entre los que su amado se incluía, pretendieron robarle a su hija.

En fin, por lo menos en esta carta él había sido sincero. No como en la anterior, donde le había vendido lo necesario para seducirla. Para ser un puto demonio, mentía que daba gusto, ni que supiera lo que era el amor que tanto rogaba. Y desde luego, no me imaginaba a un demonio pasando por la iglesia.

Supuse que pensaba nublarle la mente a mi madre y que me olvidara, claro. Su problema fue que ni con el poder del pozo de todas las almas pudo de hacer que ella me olvidase.

Y claro que iba a cuidar su bebé (qué decepción que no fuera varón. Hay que joderse, hasta los íncubos son patriarcales y machistas). Como que no pensaba dejar que lo hiciera ella. Ella. María. Madre.

Seguí leyendo las cartas.

*«Mi querido Samuel, te escribo dudando de mi propia cordura. Supongo que serán esos cambios del humor del embarazo que en mi caso me hacen ver alucinaciones. Porque otra vez he vuelto a tener ese sueño que me persigue desde que entré en el octavo mes. Y es que esta vez me parece haber visto llegar por mi ventana la pasada noche, con unas alas imposibles que se despleaban tras tus hombros, para acercarte a mi lecho y a obligarme a tomar un líquido de sabor extraño diciéndome que era para darle al bebé la alimentación que necesitaba. Y después, la visión de unos cuernos, y luego nada. Pero la ventana, esa que cierro todas las noches, estaba abierta. Y había restos de un líquido pegajoso en mis labios.*

*Pensarás que estoy loca... Pero todo se arreglaría si vinieras a verme más a menudo. Estoy ya tan encinta que no puedo ni ir a la escuela. Creen que estoy enferma. Y tú te limitas a pasarte de vez en cuando, acallando mis protestas con un brillo ambarino en tus ojos que me atonta y aprovechas entonces para decirme que te avise cuando esté de parto. Y te vas. ¿Dónde está tu amor? Sin ti me siento extraña y perdida. Y temo por la criatura de mi vientre, que se críe sin padre y entre burlas.*

*Por favor, ven a decirme que todo son tonterías. Que me amas, que no vas a volver a irte, que cuando nazca el bebé vas, como me prometiste, a casarte conmigo.*

*Siempre tuya,*



Aparté las cartas, incapaz de seguir leyendo. Menudo cerdo despiadado, si hubiera sido humano. Porque como íncubo fue tan indiferente al dolor de ella como cualquier otro demonio primigenio. Y yo que pensaba que fue el amor lo que hizo que no le robara el alma para que así yo pudiera nacer. *Ja. Inocente.* Fue una puta estrategia política. Pero no era culpa mía. Ni de mi padre. Por más que no me gustase, era lo que era: alguien incapaz de sentir empatía, compasión ni amor. Y como medio súcubo, también era mi señor.

Y lo peor de todo era que seguramente había dejado estas cartas en su supuesta casa para que yo las encontrara. Para que no dudara del engaño de que amó a mi madre. A saber qué parte de sus retorcidos planes sobre mi evolución emocional cumplía esta jugada. Así que el tercer montón, ese donde se suponía que le quería confesar que él era íncubo. Ese mejor no tocarlo nunca. Demasiadas patrañas para mis tripas.

Mientras contenía las ganas de pedirle explicaciones a mi progenitor, guardé las cartas en su montón, y este en la caja, y de una de ellas cayó una vieja foto en blanco y negro. Fijé mis ojos en ella al recogerla. Y reconocí a la bella mujer que fue mi madre. Llevaba ropa de hospital y a un recién nacido en brazos. Se trataba de una foto mía y de mi madre. La primera que veía. Antes me habría echado a llorar sin remedio por todo lo que echaba de menos. Ahora me limité a suspirar con tristeza, a sentirme más cansada, a memorizar mis rasgos en lo que quizás fueron los únicos momentos de mi vida donde me había sentido feliz y segura, en sus brazos.

Me dormí con la foto cerca, encima de la almohada. Y desperté mucho mejor. Descansada del todo. Algo increíble, pues sólo habían pasado unas pocas horas (¡gracias, pozo!). Con la pena se habían ido hasta el deseo de rendirle cuentas a mi padre. Mejor. Sólo habría conseguido que decidiera que se había equivocado al juzgarme y me matara. Quizás algún día tuviera con él *esa* conversación sobre por qué yo sólo seguía viva si podía probar mi valía. Aunque lo de cargarse a un hijo que no era útil pasaba hasta las mejores familias. Por lo menos en los siete planos. Así que archivé el tema y me fui a dar una ducha rápido pensando en algo mucho más interesante: mi inminente cita con el vampiro sexy. Y poco después de salir del baño e ir a prepararme un café, sonó el timbre de la puerta. Me traían un regalo.



Crepúsculo. Tras dormir un rato y pasarme más de dos horas arreglándome (ni que fuera a casarme.), estaba ante la puerta de Casio decidida a jugar sucio.

Casio, todo hay que decirlo, disponía de varias residencias. En varias ciudades y países. Pero la que estaba a media hora en coche de la mía era un bonito edificio de varias plantas construido el siglo pasado. Una de esas casas que embellecían una ciudad. Yo había dejado el coche, su coche, aparcado en zona azul ante la verja que daba a un minúsculo jardín de baldosines de colores y cuatro tiestos con flores. Aunque se trataba de una calle céntrica, no era principal y apenas tenía comercios, así que no me fue difícil aparcar. Ya lo metería más tarde su dueño en el garaje.

Y allí estaba yo, con zapatos negros de tacón de aguja, un vestido de noche y la melena bien peinada y suelta. Delante del timbre de la verja. Sin decidirme a pulsarlo. Porque esta noche se decidiría mi destino. O, siendo menos melodramática, enteraría si él estaba interesado en mí a un nivel romántico. Pero, sobre todo, pensaba jugar al gato y el ratón, disfrutar al máximo por primera vez en mi vida como sólo una súcubo desatada podía hacerlo.

Se me humedeció la boca por el deseo. Y llamé. Esta espera era todavía mejor que la que precedía a una buena pelea.

*Ding-dong.* Enseguida escuché un *clip*, y la cancela de la verja se abrió bajo la presión de mi mano.

Crucé el camino de baldosines y me planté frente a la puerta de la casa, de madera y con un bonito arco tallado en la parte de arriba. Antes de que pudiera preguntarme si debería volver a llamar, se abrió y Casio me dio la bienvenida, tan apuesto como siempre e iluminado por los últimos rayos del sol poniente.

—Bienvenida.

Consiguió darles a tan pocas sílabas un tono tan peligroso y seductor. Mi corazón se aceleró. Empezábamos bien. Pero qué más daba, si él ya sabía lo que sentía por él.

Casio estaba arrebatador, con unos pantalones de tela de corte informal y un jersey fino que se ajustaba a sus anchos hombros y caía suelto desde sus marcados pectorales. Y, por supuesto, con ese pelo tan negro, muy corto y con un poco de flequillo, que se echaba hacia los lados. Y qué decir de sus rasgos, dignos de ser tallados en una estatua clásica. Y los ojos (¡qué ojos!), penetrantes, profundos, invitadores. Y esos labios, masculinos y sugerentes, curvados en una puñetera sonrisa irresistible.

Mi respiración se hizo más profunda, su aroma me penetró. Me costó contener un jadeo al anticiparme a lo que pronto haría con él. Pero no era el momento de servírselo en bandeja. Todavía no.

—Hola, Casio, ¿qué tal?

Se apartó del umbral y me dejó pasar guiándome por un pasillo de decoración sobria hasta llegar al comedor: una enorme habitación de al menos sesenta metros cuadrados que debía ocupar la mayor parte de la planta.

Caballeroso, me indicó que entrara delante de él y tomara asiento. Me señaló la mesa, que estaba puesta con un mantel de hilo blanco en un extremo, cerca de unas amplias cortinas que supuse taparían alguna ventana.

Aunque yo sabía que la caballerosidad era la menor de sus intenciones, pues pude sentir cómo devoraba cada centímetro de mi espalda desnuda, al igual que había hecho antes con el resto, aprovechando que yo lo había estado observando a él.

El vestido, por cierto, era un regalo suyo. Era lo que me había traído el mensajero poco después de levantarme. Una caja violeta llena de papel de seda añil. Y debajo de tanto envoltorio, había una tarjeta con su dirección y un precioso vestido de noche de mi nueva talla. No negaré que me supuso un alivio. Mi ropa se me había quedado pequeña de la noche a la mañana. Es lo que tiene envejecer unos siete años de golpe.

«No te olvides de nuestro acuerdo. Besos. Casio», decía una anotación suya en la tarjeta. Besos. Seguro que era una alusión a mi descaro en nuestra última conversación telefónica. Y el acuerdo. Yo sólo había acordado una cena. Nada de sellar un contrato de guardaespaldas con sangre. Pero ambos sabíamos que eso era lo de menos, porque lo que un vampiro de la talla de Casio deseaba lo tomaba sin más. El problema estaba en que yo no era la menor de edad que se pensaba.

Así que ahora Casio estaba admirando cómo la seda y el terciopelo morado de su vestido se ajustaban a mi cuerpo. El vampiro había demostrado un gusto impecable. No dudaba que era él quien lo había elegido, por muy ocupado que estuviese. La prenda se ceñía a mi figura como una segunda piel y caía recta desde mis caderas. Para alguien con tanta experiencia con las mujeres no le había resultado muy difícil calcularme la talla. Estaba tejido con seda morada y pequeñas violetas de terciopelo

que lo salpicaban por el escote y el estómago en unos bonitos diseños espirales. Dejaba la espalda al aire, y la tela al final de esta se arremolinaba en unas bonitas ondas. Carecía de mangas, se sujetaba a mi cuello a través de una tira de visón negro. Considerando que era una noche cálida para la época en la que estábamos y que había venido en coche, no me había traído ninguna chaqueta (en fin, como si tuviera alguna que no me quedara ridículamente estrecha). Por suerte mis pies no habían crecido y me había podido poner unos zapatos negros que no desentonaban.

Me dirigí hacia la silla más cercana, la única que tenía el servicio puesto, con paso deliberadamente lento y seductor. Si Casio quería ver lo bien que le sentaba a una súcubo un cuerpo adulto, adelante. No había nada más fácil que cimbrar mis caderas desde un buen tacón.

—Estás preciosa —se sentó en frente mirándome con deseo y también de un modo posesivo—. ¿Tienes hambre?

—¿Hambre?

Le sonreí ambigua. Porque dependía mucho de a qué se refiriera.

—Te he preparado la comida yo mismo.

—¿Sí? Qué amable.

Estaba tan concentrada en impedir que mi corazón se acelerara demasiado que ya no sabía qué contestarle. Que se tomara las molestias de hacer algo tan mundano e innecesario para su metabolismo como cocinar. Estaba claro que cuando este hombre quería algo sabía ser muy detallista.

«Me encantaría creer que es mi cuerpo y no mis poderes por lo que tantas molestias se está tomando».

—Un placer —me contestó.

Placer. ¿Esa palabra no debería estar prohibida? Porque estaba deseando dejar esta charla tonta de cortesía e ir de una vez a lo que me había traído aquí. Una súcubo como yo también estaba acostumbrada a tomar en el acto lo que deseaba.

—Ya imaginarás que no pienso dejar que te pase nada —continuó ante mi silencio cargado de posibilidades.

Las cuales rompió todas de golpe, por supuesto. Sí quería introducir un tema que me hiciese olvidar el hambre y me cabrear, no podía haber elegido otro mejor.

—¿Lo dices por lo del unifamiliar?

—Entre otras locuras tuyas. Pero sí, sobre todo por esa.

—¿Y quién eres tú para decirme lo que puedo o no hacer? Porque mi padre me parece que no.

—Ya que él no lo hace, alguien tiene que hacerlo. Una joven como tú no debería ir por allí jugándose la vida en vano. A partir de esta noche no vas ni a respirar sin que yo lo sepa.

—Olvidas que me gano la vida como cazarrecompensas. —Y el tío estaba tan

impasible. «*Yo me lo cargo*», pensé.

—No, no lo olvido. Pero sueles enfrentarte a presas de poca monta. No como ese nuevo tipo de vampiros. O el demonio del séptimo plano. Cuando Lucas me llamó y me contó en lo que estabais metidos y que encima habías entrado en la casa sin él. Violeta. Pensé que podrías haber muerto.

¿Preocupado por mí? ¿O por quedarse sin mis poderes? En todo caso, ojalá pudiera decirle que me cargué a dos señores demoníacos e hice huir a un tercero yo sola. Que no estaba tan indefensa como se pensaba. Pero no era el momento. Todavía no. No tenía intención ni de tranquilizarlo ni de dejar que me sacara de mis casillas con su actitud prepotente. «No vas *ni a respirar sin que yo lo sepa* —repetí sus palabras en mi cabeza—. Será engreído, chulo, machista y arrogante. Va controlar su línea si quiere, porque lo que es a mí».

—No voy a hacerte caso. Ni a firmar ese contrato para que puedas controlarme. —«Ni a mí ni a mis poderes, guapo».

—Querida, cómo decírtelo de un modo suave. ¿Cenamos primero o prefieres firmar ya el contrato? —«¿Qué? Casio... Maldito chupasangre controlador. Veo que vas a ponérmelo difícil».

Yo estaba cabreada, pero sus últimas palabras casi me hicieron saltar para darle una bofetada. Y eso que para ser medio demonio yo no era demasiado violenta. Pero semejante arrogancia era demasiado. Y encima, para acabar de joderla, sus palabras también habían activado todas las alarmas de mi cuerpo, algunas, porque otras se encontraban seducidas por completo ante la idea de ir directamente a lo que nos había reunido. Porque que el puñetero contrato, además de un intercambio de sangre, supondría algo mucho más carnal y delicioso. Algo a lo que Casio no se atrevería sin él autocontrol que le proporcionaría el que yo fuera parte de sus propiedades.

Encantador.

Pero yo tenía otros planes. Me tomé unos segundos para recomponerme y olvidar mi enfado. Mejor me centraba en aquello para lo que había venido aquí: Sexo, y su corazón en una bandeja.

—¿Cenamos? —Enarqué una ceja insinuante—. ¿Tú también? ¿Es qué vas a beber de alguna de las de tu ganado delante de mí? ¿O es que no te basta conmigo y pretendes proponerme un trío?

Flirteo y desafió, cosa de hembras. A ver si se creía que iba a ganarme en mi propio territorio.

Y como imaginaba la respuesta que iba a obtener mi sarcástica insinuación, abrí un poquito de esa compuerta al diezmo de todas las almas y quemé energía. Mucha. Con disimulo. Confiando en que centrado como estaba en mí no se fijara en nada que no fuera la bronceada piel de mi cuello. Se acercó a mí. Bingo. Se acabó eso de sorprender con su supervelocidad a la pobre súcubo.

—No juegues conmigo —me susurró al oído, mientras acariciaba donde latía mi yugular. Si... había venido por mí tan rápido como yo imaginaba—. Me gustaría sellar el contrato antes de poseerte.

Me estremecí con un deseo que no tenía nada que ver con mi naturaleza demoníaca. Pero. ¡De eso nada! Esta partida la pensaba ganar yo.

—Casio —dejé que mi aliento saliera entrecortado. Daba gusto cuando era de verdad y no fingido como cuando me trabajaba a la comida— no tiene sentido firmar el contrato. Como ya sabrás, ya no posees ninguna información que necesite. Ya he encontrado a mi hermana.

—No pienso dejar que salgas de aquí sin sellar con sangre ese contrato. —Su tacto sobre mi cuello era algo áspero y muy erótico.

—Vas a tener que obligarme. —Pese a lo que pudiera parecer por la situación, no lo estaba provocando. Quería dejar las cosas claras.

—¿Crees que eso va resultarme un problema? —Dejó quieto su pulgar y presionó sobre mi yugular. Abrió la boca para mostrarme los colmillos.

—Espera, Casio —coloqué uno de mis dedos sobre sus labios, a pocos milímetros de sus dientes. El corazón me palpitaba a toda velocidad y una parte de mí exigía que lo dejara continuar—, no puedo firmar tu contrato con el estómago vacío. Ni tampoco sin pelear para defenderme e intentar evitarlo.

Vi la lucha en la tensión de su cuerpo. El vampiro era todo ojos rojos. Pero seguía siendo Casio. Y el Casio que yo conocía no me forzaría a no ser que fuera por mi propio bien. Y desde luego no si escucharme primero.

Me soltó renuente y se separó varios centímetros de mí.

—¿Pretendes pelear conmigo?, ¿tienes ganas de acabar en el hospital?

—Casio —ronroneé guiñándole un ojo—, cuando tú y yo luchemos esa pelea que tu actitud controladora me lleva pidiendo a gritos desde que te conocí, será por mí vida o por tú alma. Y considerando que no tienes alma, más vale que gane yo.

Sí quería firmar el contrato sería por encima de mi cadáver. Desde luego, no podía permitirme el lujo el dejarle beber de mí sin haberlo agotado primero. Me gustaría seguir viva y esas cosas. Pese a mis nuevos poderes, si ahora tomaba mi sangre y hacíamos el amor, lo más posible era que, cuando me lo quisiera quitar de encima, ni todo el poder del pozo de las almas pudiera ayudarme. ¿Pero quién era yo para chafarle la sorpresa?

—¿Mí actitud controladora? —eso no le había sabido bien, me mostró otra vez los colmillos pero ahora con una amenaza latente—, ¿te refieres a intentar protegerte? —«¿Sabe este hombre lo peligrosamente seductores que son ese par de dientes?».

—¿Cómo si yo fuera un juguete o algo divertido y exótico, algo que reservaste para ti y para cuando te apetezca? Yo a eso lo llamo ser controlador.

—Puede que tengas algo de razón —se alejó rápido pero con delicadeza de mí y

volvió a su asiento—. No negaré que cuando te vi por primera vez noté que había algo en tú manera tan particular de ver el mundo que me atraía. Y por eso decidí arreglar algunas cosillas para que no te castigaran por haber matado aquellos primeros vampiros.

O sea que eso era verdad. Curiosamente, no me molestó demasiado. O al menos no como me habría molestado de cualquier otro. Y me ayudó a bajar un poco mi nivel de excitación hasta que me resultase más fácil controlar.

—Ya, una medio demonio que se venga de los asesinos de su madre. Conmovedor. —Me burlé—, ¿seguro que mi cuerpo de súcubo no tuvo nada que ver?

—Querida, si hubieras aumentado tu edad antes, no habría tardado tanto en obligarte a firmar ese contrato. ¿No podrías ponerte unos pocos años más? —Me miró de un modo terriblemente provocador y sugerente, como si pudiera ver más allá de mi vestido—. «Valla. ¿Será verdad, o forma parte de su seducción para firmar el contrato y hacerme así su esclava?».

—Creo que no. Paso de arrugas. No combinan con mi trabajo.

Nos quedamos mirando a través de la mesa. No se él, pero yo estaba sopesando si abalanzarme sobre él con un beso o esperar a después de la pelea. Porque pensaba agotarlo de tal manera que no le quedaran fuerzas para nada más que hundirse en mi interior.

Pasaron varios segundos. El aire entre nosotros parecía tan denso como mi deseo por él. Pero sabía lo que estaba en juego. Intentando pensar en cualquier otra cosa que no fuera su cuerpo (lo ajustado que le quedaba el jersey, esas manos que parecían estar dispuestas a torturarme donde yo quisiera, sus labios jugosos ocultando sus colmillos), meforcé a esperar.

—¿Esto es para mí? —Señale una fuente tapada.

No es que tuviera ese tipo de hambre, pero lo más sensato era cambiar de tema.

—Tú cena. Me ha parecido que con un plato bastaría. Sobre todo porque dudo mucho que pueda esperar lo suficiente como para que tomes algo más.

«Joder, Casio —me exasperé—. Deja de ponérmelo tan puñeteramente difícil. ¿Es que te piensa que yo no estoy ansiando probar el sabor de tú cuerpo? Pero sé lo que intentas, que me olvide de lo que según tú debe de ser otra de mis tonterías sin talento y acepte ya el pacto. Ja. ¿Te suena lo de que antes se helará el infierno?».

Levanté la tapa de la fuente. Salió un humeante olor a carne y a verduras especiadas. Me serví la mayoría del filetón poco hecho (hum, como le había pedido) con verduras y comencé a comer.

—Delicioso —alabé con sinceridad—. ¿Lo has hecho tú?

—Una vieja receta.

—Curioso cocinero, un vampiro. Por aquello de que no puedes probar la comida.

—Pero puedo olerla.

*Como a ti*, quiso decir el calor de su mirada cada vez más roja. ¿Hambre o deseo? Yo apostaría por ambas. No hay nada que excitó más a un vampiro que jugar con la comida antes de llevársela a la cama.

—Tranquilo —pestañeeé dejando que mis ojos por fin tomarán el ámbar que yo llevaba tanto tiempo sintiendo—, tengo temas aburridos que tratar contigo mientras saboreo tú cena.

—¿Aburridos? —Por su tono algo contrariado parecía que no era lo que tenía en mente.

—Sí, como por ejemplo qué era eso que estabas haciendo ayer tan importante para él Consejo.

«¿Ves, Casio? —pensé—. Yo también sé echar jarros de agua fría. Esto por las calabazas del otro día».

—En realidad, estaba reunido con el otro Triunviro, decidiendo cuál va a ser nuestro próximo paso —me contestó muy serio, como si lo que casi acababa de pasar entre nosotros hubieran sido imaginaciones mías.

Parecía que el vampirito renunciaba por ahora a eso de hacerme suya.

—Planeando estrategias. ¿Y eso es más importante que yo?

Tomé un sorbo de la reserva de vino tinto cuya botella estaba abierta a mi lado.

—Más bien no es muy sensato hacer esperar a tú abuelo.

—Eso ya lo sé, pero no sé qué tiene que ver mi abuelo con tu Triunviro.

—¿Qué el tercer Triunviro es él?

Estos días era como si el cosmos se alineara para dejarme sin palabras. Menos mal que yo no creía en esas cosas.

—Vale —le contesté una vez lo hube asimilado. Y en cierto modo tenía sentido—. O sea que el núcleo del poder del Consejo lo formáis tú, una celta y mi abuelo. —«Genial; si me caso contigo todo queda en casa. Secretos incluidos. Mientras no metamos también a la celta»—. Encantador. Supongo que tendría que haberlo imaginado esta mañana, cuando mi padre me ha comentado que mi abuelo os ayudó en el siglo XII. Parece ser que no lo hizo a cambio de nada.

—Eso es, eres rápida. —«También lo soy cambiando de estado de excitación. Cómo los átomos».

—¿Sumando dos más dos? No me digas. —Hizo caso omiso a mi comentario.

—En fin, ahora que sabes que estábamos hablando sobre cómo proceder con esa nueva raza de vampiros, ¿tienes algo más que preguntarme?

Y me lo dijo lanzándome una mirada insinuante, una que hacía que las palabras ardiesen (*¿o podemos pasar al postre?*), en el aire que respiraba. Genial. Esto no era más que una falsa tregua. Y me parecía perfecto, pues no había venido aquí para hacer de ratón.

—Claro, aún me queda más de medio plato por comer —le sonreí con toda la



inocencia que fui capaz de aparentar—. Para empezar, considerando que fue mi abuelo el que me dio la dirección de la casa, ¿cómo no fuiste tú primero por la Triunviro?

—Porque no lo sabía. Se supone que estábamos intentando localizar la casa donde retenían a Aldana —se lo veía bastante molesto—. ¿Y él si lo sabía? Esto me hule a uno de los trucos de tu abuelo, como si me hubiera estado reteniendo con esa reunión que de repente era tan urgente, para que no pudiera ir a ayudarte. ¿Se te ocurre por qué?

Chico listo. ¿Que si se me ocurría por qué? Hum, a ver. ¿Para qué no supieras que yo ya era mayor de edad?

—No —y dudaba mucho que con la cacofonía que debía mandarle mi corazón y el resto de mi cuerpo, electrizado por su proximidad, pudiera detectar mi mentira—. Como si yo hablara con él todos días. Aunque por cierto, mi abuelo dejó caer que en mi cumpleaños me esperaba alguna sorpresa. Ya que vosotros habláis a menudo, dime, ¿te ha comentado algo?

—No es muy propenso a hablar de su familia. Tú incluida. ¿No te dijo qué tipo de sorpresa? —Me pregunté cuál de los dos era mejor haciéndose el inocente.

—No. Por cierto, ¿sabías que mi padre estaba vivo?

—Me he enterado esta madrugada, cuando me ha convocado Lucas. Toda una revelación. ¿No sabrás a qué vino semejante teatro?

—No.

Nos volvimos a quedar mirándonos. Estaba claro que él no sabía que mi cumpleaños ya había sido. Y posiblemente no me mintiera en lo de mi padre. Pobre. Se enteraba aún menos que yo. Pero era un vampiro bimilenario, y seguro que se olía algo.

—Casio —susurré sin dejar de observarlo, en parte por comprobar si su expresión me revelaba más información, y en parte por no estar desprevenida si me atacaba de repente—, me parece que estamos empatados.

Se relajó y se echó a reír con una carcajada sincera que consiguió romper la tensión.

—Tienes razón, Violeta. No negaré que no esperaba menos de esta velada.

—Bueno, ya casi he acabado de comer —comenté perezosa—, pero creo que aún tiene tiempo de contarme qué habéis averiguado con respecto a los tipos de anoche.

—Poca cosa. Las direcciones que conseguimos habían sido abandonadas en su mayoría. Alguien debió de avisarles. Cualquiera, desde un señor demoníaco hasta algún vampiro que pudo escapar. Y a los pocos que capturamos vivos en la casa no les hemos sacado gran cosa. Sí quieres, otro día te doy los detalles. No te queda tanta cena. —Me sonrió malicioso.

—Cierto —jugueteeé con las cinco verduras y el trocito de carne que quedaba en

el plato—. Pero puedo comer más despacio o incluso repetir. No querrás ser un mal anfitrión, ¿no?

—Lo que desees, querida.

Hum. Un poquito malo sí quería que fuera. Pero no todavía. Aún no había ni empezado con él.

—Yo maté a dos vampiros al principio en el jardín —volví al tema anterior—. Tenían menos poder del que aparentaban. ¿Podrían ser alguna especie de primer intento de robo de poderes que no había salido demasiado bien?

—Podría ser. Pero no puedo afirmarlo sin datos. Ya les diré a los del laboratorio que analicen con detenimiento las muestras que tomamos de sus restos. Y por cierto —continuó tras una breve pausa—, te recuerdo otra vez que, una vez que hayamos firmado el contrato, no vas a volver a irte por allí a jugarle la vida sin mi consentimiento. No pienses que por haber cambiado de tema me he olvidado de que casi te matan.

—Bien.

Qué pesado. Pues esta vez no tenía ninguna intención de picar y enfadarme para ponerle fácil lo de firmar el contrato. De eso nada.

«Además, Casio —me regodeé en mis pensamientos—, ¿de verdad ibas a tener a una súcubo bajo tu control y ordenarle sólo algo tan poco imaginativo?».

—¿Bien? —se mostró extrañado—. ¿Deseas entonces preguntarme algo más antes de que pasemos a la firma?

—¿Y cómo se sella ese contrato exactamente?

—Con sangre. La mía y, la tuya.

No vampiro, esta vez no has podido ocultarme el deseo latente en tu voz enronquecida al pensar en perforar mi piel y tomarme...

—Vaya.

Ladeé la cabeza con levedad, como quien no quiere la cosa, lo justo para que los mechones de mis cabellos se deslizaran y dejaran a la vista mi garganta. A continuación, provocadora, me metí el último trocito de comida en la boca y lo bajé con un sorbo de vino, dejando que mis labios remolonearan en la copa.

—Casio.

—¿SÍ?

Podía notar cómo su poder se expandía, una especie de aura ondulante y translúcida cada vez más poderosa, crepitando como si quemara el aire que había entre los dos. Vaya qué cosas más interesantes me había perdido cuando no tenía tantas almas para aumentar mis sentidos. Sus ojos rojos no eran nada comparados con esa oleada de energía que devoraba el espacio entre nosotros y parecía querer agarrarme.

—¿Qué es esa triunviro celta para ti? —Me lancé antes de que intentara

morderme.

«Hora de la verdad —pensé—. Y cómo te la tires la mato».

Su aura (por llamarla de algún modo) se congeló. Dejo de ondular. Y se retiró de vuelta hacia él vampiro.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Es tu amante?

—¿Celosa?

—¿Lo es?

—No. Es hija de mi primera esposa.

Vaya. Menos mal. No estaba colgado de la celta. Mí pulso se desbocó, porque eso dejaba abierta la posibilidad de que lo estuviera de mí.

—¿Has tenido muchas esposas? —Ni de broma logré sonar indiferente.

—Pocas, considerando lo larga que ha sido mi vida al servicio de la noche. ¿Es que vamos a hablar de mis mujeres? —Me sonrió.

Su aura comenzaba a expandirse otra vez hacia mí. Pero esta vez con lentitud como tanteándome.

—No, más bien vamos a luchar si quieres ese contrato.

Me levanté. Era un momento tan bueno como cualquier otro. Y yo, imaginando lo que sería recorrer ese cuerpo hercúleo con mis labios, que se enfebrecían sólo de pensarlo, ya no aguantaba ni un minuto más de retrasar lo inevitable.

—Por cierto —le pregunté—, ¿por qué tanto empeño en firmarlo?

—¿Para protegerte? ¿Y porque te deseo? —Susurró con tanta pasión que casi me arrancó un jadeo por respuesta.

Y el muy puñetero seguía sentado, con su poder expectante. Los ojos chispeantes en rojo y mirándome como si hubiera dicho algo entretenido.

—No cuela. Para eso no empleas sellar nada con sangre.

No por haber puesto su lujuria en palabras dejaba de ser un maldito manipulador mentiroso.

—Entonces, ya que pareces tan empeñada en medirte conmigo —percibí su típica superioridad, así como algo más que un asomo de diversión en su voz—, sácamelo luchando.

Y su aura se abalanzo sobre mí.

Abrí la compuerta. Toda. De golpe. Esto iba a ser divertido. ¡Sí!



Noté una oleada brutal de poder que llenaba todos y cada uno de los espacios de mi ser. Mi vello se erizó, mis ojos brillaron en ámbar, mis músculos se tensaron. Veía más lejos. Oía mejor, lo olía con más intensidad. Y tuve que contenerme para no sacar los cuernos por la excitación, o los dientes, o las garras, o cualquier otro de mis atributos súcubo mejorados.

Lo logré a duras penas. No era cuestión de enseñarle de golpe todas mis cartas. Quería jugar un poco con Casio. Quería atormentarlo hasta volverlo loco de deseo. Quería oírle gritar exigiendo el sabor de mi sangre y de mi cuerpo. Por mi seguridad. Y, sobre todo, por puro y duro rencor. Demasiados años de no poder hacer nada ante sus insinuaciones y de inclinar la cabeza ante su poder.

Observé cómo el triunviro y su aura iban hacia mí a una velocidad que, aunque yo sabía que no habría sido capaz de detectar antes, ahora me parecía incluso lenta. Permanecí inmóvil, como si no lo viera venir, para que no notara nada. Y jadeé de sorpresa (de aquí al Oscar. Y yo que pensaba que, excepto en la cama, fingía fatal) cuando me estrechó entre sus brazos. Todo mi cuerpo contra el suyo, vibrante. Y sus labios, cálidos, pegados a mi cuello.

Bien *querido*, iba a ser un gran placer aguarde la fiesta.

—Me parece, Violeta —me susurró con un tono de voz tan acariciador que lo sentí retumbar en mis huesos—, que primero probaré tu sangre y firmaremos el contrato. Lo siento, pequeña, ya lucharemos otro día.

«¿Pequeña?», pensé. Y aproveché que estaba sacando los colmillos para darle un buen rodillazo en los testículos y soltarme de su abrazo. «¿Qué pasa, Casio?, ¿he sido tan rápida que no me has sentido moverme? ¡Sorpresa!, se acabó lo de ser el jodido correccaminos. Mala suerte, amigo».

—¿Duele? Uy, perdona, creo que has llegado tarde —le contesté, sonando todo lo inocente y puñetera que pude.

Lo había dejado atónito al haber sido capaz de moverme a tal velocidad. Aproveché para escaparme corriendo hacia la pared opuesta del salón, sorteando un par de butacas.

Agarre dos sables colgados en la pared, que como había supuesto eran de verdad, y le lancé uno a Casio.

—¿Violeta? ¿Desde cuándo eres tan rápida?

Lo atrapó en el aire forzando sus reflejos con evidente esfuerzo. Buen tiro. La primera vez que veía sudar a un vampiro. Sobre todo a uno milenario.

Dejé que mis nuevos cuernos crecieran, se estiraran mis colmillos y salieran mis espolones. Y le sonreí con deleite y malicia.

—¿Tú qué crees? Desde que fue ayer el día en el que me conecté al poder del diezmo de las almas. Buen intento, chupasangre. Pero no pienso firmar ese contrato.

Lo oí reír. Con esa risa suave, masculina y profunda que me resultaba tan erótica. Mis ojos se volvieron aún más ambarinos. Si no fuera porque estaba pletórica de almas se habría abierto el apetito.

Y esa brevísima distracción me costó que su sable casi me diera un tajo. Por suerte me sobraba energía para quemar. No tanta como el día de mi mayoría de edad, pero más que suficiente. Moví los brazos a una velocidad imposible y paré con mi arma su ataque. El golpe resultante fue tan brutal, tan inesperado, que el sable casi se me fue de las manos. Muy interesante esta nueva fuerza mía. Y la de Casio, porque estaba empleándose a fondo, como nunca le había visto. Y se las ingeniaba para contrarrestar cada uno de ataques. Claro que, a mí me pasaba lo mismo con los suyos. Estaba siendo una delicia luchar sin ningún otro objetivo en mente que desnudarlo.

El primer corte fue accidental. Iba por su brazo (los vampiros de su nivel regeneran enseguida), pero se echó para atrás y corté parte de la manga. Quedó al descubierto un poco de su fascinante antebrazo. Y no pude evitar preguntarme si sus bíceps y hombros tendrían unos músculos igual de delineados. Mi siguiente golpe fue a propósito contra su ropa, y conseguí develar unos abdominales que quitaban el aliento y te hacían desear recorrerlos hacia abajo, muy hacia abajo. Y él se dio cuenta, porque atacó con renovado ímpetu mi vestido, y consiguió abrirle una enorme raja entre el medio de las piernas.

—Gracias —estaba excitada y entregada por completo a nuestra pelea—, con un vestido tan estrecho no podía hacer, ¡esto!

Y adelantando una pierna y flexionándola, me coloqué en Gunnun Sogi. Postura que, con mis nuevas y bien torneadas extremidades de adulta (medio reveladas por el vestido), hacía más por romper la concentración del vampiro que cualquier ataque.

—¿Ves? —me comentó sugerente sin dejar de devorarme con la vista—. Si

quieres inventar el strip-sable, por mí de acuerdo. No está mal para una primera cita.

Sus ojos estaban al rojo vivo. Dudaba mucho que pudiera mantener el control sobre sí mismo mucho tiempo más.

—¿Primera cita? ¿Eso es lo que es, Casio?

Le lancé un ataque frontal en estocada sintiendo el poder de mis músculos, aumentados por la energía de las almas.

Se apartó y yo continué, esta vez con un giro tanto de mi cuerpo como del arma. Adivinó mi trayectoria y volvió a esquivarme. Aprovechó para lanzarme una patada baja. A duras penas la evité. Casio, una vez reevaluada la situación, se estaba entregando a tope y era más duro de lo que pensaba. Incluso con este nivel de poder, él era tan bueno que yo podía pelear sin contenerme. Mi compañero de cama ideal.

La lucha, una rápida sucesión de golpes y contragolpes que cada vez revelaban más de nuestros cuerpos, nos fue dirigiendo de vuelta hacia la zona de la estancia donde habíamos comido. Y aunque la cantidad de tajos en nuestra ropa era brutal, apenas había transcurrido unos segundos. Cuando él ya no pudo continuar retrocediendo porque tenía la mesa a su espalda, saltó, se agarró a la lámpara del techo que estaba cerca de su cabeza y aterrizó de pie sobre la mesa. Entonces curvó sus labios, esos deliciosos e irreverentes labios en una mueca burlona.

—¿Qué pasa, Violeta?, ¿te has quedado en mala posición para atacar? —Lo cierto era que, más de medio metro por debajo de su altura, yo estaba en clara desventaja.

—¿Te has cansado ya de jugar como una niña? —Se volvió a burlar.

Uy, eso pretendía provocarme. Llena por las almas y su impronta que, mal que me pesara, algo me afectaba, piqué como una tonta. Y con una fiera sonrisa salte hacía él, orientando mediante un amplio movimiento de brazos la hoja de mi sable para que le diera un tajo en pleno torso.

Pero él, que se lo esperaba, se tumbó de espaldas dejándose caer. Recogió sus piernas doblando las rodillas hacía mí mientras caía y colocó las plantas de sus pies en mí estómago, aprovechando que yo estaba en pleno salto. Y con su espalda firmemente apoyada en la mesa, estiró las piernas. Me vi impulsada contra las cortinas. Que ocultaban una ventana. Cerrada. Por suerte no tenía persiana.

¡¡¡La madre que lo parió!!!

Atravesé de cabeza el puto cristal y aterricé en un jardín de tamaño medio que tenía el vampiro detrás del edificio. Encima de gravilla, para acabar de hacerme cortes y contusiones superficiales con las malditas piedras.

Bueno, superficiales, superficiales. Gracias a las cortinas, que me habían protegido de lo peor de los cristales, no tenía nada demasiado profundo. Pero eso de superficiales. Porque si bien me dolían un montón de zonas de mi cuerpo, mi hombro derecho se había llevado el premio. Como me las había ingeniado para caer rodando, aproveché el impulso para levantarme y colocarme mirando hacía la ventana. Que por

cierto no era tal, sino una puerta de cristal. Parte de las cortinas salían a través de ella, salpicadas de rojo. Sería medio demonio, pero el color de mi sangre era el de la parte humana. Y las cortinas dejaban un hueco por el que se veía a Casio sentado con comodidad encima de la mesa. Me observaba burlón. Este se iba a enterar. Puede que estuviera deleitada por su manera de pelear, pero también furiosa. Así que, arrancando un trozo de cristal nada desdeñable de mi hombro y haciendo una cura improvisada con un retal de mi vestido, lo fulmine con la mirada.

En cuanto a lo de mi vestido, no era tan fácil como parecía porque estaba muy desgarrado entre el stripsable y la caída. Pero encontré una tira ancha y larga en la parte de la falda, con lo que lo dejé colgando por apenas un poco más abajo de mis caderas.

«¿Crees que una súcubo con un vestido de noche destrozado y llena de heridas es divertida? —Pensé irritada—. Querido, tú aún no has visto a la muerte en tacones. Y ya es hora de que tome lo que deseo de ti».

Saqué mis alas, las desplegué por completo, más de tres metros de sedosa negrura de punta a punta, y lo llamé con mi dedo índice.

—Vamos. Vampirito, vampirito —vale, no era un gato, pero como si lo fuera—, ven aquí si quieres comer.

Visto y no visto. Para cualquiera que no tuviera mis sentidos aumentados, claro. En una mínima fracción de segundo se colocó a mi lado, sin el sable (bien, porque yo también lo había soltado), con el jersey y los pantalones tan hechos jirones que no ocultaban nada de su poderoso cuerpo. Me observaba a menos de tres dedos de mis labios.

—¿Y esas alas? —Me acarició seductor con la mirada—. No me malinterpretes, no es que antes no estuvieras impresionante, pero ahora pareces una incitante diosa oscura.

No me extrañaba, con las alas extendidas, el rostro encendido por la pelea, el cuerpo firme y curvilíneo y apenas cubierto por cuatro jirones de ropa, y, sobre todo, por los hipnóticos hilillos de sangre que tatuaban mi piel.

—El diezmo. Y gracias por el piro.

Curiosa conversación para ser mantenida con un vampiro a punto de perder el control, tanto de su lujuria como de su sed. Estaba tan cerca de mí que sentía cómo la noche condensaba su aliento.

—No esperaba este nivel de poder. Y créeme que esperaba mucho. —Su atención estaba fija en mí, pero no precisamente en mi rostro.

—Ni yo que fueras tú el que jugara sucio y me tirara por la ventana.

Entiéndeme, no es que esté demasiado enfadada, es que ese tipo de trucos suelen ser míos. No tuyos.

—Eso es, Klynth' Atz, porque no suelo enfrentarme a alguien de tu poder. Ya que

no tengo reparos en usarlo si los necesito. ¿Duelen? —Supuse que lo de referirse a mí por ese nombre era un modo de mostrarme respeto.

—¿Quieres probar?

Le señale tentadora una de las heridas a las que se había referido, en concreto un profundo arañazo carmesí sobre uno de mis pechos, uno que el vestido destrozado no conseguía ocultar.

Sonrió y se inclinó sobre mí. Y me lamió. Con un barrido lento y sensual de su boca. Sus ojos ardientes se hundían en los míos. Su tacto, húmedo y suave, me provocó escalofríos. Oí cómo expulsaba el aliento contenido. Su mirada enfebrecida me hablaba del sabor de mi sangre. Sus dedos bordearon la zona para acabar sujetando mis pechos. Con ambas manos. Succionó de modo intenso y erótico, en un intento de sacar más jugo de esa herida que, debido al enorme flujo de poder que me recorría, ya se estaba cerrando.

Arqueé la cabeza extasiada en cuanto probó mi sangre. Sabía que los vampiros tenían un efecto sexual en sus víctimas, algo así como atontemos al ganado para que se deje comer. Un salto evolutivo sobre los mosquitos. Pero no me esperaba esto. Sería que, por mi naturaleza, yo no necesitaba demasiados estímulos.

Electrizada por las caricias de sus manos y por la sublime mezcla de dolor y placer que se desplazaba en oleadas por mi torrente sanguíneo, enredé mis garras entre sus cabellos y, viva, feral, grité. Un sonido visceral, cargado de éxtasis. Después solté su cabeza y lo abracé apretándolo contra mí. Y extendiendo mis alas eché a volar con él entre mis brazos permitiendo que la brisa nocturna me ayudara a recuperar la cordura. Subí alrededor de cuarenta metros en vertical. Deposité un beso suave en sus cabellos. Y los solté.

El pobre, como no había estado usando sus manos para sujetarse a mí, cayó como una piedra. Sonreí. Cuando llegó al suelo, entre el golpe y el verse arrancado de la cálida sangre y la tersura de mis pechos, perdió todo rastro de control.

«Bienvenido, demonio —pensé complacida—. He disfrutado esperándote».

Y salto hacía mí.

Diez metros, incluso veinte, no suponían problema para un vampiro milenario. Pero cuarenta ya eran demasiados. Porque eso era lo que había ascendido, impulsada por el rauda batir de mis alas. Observé desde lo alto sus intentos. Me gritó, frustrado. Sus rasgos habían perdido ya toda semejanza con la cordura humana. Pobre gatito, qué pena me daba.

Porque en ese estado no era rival para mí. Necesitaba algo más que movimientos instintivos para cazarme. Sonreí tranquila. La escasa iluminación de la calle de al lado hacían difícil que alguien me distinguiera. Me dediqué a acercarme a él de forma tentadora, una y otra vez, para apartarme en el último momento. Como una diosa oscura volando bajo la noche sin luna.



Al cabo de una par de minutos de frenéticos y descontrolados intentos de atraparme, los movimientos de Casio se ralentizaron por el cansancio. Y yo, con mi acceso al pozo abierto de par en par, tan fresca como al principio. Había regenerado del todo los pequeños cortes y las herida del hombro, pero todavía experimentaba esa deliciosa sensación de placer que me había dejado deseando más, deseando encontrarme con los colmillos y las caricias de Casio.

Bajé, segura de que podría controlarlo cuando intentara devorarme. Es decir, si Casio se hubiera dedicado a hacerme el amor y a beber de mí al principio de la noche, además de que me habría quedado con las ganas de una buena pelea, con seguridad me habría matado. Sería milenario, pero la sed y la lujuria eran los rasgos demoníacos que más les costaba controlar. Y a mí no me apetecía acabar como cena, enganchada a una succión mortal de la que no pudiera soltarme por la debilidad propia de la pérdida de sangre. Pero ahora, con él agotado, era diferente. Ni siquiera tenía que temer que perdiera el control; ya lo había hecho. «Y por mi parte estoy deseando perderlo. Tú eres un vampiro, no tienes alma que pueda devorar».

Estremeciéndome en anticipación, me posé en el suelo y abrí los brazos, ofreciéndome ante sus ojos de predador hambriento y desesperado.

Y enseguida me encontré en el suelo (puta gravilla), con él encima y con sus colmillos, que perforaban la piel de mi cuello. La fiebre de tenerlo, de poseerlo, comenzó otra vez. Era Casio, el hombre que llevaba más de una década deseando tirarme, deseando reclamarlo, besarlo, arrancarle la ropa, fundirme con él, memorizarlo. Le permití beber. Por fin me sentí libre, plena, gloriosa. Le dejé hacer. Era increíble cómo alguien podía recorrer cada parte de tu cuerpo con sus manos sin separar sus labios de tu cuello. Cómo podía encenderte en deseo, hacer que lo ansiaras hasta la locura, para entonces desclavar los dientes y deslizarse, y dejar un reguero de tu propia sangre sobre tu cuerpo, hacia el ombligo, hacia el pubis, en busca de donde clavar nuevamente sus electrizantes colmillos. Demasiado. El efecto de sus mordiscos amplificaba mis propios poderes de súcubo. Mi último pensamiento coherente, antes de sucumbir a las oleadas de placer que me recorrían, fue que iba a ser el mejor polvo de nuestras vidas.

(Éxtasis, mareas ininterrumpidas de delirio, sus dientes otra vez en mi cuello, otra vez en mi cuerpo y él dentro de mí. Placer infinito sostenido en una espiral sublime y oscura. Un hombre cuyos deseos más profundos eran tan instintivos y aterradores como mi propio ser).

En lo de que había sido el mejor polvo de mi vida estuve totalmente de acuerdo cinco minutos después. Cinco, no diez como él había pronosticado. Había que tener en cuenta que, considerando nuestras velocidades aumentadas, cinco minutos podían ser una auténtica eternidad. Por eso, saciada por primera vez en mucho tiempo, separé a la fuerza su boca de mi cuello. Me llevé un feo desgarrón. Menos mal que lo

regeneraría rápido. El pozo me daba unos poderes curativos dignos de un vampiro.

Volé fuera de su alcance. Me deleite con su impresionante y sudoroso cuerpo desnudo, esperando que no tardara demasiado en volver a ser él mismo. Después de todo, se había alimentado. (Y yo no había tocado su sangre. Del contrato, nada). No pude evitar pensar que, aunque me lo había pasado muy bien provocándolo y cansándolo primero, seguro que si él cooperaba había otros métodos para que pudiéramos acostarnos sin tanto juegucito previo. ¿He dicho ya que a las súcubos no nos gusta esperar?

Esta vez no tuve que hacerlo demasiado.

—Violeta. —Podía hablar. Eso era que ya estaba bien—. ¿Qué has hecho?

—¿No lo recuerdas? —Le sonreí provocativa.

—Sí que lo recuerdo. Eres.

Vaciló unos instantes. «¿Qué ibas a decir? —Pensé desafiante—, espero que algo del estilo cojonudamente buena».

—Es igual —continuó—. ¿Sabes que podría haberte matado?

—¿Te recuerdo que tú comenzaste a beber de mí antes de perder el control?

—Cierto, pero no pretendía perderlo. Solo sellar el contrato. Por cierto, ya puedes bajar. No voy a hacerte nada.

—¿Nada que no me hayas hecho ya? —ronroneé.

—Violeta, baja.

Odiaba cuando se ponía en ese plan adulto. Como se comportaran así todos los vampiros después del sexo, casi mejor que la mataran a una.

—¿Y bien? —bajé.

—Toma.

Arrancó dos trozos de cortina y me tendió uno. ¿Ahora con timideces? ¿O es que le daba reparo que pudiera verle algún vecino? No es que hubiera ninguno cerca, pero si alguien nos hubiese visto, que estuviéramos desnudos sería lo último en lo que habría fijado.

—¿Y esto?, ¿es que tienes frío?

Enarqué una ceja y procedí a taparme enrollando el trozo de cortina como si fuera una toalla y yo estuviera saliendo de la ducha. Algo parecido a lo que hizo Casio.

—Más bien para evitar repetirlo.

—¿Es qué no te ha gustado? —amagué un mohín pícaro.

—¿Tú no sabes que no es bueno jugar con los muertos?

—Cielo, soy medio súcubo. Tampoco es bueno jugar conmigo.

—Anda, entremos.

Le seguí por la destrozada puerta corredera hasta el salón. ¿Ventana? Hay que ver lo mal que apreciaba una las cosas cuando las estaba atravesando.

Él se sentó en un sofá que estaba apartado en una esquina de la espaciosa sala. No

había más muebles cerca. Me quedé de pie con los brazos en jarras. Sí creía que iba a convertirme en una gatita mansa que se acurrucara a su lado, lo llevaba claro.

Me humedecí los labios dejando entrever mi lengua de un modo malicioso, y pasé a la parte final de esta batalla con el hombre más sexy pero exasperante que conocía.

—Casio..., lo tenía todo controlado.

—Claro, descontrolarme incluido.

—¿De verdad crees que te habrías limitado a tomar un poco de mi sangre y ya está? Perdona, pero por cómo me estabas sobando los pechos dudo mucho que eso fuera lo que llevaras en mente. Además, en la cena hablaste de poseerme.

Su actitud me enfadaría si no fuera porque no esperaba de él que, después de haber llegado al éxtasis y haberse alimentado con mi sangre, estuviera comiendo de mi mano.

—Bien. Un punto a mi favor de que no deberíamos haber empezado a luchar.

—Claaaro, sólo aprovéchate de la pobre súcubo, forzándola a un contrato de sangre para robar el poder al que estaba a punto de acceder al hacerse mayor de edad —le sonreí—. ¿He de disculparme por haberte jodido el plan?

Lo que yo decía, este tío estaría buenísimo, pero era insufrible. Si algún día me encontraba a Cupido, pensaba decirle un par de cositas.

—No me hables en ese tono. Soy un miembro del Consejo. Y no soy imbécil. Si he esperado hasta ahora es porque se suponía que unas horas antes de tú cumpleaños estarías más receptiva que nunca al contrato. Y lo de poseerte, por si no te ha quedado claro, se refería a después de firmar el contrato. Es más fácil controlarse con alguien de tu propiedad. No preguntes por qué.

Qué amable vampirito. «Pero no, guapo. De tu propiedad, tus vástagos, porque lo que es yo.».

—Y yo soy nieta del rey de los demonios del segundo plano más poderoso y aliado tuyo. Acostúmbrate a que ya no te trate con tantos miramientos, oh, miembro del Consejo —alguien tenía que divertirse bajándole los humos, y con mis nuevos poderes yo era la candidata perfecta—. Y por cierto, quién te dijo lo de las horas de antes, ¿mi abuelo? —me burlé.

Su silencio me confirmó que había acertado. Me eché a reír. Sería inocente. Y por cierto, gracias, abuelo, una fiestecita de mayoría de edad de lo más entretenida, Quitando el atracón de almas, en cuanto a sangre y sexo había sido como las que solías dar en tu plano.

—Bueno, visto que no vamos a llegar a ninguna parte porque eres una cría cabezota, lo mejor será que t...

—¿Cría cabezota? No, cariño —me encantaba ser yo la que lo puteara llamándolo así—. ¡El único cabezota y además arrogante que hay aquí eres tú! Y tener dos mil años más que yo no te da derecho a llamarme cría —me encogí de hombros.

—Dejémoslo. Ya entiendo que no quieres el pacto y ahora no puedo obligarte. Pero esto no va a repetirse más. —Ya empezábamos.

—¿Es que ha sido tan desagradable? —Coloque mis manos en mis caderas y me incliné hacia él. Parte de la cortina se deslizó por mi escote—. Porque no es lo que me ha parecido.

—Es peligroso para ti.

—Como para todas tus amantes.

—No es lo mismo.

—¿Por qué? ¿A las humanas o a las vampiresas las puedes desangrar y a mí no?

—Mis humanas eligen voluntariamente que me alimente de ellas, con la esperanza de que las convierta. Saben a qué se arriesgan si me descontrolo. Y las vampiresas no me dan ninguna pena. Sí se lían con un vampiro más fuerte para aprovecharse de su poder e influencia en el Consejo, deberían saber a lo que se exponen.

—Yo también lo sé.

—Es distinto.

—¿Por qué? —me acerqué unos centímetros más.

—Porque a ellas no las quiero.

No pude evitar iluminarme casi de manera literal. El sentimiento de felicidad que me embargó relegó a un lado el jueguito que me llevaba con él. El canal, que estaba cerrado en parte, se abrió de golpe. Mi piel relució aún más impoluta y bella con su poder.

—¿Es qué he oído bien? ¿Me quieres?

Exhalo el aire contrariado. Después se puso aún más serio, se levantó para acercármeme y tomó mi mano. De un modo que era a la vez rudo, suave y firme. Me estremecí al recordar el tacto de esos dedos, ardientes y despiadados, sobre mi piel. ¿Era este su modo de contestarme?

—Porque —continué—, sé que sabes lo que siento por ti. De hecho, creo que lo descubriste antes que yo.

—Por lo del permiso para entrar a tu casa, ¿verdad? —medio sonrío.

—Ajá, Engreído. Como si semejante conocimiento te hubiera hecho falta. Pero da igual —acerqué mis labios a los suyos y me mordí la lengua para que brotara una gota de sangre—, sé que me quieres.

Se estremeció de deseo. Tragó saliva y me contestó.

—Violeta, ese el problema. Si no te quisiera, no me descontrolaría así. Me afectas de tal manera que apenas consigo mantener la cordura que me costó tantos siglos recuperar —y le estaba costando ahora, por cómo temblaba su voz—. No es fácil ser un no muerto y saber lidiar con la sed y la lujuria. Tú lo sabes. Te pasa algo similar. De hecho, estos últimos días que estabas tan irritable era por la cercanía a tu mayoría

de edad. De algún modo, el canal del diezmo se estaba formando y te afectaba.

«¿Era por eso? —pensé—. Y yo que lo achacaba a haber removido en los recuerdos de mi madre.»

—Por eso —continuó—, aunque me encantaría ser tu amante, no puedo. Espero que no te sientas ofendida.

—Eres un cabezota —le obsequié con mi mejor sonrisa, mojando mis labios con mi sangre. Si me quería, ya era mío. Daba igual lo que pensara—. Por suerte yo también. A ver, Casio, ¿no crees que si no has podido conmigo esta vez es porque yo puedo contigo? ¿No ves lo fuerte que me han hecho los cincuenta y cinco? Además, seguro que conoces alguna versión vampírica de las cadenas de plata de los hombres lobo.

Sonrió como si se imaginara a sí mismo encadenado para no poder herirme mientras yo lo montaba. O algo así. Y cada vez le costaba más apartar sus ojos rojos de mis labios manchados con el líquido que más lo tentaba.

—Violeta, inventos aparte, ¿qué pasa si no es como tú dices? ¿Crees que podría vivir con eso otra vez?

—¿Otra vez? —Esto era nuevo.

—La madre del último de mis hijos, hace más de quinientos años. La maté.

—¿Era humana?

—Vampiresa. Mi esposa. Desde hacía casi medio siglo. La última mujer a la que amé. Me juré que no volvería a pasar.

—Yo. Lo siento —apoyé mi otra mano sobre la suya—. ¿Era tan fuerte como tú? Yo siempre tan práctica y poco delicada.

—No.

—¿Ves?

—Me da igual. —Liberó su mano y comenzó a separarse de mí.

—Ah, no —lo sujeté del brazo—. Sí te crees que te vas a distanciar emocionalmente y que cuando vuelvas a verme harás como si no hubiera pasado nada, ¡estas senil!

—¿Senil? ¿Te parezco senil? —se ofendió.

Así que el vampiro sexy era algo creído.

—No. Pero eres un viejo. Admítelo.

—Venerable.

—Viejo —lo provoqué—, más que Matusalén. Pero no porque tengas más de dos mil años. Porque no te atreves a comprometerte conmigo.

Abrió la boca, la cerró sin decir nada y me desafió con la mirada.

—Entérate, vas a ser mi pareja.

Lo de casarnos y tener hijos ya se lo aclararía otro día. Después de la guerra. Total, teníamos todo el tiempo del mundo. Con esto de que las inmortales no

teníamos reloj biológico.

—¿Es que quieres morir?

—Mira. Sé que hay una guerra muy probable. Y está lo de esos cabrones que mataron a mi madre. Pero entérate, NADA —remarqué— va a impedir que seas mío ahora que sé que me amas. Y dudo mucho que me mates. Pero si así fuera, no se me ocurre otro modo más agradable de acabar mis días —le guiñe un ojo.

—Tengo razón. Eres una cabezota. No se puede discutir contigo.

Le sonreí mostrando la lengua coloreada de sangre. Pude leer la capitulación en sus ojos. Supongo que mis razones habían acabado por convencerlo.

—Entonces bésame —tiré de él hacía mí.

—Sí te mato —fue lo último que dijo antes de claudicar—, tu abuelo me va a asesinar.

Me besó. Se lo devolví. «*TE QUIERO, para siempre*», formaron sus palabras en mi mente. Sí. Eso era todo lo que estaba esperando. El amor de un hombre fuerte capaz de seguir mi ritmo y de luchar a mi lado. Y considerando que ya no me daba igual morir joven, más le valía que esas palabras fueran verdad. Porque pesaba vivir varios eones a su lado, y sabiendo lo retorcida que podía llegar a ser, era mejor para los dos que fuera amándonos. Juguetona, mientras él succionaba mi aliento y mi saliva carmesí, usé mis colmillos para sacar otra gota de sangre, esta vez de su lengua. Lo cual disparó una reacción instantánea en él. Mis últimos pensamientos coherentes antes de sucumbir yo también se deleitaron en la conclusión de que, a veces, era una maravilla estar en mi piel. Sobre todo desde que había decidido que las chicas malas también teníamos derecho a labrarnos un buen pedazo de buena suerte. Y cuando más grande mejor.

Dejé que aflorara mi naturaleza de súcubo y ahondé en el beso más allá de sus deseos más profundos.

(Me pregunté si Marta me creería cuando se lo contara).



—Abuelo.

Mi casa, últimamente, más que un sitio privado era un lugar de obligada visita para los miembros más poderosos de mi comunidad.

Primero Casio, luego no mi *tan difunto padre*, y ahora el todo poderoso señor de los incubos. Iba a tener que gastarme algún dinero en renovar la decoración. Porque por más que ahora estuviera con mi vampiro sexy y muchas noches ya no durmiera en ella, mi casa seguía siendo mía. Aunque, por otro lado, mudarme a una zona mejor tampoco estaría mal.

—Klynth' Atz —me saludó sonriente desde el sofá—, ya era hora de que aparecieras.

Qué decirle. Si hubiera tenido la amabilidad de informarme de que estaba aquí, no hubiera tardado tanto en mi salida al centro comercial. Una chica necesitaba ropa nueva cuando crecía.

—Discúlpame, abuelo. ¿A qué debo el privilegio de tu visita?

—Menos ceremonias, jovencita. No me has visitado tras tu cumpleaños como me habías prometido —por su tono no se le veía enfadado, pero yo no tenía claro el tipo de criatura terrible y peligrosa que era—, así que he venido a comprobar si todo va bien —me obsequió con una mirada escrutadora donde las haya.

—Muy bien, mejor que nunca. Aunque supongo que te lo debo a ti —le sonreí.

—¿Lo de la confusión con la fecha de tu mayoría de edad? Un placer. Sólo quiero que seas feliz. ¿Lo eres?

Pensé en Casio. En sus fuertes, penetrantes y seductores colmillos. En la relación de pareja que teníamos. Y luego pensé en mi madre. En su regalo más especial, la manera en la que mi parte humana había dejado de ser la *débil* para convertirme en la

más fuerte.

—Sí. Ahora sí —le contesté convencida.

—Perfecto. Porque necesito emocionalmente satisfecho al menos a un general de mis ejércitos. Ya sabes que se acerca una guerra y, en ese aspecto, tú eres mi descendiente más cualificado. Y no sólo en eso, estoy muy complacido por tu hermandad con la matriarca suprema.

—Estoy para serviros.

Era la pura verdad. Sobre todo si yo era uno de sus dos herederos favoritos. Y en cuanto a la información de haber sido concebida como un arma.

Su reconocimiento a mi valía y la alabanza explícita en sus palabras me hicieron sentir como el gato que por fin se ha zampado al ratón.

—Por cierto —continuó diciéndome—, hay un pequeño detalle.

—¿Sí?

—Tu tío ya sabes cuál. Tu padre sintió su presencia en el unifamiliar. Se extrañó e hicimos unas averiguaciones. Parece ser que codiciaba mi trono. Y pretendía que te mataran allí, pues toda la corte se había enterado de que ibas a ir. De ahí la trampa que te tendieron y la presencia del demonio del séptimo plano. El pobre nunca supo lidiar con las emociones de su comida. En fin. Suponemos que él fue también, en un principio, quien habló a los científicos de ti como un espécimen perfecto para analizar. Por lo de que eres humana.

La noticia había sido como un segundo ratón (o tercero, si contábamos mi victoria aquella noche sobre Casio). Vía libre para acabar con el sádico maltratador de niñas al que más ganas le tenía.

Mi abuelo me miró complacido. Dudaba que esperase otra cosa de mí. ¿Enfadarme? ¿Ponerme histérica? No. Mi control sobre el pozo desde la formalización de lo mío con Casio había incluso aumentado, cosas de tener en tus manos al vampiro ideal.

—Abuelo —incliné respetuosa la cabeza.

—Ah —pareció recordar mientras estallaba en una nube de azufre (sus poderes habían sido asombrosos)—, no te preocupes por la guerra. Tienes todavía tiempo para disfrutar de tu triunviro antes de que empiece. Pero procura no quedarte embarazada. Y gracias por ayudarme a convencer al consejo de la necesidad de luchar a mi lado.

«Abuelo... —pensé mientras de él únicamente quedaba ya el olor a magia demoníaca—, tus maquinaciones siguen condicionando mi vida. Si mi unión con Casio te favorece, me parece estupendo. Porque a mí desde luego me ha venido genial que lo desearas. Supongo que ni mi encuentro inicial con él a los quince años fue casual. Necesitarías a alguien fuerte que me velara. Y en cuanto a la guerra. Cuando venga la estaré esperando. Junto a Casio. Porque nada le gusta más a un demonio que el caos de la muerte. Sobre todo, al menos para lo que tenemos



sentimientos, si luchamos en el bando correcto, en el de la humanidad».

Después fui a guardar toda la ropa nueva en mi armario, mientras consideraba divertida la advertencia de mi abuelo. Embarazada. Puede que la posibilidad me rondara por la cabeza, pero no pensaba exponer una criatura a la guerra. Ni a mí misma en una lucha con las hormonas revueltas. Pero después, una vez que hubiéramos ganado me sabía de un hombre guapo muy flemático al que iba a tener el placer de volver a sacar de sus casillas. Porque, quisiera o no, me tendría que escuchar.



—Despierta Casio. Es hora de ir de caza.

Estábamos en mi nueva casa. No en la mejor zona de la ciudad, pero casi. Tenía dinero y había decidido que una semisúcubo como yo no se merecía menos. El vampiro no vivía aquí, pero la noche anterior se nos había consumido en un arrebatado de sexo y pasión. Así que se quedó conmigo a pasar el día. De hecho, al alfa de los licántropos no le importó venir aquí a negociar sus condiciones por luchar a nuestro lado. O mejor dicho, su precio, pues a ellos tampoco les interesaba que ganara la guerra los mutados, por aquellos de no convertirse en una especie de extinción. Los dejé ultimando los detalles y me fui a tomar un café con Marcos, Andrea y Marta. La Moon-Wolf había cogido cariño. Y yo a los tres. Además, mi única amiga estaba encantada de fisgonear cada semana sobre mi vida en pareja. Una Súcubo y un vampiro era algo exótico hasta para una bruja. Y cuando volví a casa, a media tarde, Casio estaba dormido. Me acosté a su lado. Un ratito. Teníamos una cita importante y yo llevaba ya una hora levantada y preparándome. Ya era casi media noche y no quería llegar tarde.

Una mano brusca me atrajo de vuelta a la cama. Y unos labios sedientos buscaron los míos.

—Más tarde —coloqué un dedo en su boca evitando un beso con decisión—. Además, hoy tienes algo casi tan bueno como mi sangre —las caricias juguetonas de mi lengua y mi aliento en su oído le remarcaron el *casi*—. Comer hasta que sientas la vida de los corazones de otros escaparse en agonía. ¿Te tienta? Vamos, guapo. Es la hora.

Se despejó en un momento y se vistió. Recogió sus pistolas del suelo, donde yo las había arrojado anoche para que no nos molestaran y fue al baño a peinarse un

poco. Mientras tanto, yo abrí la puerta. Como suponía, Lucas nos estaba esperando.

—Hola, pelirrojo —lo recorrí con la mirada mientras le lanzaba un beso para nada inocente.

—Violeta —casi lo saqué de sus casillas—. No hagas eso. Eres la mujer de mi padre.

—Lo sé, pelirrojo —le sonreí—. Le allano el camino a la chica que algún día te arrancará de toda esa aburrida responsabilidad tuya por el trabajo. Puede que eso te haya hecho la mano derecha de tu papi, pero es tan predecible.

—¿Otra vez jugando con Lucas?

Casio estaba de repente a mi lado. Saludó a su hijo con un cabeceo. Le guiñé un ojo.

—¿Listos? —asintieron—. Pues vayámonos de fiesta. Alguien no sabe que me espera.

Y deje entrever mis cuatro colmillos. Porque alguien iba a estar pronto bien muerto. Y de un modo lento y muy jodido.

Fuimos en el coche del triunviro. Cerca de nuestro destino nos esperaban más de cien vampiros, dos docenas de licántropos y un par de morrigans, escondidos. Saludé con un cabeceo a las brujas y les indiqué que comenzaran su trabajo. Al cabo de un par de minutos, las protecciones mágicas estaban eliminadas. Y habían lanzado un hechizo de silencio para cubrirlo todo de los ojos humanos.

—Gracias. Dadle a mi hermana Arianrhod mi agradecimiento.

Me saludaron con respeto y se fueron. Entonces, saqué mi daga y una semiautomática (había aprendido la lección) y, junto a mi vampiro y su hijo, encabezé el asalto a una de las casas de los científicos.

Sin más estrategia que la sorpresa y ser mucho más que ellos, entramos en el unifamiliar. Esta vez nos enfrentábamos con mutados bastante antiguos. Iban a ser duros de matar. Abrí un acceso completo del pozo de todas las almas y dejé flotar mi naturaleza más predadora, oscura y demoníaca. Alguno de los nuestros cayeron. Me dio igual. Casio y Lucas seguían a mi lado, desgarrando gargantas y alimentándose para regenerar sus heridas. Y yo, en frenesí por la sangre, las almas del diezmo y la energía que me pasaba la daga, sólo tenía un objetivo en mente. Y cuando me dijeron donde estaba, destrocé con mis garras a los que guardaban la entrada y pasé cerrando la puerta de la habitación a mis espaldas.

—Hola, tío —arrastré cada sílaba con odio—. No te imaginas el placer que me produce verte, *traidor*.

—Puta arrogante, una súcubo que se rebaja a ser el juguete de una sanguijuela no se merece estar en mi presencia.

—Vamos, tú y yo, como deseas desde que me torturabas cuando yo no era más que una niña indefensa.

Tiré mis armas al suelo. Lo haría con mis garras y dientes. Y mi control del pozo, mucho mayor que el suyo.

Él no se deshizo de su sable rúnico y arremetió contra mí, sus rasgos arrugados en una mueca de rabia, envidia y desdén. Yo fui más rápida. Me agaché para evitar su acometida y cogí la mano de su arma por la muñeca. Le clavé mis uñas curvadas hasta que la soltó. Él me hirió con los espolones de sus piernas. Me daba igual. Ni lo sentía. Ante mí se encontraba el ser que más daño me había hecho. Lo agarré del cuello con la otra mano y lo empuje contra la pared.

—¿Esto te gusta más, tío?

Le di un fuerte golpe, su cabeza contra el estucado blanco. Y me apresuré a coger mi daga, que se había quedado cerca de la puerta. Me agarró por detrás mientras yo me levantaba con ella en la mano. Sentí cómo se clavaban sus espolones en mi espalda. Esta vez sí noté las heridas, más profundas que antes. Me mordí el labio por el dolor y, saboreando mi propia sangre, sonreí. Alcé la daga por delante de mi pecho, bajé la cabeza y se la clavé en la suya.

Sin soltar el arma, empujé su pecho con una mano y me separé para desclavar sus espolones de mi espalda. Después me giré y volví a aplastarlo contra la pared. Retorcí el filo rúnico y lo saqué un poco, para que la absorción de su vida fuera más dolorosa y, sobre todo, mucho más lenta.

—¿Sabes tío? Me encantaría dejarte regenerar para volver a jugar contigo una y otra vez. Pero no soy tan sádica como tú. Y tampoco tengo tiempo. En cuanto los mutados se enteren de este ataque, es probable que empiece la guerra. Y dejaremos este sitio así, sin limpiarlo, para que la iglesia sepa de la existencia de tus amiguitos científicos y se alié con nosotros —o eso había visto la matriarca en el futuro—. ¿No te parece bonito?, tu cadáver con un lacito como regalo para mi abuelo.

—Zorra —me susurró furioso.

—Sí, cariño... pero no contigo. No es por nada —clavé más profundamente la daga, Casio y los demás debían de estar esperándome para irnos—, tío, pero te lo debía. Ojo por ojo. ¿Sabes? A veces me encanta el Orden de los chupasangres.

Fueron las últimas palabras que oyó. Cuando su vida se agotó y me hizo más poderosa aún, lo solté y dejé que se deslizara hacia el suelo. Escupí y me fui. Ya le pondría otro el lacito. Yo, Casio, Lucas, mi padre, mi abuelo, el alfa de los lobos y la matriarca suprema de las brujas habíamos quedado para hablar sobre la guerra. Se había acabado el tiempo de tregua.

**FIN**



AMAYA FELICES. Licenciada en Ingeniería Química y diplomada en Filología Inglesa, es profesora de secundaria en Zaragoza. Cuando no está trabajando ni cuidando de sus dos hijos, se dedica a escribir.

Su primera novela, *El pozo de todas las almas*, fue publicada en junio de 2011 por Mundos Épicos. En diciembre de 2011 la Máquina China editó el libro *Sueños de navidad*, que recoge los cinco relatos ganadores de su I Concurso de Narrativa Romántica. La autora participa con *Hechizo de invierno*, un relato sobre fantasmas y sentimientos.

En las antologías II y III de Ediciones Evohé tiene publicados un relato y un poema (*La claridad de tu amor a través de mi ventana, Te veo*).

En el año 2006 ganó el primer premio de relatos de Ocafriki con Aspirante a guerrero y en diciembre de 2011 obtuvo el tercer puesto en el XXVIII concurso literario Picarral con su relato juvenil *Rocío Dark Violet*.

En febrero de 2012 salió publicado Ese amor que nos lleva, de la editorial Rubeo. Esta convocó un concurso de relatos en 2011 para hacer una antología y *Eurídice* fue uno de los seleccionados como ganadores.

En mayo de 2012 Mundos Épicos publicó su novela de fantasía juvenil Pacto de piel; así como Ediciones Babylon publicó su novela romántica adulta de ciencia ficción space ópera *Hipernova*, una fusión de géneros en la cual es pionera en España.

A finales de 2012 participa en la antología benéfica *Ilusionaria III* con su relato *Despierta, dragón esqueleto*, escrito junto con su hijo Santiago e ilustrado por Laura López.

En enero de 2013 Ediciones Babylon publicó su relato *El manual de la esposa perfecta*, una comedia romántica paranormal.

En mayo de 2013 participa en la antología benéfica *Catorce Lunas*, publicada por Ediciones Kiwi, con su relato *Rocío Dark Violet*.

Por último, está representada por Agencia Autores desde inicios del año 2013 y tiene el libro técnico *Belly dance: The teacher's book*, publicado en *Create Space Amazón*, en inglés y en español, en el año 2010.